

Irene Peralta

DOS TONTOS

intentando cazar a un

MONSTRUO



Dos tontos intentando cazar a un monstruo

Trilogía: Dos tontos 1

Dos tontos
intentando cazar a un
Monstruo

Irene Peralta



Primera edición: noviembre 2019

@ Irene Vaca Peralta
www.ireneperalta.es

@ ISBN: 9781711303635
Impreso por Amazon KDP

¡Ei! ¡Ei!

No se permite la reproducción total o parcial de este libro.

Recuerda que, tengo murciélagos espiando. Cualquier reproducción ilegal supone que envíe a algún vampiro a por ti...

O no, porque son muy sexys y a lo mejor te gusta.

En fin, vamos, que si necesitas algún permiso puedes escribirme un e-mail desde mi web.

@ Este libro está totalmente autoeditado. Para el diseño de portada y el vampiro que aquí nos acompaña, se han utilizado imágenes libres de derecho, de Pixbay.

Gracias por leer este libro.

*Confía en el tiempo, que suele dar dulce salidas a muchas amargas
dificultades.*

La Gitanilla, MIGUEL DE CERVANTES

1

Finales del Siglo XV

Aquella estaba siendo otra noche más fregando vómitos del suelo y evitando que ningún borracho le tocara el culo. Seline sintió que había llegado el momento de cambiar nuevamente de rumbo, aunque era consciente de que apenas tenía dinero ahorrado y tendría que idear algún plan para poder salir de allí ese mismo día.

Al principio pensó en robar algo a los borrachos que había aquella noche en la taberna, no es que ella fuera una ladrona... pero cuando no le quedaba más remedio... No obstante, no le pareció que nadie allí tuviera gran cosa que no hubieran despilfarrado ya en alcohol, excepto quizás los dos forasteros que habían aparecido hacia sólo unas horas, los cuales, aunque no tenía la impresión de que fueran muy ricos, vestían mucho mejor que todos los habitantes de aquella aldea.

Se acercó a ellos de forma disimulada y les escuchó hablar mientras hacía ver que limpiaba una de las mesas cercanas.

—Vamos, ¿por qué no te buscas una distracción para esta noche? —oyó que decía el que parecía más mayor de los dos—, el resto de hombres no llegarán hasta dentro de un par de días, empiezo a aburrirme de verte siempre tan solo.

—Déjalo estar Godwin, sólo me interesa acabar con el a-sunto que nos incumbe...

Seline se alejó para dirigirse a la barra dónde acaba de aparecer Martha, la dueña de la posada a la que pertenecía la taberna.

—Martha, tenemos dos forasteros que apenas beben —le dijo Seline en voz baja—, ¿puedo utilizar tu truco?

—Está bien —contestó la mujer a la par que les echaba un vistazo rápido—, puedes hacerlo. Si hay algo que me gusta menos que los tipos que se emborrachan hasta perder el conocimiento, son los que apenas beben. Con éstos apenas hago dinero.

Con el consentimiento de la dueña, Seline rellenó dos grandes jarras de cerveza y las llevó a la mesa de los forasteros. Estos la miraron extrañados cuando las dejó delante de sus caras.

—Nosotros no hemos pedido esto —dijo el más joven de los dos a la vez que hacía contacto visual con Seline, y la miraba como si se diera cuenta por primera vez que la chica estaba en aquel lugar.

—¿No? ¡Lo siento! —se disculpó—. Ha debido haber un error, pensé que habían pedido más cerveza. Pero no se preocupen, sino la quieren me la llevo.

—Está bien, puedes dejarlas —dijo el otro hombre—, vamos hombre, no me mires así, hoy no vamos a ir a ningún lugar.

Seline se alejó, el truco había vuelto funcionar. Era algo que solía hacer Martha para aumentar las ventas, pero esta vez ella lo había utilizado porque tenía la intención de que aquellos hombres se emborracharan. Se quedó pensando en el hombre que le parecía más joven, aunque estaba claro que no era ningún jovencuelo, pues parecía rondar los cuarenta, éste parecía reticente a emborracharse y por lo que había oído no tenía ganas de mujeres, aun así, Seline decidió que sería su objetivo. Más que nada, porque tenía la intuición que aquel hombre llevaba bastante dinero en la escarcela que llevaba atada a su cinturón.

—Alfred, el carpintero, podría ser un buen marido para ti —le decía Martha a Seline mientras terminaban de limpiar la taberna para cerrar.

—Deja de intentar buscarme marido, Martha.

—Pero, Seline, en la carta que me diste de tu madre me pedía que cuidara de ti y ella estaba muy preocupada porque a tu edad es muy difícil encontrar a alguien con quien contraer matrimonio. Los hombres quieren mujeres de veinte años y tú ya superas los treinta.

—Querida, Martha... la única manera en que yo acepte casarme es que topara con un hombre con el que sintiera que el corazón se me sale del pecho, y si no ha pasado ya, lo veo difícil, igualmente... todavía tengo mucho mundo por ver.

—¿No has caminado ya suficiente?

—No, y además, sólo te mostré la carta de mi madre para poder tener un trabajo y un techo, si quisiera monsergas me habría quedado con ella. No me mires así... te agradezco lo que me has dado, pero mi vida es mía.

Martha la miró con cara de reprimenda, pero ella decidió ignorarla y terminar de recoger las mesas. Cuando hubo acabado fue a su habitación a preparar sus cosas. Ya tenía totalmente decidido que aquella noche se largaba de allí. Guardó su poca ropa y pertenencias en una bolsa, y luego la lanzó desde la ventana dejándola caer en un hueco donde quedaba escondida entre los árboles. Después se fue tras su objetivo.

Llamó a la puerta de la habitación; pasaron varios segundos, pero él ni habría ni contestaba, así que volvió a llamar con más insistencia.

—¡Ya voooooy! —exclamó una voz ronca por el sueño.

Al fin abrió, y cuando se apoyó en el marco de la puerta y le preguntó quién era, Seline se dio cuenta que afortunadamente estaba algo borracho, las últimas jarras de cerveza habían cumplido su función. Se quedó observándole por segundos, era alto, de cabello castaño claro y de profundos ojos azules. Sino fuera porque tenía prisa en irse, y porque estaba borracho —aunque no de forma excesiva— le hubiese gustado quedarse un rato divirtiéndose con él. Le empujó suavemente para poder entrar, y cerró la puerta.

—Escuché que necesitabas compañía y a mí me apetece pasar un rato divertido —dijo Seline mientras se desabrochaba los botones de la camisa sin llegar a quitársela.

—Oh no no no no, ni hablar. No te lo tomes a mal, pero después de que uno de mis amigos se contagiara de algún tipo de enfermedad no se me pasa ni por la cabeza —dijo él moviéndose nerviosamente como si estuviera un poco mareado.

—¡No soy una prostituta! —le empujó para que quedara sentado sobre la cama, se levantó la falda para sentarse a horcajadas sobre él, y le tomó las manos para introducirlas bajo su falda y hacer que le agarrara las posaderas; y sin darle tiempo a reaccionar se abalanzó sobre su cara y le besó.

Por un instante pareció que el hombre quiso zafarse, pero pareció gustarle aquel beso, pues se dejó llevar soltando las manos del culo de Seline para llevarlas a su cintura y apretarla contra él. Aquello se sentía demasiado bien, pero ella sabía que estaba allí para lo que estaba, y con cuidado llevó la mano a su cinto, donde él todavía tenía la escarcela. Fue con mucho cuidado, normalmente era bastante buena con eso, sin dejar de besarle abrió cuidadosamente la escarcela para palpar en el interior una pequeña bolsa de tela que agarró enseguida. Cuando se sintió segura separó sus labios, comenzó a despegarse lentamente del él, y se levantó mientras trataba de esconder la bolsa con disimulo en su espalda.

—Discúlpame, me lo he pensado y no quiero ser... una chica tan fácil. Ya sabes, en estos tiempos, una tiene que guardar su reputación.

Pero el hombre la miraba seriamente, como si de golpe se hubiese borrado todo atisbo de su borrachera. Se levantó de golpe y la agarró por la muñeca en la que guardaba la bolsa.

—¡Eres una ladrona! —exclamó a la vez que llevaba la muñeca de ella hacía su pecho, intentando recuperar la bolsa que Seline agarraba con fuerza en su mano.

—¡Tsssss! —dijo ella mientras se llevaba un dedo de la mano que tenía libre a la boca—. Si alguien te oye... podría tener problemas.

—Pero es que me estás intentaaaaando robar —le contestó arrastrando las palabras con sarcasmo.

Seline se enfadó por el tono de burla, intentó recuperar su mano sin perder la bolsa tirando con fuerza de ella hacia sí, pero aquel hombre la agarró fuerte, tirando también. Y así estuvieron un rato forcejeando a ver quién ganaba, hasta que la bolsa se rompió y las monedas cayeron al suelo produciendo un gran alboroto en el silencio de la noche. Seline, optó por olvidarse de las monedas y utilizar la sorpresa del momento para huir, pero él la cazó rápido agarrándola de nuevo, esta vez por ambas muñecas, a lo que Seline respondió con un rodillazo entre sus piernas.

Aquel pobre desconocido arqueó la espalda en un gesto de dolor, sus ojos estaban más abiertos que los de un búho, y de su boca abierta parecía no salir aire. Después su expresión cambió, en parte por el dolor y en parte también por incredulidad, parecía decir: «¿En serio me has hecho esto?».

Seline se sintió un poco culpable y puso cara de arrepentimiento.

—Perdóname, cuando mi madre decía que no pensaba mucho las cosas antes de hacerlas, se refería a casos como este... —le dijo, luego se acercó a él y le dio un corto beso en los labios, mientras, él mantenía la misma posición—. Esto un regalo de disculpa.

Luego se agachó intentado recuperar algunas de las monedas del suelo, a la vez, el hombre se dejaba caer en la cama con las manos en su miembro dolorido. Cuando Seline acabó de recoger las monedas que pudo, con prisa se dirigió la ventana para saltar por ella, pero entonces oyó como se abría la puerta de la habitación y vio cómo tras ella, entraba Martha.

—Seline, ¿¡qué haces!?! —gritó Martha al ver a Seline a punto de salir por la ventana y el dinero por el suelo—. He oído voces y he venido corriendo... ¿En serio Seline? Esta posada es, a pesar de su taberna y sus borrachos... muy respetable.

—Primero, Martha —se defendió—, no he hecho nada malo... bueno... bueno, nada sexual; y segundo, este joven necesita hielo...

Dicha estas últimas palabras Seline saltó. Caminó hasta el lugar donde había dejado caer su bolsa, y se fue de allí feliz de abandonar la aldea.

2

Martha no podía parar de disculparse ante el joven.

—Lo siento mucho, señor, lo que esa ingrata... a la que he estado cuidando como si fuera mi hija... le ha hecho... Qué vergüenza, ¡qué vergüenza! ¡si hasta le ha robado! Voy a pedirle el favor que la deje estar, además, por lo que deduzco se ha ido y no volverá, y una vez que la chica se pone a caminar, ya no hay quien la encuentre, eso me escribió una vez su madre, y por eso, porque es para mí como una hija... aunque sólo llevaba aquí unos meses... no soportaría que la castigaran. Yo le devolveré el dinero que le ha quitado.

—Está bien señora, vamos a dejarlo —contestó Aland que todavía rabiada de dolor, lo cierto es que le había dado bien fuerte, además, todavía estaba borracho y sólo quería dormir—. Si me dice que no va a volver lo zanjamos así, no tiene que devolverme nada, lo único que le pido es que no le cuente esto a nadie.

—Lo que usted pida, señor, y... gracias.

—No soy de ese tipo de personas que disfruta viendo como le cortan la mano a nadie, ahora si me hace el favor, tráigame un poco de hielo.

Lo cierto es que Aland tenía toda la intención de dejar aquello en el olvido, por suerte la chica se había marchado y ya no tendría que verla más, sólo se sintió un poco idiota por haber bebido más de la cuenta y dejar que el alcohol lo nublara... y haber sido entonces engañado por... aquellos intensos ojos marrones de largas pestañas. Si hasta por un instante disfrutó del beso, pero se dijo que no, que debía ser por la soledad y por el tiempo que no estaba con ninguna mujer, por lo que casi se había dejado llevar. Desde que había aceptado aquel nuevo nombramiento sólo se había centrado en tra-bajar, y mejor así; unos minutos con una mujer y había salido dañado, literalmente. Y... realmente hubiese preferido que nunca lo supiera nadie, pero después de dejar la posada y reanudar la marcha, hubo un momento en que paró a mear y notó que le dolía un poco, musitó un quejido que llegó hasta las orejas de Godwin. Este le preguntó y Aland intentó inventarse alguna cosa, pero su amigo tenía un don para sacar información y no pudo más que sincerarse. Se estuvo riendo de él durante una gran parte del camino.

No tardaron mucho en llegar al condado de Highwoods, puesto que estaba relativamente cerca de aldea que habían dejado atrás. Una vez allí buscaron alojamiento para comer y descansar, al día siguiente llegarían hasta allí los hombres que esperaban y luego reanudarían la marcha hacia otro de los pueblos del condado, del cual, habían recibido la noticia de que uno de sus rebaños había sido asesinado por alguna bestia, exactamente igual que había ocurrido en Bluecastle, ciudad de la que procedían.

Aquella noche antes de irse a descansar, Aland se paró a contar las monedas que tenía, por suerte aquella chica no había logrado llevarse demasiadas, y por suerte también, él que siempre era bastante previsora llevaba algunas monedas más escondidas entre sus pertenencias. Una vez asegurado que dispondría de dinero para alimentar a sus hombres y los gastos necesarios, se despojó de sus ropas y se dispuso a dormir, esta vez sí, sin que nadie le molestara.

Cuando al día siguiente llegaron los diez hombres que esperaba, Aland se sintió molesto porque algunos de ellos eran bastante jóvenes y no estaba muy seguro que clase de bestia era la

que buscaban. Quizás no era sólo un lobo como esperaban, quizás eran varios y peligrosos y no tenía ningunas ganas de poner la vida en peligro de aquellos jóvenes que de lejos se veían inexpertos. Le hubiese gustado escogerlos a él personalmente, pero a su señoría el Conde se le habían apeticido que fueran voluntarios. Y al final, por voluntarios significaba, que, excepto dos que eran de su guardia personal, los demás habían sido obligados a ir por sus padres, como reprimenda de algo que hubiesen hecho. Por suerte contaba con Godwin para que le cubriera las espaldas y dirigir aquello, aunque en los últimos años se había dejado un poco y era, aunque todavía muy fuerte, más lento gracias a su panza cervecera.

Había reunido a todos los hombres en el bosque para dar las órdenes, para no ser así oído por los aldeanos, ya no quería asustar a nadie con asuntos sobre lobos.

—Ahora partiremos hacia el pueblo en el cual han aparecido los animales muertos, una vez lleguemos allí, Godwin y yo hablaremos con el alcalde para saber las novedades; los demás simplemente estad atentos. Si la bestia, de la cuál suponemos que ha sido un lobo, apareciese, los más jóvenes e inexpertos quedaros al margen, excepto que yo indique lo contrario. Que nadie haga nada sin que se lo ordene, queremos solucionar esto lo más rápido y pronto posible, así que quiero el mínimo de caos posible.

Los hombres asintieron con la cabeza y momentos después un ruido entre los matorrales los puso en guarda. Aland hizo un gesto con la mano para que se estuvieran quietos. El ruido prosiguió, aunque no era un gran alboroto, sólo movimiento entre las hojas, Aland se acercó con la mano en la empuñadura de su espada, y segundos después, tras las zarzas apareció un perro junto a un cachorro. Todos dejaron ir el miedo por la incertidumbre y rieron a carcajadas.

—¡Aquí tenemos al lobo! —exclamó uno de ellos riéndose.

—¡Fuera de aquí chucho! —gritó otro, dándole una patada a una piedra que voló hacia el perro; tanto el perro como el cachorro se asustaron y retrocedieron.

—Recordar que las bestias no somos nosotros —exclamó Godwin bastante molesto.

Aland se acercó a los perros antes de que estos huyeran, se agachó y los saludo con pequeños gestos, hasta que poco a poco el perro adulto se acercó y con el también el cachorro y pudo acariciarlos.

—En una de las bolsas de equipaje hay un cuenco de comida —dijo dirigiéndose a uno de los chicos de pelo rubio y delgado que tenía aspecto de no tener mucha fuerza—, cógelo y llénalo de agua.

Miró a los perros, uno era un cachorro de pocos meses, y el adulto era obviamente una hembra, no parecía muy mayor, era de tamaño medio y pelaje blanco y negro. Estaban un poco sucios de haber vagabundado, aunque no demasiado, quizás llevaban poco tiempo en la calle. El chico se acercó con el cuenco lleno de agua y se lo acercó a los perros, la madre dejó beber primero al cachorro y después lo hizo ella, parecían sedientos, así que seguramente también hambrientos, por lo que Aland pidió que le acercaran algo del embutido que llevaban encima, algunos de los hombres pusieron mueca de no gustarle la idea de dar a los perros parte de su comida, pero a Aland no le importaba lo que pudieran pensar.

—Me pregunto que habrá sido de los otros cachorros —preguntó el chico que había traído el agua—. Ya sabes, no tienen sólo uno.

—Bueno esperemos que hayan encontrado un hogar y la madre y este pequeño son los únicos que no han encontrado casa —contestó Aland a la vez que volvía a ponerse en pie—, aunque no parecen que lleven mucho tiempo en la calle, tal vez sean de alguien de por aquí, o se han perdido. ¿Cómo te llamas chico?

—William, señor.

—Bien, William, te pido el favor que te encargues de limpiarlos y cuidarlos mientras yo no pueda. Preguntaremos en la posada si son de alguien, sino tienen dueño me los quedaré yo, hace tiempo que pienso en tener perro. ¿Te importa si te pido este favor?

—Oh no, para nada —contestó el chico sonriendo, —me gustan los perros y todavía no tenemos mucho trabajo que hacer.

—Gracias... por cierto William, ¿te hiciste voluntario o alguien de tu familia te obligó?

—Me hice voluntario, señor, tenía ganas de viajar y esta fue... una manera.

Aland agradeció nuevamente que se ocupara de los perros y se sintió contento de darle esa tarea, no podía imaginarse a aquel joven peleando con un lobo. Lo que le hizo recordar y volver a sentirse molesto porque le hubiesen enviado tantos chicos tan jóvenes, eran casi la mitad de sus hombres.

Al día siguiente se dirigieron hacia el pueblo de Servury, ahora les acompañaban la perra Moon y el cachorro Sunny. Habían estado preguntando, pero nadie conocía la procedencia de los perros, así que Aland los adoptó, sabía que serían una buena compañía cuando volviera a casa.

Servury les sorprendió con un vasto y extenso río, y un bosque esplendoroso. No era un pueblo muy grande, pero eso le hacía parecer un buen lugar para vivir, además, por lo que le habían contado, vivían allí gentes muy tranquilas. Sólo había un par de posadas para los viajeros que paraban de paso y alguna taberna que cerraba temprano. Era un lugar tranquilo, y era por eso que lo sucedido con las reses había llamado tanto la atención y había llegado hasta los oídos de Aland en Bluecastle. Cuando se enteró se puso enseguida en contacto por carta con el alcalde del lugar. Ahora que ya estaban allí, mientras cabalgaban por el interior del pueblo, preguntaban a los habitantes dónde se encontraba el ayuntamiento. En cuanto supo dónde era, envió a sus hombres a buscar alojamiento en la posada, que se llevaran también los caballos a descansar, y luego se dirigió caminando hacia allí junto con Godwin.

Un pequeño edificio de piedra, sólo algo más grande que las demás casas, y algo más alejado de estas, era la casa que se le otorgaba a la alcaldía. Cuando se acercaron un fuerte olor a comida llamó su atención, no porque tuviesen hambre, sino por lo mucho que olía a ajo. Llamaron a la puerta, y un hombre moreno, algo bajito y ancho de espaldas con cara agradable, les abrió.

—¿Es usted, Aland de Sallow? —preguntó, antes de que pudieran presentarse.

—Sí soy yo, y este es mi amigo Godwin Amery, uno de los hombres que me acompañan.

—Encantado, les esperaba. Yo soy el alcalde y mi nombre es Robert Daft, pero por favor, pasen, pasen.

Entraron en la estancia que resultó bastante humilde para ser una alcaldía, apenas unos muebles y un soldado de guardia en la sala principal, y no parecía tener administradores que se encargaran de recibir a la gente. Pero era justo lo que esperaban de un lugar como Servury. El alcalde los hizo pasar a su despacho y los invitó a sentarse, y pidió a la sirvienta que les trajera un par de vasos de sidra.

—Disculpen el olor de la casa, en realidad están cocinado sopa, sólo que mi mujer está exagerando con el ajo, a causa del incidente con alguno de los rebaños tiene la cabeza llena de supersticiones —les dijo mientras ocupaba su asiento tras la mesa.

—¿Supersticiones? —preguntó Aland.

—Si ya sabe, por eso de que pueda ser otro tipo de bestias.

—No sé a qué se refiere —contestó Aland, que miró a Godwin quien tenía cara de hacerse una idea.

—No importa, no importa, sólo son tonterías. Han venidos ustedes a obtener más información y

cazar al lobo.

—Exacto —dijo Godwin introduciéndose en la conversación—, aunque no sabemos seguro que sea un lobo ¿alguien lo ha visto?

—Me temo que no, como le escribí a su amigo el señor de Sallow nadie vio lo que ocurrió, ni quien lo hizo. Pero las marcas que dejó eran claras de ser un animal, uno grande, y no hay pruebas de que haya podido ser un hombre.

—Así que no sabe nada más —agregó Aland, aceptando el vaso de sidra que acababa de traer la sirvienta.

—Me temo que no, es lo que ya le escribí en la primera carta, una mañana, una parte del rebaño de uno de nuestro vecino el señor Bates, apareció devorado. Pero por favor no le pregunten al hombre, lo que sabe ya se lo conté yo, y el pobre se ha quedado bastante destrozado con esto. Si quieren pueden visitar el lugar, aunque obviamente tuvimos que limpiarlo.

—Nos gustaría echar un vistazo rápido a la granja dónde sucedió, y después buscaremos pistas por el bosque —comentó Aland.

—Por supuesto, por supuesto, lo que necesiten.

Aquella misma tarde Aland se dirigió con todos sus hombres a visitar la granja, pero por más que buscaron no encontraron prueba allí. Así que después se adentraron en el bosque en búsqueda de pistas, con ellos iban también los perros, Moon caminaba curiosa y el pequeño Sunny iba en el pecho de William, quien había utilizado un trozo de lino para atarlo alrededor de su cuerpo y llevar al cachorro como se hacía a veces para portar a los bebés.

La búsqueda en el bosque tampoco trajo ninguna prueba, se internaron todo lo que pudieron hasta que Aland dio por terminada la exploración y ordenó volver a la posada. Pero entonces, unos crujidos de ramas tras las zonas más pobladas y tras las que no se podía distinguir nada, llamó su atención; y se sorprendieron al descubrir segundos después que no podían volver, un grupo de hombres vestidos completamente de negro, armados y en mayor número que ellos, los habían rodeado. Aland ordenó a sus hombres que se acercaran unos a otros y se colocaran en círculo cubriéndose las espaldas. Más alejado, William al ver lo que ocurría, se escondió entre los árboles con los perros consciente que se había quedado rezagado, y a sabiendas que si se topaba con alguno de esos hombres tenía todas las de perder. Pero no pudo parar a Moon que corrió en defensa de su amo en cuanto vio que se encontraba en peligro, se lanzó sobre uno de los hombres de negro y le mordió en la pierna, pero este se la quitó rápido de encima propinándole una patada y haciéndola chocar contra un árbol. Moon gimoteó de dolor, pero, aunque con dificultad, volvió a levantarse dispuesta nuevamente a atacar, entonces Aland le gritó para que se marchara, pero Moon simplemente aceptó quedarse quieta, parecía esperar, a que fueran primero aquellos hombres los que hicieran un movimiento.

—Son demasiados Aland... —susurró Godwin con inquietud.

—Maldita sea...

Aland era consciente que aquellos hombres eran demasiados y parecían bastante fuertes. Aparte, emanaban de ellos una especie de aura extraña... pero era bastante evidente que no tendrían más remedio que luchar, sólo esperaba que los más jóvenes supieran defenderse.

3

Utilizó el reflejo del río para verse, y peinar correctamente las dos trenzas finas que se hizo a cada lado de la cara para tener mejor recogido el cabello. No quería volver a ser tan torpe de tirarse del pelo accidentalmente al usar el arco. Cuando hubo acabado se levantó y miró su imagen al completo, le gustaba aquella nueva ropa. Se había desecho de su ropa de posadera, y excepto las botas y la blusa que ya las tenía, se había comprado aquel chaleco de color marrón y unos pantalones negros y ahora iba mucho más cómoda. Se colocó después las protecciones de muñecas y cogió su arco, había hecho una señal sobre un tronco caído para entrenar su puntería. Era muy buena y rápida, y había mejorado su técnica con grandes arqueros a los que había conocido en sus viajes, desde que salió de su casa hacía ya varios años.

Aquel día estuvo entrenando hasta que llegó la tarde y entonces recogió sus cosas y se puso en camino en busca de un lugar en el que comer y dormir.

Cuando había recorrido una parte del camino, un ladrido llamó su atención, curiosa cambió su rumbo para investigar de dónde procedía. Caminó entre los árboles hasta que vio unas sombras a lo lejos, se escondió tras un roble y al mirar con atención, se sorprendió al descubrir a aquellos extraños hombres vestidos de negro y aquel otro grupo de hombres en posición de defensa. Estaba claro, aquel grupo de hombres en los que había un par de caras conocidas, lo tenían todo en su contra, y en ese momento los hombres de negro comenzaron el ataque, algunos hombres —de los que tenía por el bando bueno—, se defendían bastante bien, excepto aquellos que parecían más jóvenes... y que ahora estaban recibiendo una paliza. Los hombres de negro no estaban utilizando las espadas contra ellos, pero estaban disfrutando moliéndolos a golpes. El perro que había escuchado ladrar también estaba allí intentando ayudar a mordiscos, pero se lo quitaban fácilmente de encima a patadas. Decidió entonces, al volver a observar aquella cara conocida, que les echaría una mano; primero se colocó el gorro de la capa que llevaba encima, para ocultar por el momento su identidad. Colocó su arco en posición, cogió la primera flecha y apuntó y pensó por dónde empezar. Aquellos dos tipos y los otros más rudos se defendían bastante bien, a pesar de que los hombres de negro parecían duros como las rocas, así que lo más obvio era ayudar primero a los más jóvenes.

Una flecha silbó, sin que nadie la viera venir, y acabó en la frente de unos de los hombres de negro sólo unos segundos antes de que éste blandiera su espada pretendiendo acabar con uno de los chicos. Todos pararon por un segundo sorprendidos, lo que aprovechó Aland para clavar su espada en el vientre de su contrincante, después volvieron a la lucha mientras una ayuda externa hacía caer uno a uno a aquellos tipos. No todos murieron con las flechas, algunos lo hicieron bajos las espadas y otros necesitaron de ambas cosas. Eran realmente unos tipos muy rudos. Pero no lograron acabar con todos, unos tres hombres lograron escapar.

Cansado y casi sin respiración, Aland se volteó para mirar en dirección de aquel arquero que ahora se dejaba ver a lo lejos, la capa le tapaba la cara, pero no importaba quien fuera, los había salvado de una muerte segura. Le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza, pensó que el arquero se marcharía, pero lo vio dirigirse hacia ellos.

—¿Será de fiar? —preguntó uno de los hombres, mientras todos intentaban recobrar las fuerzas, y ayudaban a levantarse a los que estaban en el suelo golpeados.

—Nos ha salvado, si quisiera matarnos lo habría hecho ya —contestó Aland mientras se

agachaba a acariciar a Moon que se había acercado a él y que pese a los golpes parecía aguantar bastante bien—, eres una buena chica Moon, pero preferiría que no te pusieras en peligro.

El arquero salió detrás de los árboles y se acercó a ellos, los saludó con un gesto de cabeza y sin dejarse ver todavía, se acercó a uno de los cuerpos que yacía sin vida y preguntó:

—¿Sabéis quién eran? Tenían un aura extraña.

—No... —contestó Aland acercándose y sintiendo un extraño cosquilleo en la nuca.

Entonces el arquero se apartó la capucha tras la que apareció el rostro de Seline.

—¿Y os han atacado sin ninguna razón aparente? —les preguntó sin dejar de apartar la mirada del cuerpo que había en el suelo.

Aland quedó boquiabierto, no se lo podía creer, acercándose a ella se inclinó para verla más de cerca, esperando equivocarse y que fuera otra persona. Seline todavía con la cabeza mirando al suelo lo miraba de reojo como si esperara a que hablara él primero, pero el pobre estaba tan sorprendido que no podía articular palabra.

—¡Tú! —logró exclamar al fin Aland.

—Sí... soy yo —contestó Seline sin perder la compostura.

—¡Tú! —volvió a exclamar.

—Sí... yo... quien te acaba de salvar el trasero.

—Tratándose de ti me extraña no haber recibido una flecha...

—Disculpa... —dijo Seline volviéndose hacia él—, precisamente porque nos hemos conocido antes, y te he reconocido, sabía perfectamente a quien tenía que lanzar las flechas... aunque... es cierto que esos tipos parecían tener un cartel de «Somos Malísimos» en la cabeza.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es? —le preguntó Godwin a Aland, mientras los otros hombres esperaban a que acabaran la charla de una vez para irse de allí.

—Ella es la de la posada... —contestó Aland casi susurrando, a lo que Godwin contestó con una sonora carcajada.

La llegada de William con el pequeño Sunny los sacó de la discusión.

—Disculpadme, señor, no pude más que quedarme escondido... —les dijo.

—No te preocupes, William, eran demasiado peligrosos para los que no estáis acostumbrados a la lucha —contestó Aland.

—Ooohhh... que cosa más bonita —Seline encantada al descubrir al cachorro se acercó a William para acariciar a Sunny—, vaya tú tienes que ser su mamá —acarició la cabeza de Moon cuando vio que la perra la miraba.

—Tú... posiblemente nos ha salvado, gracias —le dijo William a Seline, quien le contestó con una sonrisa.

—Bueno basta de charla —intervino Aland—, salgamos de aquí. Tú, Jeff, acompaña a los heridos a la posada y haz que alguien les cure, William, tu irás también con ellos. Y los perros también, por supuesto. Y ahora movámonos.

Cuando al fin salieron del bosque el grupo que debía ir a la posada marchó y Aland envió a uno de sus hombres para que fuera a avisar al alcalde de lo ocurrido. Los otros dos jóvenes que quedaban, y había aguantado bastante bien, se quedarían con él y Godwin para hacer vigilancia en la entrada del bosque.

—Y tú, puedes ya ir... dónde fuera que ibas —le dijo Aland a Seline que todavía les acompañaba.

—Voy a quedarme con vosotros, tengo curiosidad por saber que ha ocurrido.

—No... no perteneces a mi equipo y no puedo responsabilizarme de lo que te ocurra.

—No pretendo ser uno de tus hombres. Sólo piensa que quiero hacer mi propia vigilancia, y he

escogido el mismo lugar que vosotros. Además, os acabo de ayudar...

Aland se cruzó de brazos y miró a Godwin suspirando por ayuda, pero este se encogió de brazos sonriendo y dijo:

—Nos ha salvado la vida. Reconozcamos que la situación era muy complicada...

—Está bien, cómo te llames...

—Me llamo Seline.

—Pues muy bien, Seline, haz lo que te dé la gana —dijo Aland y después siguió caminando.

—Yo me llamo Godwin —dijo este acercándole la mano a Seline para estrecharla—, y aquí el jefe se llama Aland.

—¿Y por qué es el jefe?

—Porque es el sheriff de allí dónde venimos.

Encontraron un lugar desde el que vigilar y en el que pasarían la noche. Primero encendieron un pequeño fuego, en las bolsas que llevaban con ellos tenían algo de pan, mantequilla y tocino. Utilizaron el fuego para derretir la mantequilla lo suficiente para poder untarla por el pan. Aunque de mala gana, Aland se vio en la obligación de darle comida también a Seline cuando se dieron cuenta que ella no llevaba, aunque por orgullo —ya que en realidad tenía mucha hambre—, no les había pedido nada. Cuando terminaron de comer y se había hecho de noche, apagaron el fuego para mantener el lugar donde estaban oculto.

Decidieron tomar la vigilancia a turnos de tres para que pudieran descansar. Aland y Godwin tenían el turno de descanso, mientras los otros vigilaban algo más alejados.

—Apenas conozco a mis hombres, si vas a dormir aquí no puedo asegurarte que no intenten hacerte nada —le dijo Aland a Seline que parecía querer hacer el descanso con ellos.

—Gracias por su preocupación... Sheriff. Pero como ya viste sé cuidar de mí misma. De todas formas, me quedaré cerca tuya, si así te sientes mejor. Por lo que puedo comprobar, no le caigo en gracia a su señoría, así que supongo que sería el último hombre que intentara tocarme —le dijo sentándose a su lado.

—No lo haría ni borracho —contestó Aland con algo de tosquedad, mientras se tumbaba colocando los brazos tras su cuello.

—Te recuerdo que metiste tu lengua en mi boca...

—Estaba algo borracho, y aún no me habías robado, ni golpeado.

—Ya... ya intenté excusarme... no fue algo hecho a propósito...

—No me importa. Sólo quiero dormir, llevo despierto desde muy temprano —Aland cerró los ojos después de mirar con envidia a Godwin que ya dormía profundamente.

—Está bien, pero primero, ¿puedes hablarme al menos y decirme quienes eran esos hombres? Me gustaría saber a quién he matado.

—No tengo ni idea, ni quienes eran, ni porqué nos atacaron. Por lo que sé, Servury es un pueblo muy tranquilo.

—¿Y qué hace un sheriff de otro condado en este lugar?

—Hemos venido a buscar un lobo que ha matado unas cuantas ovejas y vacas, tanto en el lugar del que vengo, como en este pueblo. Aunque ahora por lo que veo, tengo que preocuparte también por quienes eran esos hombres. Pero ahora por favor, déjame dormir.

Aunque no era época de mucho frío, aquella noche refrescaba y había algo de niebla, algo bastante común en aquella gran isla a diferencia del lugar dónde Seline había crecido. Como Aland hacía ya rato que se había dormido, despacio se acercó a él para quedarse a su lado hombro con hombro, aunque en aquel momento le parecía que el sheriff se comportaba un poco

idiota con ella, pues nunca fue su intención hacerle daño aquel día en la taberna; bueno sí, le había robado, pero acababa de salvarle el culo a todos, como para que mostrase un poco más de cortesía. La extraña cuestión para Seline era, que tenía algo de frío y el calor que desprendía el cuerpo de Aland le resultaba reconfortante.

Tras un largo rato de descanso, Aland se despertó, pero no de forma natural, sino debido a ruidos molestos cerca de su oreja. Cuando abrió los ojos y miró a su lado, se encontró a Seline pegada a él, roncando bastante fuerte. Después de suspirar de resignación la despertó bruscamente tapándole la nariz. Seline se incorporó asustada, produciendo un ruido con la nariz como el garrido de un cerdo.

—¿Qué haces idiota?! No podía respirar —le reprendió cuando se dio cuenta de lo que había ocurrido.

—Con los ronquidos que tenías ibas a descubrir nuestra ubicación.

—Yo... no ronco.

—Sí lo haces, de todas formas... es hora de hacer cambio de turno, pero claro, si la señorita está vigilando por su cuenta, puede seguir durmiendo —dijo con socarronería.

—Está bien, ya me levanto... —contestó Seline guardándose las ganas de darle una patada, esta vez intencionada.

Aland se levantó y después de despertar a Godwin se dirigió hacia donde estaban sus hombres y les preguntó si había alguna novedad.

—No ha habido ningún movimiento, Sheriff. Ni de humanos ni de lobos. Quizás tendríamos que habernos internado un poco más en el bosque.

—No después de lo que ha ocurrido hoy. De momento, lo único que quiero vigilar es que nadie extraño salga de este bosque hacia el pueblo.

Godwin se acercó, pese a su gran altura y su cuerpo basto, con su cara aún de dormido y su pelo largo algo revuelto, no daba tanto miedo y respeto como solía dar.

—No sé quiénes eran esos tipos, pero no creo que vuelvan hoy —dijo mientras se rascaba su abundante barba y dirigiéndose a Aland añadió—: ¿Crees que es necesario estar toda la noche?

—Sí, en cuanto amanezca nos vamos. Ahora vigilamos nosotros.

Hicieron el cambio de guardia y estuvieron ahí hasta que amaneció sin que hubiera ningún percance. Aland se sentía bastante frustrado, aún no sabían nada acerca del lobo, habían sido sorprendidos por aquellos hombres que habían estado a punto de matarlos, y habían sido ayudados por la persona que menos ganas tenía de encontrarse. Aquella chica había tenido suerte de que él no fuese ese tipo de sheriff a los que le encanta hacer que corten manos o cuelguen a personas.

Cuando ya habían recogido todas sus cosas para volver a la posada, un grito de espanto que provenía del pueblo les puso en alerta. Corrieron al lugar dónde procedía.

En la plaza del pueblo se encontraba una joven mujer cerca de alguien que estaba tendido en el suelo. Una vez que estuvieron cerca, se llevaron la horrible sorpresa al descubrir muerto en el suelo, a uno de sus hombres, uno de los chicos más jóvenes.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Aland a la chica que había gritado.

—No lo sé —contestó sollozando—, yo sólo iba a hacer mis recados matutinos y... me lo encontré así.

La gente del pueblo que acababa de despertarse miraba asustada a través de las ventanas. Aland miró con detenimiento al muerto, había sido herido de muerte por heridas de garras, pero en su cuello tenía además... unas extrañas marcas.

4

Corría algo de frío aquel día, quizás porque el otoño había llegado hace poco, o quizás por el ambiente extraño que estaba inundando Servury desde que habían encontrado el chico muerto. Seline era consciente que las cosas se estaban poniendo feas, pero llevaba mucho tiempo en busca de aventuras y sabía que ella era más rápida con su arco que cualquier lobo, así que decidió quedarse con Aland durante el tiempo que fuera necesario.

Después de dejar el cuerpo del chico en manos de un médico se habían reunido todos en la taberna para averiguar porque éste se encontraba fuera de la posada, pues, entre las órdenes que había dado Aland al hacerlos volver, estaba también la de no salir de allí. Todo parecía complicarse más cuando uno de sus hombres, Rod, entró en la taberna y les informó que cuando marchó con algunos hombres de la guardia de Servury para recoger los cadáveres de los hombres negros, ya no estaban, alguien se los había llevado. Además, el alcalde no tenía información sobre ellos, aunque la descripción de los ropajes que usaban le había hecho recordar algo, y le dijo a Rod que trataría de informarse.

En cuanto al chico muerto, la única respuesta que tuvo fue de Jeff, quien había acompañado a los heridos hasta la posada y asegurado que los curasen.

—Yo los traje hasta aquí y me ocupé de que se recompusieran, luego los envié a descansar y les recordé que no podían salir de la posada hasta que los demás volvieran. Una vez hecho, me fui a descansar, no puedo cuidarlos como si fuera su madre, no es culpa mía que se escogieran voluntarios para venir y se inscribieran niños de teta —les dijo, obteniendo una mirada molesta de los chicos—, en serio, tenéis que cuidar de vosotros mismos —añadió, y después levantó su jarra para dar un gran trago a su cerveza.

—Yo no vi nada —añadió William—, pero sé que este compañero, cuyo nombre era Alton, tenía un especial carácter... y desde que salimos de Bluecastle no paraba de repetir las ganas que tenía de emborracharse ahora que estaría lejos de su padre. Así que supongo que bajaría a la taberna. ¿Habéis preguntado aquí, o las otras tabernas que hay en el pueblo?

—No —contestó Aland—, pero nadie ha visto que pasó, así que, aunque hubiese sido visto emborrachándose, al final no nos ayuda a saber qué o quién le mató... Bien, yo iré con Godwin a ver al médico, para que nos dé más información de lo que le ocurrió al chico... a Alton. Rod, necesito que vuelvas con el alcalde hasta que se sepa algo más de aquellos hombres. Los demás vigilar el pueblo, y seguir preguntando por si alguien hubiese visto algo más y no haya querido contarlo. Y tú, William, puedes venir con nosotros, así Moon paseará un rato, veo que ya está más recuperada.

—Sí, recibió algunas patadas, pero ya se encuentra bien, es una perra fuerte —contestó William.

—Me alegro, gracias por cuidarlos, mientras no resolvamos este asunto no puedo prestarles la atención que me gustaría.

—Tranquilo, señor, de verdad que no me importa, cuando me registré para venir aquí sólo pensaba en salir de casa, pero no imaginé lo duro que sería esto, así que por lo menos me alegro de poder hacer algo... yo no sirvo para pelear.

—Yo puedo entrenar contigo si lo deseas —le dijo Seline que estaba sentada al lado de él—, soy buena con el arco, pero confieso que soy algo más lenta en la lucha cuerpo a cuerpo, aunque también me defiende muy bien, pero me vendría bien entrenar algo más.

William aceptó agradecido, y Aland, que al escucharla hablar fue como si de repente recordara que ella estaba allí, se volvió para hablarle.

—Ya, ya lo sé... —dijo Seline antes de que él pudiera hablar—, para mí no hay órdenes, pero puedo hacer lo que me dé la gana. Iré con vosotros al médico.

Se dirigieron hacia la casa del médico que estaba cerca de la entrada del pueblo, Aland y Godwin caminaban por delante, el primero resignándose a que Seline iba a estar acompañándolos mientras se solucionara aquello. Había estado pensando en preguntarle por las monedas que le robó y pedir que se las devolviera, si lo hiciera, quizás se sentiría un poco más en paz con el hecho de que ella estuviera allí.

Un poco más atrás caminaba Seline al lado de William que nuevamente llevaba al cachorro Sunny atado sobre su pecho. Ella estaba acariciando al cachorro, hasta que de repente, al mirar a Moon caminando feliz al lado de su amo pareció caer en la cuenta de algo.

—¿Habías dicho que la perra se llama Moon? —preguntó a William.

—Sí.

—Qué bonito, se llama «luna» en inglés. Mi nombre es una variación de Selene, uno de los nombres que se le daba a la luna.

—Jajajajaja. —La risa de Godwin interrumpió la conversación, mientras que Aland lo miró perplejo sin decir nada, pero pensando; «Con todo lo que tenemos encima, te pones a reír a carcajadas».

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia Godwin? —preguntó William sorprendido.

—Os estaba escuchando hablar. Resulta que el cachorro se llama Sunny, que significa sol, y por si no lo sabéis, el significado del nombre de Aland es; brillante como el sol. Jajajajajaja. —No podía parar de reír y se llevaba la mano al estómago inclinándose—. Eso significa querido amigo que tú eres el cachorro y esta joven la madre, jajajajaja.

—Dado que Moon es hembra, lo prefiero así —contestó Aland cruzado de brazos impasible—, de todas formas ¿no son totalmente contrario el uno del otro? Uno sale cuando el otro ya se ha ido.

—Bueno, no debemos olvidar que también podemos ver la luna durante el día —añadió William—, aunque efectivamente no brilla hasta la noche. Pero más de una vez he escuchado leyendas sobre que el sol y la luna eran amantes...

—Creo que es mejor que lo dejemos estar... —dijo Seline, que no parecía molestarle la broma y ocultaba la risa—, sigamos caminando, sin darnos cuenta nos hemos parado.

—Creo que más bien sois como cuando el sol y la luna se cruzan y queda ese aspecto tan tenebroso, jajajajajajaja —bromeó Godwin cuando reanudaron la marcha mientras Aland intentaba que aquella tontería no le afectara a los nervios.

Llegaron a casa del médico, William se quedó fuera paseando a Moon y también para que Sunny caminara, los otros tres entraron en la casa. El médico les hizo pasar a una sala donde se encontraba el cuerpo de Alton sobre una mesa de madera.

—¿Le parece que haya podido ser un lobo? —preguntó Aland al médico.

—Las heridas en el pecho así lo parecen, pues son heridas de garra, lo que no acabo de entender son las marcas en el cuello, parece que le han succionado la sangre, pero un lobo no hubiese hecho una marca tan pequeña.

—Maldita sea, Aland... —dijo Godwin que parecía algo asustado—, esto es como en las historias que oía cuando era pequeño. Es por lo mismo que la mujer del alcalde estaba asustada y su cocina tenía aquel olor.

—No sé de qué me estás hablando, Godwin.

—¿Nunca has oído nada?

—Yo sí sé que dices, Godwin. En alguno de mis viajes escuché leyendas sobre bestias que chupaban la sangre a los vivos —dijo Seline.

—Eso que decís es una auténtica locura —dijo Aland, y sin que apenas pudieran darse cuenta el cuerpo de Alton se había inclinado de una forma sorprendente rápida sobre la mesa y había agarrado a Aland por la espalda.

Seline en un gesto rápido había cogido una de las flechas de su arco, pero Godwin había sido más rápido que ella y en segundos ya tenía agarrado a Alton por el cuello logrando así, que soltara a Aland. El susto los había dejado paralizados mirando con estupor a aquel chico que había vuelto a la vida y al cual le asomaban unos tenebrosos colmillos. Con toda su fuerza Godwin logró volver a tumbar al chico sobre la mesa, lo inmovilizó agarrándole fuertemente por la cabeza después de pedir a Seline que le agarrara los pies, para impedir que se escapara, mientras Alton forcejeaba intentando escapar.

—¡Aland tu espada! —exclamó Godwin—. ¡Córtale la cabeza!

Aland todavía incrédulo de lo que estaba viendo, hizo lo que su amigo le pedía, cortó el cuello del joven con un corte seco, salpicando de sangre al médico que se encontraba inmóvil, pegado a la pared del susto.

—¿Qué ha pasado? —exclamó William que acababa de entrar asustado al oír los gritos.

—Ocurre que tenéis un problema peor que un lobo —le contestó Seline.

Pocos minutos después llegó Rod que traía noticias del alcalde y que quedó pasmado al ver lo que había ocurrido en esa sala.

—¿Qué demonios...? —preguntó.

—Luego te lo contaré... ¿Vienes a decirme algo? —le preguntó Aland aún casi sin aliento.

—Sí... sí... el alcalde ha sabido que unos hombres del sheriff de otro condado, que visten con una indumentaria muy semejante a la que vimos, desaparecieron hace semanas sin dejar rastro y sin saber por qué. Al parecer no eran unas grandes personas... y daban bastantes problemas, pero les gustaba demasiado el poder que tenían como para abandonar y salir huyendo. Quién sabe, quizás le gustaba la libertad de hacer lo que les diera la gana por ahí.

—Quizás sea eso, sólo unos vándalos a quienes le gusta armar jaleo y hacer daño... —observó William, sin apartar la mirada de la cabeza de Alton separada de su cuerpo.

—O quizás fuera otra cosa... —añadió Seline.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Aland.

—No puedo asegurarlo... Supongo que hay alguna iglesia en este pueblo ¿verdad?

—Sí, estaba detrás del ayuntamiento —contestó William.

—Deberíamos ir.

—Sí yo también creo que deberíamos ir —dijo Godwin.

—Está bien, después de lo que acabamos de ver, sólo Dios tiene la respuesta —aceptó Aland todavía sorprendido de lo que acababa de presenciar.

—Un momento por favor ¿qué hago con el cuerpo? —les preguntó temeroso el médico cuando vio que se iban y le dejaban con... aquello.

—Córtelo en trozos y quémelo en la chimenea —le dijo Godwin.

—Qué barbaridad... —contestó el médico llevándose la mano al pecho.

Aland pidió a Rod que se quedara ayudando con aquella tarea tan macabra mientras los demás se dirigieron a la iglesia.

Camino a la iglesia se encontraron con el alcalde quién les preguntó si Rod les había dado ya

la información. Aland asintió y después le puso al día al contarle que tenían peores problemas que la identidad de aquellos hombres. Robert sorprendido por la historia que le acababan de contar, y espantado por lo que le pudiera pasar a los habitantes de su pueblo, decidió acompañarlos a la iglesia.

Aquella Iglesia no era un lugar muy grande, pero era perfecta para los habitantes de Servury, que no eran más de seiscientas personas. Cuando entraron, un cura de joven apariencia los saludó.

—Bienvenidos hermanos a la casa del señor. Alcalde Robert, me alegro de verle, ¿en qué puedo ayudaros?

—Por favor, necesitaríamos hablar con el Padre Philip, es un asunto de urgencia—le contestó el alcalde.

—Por supuesto, por favor esperen aquí.

El alcalde aguardó la espera caminando nervioso de un lado para otro, Aland y Godwin esperaban superando con endereza el miedo que les producía lo que acababan de vivir, mientras que Seline y William —quien había dejado los perros al cuidado de uno de los curas que habían encontrado fuera— paseaban observando las vidrieras pintadas y las figuras que la iglesia tenía en su interior. Un pequeño pero irritante sonido, alertó a Seline, descubrió enseguida que era el ruido de una rata corriendo a su lado, Seline, que aún mantenía el susto con Alton, y también porque odiaba a las ratas, no pudo impedir el impulso de gritar y pegar un brinco, asustando también así a los demás, y peor aún, chocando con Aland quien absorbió en sus pensamientos el golpe de Seline le pilló totalmente desprevenido e hizo que perdiera el equilibrio, por lo cual chocó de frente contra uno de los muros de la iglesia.

—¡Maldita sea! —exclamó del dolor.

—Por favor, no permito ese lenguaje en mi iglesia. —El Padre Philip, un hombre alto y de espaldas anchas, había entrado en la sala y se acercaba a ellos—. Y disculpen la rata, normalmente este es un sitio muy limpio, pero no sé por qué razón últimamente han aparecido varias.

—Disculpe mi lenguaje, Padre —se disculpó Aland mientras acariciaba su frente dolorida y miraba a Seline con mala cara; ésta le miró encogiéndose de hombros.

—Quizás esto de las ratas también tenga que ver, como todo lo extraño que pasa últimamente, con lo que venimos a decirle, Padre —le dijo el alcalde apretando con fuerza una mano contra la otra, intentando quizás esconder así el temblor que tenía.

—Alcalde, ya me han dicho que querían hablar conmigo de urgencia, ¿qué ocurre?

—Si me permite se lo explicaré yo, Padre, soy Aland de Sallow, sheriff en Bluecastle. Vine a Servury debido a unas reses muertas, algo que ha ocurrido tanto aquí, como de donde procedo. Pensábamos que había sido un lobo, pero... ahora creemos que ha sido otra cosa.

—Un vampiro —intervino Seline—. Disculpe que interrumpa, pero puedo confirmarle que lo que acabamos de ver y matar, era uno.

—¿Vampiros? —preguntó sorprendido el sacerdote—, eso sólo son leyendas.

—Pues parece ser que no... —añadió el alcalde.

—Eso era la bestia que como le decía, matamos hace un rato, aunque antes había sido uno de los hombres del sheriff, quien esta mañana ha aparecido muerto en extrañas circunstancias. Perdóneme, Padre, mi nombre es Seline, he viajado mucho y alguna vez oí sobre vampiros... y me gustaría saber si tiene información o libros que hablen sobre ellos.

—Pero esto que me cuentan me parece una locura... aunque sé que sois sinceros en lo que me contáis, para la iglesia los vampiros no eran más que leyendas, pero puede que tenga algún libro que hable de ellos, enviaré a alguien a buscar en la biblioteca. Y os puedo ofrecer lo que

necesitéis... agua bendita, cruces... —El sacerdote, se sentó en uno de los bancos de la iglesia, parecía agotado por la información recibida.

Algo más tarde salieron de la iglesia con todos los libros que habían podido encontrar sobre vampiros, aunque algunos sólo eran cuentos y leyendas inventadas, o al menos eso creían hasta ahora. El Padre les ofreció también agua bendita y crucifijos como les había dicho, y les pidió que le informaran en cuanto supiesen algo más.

—Así que vampiros... —dijo Aland suspirando, con un poco de desesperación por el cauce que habían tomado las cosas.

—Pues me temo que sí, ya lo vistes —le contestó Seline.

—Por favor... no me hables...

—¿Por qué? ¿Por lo de antes? Me he asustado y ha sido sólo un accidente.

—Pues por favor... no te me acerques mucho, cada vez que estás muy cerca acabo escaldado... y nunca quieres hacerlo expresamente..., y además me debes dinero.

—¿Qué...? Bueno..., mira, la verdad es que no tengo ningunas ganas de acercarme a ti —le contestó Seline indignada, aunque sabía que en la parte del robo de las monedas no tenía excusa —, de todas formas, me gasté el dinero para pagar la posada y la comida de estos días desde que... salté de tu ventana.

—Vamos que... al final te estoy manteniendo como si fueras uno de mis hombres... —contestó Aland y luego se alejó de ella.

Bueno, si el tipo no quería disculpar que el rodillazo había sido un mal impulso, y no podía entender que ese golpe contra el muro había sido un accidente... no era problema de ella...

—¿Siempre tiene tan mal carácter? —Se acercó Seline a Godwin para preguntarle sobre Aland.

—No, normalmente es bastante agradable, pero con lo que tenemos encima ahora...

—¿Y por qué lo han enviado a él? Si es el sheriff, ¿no debería haberse quedado en casa?

—Porque es el mejor hombre para estas cosas, además, suponíamos que sólo tardaríamos unos días en ocuparnos de esto.

Mientras hablaban habían llegado a la posada, pero Aland la cruzó de largo para entrar en la caballeriza.

—¿Van a ir alguna parte? —preguntó el alcalde que aún se encontraba con ellos —Bueno, yo voy a volver a casa, todavía no sé muy bien qué tengo que hacer... ¿debería informar a los pueblos vecinos?

—Déjelo en nuestras manos, Robert —le contestó Godwin—, primero vamos a asegurarnos que es la bestia, y qué ha convertido a Alton en eso que vimos en casa del médico.

—Está bien, está bien, siento no ser de más ayuda, vuelvo al ayuntamiento.

Después de marcharse, los otros siguieron a Aland dentro de la caballeriza, éste ya estaba preparando el caballo para montar.

—Qué caballos más hermosos —dijo Seline al verlos y se acercó al de Aland para acariciarlo — nunca he podido tener uno y no sé montarlos.

—Pues entonces ahora no podrás acompañarnos, tendría que llevarte conmigo y ahora no quiero hacerlo.

—Tampoco te lo pediría, pobre caballo, no le haría algo tan feo como hacerle llevar a dos personas...

—Los caballos está acostumbrados a cosas así.

—Están obligados a muchas cosas, pero eso no significa que, de poder escoger, quisieran. ¿A

ti te gustaría que un gran trasero... estuviera trotando todo el día sobre ti?

—Yo nunca me negaría a que trotaran sobre mi todo el día —contestó Aland escondiendo una sonrisa.

—¡No!... no..., yo no... yo no me refería a eso. —Se sonrojó Seline apartándose del caballo.

—Bueno, mejor dejemos esta conversación—les interrumpió Godwin riéndose—, ¿supongo que vamos a alguna parte Aland? —le preguntó mientras también él ensillaba su caballo.

—Sí, quiero subir la ladera y ver que hay más allá del pueblo. Quiero saber dónde pudieron ir los tres hombres que huyeron.

Aland y Godwin montaron sus caballos y salieron del establo dejando solos allí a Seline y William.

—Tengo hambre, vayamos a comer algo —dijo Seline—, ¿verdad que cuando coméis no pagáis y va a una cuenta a nombre de Aland?

—Sí, así es.

—Pues voy a comer y beber hasta reventar.

5

Cuando Aland y Godwin volvieron, contaron que no había nada colindante al bosque dónde pudieran esconderse la bestia o aquellos hombres, pero habían descubierto en la lejanía, la figura de un castillo. Cuando preguntaron por éste en el pueblo, les contaron que hacía años cuando estaban en guerra, a los dueños del lugar le embargaron varias propiedades incluido ese castillo, el cual ahora estaba bastante descuidado debido al abandono desde hacía años. Estuvieron de acuerdo en que debían ir a inspeccionarlo, pero que era una locura hacerlo sin tener antes información sobre como matar a ese tipo de bestias. Después Aland se encontró con un problema, cuando al informar a sus hombres de todo lo que había ocurrido y a qué se enfrentaban, protestaron diciendo que no habían ido hasta allí para enfrentarse a algo tan peligroso como aquello. John, quien había sido el bruto de ahuyentar con una piedra a Moon cuando la vieron por primera vez, y quien desde que habían llegado a Servury parecía que no estaba nada contento por cómo se estaban llevando las cosas —incluido el hecho de que Seline acompañara a todos lados a Aland, mientras él tenía que estar con Jeff cuidando de aquellos críos...—, fue el primero en decidir que se largaba de allí.

—Podrían acusarte de traición por abandonar al sheriff, sobre todo con el lío que tenemos ahora encima —le reclamó Godwin.

—Está bien, Godwin, no me importa —interrumpió Aland, quien los miraba seriamente tras aquella profunda mirada azul—. Es cierto, os traje aquí para cazar un lobo y no leyendas, así que el que se quiera ir tiene mi permiso. Y sí, esto va a ser peligroso, y por eso necesito hombres que realmente quieran pelear cuando sea necesario.

Los hombres se quedaron en silencio mientras Seline miraba a Aland entre impresionada por su endereza por la manera en que llevaba las cosas, y divertida cuando se fijaba en el chichón que le había salido en la frente a causa del golpe en la iglesia.

—¿Y sabemos algo más de Alton? —preguntó Aland para romper el silencio, ocupando sus manos en peinar hacia atrás su pelo, el cual le llegaba algo por debajo de las orejas, escondía así cierto nerviosismo que le causaba la situación, pero que no quería para nada que sus hombres le notaran.

—Al parecer sí que estuvo bebiendo algo en otra taberna —dijo Jeff—, pero lo echaron cuando estaba bebiendo más de la cuenta. Alguien dice que al salir le pareció verle acercarse a una mujer rubia, pero no lo vio del todo bien.

—Quizás encontró a alguien con quien pasar la noche y luego le sorprendió la bestia —supuso Godwin.

—No lo creo —volvió a decir Jeff—, por lo que sé, las pocas chicas jóvenes que hay en este pueblo son bastante recatadas, por eso la persona que lo vio dice no estar seguro.

—La cuestión es que Alton está muerto —dijo Aland—, así que supongo... que en realidad da igual que hizo antes de morir, lo importante es quién lo mató...

Un día después, John junto con Jeff y los tres chicos jóvenes —sin contar a William—, volvieron a Bluecastle junto con una carta de Aland en la que informaba que debido a la peligrosidad que había tomado la situación, les hacía volver a casa e informaba también de la muerte de Alton. Además, les pedía que no enviaran más hombres a no ser que el mismo

escribiera para requerirlo.

Lo cierto es que Aland lo prefirió así, los hombres más jóvenes le resultaban un estorbo, y tampoco quería a su lado nadie en quien no pudiera confiar, así que en ningún momento dudó en dejarlos ir.

Aquella tarde dispuso una mesa en su habitación y solicitó que le llevaran su comida y la de los hombres que se habían quedado con él, incluida Seline. Quería poder hablar con más intimidad, dado que había notado que la gente del pueblo parecía prestarles atención cuando hablaban y no deseaba alarmar a nadie. La cena consistía en sopa, algo de carne de cerdo, pan, mantequilla, y sidra para beber. Moon y Sunny tenían también su cuenco de agua y otro con sobras de la comida del mediodía.

Seline había llevado consigo alguno de los libros que le habían prestado en la iglesia. Apenas hablaron mientras comían, pero una vez terminaron, Aland preguntó si había obtenido algo de información en aquellos libros.

—Bueno, apenas hay nada nuevo que no supiese ya —dijo Seline.

—Bien, pero yo casi no sé nada sobre vampiros, nunca me interesaron esas historias, porque al fin de cuentas se trataban de leyendas. Así que, por favor, cuéntame lo que sepas —dijo Aland amablemente, no obstante, Seline no había huido y se había quedado allí para ayudarles, y era consciente de la ayuda que le había ofrecido hacía sólo un par de días.

—Bueno, cuando me fui de casa hace muchos años, antes de venir hacia el norte viajé hacia el sur. Allí en las tierras donde el sol arde, escuché leyendas sobre vampiros que decían ser ciertas. Por lo que sé, no son muy diferentes a lo que dicen estos libros, por norma, los vampiros sólo salen en la noche, pues la luz del sol los puede matar, se alimentan de la sangre de otros y pueden convertir a personas en vampiros haciendo que beban su sangre... por lo que no siempre matan a sus víctimas, les gustan tener vampiros a su alrededor para que les cubran las espaldas. Se puede utilizar el ajo para repelerlos, pero no los mantienes mucho tiempo alejados con eso. Los crucifijos les asustan bastante y para matarlos es necesario una estaca en el corazón, o cortar la cabeza... pero no es tan fácil acercarse a ellos.

—¿Así que no eres de por aquí, Seline? Aunque tu acento te delata—le preguntó Aland sorprendido por su cultura. Para empezar, no conocía a mucha gente que supiera leer, sólo los que venían de buena familia sabían hacerlo, y no todo el mundo leía tan bien como parecía saber ella.

—Soy de la Corona de Aragón cerca del Mediterráneo. Pero por si os lo preguntáis, en mis viajes no sólo visitaba lugares, sino que tomaba tiempo en aprender, como a leer, escribir, usar el arco, historia... Aunque debo decir que mi madre nació en Inglaterra, por eso hablo vuestro idioma.

—Estupendo, pero, ¿podemos continuar con los vampiros? —preguntó Rod, arqueando sus gruesas cejas.

—Sí —continuó Seline—, tampoco sé mucho más, dicen que hay variedad de vampiros, algunos pueden caminar durante el día, aunque sea por poco tiempo, y por lo que sé, también tienen poderes psíquicos. Es por eso que tengo la intuición de que aquellos hombres de negro estaban bajo un influjo.

—A mí lo que me da miedo es que utilices la palabra algunos. ¿Dices que puede haber más de uno? —interrumpió nuevamente Rod.

—Espero que no, sólo digo que las historias cuentan, que existen más de una variedad de vampiros. Pero si os hace sentir más tranquilos, Bhuza, un amigo de África y quien me contaba historias reales, me aseguró que aquellos vampiros de los que me habló, fueron derrotados.

—¿Entonces que deberíamos hacer? —preguntó William.

—De momento utilizar los crucifijos y el ajo para mantenerlo alejado, pero cuando tenga sed de sangre, nada le impedirá que mate alguien. Podría usar cualquier truco...

—¿Qué hacemos, Aland? —preguntó Godwin.

—La verdad... no lo sé, esto me supera... —se sinceró.

Unos golpes en la puerta los interrumpió, era el alcalde que tenía malas noticias.

—Gladys, una de las jóvenes del pueblo ha desaparecido —les dijo.

—Alcalde, me temo que al final... nos vemos obligados a dar la voz de alarma —le dijo Aland.

Era triste que un pueblo tan tranquilo como Servury de repente hubiese sido invadido por el miedo. Se alertó que por el día fueran con cuidado y que nadie saliera de su casa por la noche. Todo el mundo colgó ajos fuera de sus casas y todas las puertas del pueblo se habían llenado de crucifijos. Aland compró una espada para Seline e hizo que Godwin la entrenara a ella y William; quien ya tenía su propia espada, pero apenas sabía utilizarla.

—Godwin —le preguntó Seline tras una pausa del entrenamiento—, ¿tienes familia en Bluecastle?

—Sí, tengo mujer y cinco hijos, tres chicas y dos chicos... —le contestó mientras se rascaba la barba y miraba hacia el horizonte, su mirada parecía triste tras aquellos ojos claros.

—Supongo que será más difícil para ti todo esto.

—Bueno, mi mujer tiene carácter y sé que podría salir adelante si me pasara algo... aunque por supuesto, soy un tipo fuerte no pienso dejar que me gane ni siquiera un vampiro. Lo único que me preocupa es que mi familia se asustará cuando nuestros hombres lleguen a la ciudad y cuenten las noticias —dijo a la vez que se sentaba sobre una roca y bebía algo de sidra de su cantimplora—, por eso es importante que matemos a la bestia, por lo que sabemos ya pasó por Bluecastle cuando mató a los animales, tuvimos suerte de que no matara a nadie, y si lo hizo sería a algún pobre desgraciado al que nadie haya echado en falta. Y no pienso dejar que vuelva por allí. Pero..., venga, sigamos entrenando.

Entretanto Aland, había estado en la posada pensando en la manera de ir a inspeccionar el castillo sin ser vistos. Si hubiese alguien allí, se trataba de pillarlo por sorpresa. Así que después de darle muchas vueltas decidió consultarlo con Seline, al fin de cuentas era la que más información tenía. La encontró hablando con Godwin en la entrada del bosque, sin William, que tras el entrenamiento había ido a descansar a su habitación.

—Seline, necesito preguntarte algunas cosas —le dijo cuando se acercó y se sentó cerca de ella sobre las rocas en las que ella y Godwin estaban sentados.

—Claro, dime —contestó un poco sorprendida de la atención que recibía de él gracias a sus conocimientos sobre vampiros.

—Dices que no salen durante el día, entonces... ¿qué hacen durante esas horas?

—Por lo que sé, el sol puede matarles, así que durante el día duermen en ataúdes en zonas donde no entra la luz del sol. En los sótanos de una casa, habitaciones con las ventanas tapadas..., bueno eso es lo que me contó Bhuza.

—¿Y por qué tengo que fiarme que las historias de ese tal Bhuza eran ciertas?

—Porque los ancianos del pueblo me las confirmaron —le contestó Seline molesta por la pregunta —además confiaba plenamente en él.

—No me convences...

—¿En serio? ¿Eres idiota? —Seline empezaba a molestarse—. ¿Tengo que recordarte que tú mismo has visto un vampiro? ¿Qué Alton... el no muerto... casi te muerde el cuello? Además...

—¿Además qué? —contestó Aland conteniendo la risa mientras sonreía de reojo a Godwin.

—Además Bhuza era mi compañero sexual, y yo no me meto en la cama de cualquiera.

Godwin casi se atragantó con las uvas que estaba comiendo cuando escuchó aquella respuesta. Mientras Aland se había quedado todo perplejo, sólo había estado bromeando un poco con ella, pero por su cara no se esperaba para nada aquella información.

—Yo voy a alejarme un poco y os dejo hablando solos —les dijo Godwin y se dirigió a sentarse un poco más alejado, pero dónde todavía podía oírlos.

—Así que compañero sexual... —dijo Aland.

—¿Te sorprende? Cuando salí de mi casa sabía que no me casaría, así que cuando me apetecía...

—¿Y has tenido muchos compañeros sexuales? —le preguntó Aland incómodo.

—No —contestó contundente Seline—, me temo que para una mujer no es tan fácil, no puedo hacerlo con cualquiera, no se trata sólo de enfermedades, debo evitar embarazos no deseados.

—¡Igualmente seguro que has tenido más sexo que Aland! —gritó Godwin desde el otro lado.

—¡Cállate idiota! —le espetó Aland.

—¿Qué quiere decir? —preguntó curiosa Seline.

—Nada...

—¡Lleva año y medio sin mojar! —volvió a entrometerse Godwin.

—Vaya ahora me sabe peor nuestro encuentro en la posada. —Se lamentó Seline sinceramente. Pero Aland apretó los labios y arrugó la nariz e hizo un gesto de cabeza que venía a decir «vamos a dejar este asunto».

—Bueno, se está haciendo tarde volvamos a la posada... ¡Venga Godwin nos vamos! —Después de ponerse en marcha, Aland se dirigió de nuevo a Seline—. Te escuché hablar con William ayer, ¿es cierto que siempre has viajado andando? ¿Nunca has hecho parte del camino en coche de caballos?

—No, sólo he caminado, excepto cuando tomé el barco para llegar a la isla, pero oye... —Se aupó un poco para acercar su cara a la de Aland y bromeando le susurró—: Si te sirve de consuelo, en los tres años que llevo por aquí yo tampoco he estado con nadie, así que te gano en eso.

—Oye... —Acercó su cara a la de ella, y tras tener aquellos ojos marrones frente a los suyos, acercó sus manos a las orejas de Seline y tiró de ellas, evitando ser demasiado brusco—. Por favor, dejemos esta conversación.

—Que divertidos sois —rió Godwin que los había escuchado.

Aunque Aland no pareció darse cuenta, Seline se había sonrojado al tenerlo tan cerca. Aquello le hizo recordar aquel beso en la habitación de la posada, que pese a las circunstancias en que había ocurrido, lo había disfrutado bastante. Quizás fuera por la sequía de relaciones íntimas, pero a pesar de no llevarse del todo bien con Aland, había comenzado a pensar en la posibilidad de colarse entre sus sábanas.

Cuando volvieron al pueblo se encontraron con un nervioso William fuera de la posada.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Aland.

—¿Os habéis cruzado con Moon? Ha salido corriendo hacia el bosque.

—¿Qué? —preguntó sorprendido—. Está oscureciendo.

—Creo que escuchó un sonido en el bosque... ha sido culpa mía... —William corrió en busca del perro antes de que los otros pudieran detenerlo.

Aland echó a correr detrás de él y Seline también lo hizo, Godwin paró un segundo para gritar el nombre de Rod dentro de la posada y cuando este apareció, ambos también corrieron hacia el

bosque.

—¡Aland! —exclamó Seline que corría detrás de él—. ¡El sol se está escondiendo, es peligroso!

—¡Lo sé, pero no puedo abandonar a William! ¡Y mi a mi perro tampoco!

Entonces algo saltó de un árbol sobre Aland haciéndole caer de espaldas. Un gato gris oscuro de tétricos ojos amarillos, estaba sobre él gruñendo. Aland se lo quitó de encima como pudo, cuando Seline llegó a su lado el gato huyó. Seline le ofreció su mano para ayudarlo a levantarse.

—Ese gato tenía los colmillos muy afiliados, daba miedo —dijo cuando se puso en pie.

—Los gatos suelen tener ese aspecto cuando se enfadan —Se burló Seline.

—Aland..., ¿Y William? —le preguntó Godwin, que junto a Rod acababan de llegar hasta ellos.

—No lo sé, un gato nos ha entretenido. Sigamos adelante, pero esta vez caminando, ya casi está oscuro y es mejor no hacer demasiado ruido.

Siguieron las marcas de pisadas que tanto Moon como William habían dejado sobre la hierba, hasta que llegaron a una parte del bosque desde la que podían observar un poco más abajo, tras una ligera pendiente, que el río cruzaba por allí; cerca se encontraba William junto a Moon. Parecían estar bien... iban a acercarse, pero algo en el bosque los puso en alerta, a lo lejos tras los árboles, un extraño ser surgió.

De casi dos metros de alto, su cuerpo era delgado, pero parecía ser fuerte, no tenía pelo y sus orejas eran puntiagudas, las uñas de sus manos eran garras, y vestía con una túnica y botas negras que hacían resaltar su pálida piel. A pesar de no estar muy cerca de él, podían notar el miedo que les procesaba aquella mirada de ojos rojos. Estaba claro que eso era, el vampiro... Éste se quedó quieto, observándoles desde el mismo lugar de dónde había salido. Cuando Moon descubrió su presencia comenzó a ladrarle, mientras William la sostenía para que no se escapara y se acercara a... aquello. El vampiro apenas sin moverse, miró a Moon y abrió la boca para emitir un gruñido, enseñando tras ella todos sus afilados dientes. La perra se asustó y salió corriendo en dirección dónde estaba Aland y los otros, y William la siguió. No sabían muy bien que hacer, el vampiro no se movía, pero no dejaba de mirarlos.

—No le miréis directamente a los ojos —les dijo Seline cuando William llegó junto a ellos—, si tiene poderes psíquicos podría obligaros a hacer cosas contra vuestra voluntad.

—¿Alguien ha traído algún crucifijo o el agua bendita? —preguntó Aland, pero la respuesta fue negativa, todas las cosas estaban en la posada, habían salido tan rápido tras William que nadie pensó en ello.

—Pues lo tenemos difícil, pero no parece que vaya a atacar... —dijo Godwin.

—No creo... —dijo Seline. Por suerte ella siempre mantenía cerca su arco y flechas, sobre todo desde que las cosas se habían puesto más oscuras, y por lo que veía, excepto William, todos tenían también sus espadas. Probablemente todo aquello podría servirles para defenderse, pero no para matar al vampiro.

Demasiado rápido, sin que tuvieran tiempo de reaccionar, el vampiro desapareció del lugar dónde estaba para segundos después encontrarse ante la cara de Aland, le enseñó sus dientes afilados tras una terrorífica sonrisa, y después lo agarró por el cuello y se lo llevó de allí con una velocidad impresionante sin que nadie pudiera hacer nada, y al parecer, con la intención de salir del bosque por el mismo lugar por el que había aparecido. Por suerte para Aland, Seline era también bastante rápida, en cuestión de segundos había lanzado una de sus flechas, se clavó en el hombro del vampiro quien a causa del dolor soltó a Aland que cayó al suelo en un golpe seco.

Aland se levantó con dificultad por el dolor de la caída, sintiéndose idiota por haber sido una presa tan fácil.

Mientras el vampiro estaba furioso intentando llegar hasta la flecha de su espalda para sacarla, Aland aprovechó para alejarse de él. Entonces Godwin y Rod se movieron para ir a ayudarlo, pero no pudieron hacerlo porque delante de ellos aparecieron de nuevo los hombres de negro, eran tres, exactamente los que escaparon. Comenzaron a luchar con las espadas, pero eran tres contra dos, pues William había tenido que esconderse tras un árbol con Moon, porque no tenía forma de ayudar, ni era bueno luchando y ni siquiera llevaba su espada encima...

Seline apuntaba al monstruo mientras Aland intentaba volver hasta ellos, todo pasaba a la vez, y muy rápido, pero viendo que Godwin y Rod se encontraban en dificultades se giró hacia ellos para ayudarles. Tuvo que hacerlo cuerpo a cuerpo, pues por la corta distancia y lo mucho que se movían, además de los nervios que tenía, temía poder equivocarse con la flecha y herir a quien no debía. Mientras peleaban, el vampiro había logrado zafarse de la flecha y se acercó nuevamente a Aland que no había logrado alejarse demasiado, lo agarró por el pie y lo atrajo hacia él arrastrándolo por el suelo. Sus colegas temían por él, pero no podían ir a ayudarlo sin antes zafarse de los hombres de negro. Pero entonces... antes de que el vampiro pudiera sacar a Aland arrastras del bosque, una piedra voló por el aire y golpeo al vampiro en la cabeza, cuando se volvió furioso otra piedra lo alcanzó rápidamente, esta vez en un ojo; las estaba lanzado William. De nuevo, el vampiro soltó a Aland y se llevó las manos al ojo mientras gruñía. Extrañamente después de esto los hombres de negro parecían perder fuerza, lo cual aprovecharon Godwin, Rod y Seline para acabar con ellos.

Una vez libres de aquellos hombres, Seline se agachó para agarrar las piedras que pudo, y antes de lanzarlas exclamó a Rod y Godwin que ellos también hicieran lo mismo. Todos le lanzaron piedras al vampiro, unas tras otra, así que el vampiro empezó a retroceder mientras se cubría la cabeza con las manos y emitía gritos aterradores. Aland que caminaba con dificultad, había logrado acercarse a sus compañeros mientras entretenían a aquella bestia con las piedras.

—¡Tenemos al vampiro bastante cabreado! —le gritó Seline, con un deje de burla a Aland cuando lo tuvo a cerca.

—¿En serio?! ¡No es momento de bromear! —contestó Aland agotado.

—Tengo una idea —continuó Seline —, sin parar de lanzarle piedras moveos hasta la derecha, quiero hacerle retroceder hasta el río.

Hicieron caso a Seline, cuando le lanzaron piedras desde el lado derecho, el vampiro retrocedió de espaldas acercándose al río. Una vez que estuvo lo suficiente cerca, Seline dejó las piedras y cogió una de sus flechas, apuntó al vampiro, y la lanzó hiriéndole en un brazo. Esto hizo que el vampiro retrocediera por el dolor y sin darse cuenta introdujo sus pies en el río. Entonces la situación cambió, de gritos de enfado el vampiro pasó a gritar de dolor, pues de sus botas en el agua salía humo. Dejaron de tirarle piedras asombrados por lo que veían, lo que el vampiro aprovechó para salir del agua y huir del bosque.

—Se ha ido...—dijo Rod.

—Larguémonos de aquí —ordenó Aland, que tuvo que salir del bosque con la ayuda de Godwin, pues se había torcido un tobillo.

Les llevó un rato hasta que consiguieron que les abrieran la posada y les dejaran entrar, los gritos del bosque habían llegado hasta el pueblo y todos allí dentro estaban muertos de miedo. Una vez dentro, pese a estar ya cerrada la taberna entraron en ella, se sentaron en una mesa y pidieron

que les trajeran sidra para beber.

—No parece que tengas nada roto —le dijo Godwin a Aland mientras le miraba el tobillo que le dolía—, pondremos algo frío, pero no podemos hacer venir al médico hasta mañana.

—Nunca me he sentido tan inútil, Godwin, me quedé totalmente inmóvil delante de «eso» sin saber que hacer.

—A cualquiera de nosotros nos hubiese pasado lo mismo —dijo Seline—, no es cómo pelear contra un hombre, se trata de un monstruo.

—¿Y si vuelve? —preguntó William.

—No creo que lo haga —le dijo Seline—, por lo que sé, las grandes corrientes de agua pueden llegar a ser mortíferas para un vampiro. Como ves, le salía fuego de las botas. Así que supongo, que por lo menos por hoy no volverá... Además, por lo que veo hemos matado a sus últimos esbirros.

—Lo siento, creo que todo esto es culpa mía, cuando dejé que Moon se escapara...

—No te culpes, William —le dijo Seline dándole unas palmadas sobre su hombro—, en un momento u otro teníamos que encontrarnos con él. Además, tu puntería y esa piedra golpeando el ojo del vampiro nos facilitó las cosas.

—Sí, quiero darte las gracias por ello —le dijo Aland—, sino le hubieses lanzado piedras ese vampiro habría salido del bosque conmigo a rastras.

—Bueno, terminemos la sidra e ir a descansar —ordenó Godwin—, como Aland no puede, Rod y yo haremos turnos para vigilar por si acaso.

William ayudó a Aland a subir a su habitación, mientras Godwin y Rod salieron a vigilar. Seline se fue a su habitación esperando tener razón, en lo de que el vampiro no volviese esa noche.

6

Seline no podía dormir, pensaba en Aland recordando la agradable visión de haberle visto el torso desnudo unas horas atrás, cuando lo llevaron a su habitación y comentó que le dolía la espalda y le quitaron la chaqueta y la camisa interior, para encontrarse con varios arañazos causados por haber sido arrastrado por el suelo. Así que, con la excusa de ir a preguntarle si se encontraba mejor, Seline se dirigió hacia su habitación, que estaba contigua a la suya, con ciertas intenciones... y llamó a su puerta.

—¿Quién es? —oyó preguntar desde el interior.

—Soy Seline, ¿estás dormido?

—Ya no —contestó una voz con sorna.

—Lo siento, déjame entrar.

—Está abierto.

—¿Tienes la puerta sin seguro con todo lo que está pasando? —le preguntó cuando entraba.

—Se me olvidó cerrar y no tengo fuerzas para levantarme, de todas formas, no estaba dormido.

Seline se sorprendió al encontrarse con Moon y Sunny en la habitación, que dormían juntos sobre unas mantas en el suelo, cerca de una pequeña mesa de madera que hacía de escritorio, sobre la cuál, había un atril lleno de papeles y una pluma colocada fuera de su sitio, como si Aland hubiese estado ocupando el tiempo escribiendo.

Moon la miró al entrar, pero al asegurarse de que era alguien conocido volvió la cabeza para continuar durmiendo. Aland se encontraba en la cama con una túnica de noche de color marrón y se había tapado con una manta hasta la cintura, excepto el pie izquierdo, el cual tenía hinchado, que lo había colocado por fuera. Estaba con la espada contra el cabecero, con uno de los libros sobre vampiros sobre su regazo. Seline, que sólo llevaba la camisa de hombre que usaba para dormir y que apenas le tapaba los muslos, se acercó a la cama y sentó presumida, muy cerca de él.

—¿Hoy tienes tú a los perros? —le preguntó señalando a Moon y al cachorro— pensaba que los cuidaba siempre William.

—Sí, pero después de lo de hoy, estaba tan preocupado que le dije que esta noche los vigilaría yo —le contestó dejando el libro a un lado.

—Me parece perfecto, al fin de cuenta son tus perros...

—¿Qué haces en mi habitación, Seline? —le cortó para hablarle sin rodeos—. Y sobre mi cama... ¿Eso es una camisa de hombre?

—Es una camisa de hombre, porque a veces, como los pantalones, me compro ropa de hombre. Y he venido porque no podía dormir y he estado pensando mucho... después de lo de esta noche ¿no te hace replantearte las cosas? —le preguntó acercándose un poco más.

—¿Cómo qué?

—Pues como... que podríamos haber muerto esta noche, y que es una tontería perder el tiempo. Deberíamos pasarlo bien mientras podamos, y tener sexo —le habló con honestidad, quería ir al grano y luego se acercó aún más a él. Seguidamente llevó su mano hacia el cuello abierto de su túnica para acariciarle las clavículas.

—No pienso morir... incluso a pesar del susto de esta noche. Así que no necesito hacer nada —le contestó mientras le cogía la mano para apartarla, aunque no parecía enfadado, Seline advirtió que escondía una sonrisa—. Además, están mis perros en la habitación ¿no te da vergüenza?

—Están dormidos... no se van a dar cuenta.

—¿Y qué me dices de esto? —le preguntó señalando el chichón que aún tenía en la frente por culpa de su torpeza—. Si intimo contigo corro el peligro de romperme un brazo o peor...

—No seas exagerado, si es cierto lo que dijo Godwin... tienes que morirte de ganas —dijo Seline volviendo a acercar su mano al pecho de él para acariciarle.

Aland parecía hacer un esfuerzo por negarse, de repente sus ojos chispearon como si hubiera tenido una ocurrencia.

—Puedo darte un regalo —le dijo mientras le volvía apartar la mano que tenía en su pecho— pero a cambio tienes que estarte quieta y no tocarme. Y luego volverás a tu habitación.

—¿Qué regalo? —preguntó curiosa.

—Este...

Aland colocó su mano izquierda sobre la tela de la camisa de ella, y bajó su mano para llevarla directamente a su punto de placer y apretó con cuidado. Instintivamente por el placer, Seline apoyó su espalda sobre la cama y abrió un poco las piernas.

—Es mejor si lo haces bajo la camisa —le pidió después de dejar escapar un gemido.

—Si quieres el regalo, mando yo.

—¿Ni siquiera vas a rozar más abajo? ¿Introducir los dedos? —le pidió con ansia, no entendía aquel juego.

—No... —contestó mientras continuaba apretando.

Aquello era hasta un poco cruel, porque no la tocaba directamente sino a través de la tela. Seline giró medio cuerpo hacia Aland, sin que el dejara de apretarle, se acercó más a él y le agarró el cuello de la túnica intentando besarle, pero Aland se apartó riendo.

—Todavía recuerdo el dolor del rodillazo que me diste, deberías agradecer que esté haciendo esto —rio.

Pero, aunque no le dejara besarle se quedó así, cerca de su boca para que pudiera sentir su aliento y escuchara sus silenciosos gemidos. Seline intentaba así, estando tan cerca, convencerlo de algo más, pero Aland astuto pareció adivinar sus ideas y apretó más fuerte. Eso hizo que llegara pronto al éxtasis, acabando así con ese momento.

Después de que Seline se repusiera del orgasmo y volviera a recuperar su respiración normal, Aland la envió de nuevo a su habitación.

—Por lo menos déjame dormir a tu lado —le pidió.

—No, aceptabas el regalo y a tu habitación —se negó Aland.

—En serio... eres cruel —dijo Seline a la vez que se levantaba de la cama.

—Lo acepto, tienes razón. Pero ahora vuelve a tu habitación, cierra bien la puerta, no dejes entrar a los vampiros y sólo grita en caso de que ocurra algo malo. Me da igual si hay ratas... o cucarachas, o cualquier animal que te de miedo, grita sólo si tu vida peligra de verdad, me gustaría poder dormir.

—¿Qué?... —A Seline le salió un pequeño grito ahogado—. ¡Serás idiota! ¡Espero que la próxima vez el vampiro te muerda el culo! —Se fue de allí dejando la puerta abierta.

Cuando se quedó solo, Aland no podía parar de reírse. Hasta ahora tenía razones para que le molestara su presencia, pero ahora encontraba divertido hacer rabiarse un poco a Seline, en parte para vengarse, y en parte porque era mejor eso que dejarse llevar, había estado a punto de besarle, pero logró contenerse. Sabía que ella se había frustrado, pero era lo que intentaba conseguir, quizás ahora no se le ocurriría intentar meterse de nuevo en su cama.

Eso sí... ahora se encontraba allí con su miembro totalmente preparado para la acción y pensó en acabar el solo... pero luego recordó que sus perros estaban en la habitación y le dio cosa. Se levantó, cojeando aún un poco, para cerrar la puerta y entonces se le ocurrió pedirle a un mozo de

la posada agua, lo más fría posible. Minutos más tarde le trajeron un par de cubos, entonces se quitó la túnica, se introdujo en la bañera que tenía en su habitación y se echó el agua por encima. Fue una experiencia fuerte... pero le bajó la cosa.

A la mañana siguiente Seline todavía estaba molesta cuando se despertó. Tenía tantas ganas y había sido tan poco... y ni siquiera se molestó en tocarla directamente. Era cierto que había estado bien, lo pensaba mientras se vestía, y que había sido placentero después de tanto tiempo... aunque fuera poca cosa. Pero, aun así, pensó que Aland se había burlado de ella y se obligó a su misma a no volver a intentarlo. Además... si el llevaba tanto tiempo sin estar con nadie..., ¿por qué no había querido? ¿Es que acaso ella no era apetecible? Ni hablar, se dijo; si lo era, lo era ¡y mucho! Ella no tenía la culpa de que él fuera tan tonto.

Cuando hubo terminado de vestirse bajó a la taberna para desayunar, y se encontró con que Godwin era el único que estaba sentado a la mesa.

—¿Y los demás? —le preguntó cuando se sentó frente a él.

—Buenos días... Rod tuvo el último turno de vigilancia y se ha ido a dormir, William no lo sé, quizás aún duerme, y Aland está con el médico por lo del pie.

—Ajá, y oye... que bien desayunamos —le dijo al verle rodeado con un plato de huevos, mantequilla, pan y cerveza.

—Ser del equipo del sheriff tiene sus ventajas, se come mejor. Puedes pedir lo que quieras, ya eres parte del equipo.

—Ah sí, gracias, bueno en realidad ya lo hago, todo lo que como lo pongo en la cuenta del sheriff.

—Espero que no te hayas pasado —le contestó riendo.

—Sólo un poco. —Sonrió Seline—. Por cierto, Godwin, me pregunto si podrías contarme..., por qué Aland no quiere... ya sabes.

—¿Hablas de placeres sexuales? —le preguntó masticando con la boca abierta su pan con mantequilla. Seline asintió—. No sé si debería hablar de ello, quiero decir, que a Aland no le gustaría que hablara de sus cosas.

—Ya, pero... ¿si te digo, que si no me lo cuentas estaré detrás tuyo como una pesada hasta saberlo?

—Ya veo. Está bien, te resumiré la historia, y si quieres saber más detalles intenta que el propio Aland te los explique.

—De acuerdo, adelante.

—Verás, cuando Aland tenía algo más de veinte años estuvo a punto de prometerse, pero al final no lo hizo porque no estaba muy seguro de que pudieran hacerse muy felices el uno al otro, así que decidió romper la relación, lo que no le hizo muy feliz a ella. Poco tiempo después la chica enfermó y murió, y Aland se sintió culpable por ello. Eso le hizo alejarse de cualquier relación seria. Con el tiempo mantenía relaciones de pago o con viudas..., estas últimas le exigían que les diera más de lo que él quería dar, así que se aburrió. Y de los prostíbulos huye por eso de las enfermedades. Con el tiempo se hizo sheriff y desde entonces sólo vive para su oficio.

—Ya... entiendo que es complicado —le dijo bajando la voz, aunque apenas había nadie en la taberna a esa hora—. Cuando conocí a Martha, la dueña de la posada donde nos vimos por primera vez, le contaba las historias de mis viajes, y las relaciones que había tenido con algunos hombres... pero me decía que anduviera con cuidado de contarle tan alegremente.

—Es que está prohibido meterse en la cama de nadie sino estás casado, y se supone que sólo podemos hacerlo para tener hijos... por eso yo tengo tantos ja ja ja ja. Pero en serio, yo vigilo

bastante bien y hago lo que me da la gana. Aland como es el sheriff, tiene bastante carta abierta, pero supongo que si saliste pronto de la habitación es que tristemente no pasó nada.

—¿Qué? ¿Me viste? —Se sonrojó Seline.

—Ayer me quedé vigilando ¿recuerdas? Además, fuiste un poco escandalosa al salir —rio Godwin, luego dio un gran trago a su jarra de cerveza y dio por finalizado su desayuno—. Bueno, yo voy a echar un vistazo rápido fuera, desayuna un poco.

Godwin salió de la posada mientras Seline todavía sentía un poco de vergüenza por haber sido pillada colándose en la habitación de Aland. Luego pidió algo para desayunar y estuvo y ahí un rato hasta que vio a Aland bajar las escaleras, de forma lenta, cuidando de no forzar su tobillo. Llevaba ropa diferente, unos pantalones negros y una chaqueta de color azul marino, que le hacía resaltar el azul claro de sus ojos. Le sentaba terriblemente bien, además era alto y tenía un gran porte... Seline se mordió el labio cuando lo vio, le parecía muy sexy y odiaba no poder pensar lo contrario. Cuando él notó su presencia, se acercó y se sentó allí donde antes había estado Godwin.

—¿Cómo está tu pie? —le preguntó Seline intentando no pensar en la noche anterior.

—Mejor, pero el médico me ha dicho que me mantenga en descanso durante todo el día. Sólo espero que esta noche no aparezca el vampiro...

—Después iré a la serrería para conseguir unas estacas.

—Perfecto —contestó lacónico.

Apenas lograron conversar estando allí solos sin sentirse incómodos, así que cuando poco después el alcalde entró en la posada con Godwin, y se sentaron a la mesa, Aland agradeció ser interrumpido.

—Espero que no traiga más malas noticias, Robert —dijo Aland.

—No, no, pero seguimos sin saber nada de Gladys —dijo preocupado.

—Me temo que si no la han encontrado aún... eso no es algo bueno.

—Lo sé, Aland, lo sé, pero por favor intentar al menos encontrar su cuerpo si es que... la han matado. Que por lo menos su familia tenga alguna respuesta.

—Seguro que en algún momento u otro sabremos qué ha pasado —comentó Godwin, consciente de que nadie había salido a buscarla con real interés, por miedo a encontrarse con el vampiro.

—Gracias. Por cierto, si necesitáis más hombres puedo escribir al conde de Highwoods, me disculpo porque mi guardia sea tan pequeña.

—No por favor, Robert, ya es suficiente con que Servury esté aterrado, creo que sería mejor no extender el pánico fuera del pueblo —le pidió Aland—. A pesar de lo difícil que parece todo, mantengo la esperanza de podamos solucionar esto. Si en las historias que le contaron a Seline pudieron matar vampiros, nosotros también lo haremos.

—Está bien, está bien, entonces me vuelvo a marchar; estoy visitando a la gente del pueblo para asegurarme que todos están bien. Siento no poder hacer nada más...

—Ya hace mucho por su pueblo, Robert, sólo que nos hemos encontrado con algo que no entendemos.

Poco después de marchar el alcalde, William salió de su habitación con Moon, y Sunny en brazos, para encontrarse con los demás en la taberna. En cuanto lo vio, Seline se levantó para coger al cachorro y jugar un poco con él. Moon se acercó a los pies de su dueño y este le acarició la cabeza.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó William.

—Yo voy a ir ahora a la serrería —le dijo Seline— si me acompañas puedes ayudarme a traer las cosas.

—Está bien, ¿y Sunny? Moon puede pasear con nosotros, pero ir cargado y con él...

—Yo cuido de él, no te preocupes —le dijo Aland.

—Perfecto —dijo Seline mientras le hacía carantoñas al cachorro, luego lo acercó al rostro de Aland, lo que Sunny aprovechó para darle lengüetazos en la cara—. Fíjate... alguien ha logrado darle un beso a Aland —Se burló.

Aland cogió a Sunny con una mueca de sonrisa, pero sin decir nada mientras Godwin le observaba curioso. Luego Seline y William salieron de allí junto con Moon.

William estaba enseñando a Seline a montar a caballo. Cuando volvieron de la serrería Aland la sorprendió al decirle que había comprado un caballo para ella. Seline se preguntaba si en cierta forma era, para disculparse por notar que ella estaba aún molesta por la noche anterior. Pero Aland se excusó diciendo que quizás en algún momento era necesario que todos se movieran a caballo, y que, además, el hecho de que ahora tuviera que mantener menos hombres, le había permitido comprar uno para ella. Se trataba de una yegua joven, pero... Seline, aunque estaba agradecida, había decidido para sí, que una vez pudieran tomar caminos distintos la devolvería, y que el único recuerdo que se llevaría de esos días sería poder contar en sus próximos viajes la brillante historia sobre cazar a un vampiro. Pensando en esa idea se dirigió a hablar con William, quien iba de pie agarrando la brida del caballo mientras ella montaba.

—William, ¿has pensado en lo importante que serás cuando vuelvas a Bluecastle y cuentes que te has enfrentado a un vampiro? Supongo que regresaréis como una especie de héroes.

—Bueno, sería una buena historia para que mi padre me deje en paz... eso si creyera que he hecho algo realmente valiente, lo cual ni siquiera es verdad.

—Creía que ya habíamos hablado de eso, William, tu no has huido, y te enfrentaste al vampiro.

—Con piedras, muerto de miedo y no pude hacer nada para ayudar contra aquellos hombres de negro más que esconderme —contestó mirando hacia el suelo.

—No, oye, todos estábamos muertos de miedo. —Seline hizo que el caballo parara para bajarse y hablar con más tranquilidad. Se colocó frente al chico, y apoyando sus manos sobre los hombros de él, que sólo era un poco más alto que ella, continuó—: Hay muchos modos de valentía, William, y en la vida no sólo existe la fuerza, ser inteligente y sabio es tan o más importante. Así que tienes muchas maneras de ayudar.

—Gracias... es sólo que... me inscribí para venir aquí porque mi padre no paraba de repetirme que no valía para nada, que era demasiado torpe...

—Oye, no conozco a tu padre, pero es un idiota. Seguro que es de los primeros que se hubiese largado corriendo al descubrir que hay un vampiro cerca.

William asintió y sonrió agradecido, tenía los ojos algo llorosos así que para cambiar de tema decidieron continuar con las clases de equitación.

No muy lejos de donde estaban ellos, sentados en el exterior de la posada, Aland y Godwin conversaban cuando Rod, que tras descansar había ido al ayuntamiento para buscar algunas cosas, ahora llegaba en su dirección. Traía con él un plano que había conseguido del castillo que se podía ver desde la colina.

—Gracias a que la propiedad se encuentra en venta he podido conseguir los planos —les dijo —, pero lo que no nos dijeron es que hay una ciudad muy cerca del castillo.

—Pero eso significa que el vampiro no está muy lejos de dónde vive tanta gente... —dijo Godwin.

—Bueno, la ciudad en cuestión se llama Hampton River, he preguntado y no ha habido ninguna noticia de muerte extraña, más allá de las comunes por enfermedad o edad —dijo Rod.

—Ya veo, supongo que por mucha fuerza que tenga es más fácil tener bajo su control un

pequeño pueblo que una ciudad entera —añadió Aland—, así que supongamos que es en Servury donde puede haber mayor peligro. Ahora la pregunta es, cómo entramos a ese castillo.

—Bien, esta es la información que tenemos —continuó Rod dejando el plano abierto sobre el suelo—. El castillo se construyó para la burguesía, por lo que es más pequeño que lo que conocemos. Por supuesto, nunca tuvo murallas, y no hay foso a su alrededor, esto quiere decir que la entrada es más asequible. Aun así, es necesario entrar primero por la gran puerta, una vez en el patio, escoger la puerta que más nos interese, en este caso sería el de la despensa o cualquiera de las que utilizara el servicio. Y supongo que la inspección la haremos durante el día ¿no?

—Sí —le contestó Aland—, pero todavía no sé exactamente cuándo será eso.

Esa noche la guardia la harían entre Godwin, Rod y Seline para que Aland pudiera descansar y recuperarse del todo la hinchazón del pie y sus magulladuras, por lo que Aland había pedido que le trajeran algo de sopa y bebida a la habitación para cenar más cómodamente. Cuando llamaron abrió suponiendo que se trataba de su comida, y así era. Una joven, de pelo rubio y largos tirabuzones, le traía la cena sobre una bandeja. Él no recordaba haberla visto antes, pero tampoco es que se hubiera fijado mucho en quienes trabajan en aquella posada.

—Le dejo la comida aquí —dijo la joven tras soltar la bandeja sobre el baúl de madera que había cerca de la puerta; tras ello se giró y alzando la vista miró directamente a los ojos de Aland.

Tenía los ojos claros y las cejas se le arqueaban con expresión maliciosa, rompiendo así, aquella primera impresión de chica dulce. Aland se sintió mareado, pero le restó importancia pensando que se debía al estrés de los últimos días. Esperó que la joven se fuera para tumbarse, pero ella no se movía de allí.

Seline había acabado su primer turno de vigilancia, así que se fue a dormir un par de horas hasta que tuviera que volver. Al acercarse a su habitación se sorprendió al ver que en el dormitorio contiguo, que era el de Aland, la puerta estaba entreabierta. Pensando que estaría despierto se dirigió a la puerta para echar un vistazo para ver cómo estaba. Se llevó una desagradable sorpresa cuando entró, y en el interior se encontró con una mujer desconocida, sentada sobre las piernas de Aland. Él llevaba la camisa desabotonada y ella tenía sus manos bajo la tela acariciándole el pecho. Mientras, Aland, parecía un borracho que no sabe muy bien dónde está, pero que no se resistía...

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Seline mientras se acercaba a ellos.

Su impresión era que Aland se había emborrachado y estaba dejando que se aprovecharan de él, así que lo primero que se le pasó por la cabeza fue acercarse a aquella desconocida de manos largas y sacarla de allí por los pelos. Pero no tuvo tiempo porque en cuanto la posadera la escuchó hablar, se giró hacia ella con expresión de malas pulgas, y con un movimiento tan rápido como el rayo, se echó sobre Seline, la agarró por el cuello y la empujó de espaldas contra la pared.

—¡Odio que me interrumpan! —gritó la joven a quien la expresión le había cambiado completamente, sus ojos habían tomado un leve color rojo, y de su boca habían surgido unos dientes espeluznantes.

Estaba claro, aquello no era humano. Miró hacia Aland en busca de ayuda, pero este intentaba levantarse de la cama sin resultados. Parecía que aquella cosa le había influido de alguna manera.

—¡Qué asco! —exclamó Seline aguantándose las ganas de vomitar. El aliento de aquel vampiro olía a muerto.

Aquel ser pareció ofenderse más tras ver la expresión de asco en el rostro de Seline. Así que

apretó con más fuerza las manos sobre su cuello.

Seline intentó acercar la mano a su espada, pero aquel monstruo adivinando sus intenciones se lo impidió, agarró la espada de su cinturón y la lanzó al otro lado de la habitación. Seline casi no podía respirar y no sabía qué hacer, el crucifijo que tenía se había caído junto con su arco, cuando esa bestia la había empujado contra la pared. Ya casi se le cerraban los ojos, cuando Aland milagrosamente apareció por sorpresa colocando el crucifijo sobre la frente del vampiro.

Gritó de dolor, la cruz se había marcado sobre su piel como si fuera fuego y le salía humo de la frente. Dejó caer a Seline y después encogió su cuerpo hacia el suelo, y como si fuera brujería, lo que antes había sido una joven, ahora se había transformado en un gato gris oscuro, que tras gruñirles huyó de la habitación.

—Ese... ese era el gato de ayer... —dijo Aland que poco a poco parecía recobrar su libertad de movimientos.

Unos segundos después se encontraban allí todo el resto del equipo alarmados por el grito.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Godwin.

—Aland estaba haciendo cositas con una vampira —contestó Seline con una mueca de disgusto, acariciándose su cuello dolorido.

—No estaba haciendo cositas —se quejó Aland—, no podía moverme...

—Diablos —suspiró en forma de queja Godwin—. Supongo que a esto te referías, Seline, cuando hablabas de poderes psíquicos... ¿hizo algo contigo, Aland...?

—No, más allá de tocarme el trasero y el pecho, y meter su la lengua en mi boca, con ese horrible mal aliento que tenía... —contestó con cara de asco.

—Sino llego a entrar... —añadió Seline.

—En tal caso, me gustaría pensar que hubiese encontrado una manera de quitármela de encima. No me mires como si yo quería que pasara esto —protestó Aland.

—Ya... —dijo Seline de brazos cruzados con el gesto fruncido. Sabía que había sido bajo un influjo, pero aquella vampira había podido tocarlo mucho más de lo que había logrado ella.

7

Había estado durmiendo demasiado tiempo y eso le había hecho perder fuerza y ganar en torpeza. Casi le ganan la partida y los hombres que había puesto a su disposición, a pesar de ser increíblemente fáciles de manipular, no habían servido para casi nada. Y ahora aquel gato, que era una de sus mejores bazas, volvía con las manos vacías y con la marca de la vergüenza en la frente. El animal se había acercado a él con cautela, y le ronroneó frotándose contra su pierna buscando algo de consuelo, pero lo rechazó de un puntapié y le ordenó no volver a salir hasta que él se lo permitiera.

Todavía le iba a llevar un poco más de tiempo, hasta que pudiera salir de aquel rincón oscuro y caminar con más libertad. Hasta ahora había tenido que alimentarse de animales y de alguna que otra mala pieza de los que nadie echaría en falta, o se alegraría de perder de vista. Y aun así, dejó que su sed ganara a su inteligencia y lo que había conseguido era, a unos cuantos idiotas persiguiéndole y a los que tanto le estaba costando quitarse de en medio.

Ahora que había caído la noche y podía moverse con tranquilidad por el castillo, se dirigió a la habitación donde dormía ella. Como las dos últimas noches que llevaba allí, se cepillaba el largo y fino cabello castaño, totalmente desnuda; cuando lo veía entrar dejaba su cepillo en la vieja cómoda y se sentaba en el filo de la cama esperando a que él se acercara. Las marcas que le había dejado en las muñecas, en las nalgas, y en el pecho, tenían un espectacular color carmesí que resaltaba con una belleza extraordinaria sobre aquella tez tan blanca. Cuando se colocó frente a ella, ésta le miró con aquellos ojos verdes, brillando ardientes de deseo, mientras inclinaba la espalda y sus pezones rosados se ponían duros esperando algo, que no iba a llegar del todo como ella deseaba.

Aquella joven había sido una inesperada sorpresa. La había encontrado, caminando en sueños en la noche por el bosque, y se la había llevado con la única intención de alimentarse y desechar luego su cuerpo en cualquier parte. Más tarde, cuando se encontraban en el castillo y ella se despertó, aterrada por la espeluznante apariencia de él, y por encontrarse lejos de su casa, se puso a gritar de forma descontrolada. Para hacerla callar, hizo que lo mirara a los ojos y utilizó aquel poder especial que él tenía de descubrir los instintos más profundos de cualquier persona o animal y sacarlos al exterior, lo que le permitía manipularlos como le diera en gana. Había quienes tenía sed de batalla y sangre, como aquellos soldados, y había quien tras una imagen recatada deseaba con fervor que alguien hiciera realidad sus deseos más profundos. Después de que la hipnotizara, la joven tardó segundos en quitarse la ropa de cama y tumbarse en el suelo con las piernas abierta. Sorprendido, fue entonces cuando decidió que podía ser algo mejor que un simple manjar. Le respondió colocando su cabeza entre sus piernas, para ofrecerle el placer que le pedía.

Y así estaban otra noche más, alimentando su pasión sólo con el uso de la lengua.

—¿Cuándo me darás más? —le preguntó ella, cuando él acabó y se hizo a un lado.

—Primero tendrás que hacer algunas cosas por mí, y luego te daré todo lo que pidas —le contestó él con aquella voz tan grave.

—¿Entrarás en mí? —le rogó.

—Lo haré y te golpearé tan duro y tan rápido como sueñas —le susurró al oído y ella respondió mordiéndose el labio de placer.

La quería así, deseosa y frustrada, cuantas más ganas tuviera más estaría dispuesta hacer por él

lo que le pidiera. Después se acercó a sus piernas y le mordió en el interior de un muslo, para beber un poco de su sangre. No le había dado de beber de la suya porque la quería humana, la quería y necesitaba caminando por el día. Pero beber sólo un poco de ella de vez en cuando no le saciaba la sed, ni le producía el cambio que necesitaba. Así que esa noche tendría que hacer una salida nocturna. Colocó a la joven correctamente sobre la cama y la tapó con la sábana; cuando salió de la habitación se volvió hacia el rincón donde un gato miraba lo que había pasado dentro, lleno de celos.

—Tengo que salir —le dijo al gato—, cuida de ella. Y procura no fallarme más.

Corrió veloz en la noche cerrada, sus ojos le dotaban de visión nocturna y su olfato le comunicaba dónde podía encontrar a la mejor presa. Se acercó a la ciudad, en las casas cerca del río, dónde vivía una de estas personas que chupaba la sangre de otras, sólo que no literalmente. Una perfecta presa, de esas que mucha gente desearía que desapareciera y nadie se molestaría en saber lo que le ha ocurrido. Lo había observado algunos días antes porque se trataba de un tipo fuerte y era lo que necesitaba. Lo encontró en la puerta de su casa borracho, pensó que así era mejor, mucho más fácil y rápido de hacer. Lo agarró por sorpresa y sin meditarlo ni un segundo le mordió el cuello, el hombre no tuvo ni una oportunidad. Le chupó toda la sangre y después lo tiró al suelo como si fuera basura. Se miró las manos, sus garras comenzaron a desaparecer y cambiaron por unas uñas algo largas, perfectas para cortar piel. Se tocó las orejas, ya no eran puntiagudas... se palpó también los dientes, los cuales habían tomado una forma menos normal, excepto los colmillos que seguían siendo bastante afilados, ya comenzaba a tener un aspecto más humano. Eso suponía que pronto adquiriría todo su poder, incluido el de transformarse y caminar a la luz del día. Se quitó la túnica gastada y le robó la ropa al muerto, unos pantalones oscuros, una camisa y una chaqueta. Además, tenía una capa, se la puso y se tapó la calva cabeza, esta vez no correría, caminaría de vuelta al castillo con el placer de infiltrarse entre la gente como un humano más.

En la iglesia de Servury, arrodillado frente al altar se encontraba el Padre Philip rezando por el giro que habían tomados las cosas. Sobre todo, después de saber la noticia de lo que había ocurrido en el bosque a los forasteros. Era muy triste que un pueblo como aquel, con gentes tan buenas que se habían esforzado en construir un lugar tranquilo, ahora se vieran atemorizados por algo que estaba fuera de la comprensión de este mundo. Cuando era niño le habían explicado leyendas sobre vampiros, hombres lobos u otras bestias, pero él siempre sabía que eran cuentos que se contaban a los niños para asustarlos y que se comportaran correctamente, ni en sus peores pesadillas imaginó que pudiera ser real. Y lo peor era, que un vampiro era algo más que las víctimas que pudiera dejar para alimentar su sed, sino que además influía en sacar lo peor de las personas, junto a la figura del vampiro se encontraban los vicios y los pecados. Y tenía miedo porque se había esforzado mucho en trabajar para que tanto Servury como aquella iglesia fuera un lugar recto. Ni él, ni ninguno de sus curas mantenían concubinas como lo hacían en secreto en algunos otros lugares... y todo eso podía irse al traste sino acababan con el vampiro. Temía también por sí mismo, porque hubo un tiempo en el cual le fue tremendamente difícil no caer bajo la tentación de sus deseos más bajos. Y por eso rezaba, por la ayuda del Dios que siempre había estado a su lado cuando lo necesitaba, y al que ahora le pedía que se mantuviera cerca de aquellos hombres que habían viajado desde lejos para acabar con aquella bestia.

Aland había ido en dirección a la ladera para intenta alquilar la casa del granjero, el mismo que había perdido la mitad de su ganado a causa del vampiro. El hombre impresionado por lo ocurrido había decidido vender el resto de animales a otro granjero con la intención de buscar casa en otro pueblo. Aland quería convencerlo para que le dejara alquilar la casa hasta que pudiera encontrar un comprador, de esta manera el dueño podía conseguir dinero instantáneo y él encontrar otro lugar en el que vivir mientras estuvieran en Servury, pues quería alejarse de la posada, después de que los dueños y la gente que se hospedaba allí descubrieran que un vampiro se había colado dentro, y el encuentro con la bestia en el bosque había llegado a oídos de todos. Desde entonces todo el mundo los miraban con cierto temor, como si la presencia de él y de sus hombres allí los pusiera aún más en peligro. Así que por el bien de todos, y por tener más libertad para hablar sobre vampiros sin tener que alarmar a nadie, estaba decidido a hacerse con la casa.

Mientras, Seline caminaba lentamente de vuelta a la posada después de pasear un largo rato por el pueblo sin nada que hacer, pues las últimas horas sólo se habían tratado de vigilar y esperar. Después del encuentro con aquel vampiro que de forma asombrosa se había convertido en gato, no querían arriesgare a ir tras la caza del vampiro, y encontrarse con alguna que otra sorpresa..., ni siquiera, aunque supusiera hacerlo durante el día. Seline tenía que confesarse a sí misma que todavía estaba enfadada cuando recordaba aquella imagen de esa mujer sentada sobre Aland. Aunque sabía que él no había tenido intención alguna y que estaba bajo el influjo de sus poderes. Tenía que confesarse también, que pese a que a veces Aland le sacaba de quicio, le atraía lo suficiente como para tener ganas de intimar con él, aunque por lo visto, a él no le interesaba ella lo suficiente como para romper ese celibato al que se había sometido por decisión propia. Y absorta en sus pensamientos estaba, cuando al fin llegó a la posada donde se encontró con William en la puerta, quien acompañado de Sunny y Moon parecía esperarla.

—Buenos días Seline, has recibido correspondencia —le dijo acercándole una carta.

—¿Una carta para mí? —Seline estaba sorprendida, nadie sabía dónde estaba, y casi nunca escribía cartas, excepto cuando alguna vez se sentía obligada y le enviaba algunas líneas a su madre para que supiera que se encontraba bien.

Después de darle la carta a Seline, William se marchó camino a la ladera para ver la casa que Aland había ido alquilar. La dejó allí leyendo la carta, pidiéndole que una vez terminase, ella también se acercara a ver la granja.

La carta era de Martha, Seline estaba sorprendida, no se explicaba cómo ésta, se había enterado que ella se hallaba en Servury. Se sentó en uno de los bancos de madera que había fuera de la posada, rompió el sello y desdobló el papel.

Querida Seline:

Te hago llegar estas líneas muy preocupada, un joven llegó hace un par de días con una información que no me deja dormir. Dice que estas en el pueblo de Servury, que te has unido a un grupo de hombres para matar a una bestia... que creíais un lobo pero que es algo mucho peor. Según me cuenta se trata de algo anormal, fuera de este mundo. Estoy muy asustada por ti Seline. Por favor, vuelve a la aldea para ponerte a salvo. Sino lo haces

me sentiré en la obligación de escribirle a tu madre para informarle de lo que está sucediendo. Esto es demasiado peligroso, espero verte pronto en casa.

Y por favor, antes de irte de allí, dale las gracias al buen hombre que estuvo en esta posada, y con el cual a pesar de portarte tan mal con él, ha sido tan amable de enviar a alguien para decirme que estás bien.

Te espera pronto, tu amiga Martha.

No recordaba la última vez que se había enfadado tanto. Pensó Seline mientras arrugaba la carta con fuerza. ¿Aland había informado a Martha sobre ella? ¿Con qué derecho se entrometía así en su vida? Ella nunca le daba explicaciones a nadie de lo que hacía mientras caminaba por el mundo, y menos aún podía hacerlo nadie por ella. Se levantó y dirigió dentro de la posada y se coló en la habitación de Aland, porque sabía que éste disponía de material para correspondencia, tomó papel y pluma para escribirles unas cortas líneas a Martha donde le comunicaba que estaba perfectamente bien y que no se iba a mover de Servury, que apreciaba su preocupación, pero que no se metiera en sus asuntos. Escribió en el dorso la dirección del médico de la aldea que era quien le escribía las cartas a Martha y se las leía, después de doblar el papel selló la carta, y tras propinar una patada a las cosas de Aland que estaban por el suelo, para desahogarse un poco, salió de la habitación, pidió a alguien que hiciera llegar esa carta a un establecimiento de postas y se fue de allí caminando a zancadas totalmente enfurecida, camino a la casa de la ladera.

Entretanto, en la oscuridad de las bodegas del castillo, bajo aquel techo en forma de arcos y entres los estrechos pasadizos, aquella joven de pelo largo miraba asombrada el cambio repentino de aquel a quien le gustaba llamar su amo. Sentados sobre un banco de piedra, cerca de donde estaba el ataúd de madera donde él dormía durante el día, ella acercó sus manos para tocar sus orejas. Le gustaba más ahora que comenzaba a tener un aspecto más humano, aparte se había deshecho de aquella vieja túnica raída y ahora vestía bastante bien, además, también se había hecho con una peluca de pelo negro y un sombrero ovalado de color granate. Ahora si quería, podía hacerse pasar por un mortal delante de cualquiera. Lo único que llamaba la atención era el tono rojizo de sus ojos, pero había una manera para hacer desaparecer ese color durante unas horas, bebiendo sangre.

—Al atardecer volverás a tu casa, pero lo haremos los dos juntos —dijo él.

—¿A casa? ¿Los dos? ¿Por qué?

—Luego te lo cuento, primero come la comida que te he hecho traer, necesito que recobres fuerzas, porque luego tendré que beber nuevamente algo de tu sangre.

Ella obedeció y se levantó para ir en dirección a la cocina, iba arrastrando todavía el camisón con el que la había encontrado hacía unas noches en el bosque. Había algo de ropa en el castillo, pero todo era demasiado anticuado y estropeado, para el plan que tenía en mente necesitaba hacerse con ropa nueva para ella. Por suerte, pese a los años de sueño que había tomado, su fortuna había quedado bien guardada y era el momento de utilizarla.

Cuando el sol comenzó a caer, envió al gato en su forma de joven posadera a comprar ropa para su esclava humana. El vampiro gato, pues en realidad no tenía género, que era veloz incluso con forma humana, volvió una media hora después con un vestido de terciopelo verde oscuro de mangas largas y puños cerrados, adornado con ribetes y lazos de color dorado. También había traído unas calzas y sandalias, que una vez puesto el vestido, quedaban escondidas bajo éste.

Cuando la joven ya se había vestido, él se acercó a ella y tomó su brazo para acercar la

muñeca a su boca, le remangó la manga y le mordió, ella exclamó un pequeño grito de placer, parecía encontrar excitante aquellos momentos en que él bebía su sangre. Cuando acabó, le colocó la manga de nuevo y dejó caer el brazo de ella con suavidad. Apenas un minuto después, el color de sus ojos cambió, el rojo había desaparecido por un azul intenso, e incluso su piel parecía menos pálida. El efecto duraría por lo menos hasta media noche, así que era el momento de ponerse camino hacia Servury.

Seline caminaba entre la hierba que resplandecía entre los rayos de sol del mediodía, enseguida se encontró con un camino de tierra que la guio justo hasta la entrada de la granja. Parecía un lugar bastante amplio, pues esperaba que la casa fuera algo más pequeña. La estructura parecía bastante buena, estaba construida en piedra con un techo de paja y tejas. Cerca de allí se encontraba también el granero construido de madera y también un pequeño establo. Cuando se acercó parecía no haber nadie, pero al dar la vuelta a la casa por fin vio a Aland, que estaba bajo un roble de hojas rojizas, hablando con Godwin.

—¡Aland! —exclamó mientras se acercaba, pisando tan fuerte el suelo que a pesar de que la tierra era seca, iba dejando huellas por donde pasaba.

Aland y Godwin se giraron sorprendidos ante el tono alto de Seline.

—Yo voy a buscar a William y a Rod —dijo Godwin en cuanto Seline se acercó. Pareció oler que ella venía bastante enfadada y optó por escabullirse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aland cuando su amigo ya se había alejado—. ¿Por qué gritas de esa manera?

—Toma esto —le contestó entregándole el papel arrugado que llevaba en la mano.

Aland echó un vistazo rápido a la carta y luego volvió a mirarla, ese día, aparte de sus habituales trenzas laterales, y el flequillo peinado hacia atrás, llevaba su cabellera castaña recogida en una gran trenza.

—Veo que tu amiga recibió la información que le envié... —dijo Aland al devolverle la carta sin inmutarse.

—No tenías derecho de informar sobre mí a nadie —contestó ella aún más molesta al ver que Aland tomaba el asunto con total tranquilidad.

—Pero esa pobre mujer se quedó preocupada cuando te fuiste de esa manera, después de robar a un desconocido, te recuerdo...

—Igualmente no era de tu incumbencia —respondió cruzándose de brazos—. Además, por lo que leo en la carta, está claro que, a quien enviaste a darle la información también le explicó lo de Alton, ahora está asustada y amenaza con avisar a mi madre. Lo cual supondría también que la historia del vampiro se extienda... ¿sabes lo que significaría eso?

—Mira, lo siento, Seline —se disculpó Aland alzando las manos—. Mi intención era buena. Tu amiga Martha sabía que yo era sheriff, así que sólo quería que supiera que estabas bien, y que tal y como le había prometido no iba a tomar ninguna sanción contigo porque me robaras. ¿Eres consciente de lo que hiciste verdad? De lo peligroso que es robar ¿Y si yo hubiese sido un sheriff capullo? —Se quedó mirando a Seline quien no dijo nada, mirándole con furia, de brazos cruzados y con la barbilla alta—. Igualmente, mi mensaje sólo era que estabas bien, el hombre al que di el recado se saltó mi orden de no decir nada sobre vampiros.

Seline, en cierta manera entendía los motivos de Aland, pero no podía evitar estar furiosa. Pensaba que por lo menos podría haberle mencionado lo que pensaba hacer, antes de hacerlo. Así que tenía esa furia y no sabía cómo descargarla, por lo que apenas sin pensarlo, cogió el arco que llevaba en su espalda y una flecha, apuntó hacia el árbol y lanzó, quebrando una rama que cayó

cerca de Aland, quien no pudo evitar dar un pequeño respingo. Había sido tan rápido que no le había dado tiempo ni de impedirlo.

—¡Diablos! —exclamó Aland, quien ahora estaba también enfadado— ¿No piensas las cosas antes de hacerlas?

—¡Ja! —Seline se reía mientras inclinaba un poco su espalda y se llevaba las manos a la cintura—. ¿A que molesta que las cosas te cojan por sorpresa?

—¿En serio?! ¿En serio, Seline!? ¿Te refieres a como cuando recibí un rodillazo en mis partes o acabé estampado contra un muro? —preguntó Aland sarcástico.

—¡Siempre estás con lo mismo! —exclamó dando una patada en el suelo, con su típica mala suerte de golpear una piedra que fue directa a la cara de Aland. Se llevó las manos a la cara por la sorpresa, consciente de que la había vuelto a liar.

Aland no dijo nada, se quedó recto y quieto con los ojos cerrados, tocándose con la mano bajo el ojo izquierdo, allí donde le había golpeado la piedra. Parecía controlar la respiración para evitar perder los nervios.

Al principio Seline se sintió culpable y preocupada por haber podido hacerle daño, pero luego sintió que había algo divertido en ello y no pudo contener la risa.

—¿Te parece gracioso? —preguntó Aland secamente mirándola a los ojos.

—No —Seline contestó sin poder contener la risa—, pero... es que ya van tres veces. —Se inclinó apoyando su brazo en el estómago, se reía cada vez más, lo que le producía dificultad para hablar—. Y de verdad... que... que no lo hago a posta —rompió a reír ya a carcajadas.

—Ya... —Aland, con bastante calma y normalidad se inclinó y agarró un poco de tierra del suelo y se la lanzó a Seline en la cara.

—¿Estás tonto? —le desapareció la risa de golpe a Seline.

—¡Ja! —rio Aland—. ¿Es molesto eh?

—¡Idiota! —le gritó y seguidamente se agachó, cogió un puñado de tierra y se la lanzó sin que Aland tuviera tiempo de esquivarla.

—¡No fastidies! —dijo el escupiéndole la tierra que le había entrado en la boca.

Y entonces Seline comenzó a reírse de él, pero esta vez histriónicamente: con risa exagerada y los ojos muy abiertos, a lo que Aland contestó lanzándole más tierra que fue a parar en un ojo de Seline. Cuando la observó inclinada hacia adelante tratándose de quitar la tierra del ojo, Aland respondió riéndose de la misma forma loca que ella. Y unos segundos después ambos estaban lanzándose tierra como niños, hasta que Seline golpeó con su mano el hombro de Aland, y este sorprendido y molesto, respondió de la misma forma, por lo que empezaron una extraña pelea, en la que se golpeaban dándose empujones.

Cerca de allí, sentados bajo un árbol, estaban Godwin, Rod y William comiendo uvas y observando el espectáculo que tenían Aland y Seline.

—En serio, con el problema que tenemos encima y estos dos haciendo el idiota —dijo Rod molesto mientras se rascaba nervioso su oscuro pelo cortado casi al rape.

—¿No deberíamos intervenir? Se están pegando... —preguntó William.

—No... —contestó Godwin mientras se llevaba una uva a la boca a la vez que reía—, dejad que solucionen sus asuntos. Además, es divertido.

—¿Y qué forma de pelear es esa? —preguntó William mientras acariciaba la cabeza de Moon que estaba apoyada sobre su rodilla, y quien miraba hacia su dueño con consternación, mientras Sunny correteaba a su alrededor intentado jugar con ella.

—No sé... pero una vez vi una lucha oriental donde dos tipos muy grandes peleaban más o menos de esa forma —contestó Godwin mientras los miraba asombrado, ambos se empujaban y

cada vez que uno se llevaba un buen golpe el otro reía como loco.

—Cualquiera que los vea... pensaría que han perdido la cabeza —dijo Rod dejando escapar un suspiro.

Aland y Seline estuvieron peleándose durante tanto rato que hasta el propio Godwin a quien le parecía divertido comenzó a pensar que tendría que intervenir, sobre todo cuando Aland la tenía agarrada por la trenza, y ella le tiraba de las orejas. Por suerte la llegada del alcalde hizo que finalizaran por sí solos.

—¿Todo bien? —les preguntó al verlos.

—Sí... sí... —contestó Aland con las manos sobre las rodillas intentando recuperar la respiración.

—Bien... bien... —Robert parecía contento así que pareció olvidar enseguida lo que acababa de ver—. Traigo buenas noticias chicos, Gladys ha vuelto y está bien.

—¡Estupendo! ¿Qué había ocurrido? —preguntó Godwin, que se había puesto de pie y acercado hasta allí junto a los otros en cuanto vieron a Robert llegar.

—Nada, nada... una de esas locuras que a veces hacen los jóvenes. Se escapó siguiendo a su enamorado que iba a marchar del país. Pero milagrosamente ha vuelto y lo ha hecho prometida.

—¿Prometida? —preguntó Aland.

—Sí, al final convenció al hombre y resulta que es un buen partido, pero no sé mucho más, la he dejado arreglando las cosas con sus padres y he venido a avisarles. Me alegro que en ese asunto podamos estar tranquilos —contestó sonriendo con su típica sonrisa bonachona.

—Es bueno tener buenas noticias, Robert —dijo Aland que al fin pudo ponerse erguido.

—Sí, sí que lo es... y ahora vuelvo a casa. Y bueno, veo que se cambian de residencia, ha conseguido que le alquilen la casa. Al viejo Bates le vendrá bien, porque quizás tarde un tiempo en poder venderla.

—Sí, aunque mantengo la esperanza que el asunto que nos mantiene aquí no se alargue demasiado.

—Sí, yo también espero que... eso... desaparezca pronto de nuestras vidas. Bueno, vuelvo a casa a cenar... se acerca la hora en la que es mejor no salir a la calle.

—Y nosotros deberíamos ir a la posada a recoger nuestras cosas —dijo Godwin a Aland.

—Sí —contestó éste, quien comenzó a marchar por delante pareciendo querer ignorar lo que había ocurrido con Seline.

En una de aquellas pequeñas casas del pueblo, de apenas dos habitaciones y una cocina, caminaba contorneándose Gladys del brazo de su amo, quien ahora se había convertido en su prometido; pues eso es lo que él les había dicho a sus padres, y ella lo había tomado por verdad. Hasta ahora él le había prometido que, si se portaba bien, obtendría todo lo que deseaba, mucho más allá del deseo de ser completamente suya en la cama.

Para él, las cosas estaban saliendo exactamente como quería, al entrar en la casa los padres de ella habían actuado con algo de recelo, pero se mostró con exquisita formalidad, aunque sin sonreír demasiado, pues todavía sus colmillos eran bastante visibles. Al final, quizás por sus formas de hombre pudiente, quizás por la alegría de haber recuperado a Gladys, o quizás porque él había usado un poco de su influencia psíquica, ahora los padres estaban bastantes contentos con el futuro enlace. Aunque en realidad esa boda nunca ocurriría, él no podía entrar en una iglesia...

Después de que se marchara de la casa aquel tipo tontorrón, al que habían hecho llamar, que decía ser el alcalde, se dispusieron a cenar. Aunque por su parte tuvo que inventar una excusa para esconder el por qué no iba a comer nada. Pero estaba siendo bastante fácil manejar a los padres

de Gladys, tanto que incluso cuando él se encerró en la habitación con ella, no pusieron ninguna objeción. La habitación era una estancia muy pequeña que apenas disponía de una cama, un baúl para guardar la ropa y una pequeña mesa en la esquina junto con un taburete de madera, se sentó sobre éste y agarró el espejo de mano que había sobre la mesa. Suponía que Gladys utilizaba aquel pequeño rincón como tocador. Le compraría uno de excelente calidad para su habitación en el castillo, pensó. Se miró en el espejo, y en contra de lo que contaban algunas leyendas, él sí podía verse reflejado. Había historias que decían que los de su clase no tenían reflejo porque no tenía alma. Pero eso no pasaba con él, porque era demasiado fuerte e inteligente, quizás los tontos como ese gato no podían reflejarse, pero el sí, siempre había tenido todas las herramientas para colarse entre la multitud con total normalidad. Había perdido algunas de ellas por descansar tanto, pero las recuperaría del todo. Se miró bien en el espejo para confirmar que todavía mantenía una apariencia más humana. Si las cosas cambiaban siempre podía volver a beber de Gladys, pero prefería no cansarla tanto, pronto tendría que buscar a alguien más con quien saciarse como el idiota de la última vez. Miró hacia Gladys, quien, tras encender las velas de su pequeña lámpara de hierro clavada en la pared, ahora estaba sentada en la cama y lo miraba con mirada chispeante, el vestido verde le hacía resaltar el color de sus ojos. Era preciosa y la deseaba, ahora que estaba obteniendo una apariencia más humana se daba cuenta que recuperaba con ello también sus instintos más bajos, aunque como vampiro siempre se había dedicado más a observar, que hacer. Desde que conocía a Gladys sentía que algunas cosas estaban cambiando. Notó que su entropierna se endurecía, por lo que se levantó y se acercó a ella que todavía estaba sentada sobre la cama. La miró a los ojos y acercó su mano para levantarle la barbilla. Luego se desnudó de cintura para abajo, y ella sonrió comprendiendo enseguida.

Seline cada vez tenía más claro que Aland era idiota. Había alquilado esa casa, muy bien, pero sólo disponía de dos habitaciones, más el altillo, el lugar que le había tocado a ella para dormir. Al cual tenía que acceder con una escalera de mano y sólo disponía de una pequeña cama hecha de telas, paja y hojarascas. Apenas se podía estar recto pues el techo era algo bajo, y no tenía nada para guardar sus cosas, por suerte no tenía muchas cosas. Mientras Aland disponía de una mejor habitación, mejor cama y un arcón para guardar sus pertenencias, los otros tres tenían que compartir habitación en pequeñas camas, que había habido que montar ese día, por lo cual no estaban muy contentos..., por lo menos Rod, que se acordó del diablo en voz alta esperando que acabaran con aquello pronto. En la posada por lo menos tenían una habitación para cada uno.

—¿Y cómo se supone que vamos a comer? —le preguntó Seline a Aland, acababa de entrar en su habitación y lo encontró de rodillas guardando sus cosas en el arcón.

—Fácil, nos turnamos para cocinar y cuando no tengamos ganas, vamos a una taberna a comer.

—No me imagino a Rod y Godwin cocinando... —contestó Seline de brazos cruzados.

—Pues si es necesario cocino yo todos los días, con tal que no deis más la tabarra a causa de la granja. Es mejor este lugar que seguir en la posada.

—Muy bien... bueno dejo de molestarte, voy a dar un paseo.

—¿Pasear ahora? —preguntó con la boca muy abierta a la vez que se ponía de pie—. Es casi de noche y por si no te has dado cuenta el cielo se está nublado, puede llover de un momento a otro.

—No voy a tardar mucho —contestó escogiéndose de hombros, para hacerle saber que le importaba poco lo que él pensara—, quiero ver al prometido de Gladys.

—No puedes entrar así porque sí...

—Mira, Aland —dijo suspirando—, no tengo la intención de entrar, sólo mirar. Si tanto te

preocupa ven conmigo, ¿Robert te dijo cuál era la casa no? Pues acabaré antes sino tengo que buscarla.

Aland asintió como respuesta, y resignado decidió acompañarla. Era obvio que no podría convencerla de que no lo hiciera.

—¿No te llevas el arco y las flechas? —preguntó sorprendido señalando su espalda vacía.

—Llevo cuchillo, cruces, agua bendita, pero no creo que necesite nada si salimos ya y volvemos rápido. Sólo es para echar un vistazo, venga vamos.

Se pusieron en marcha y cuando estaban a mitad del camino empezó a tronar y Aland sugirió que era mejor dar media vuelta. Pero Seline se negó, alegando que no siempre llovía enseguida tras los rayos, así que continuaron caminando hasta que llegaron a la ubicación que Aland conocía por la casa de Gladys, al lado de la panadería que era de sus padres, le había dicho Robert, cuando ella desapareció y esperaba que ellos se acercaran a hablar con los padres de la chica... aunque al final no lo habían hecho.

Sea acercaron por la parte posterior donde había una ventana donde asomaba luz en el piso superior.

—Parece que es la única ventana que hay desde este lado —comentó Seline.

—Pues está muy alta para que podamos mirar.

—Tonterías, súbeme a tus hombros —le pidió. Hablaban susurrando para que en el interior de la casa no les oyeran.

—¿Qué? —preguntó Aland contrariado.

—¿No tenías prisa? Pues no me rechistes y hazlo.

Aland se agachó emitiendo un bufido, Seline se sentó sobre sus hombros y él se puso en pie con bastante agilidad. Era fuerte, y Seline hubiese disfrutado y divertido un poco de estar así, sino tuviera curiosidad y prisa por mirar dentro de la casa. Pero aún sentada sobre Aland no llegaba a ver, así que sin avisar apoyó las manos en la cabeza de él para colocarse de pie sobre sus hombros. Aland suspiró como si quisiera rechistar, pero al final optó por contenerse por no hacer ruido.

Seline se asomó con cuidado a la ventana, pero lo que vio le sorprendió tanto que enseguida, con un gesto de mano, hizo que Aland que la ayudara a bajar de nuevo al suelo. Una vez de nuevo con los pies en tierra, él la miró con expresión de pregunta, pero ella se llevó el dedo a la mano para que mantuviera silencio, después le cogió de la mano y lo sacó de allí con prisas. Comenzó a llover cuando aún corrían sin que ella hubiese dicho ni una palabra. Él intentó que parara, pero ella continuó haciéndole correr hasta que llegaron al camino que llevaba a la casa, pero en vez de entrar en ésta, le hizo entrar al establo. Una vez en el interior, Seline soltó la mano de Aland, lo dejó cerrando la puerta y ella, todavía recuperando la respiración por la carrera, se acercó a acariciar a su yegua a la que no le había puesto nombre, pues en algún momento se separaría de ella.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Aland mientras se sacudía con las manos el agua del pelo.

—Vi algo que me sorprendió —contestó a la vez que se sentaba sobre un montón de paja que había cerca de la pared.

—¿El qué? —dijo él sentándose a su lado.

—Resulta que quizás las jóvenes de Servury no son tan decorosas como creemos —contestó riendo.

—¿Por qué, que viste? —preguntó curioso.

—La vi hacer algo que ni siquiera yo, que he llevado una vida diferente a ella, he hecho nunca —continuó riendo.

—¿El qué? Por favor cuéntalo ya —le pidió Aland contagiándose de la risa.

—Había un hombre de pie, desnudo de cintura para abajo y ella se encontraba sentada en la cama con la cabeza entre sus... —se paró para reír—, bueno ella estaba de espaldas a la ventana y no se veía del todo bien, pero creo que estaba claro lo que hacía.

—Entiendo... —rio Aland tapándose la cara con la mano por un segundo—. Pues sí que es raro, desaparece y vuelve tan cambiada... pero en fin lo que haga cada uno en su intimidad no es de nuestra incumbencia, la cuestión es que está viva... Y él, ¿cómo era?

—Lo cierto es que no tuve mucho tiempo para verle... vestía bien, es muy alto y tiene el pelo oscuro y algo largo, no mucho más que tú—contestó Seline intentando recordar—pero no llegué a verle la cara porque tenía la cabeza inclinada para atrás y la boca en forma de «O» —le explicó a la par que ella misma inclinaba y hacía el gesto con la boca para mostrarle lo que había visto.

—Tonta —rio Aland mientras le daba un pequeño golpe en el hombro.

Seline giró la cabeza para mirarle a los ojos, aquellos ojos azules tan claros como el cielo, y en los que no era muy difícil perderse. Vio que tenía agua en la cara que le goteaba del pelo mojado, ella también estaba empapada pero casi ni se había percatado.

—Siento haber peleado antes contigo —le dijo Seline mientras le apartaba de la cara un mechón mojado de su cabello castaño.

—Yo también —contestó Aland mientras apoyaba la cabeza sobre la pared mirándola a los ojos.

Entonces, sin pensarlo demasiado, Seline se acercó más hacia él y le besó. Lo hizo de forma suave, mientras con una mano le acariciaba la mejilla. Aland se dejó hacer y respondió al beso de la misma forma, separándose luego un poco para rozarse las puntas de la nariz como una caricia y volver a besarse después. Cuando aquello comenzaba a tomar un cáliz más apasionado, Aland lo detuvo inclinando la cabeza hacia atrás.

—Deberíamos volver a la casa —dijo con la mirada baja—, ha oscurecido del todo y estamos empapados, no nos conviene resfriarnos...

Seline no fue capaz de decir nada, cuando él se levantó y le hizo un gesto para que lo siguiera, simplemente obedeció. Tenía tantos pensamientos cruzando por su cabeza que lo único que quería era irse a la cama a dormir para no pensar en nada.

Llevaba rato sentado en el taburete con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados todavía reponiéndose del momento de placer que acababa de tener mientras ella se había quedado recostada en la cama. Cuando sintió que había recuperado totalmente el control, se puso de pie e informó a Gladys que volvía al castillo, pero ella debería quedarse en el pueblo.

—¿Por qué? —preguntó ella levantándose asustada porque iba a volver sin ella.

—Porque si vuelves conmigo sin estar aún casados puede que tu familia o alguien del pueblo ponga trabas. Además, necesito poner algunos asuntos en orden y no puedo estar pendiente de ti.

—Pero... —Gladys lo miró poniendo morros.

—Además, puede que necesite que hagas alguna cosa, y es mejor que estés en tu casa —le interrumpió él.

—Pero te vas sin haberme tocado ni un poco hoy... sólo yo lo he hecho... —Gladys se acercó y apoyó la cabeza sobre el pecho de él.

—Lo siento, querida, pero no tenemos tiempo, cuando volvamos a vernos te recompensaré —le contestó con voz seca, pero apartándola con cuidado.

Y se marchó de la casa, caminando con rapidez bajo la lluvia para volver al castillo. En cuanto salió del pueblo pudo utilizar su velocidad para llegar en apenas unos minutos. Le sabía un poco

mal desprenderse un tiempo de su amado juguete, pero ahora era algo más que un vampiro. Ahora tenía un nuevo nombre; Alistair Bentinck. Se hacía pasar por un rico caballero y debía resolver algunos asuntos para que parecía creíble antes de presentarse en sociedad.

9

Entró al castillo por la puerta principal que todavía se mantenía en pie pese a que uno de los muros y la torre más cercana a la puerta estaba casi totalmente en ruinas. Cruzó el patio clavando sus botas en el barro causado por la lluvia, la cual todavía no sólo no cesaba, sino que parecía ir en aumento. Se dirigió a la puerta de la torre norte, que era la que quedaba más cercana de la sala a la que quería llegar. Cuando entró en el interior del castillo, se quitó el sombrero, la molesta peluca y la capa que tenía empapada y los arrojó al suelo. Estaba todo a oscuras, excepto por la luz que entraba por la puerta proveniente del reflejo de la luna en el cielo nublado.

—¿Vuelves solo? —preguntó la sombra de una mujer que apareció tras el hueco de las escaleras.

El gato, nuevamente en la forma de la rubia posadera lo había estado esperando.

—Es sólo temporal, ella volverá —contestó con voz queda y sin inmutarse de su presencia, mientras se secaba algunas de las gotas que aún tenía sobre su cabeza calva —. ¿Qué quieres Gato?

—Puedes llamarme Lucifer —dijo ella sentándose en la escalera apoyando los brazos sobre la tela roja de su falda y jugando con uno de sus rubios rizos—me gusta llevar el nombre del diablo.

—¿Qué quieres... Lucifer? —volvió a preguntar sin perder la tranquilidad.

—Mientras estabas fuera te he traído un regalo, está en tu despacho.

El arqueó una ceja mientras le miraba dubitativo, pero no le dijo nada y se dirigió a las escaleras. Ella se levantó para dejarlo pasar y luego le siguió. Subieron las escaleras y caminaron a oscuras hasta que llegaron al despacho de la primera planta que estaba iluminado por las velas de una lámpara colgante. La habitación apenas disponía de una sencilla mesa de madera y una silla de mejor calidad, con respaldo y tapizada con tela de color rojo. Cerca, bajo la ventana tapiada, había un hombre y una mujer sentados en el suelo encogidos y temblorosos por el miedo. El vampiro se paró en la puerta un poco sorprendido mientras Lucifer pasó por su lado para adelantarse, y se acercó sonriendo a los mortales que abrieron los ojos de terror ante su presencia.

—¿Qué es esto? —preguntó Alistair.

—Te lo he dicho, un pequeño regalo. No he encontrado a nadie corpulento, pero estos dos te valdrán.

Se adentró en la habitación y se acercó para verlos mejor. Ambos miraban suplicantes, pero parecían incapaces de decir nada, más que lloriquear. Cuando él los miró con aquellos ojos que volvían a ser rojos, se pegaron más el uno al otro como si así pudieran mitigar el miedo.

—Dudo que a nadie le importe si mueren —dijo Lucifer poniéndose en cuclillas cerca de las víctimas—, verás te contaré la historia. Este tipo me confundió con una prostituta... pero como tenía ganas me dejé hacer... sólo que luego me abofeteó y quiso largarse sin pagar y por lo que he descubierto es algo que suele hacer. Y puede que yo no quisiera cobrar, pero es que ni siquiera me satisfizo ni un poquito...

Alistair miró al hombre que acababa de mearse en los pantalones. No era muy robusto, pero le podía servir de alimento, a pesar de lo repugnante que resultaba la mezcla de su olor a alcohol y a orina.

—Y ella... —continuó Lucifer que acercó el dedo índice a la mejilla de la mujer y le arañó la cara con su afilada uña, la mujer la miraba entre una mezcla de miedo, repulsión, y odio—, a ella

la conocí transformándome en hombre, quería ver si así conseguía un poco de diversión, pero como le parecí un tipo tonto y feo intentó robarme antes ni de que pudiera desnudarme, cuando fui a pararla tuvo la osadía de arañarme la cara... claro que ella no sabía que yo era un vampiro.

—Parece que no tienes suerte para satisfacer tus deseos... —dijo Alistair burlándose.

—Ya ves, con uno no sentí nada y con la otra ni empecé. —Lucifer volvió a ponerse en pie y se acercó a su amo—. Pero la mujer me ha hecho algo de daño así que déjame los últimos segundos de su vida... ¿quieres? —Y con mirada inquisitiva continuó—: Pero por favor... a esta máatala, no la conviertas en otra de tus fulanas.

—Gato idiota —le agarró del brazo y apretó—, cuidado con lo que dices.

—Bueno, bueno... —dijo Lucifer dándole una palmadita en la mano para que le soltara—, sólo era una broma. Ahora por favor, acabemos con esto pronto.

Él se giró de nuevo a mirar al hombre y a la mujer. Puede que no le hubiera dado órdenes a ese gato para que cazara por él, pero por lo menos esa noche no tendría que salir, quizás dos personas era igual a un hombre fuerte.

—Lucifer, apaga las velas, hoy me siento bueno y les voy a hacer el pequeño favor de que no tengan que verlo.

Lucifer saltó, casi como si volara y sopló en dirección a la lámpara, en un segundo todo quedó a oscuras. Hubo un silencio sepulcral sólo roto por el sonido de los truenos en el exterior. Él sin embargo podía ver perfectamente a oscuras, el hombre estaba encogido, llorando y abrazado a sus rodillas. Se lanzó como un rayo hacia él, lo empuñó con suma facilidad en alto y le mordió la yugular con tanta fuerza, que el hombre apenas tuvo tiempo ni de gritar, no sólo le chupó la sangre, le destrozó completamente el cuello. Cuando terminó lo dejó caer con un golpe seco y levantó a la mujer agarrándola de su largo pelo negro. La mujer en pánico, gritaba casi desgarrándose la voz, a la vez que lloraba e intentaba librarse del vampiro dándole puñetazos. Él le respondió con una risa diabólica, y luego le mordió el cuello, con cuidado, sólo porque el gato también quería. Cuando acabó la dejó caer y pidió al Lucifer que encendiera las velas.

Lucifer sonrió de forma maliciosa a la mujer. Continuaba gritando como loca pese a ver perdido tanta sangre, sobre todo porque al encender las velas había visto el aspecto aterrador con el que había acabado aquel hombre, con el cuello roto y todo manchado de sangre.

El gato quería divertirse un rato, pero vio que su amo le hizo un gesto para que acabara pronto. Así que se lanzó sobre ella en el suelo, mostró sus colmillos y mordió allí donde ya tenía las marcas para beber hasta la última gota de sangre. Le resultó bastante excitante porque aquella mujer estuvo intentando empujarla y deshacerse de ella hasta el último momento.

—Estás cambiando —le dijo Lucifer a Alistair cuando acabó con su víctima y se giró a verle.

Era cierto, al alimentarse le creció el cabello, no mucho, pero no tendría que volver a usar aquella peluca, sólo tendría que decir que se había cortado el pelo al rape. Los colmillos tomaron una forma casi normal, ya no tendría que tener cuidado al sonreír, y sus ojos volvían a ser azules.

—Saca los cuerpos de aquí —le pidió a Lucifer mientras se sentaba en la silla pensativo.

—Ya voy —dijo acercándose a los muertos y con cada mano, cogiendo a cada uno por el hombro, los empezó a arrastrar con mucha facilidad—, los apuñalaré un poco y luego los abandonaré en cualquier lugar para que sean pasto de los buitres, cuando los encuentren serán como si fueran dos amantes que se han matado el uno a otro.

Cuando Lucifer salió de la estancia el continuó preguntándose si ya habría recuperado sus poderes del todo, los iría averiguando poco a poco. Lo que estaba claro es que ya tenía forma humana, incluso su piel había perdido totalmente la palidez de muerto, y sólo tendría que mostrar su modo vampiro cuando quisiera. Ahora podía ponerse con otros asuntos sobre el castillo.

Aquella vez el gato le había servido para algo.

Mientras, Lucifer arrastraba los cuerpos algo molesto... aquel al que había escogido como su amo, ya podía mantener apariencia humana y se había hecho con una esclava que cumpliría todas sus órdenes y podría satisfacerlo en la cama, ignorándolo a él completamente. Esperaba que por lo menos, llegado el momento le dejase vengarse de aquellos dos idiotas, a ese, el que decía ser sheriff, lo podría hacer su esclavo, era bastante atractivo, pero a ella la mataría seguro, por haberse entrometido cuando tenía a su presa casi en el bote. Esperaba realmente hacerlo porque si no, quizás se cansaría de ser el esclavo de otro vampiro.

Seline se despertó sin haber descansado del todo muy bien, aunque al irse a la cama la noche anterior había intentado dormir, no había tenido éxito con ello; no pudo dejar de pensar en aquel beso con Aland. Vale, ella lo había besado, pero él le había devuelto el beso de forma dulce, pero entonces, cuando mejor estaban, él se había echado atrás. Sentía una punzada de dolor al pensar que, aunque podía jugar un poco con ella, no le interesaba lo suficiente para llegar a más. Dio un manotazo en el aire intentando despejar sus pensamientos, tenía hambre así que bajaría a desayunar algo.

Cuando sacó los pies de su cama y vio su ropa tirada en el suelo, se dio cuenta que se había manchado un poco de barro a causa de correr la noche anterior bajo la lluvia, así que decidió que no tendría más remedio que lavarla. Aunque recordó que en su bolsa sólo tenía unas calzas y una camisa de repuesto. La camisa era corta, así que no podía ir sólo en calzas cuando tuviera que esperar a que se secase su ropa... Por lo que volvió a vestirse con su ropa manchada, la cual también olía sudor, lo que le hizo pensar que ella también necesitaba un baño.

Bajó por la escalera de mano que comunicaba directamente con la sala que hacía de comedor y cocina, sobre la mesa encontró pan recién hecho, pues aún estaba caliente, supuso que William o Aland se habrían levantado temprano para ir a comprarlo, pues Godwin y Rod les caía bien, pero pensaba que eran demasiado simples para preocuparse por aquellas cosas. Buscó entre los estantes dónde habían dejado la mantequilla, la encontró junto a la leche que también parecía recién comprada, pues a pesar de que aquello era una granja ya no quedaba ni una vaca, el dueño las había vendido. Tomó también una navaja y cortó un trozo de pan y untó la mantequilla que debido al calor de éste se deshizo enseguida. Un pequeño ladrido la hizo mirar hacia atrás, Sunny estaba allí mirándola con ojos brillantes pidiéndole comer. Seline tomó un cuenco y vertió algo de leche, que, junto con un poco de su pan, dejó en el suelo para el cachorro. Cuando ambos terminaron de desayunar, cogió a Sunny en brazos para llevarlo junto a su madre, se acercó a la puerta dónde dormía William con Rod y Godwin y llamó, pero nadie contestó, así que abrió, sólo se encontraba Moon durmiendo plácidamente sobre una de las camas, Seline dejó a Sunny junto a ella y salió de la habitación, entonces pensó que era la única en la casa y se dirigió hacia la habitación de Aland para cogerle prestada una de sus túnicas.

Dando por hecho que no se encontraba allí, abrió la puerta sin llamar. Pero Aland si estaba..., se encontraba bañándose en una tina de madera, otras de las cosas que su habitación tenía y los demás no.

—¿No sabes llamar? —preguntó Aland dando un respingo por la sorpresa.

—Disculpa, pensaba que no había nadie en la casa. —Seline se había sorprendido al encontrarlo así, pero intentando mostrar normalidad se giró al lugar donde tenía el arcón—. Sólo quería tomar una túnica prestada.

—Muy bien... —contestó él titubeando un poco y encogiéndose bajo el agua.

—¿Has comprado tú el pan? —le preguntó Seline mientras se arrodillaba para buscar dentro del arcón.

—No..., ha sido William.

—Ya veo.... oye quizás deberías darle otro trabajo más, aparte de ser el chico de los recados. Puede que William no sea un buen luchador, pero es inteligente y podría ayudarte planeando la entrada al castillo o algo así.

Seline estaba de espaldas a Aland y le hablaba sin mirarle. Sacó una túnica de color azul marino, pero era demasiado bonita y era el color que le sentaba bien a él, así que decidió guardarla de nuevo, luego sacó otra de color marrón, no le gustaba mucho el color, pero era la misma que llevaba Aland la noche que se coló en su cama y le dio aquel pequeño regalo..., decidió que utilizaría esa.

—Haré caso a lo que me dices —dijo Aland—, ahora si has acabado ya...

Seline se puso de pie, dejó la túnica sobre la cama y levantó la mirada para mirar a Aland, quien, a pesar de intentar mantener normalidad se le notaba algo nervioso. Le gustó la visión de ver de nuevo su torso desnudo y sus brazos tonificados, no era exageradamente musculoso, pero le gustaba más así. Se acercó un poco a él.

—Es una sorpresa ver a alguien bañándose, no es muy común— dijo ella.

—Me gustaría tener algo de intimidad —le reclamó haciendo un gesto con la mano para que se marchara.

—¡Vaya! Veo que el sheriff tiene jabón —dijo socarrona acercándose aún más y descubrir que el agua estaba llena de espuma, lo que le impedía ver lo que había debajo.

—En realidad, en este condado no soy sheriff, por lo que sé el sheriff está en la ciudad y no es tan bueno ni tan guapo como yo —dijo sonriendo y encogiendo los hombros con falsa vanidad.

Aland mantenía los brazos apoyados en el borde de la tina, con la seguridad de que espuma del jabón impedían a Seline ver la completa desnudez. Pero ella continuó caminando alrededor de la bañera contemplándole sin decir nada. Luego se arremangó los brazos y se arrodilló cerca de él.

—Seline, por favor... —dijo casi en un ruego esperando que se fuera de una vez de allí.

La miraba fijamente con aquellos ojos claros cuya mirada parecía atravesarle el alma a Seline... Tenía algo de barba que le daba un toque sexy, con el pelo mojado y alguno de sus mechones de forma ondulada pegados a la cara, aquello le recordaba a la imagen de la noche anterior... Seline suspiró mientras fruncía el entrecejo, aquel recuerdo la hacía enfadar. Así que una idea cruzó por su mente, le tomó sólo un segundo hacer un rápido movimiento para introducir su brazo derecho en el agua y agarrar el miembro de Aland, quien se inclinó de un bote y la agarró del brazo que ella tenía fuera apoyado en la tina.

—¿Seline qué haces? ¡Para!

Pero Seline no se paró, el miembro de Aland tardó apenas unos segundos en ponerse erecto ante el contacto de su mano. Ella comenzó a frotar de arriba abajo.

—Vaya... estás bien dotado—le dijo sonriendo, mientras seguía frotando con cuidado, pero con rapidez.

—Seline... maldita...

Aland la mantenía agarrada del brazo, pero ahora apoyaba su cara en el hombro de ella. Tenía los dientes apretados y los ojos cerrados con fuerza. Era como si le molestase que estuviera haciendo aquello, pero a la vez no quería que parara. Seline alzó la mano del brazo que él le agarraba y la llevó hacia su cabeza, introdujo los dedos en su pelo castaño y luego apretó. A él se le escapó un gemido, ella se rio divertida de verlo contener la excitación, todavía le decía que lo

soltara, sólo que no era muy creíble que realmente quisiera aquello. No tardó mucho en llegar al éxtasis.

—¿Ya? —preguntó sorprendida Seline a la vez que lo soltaba y sacaba el brazo del agua—. Quería divertirme un rato más.

—¿Por qué... lo has hecho? —preguntó él, que acaba de soltarla y se había vuelto a tumbar de espaldas en la bañera, pero aún con los ojos cerrados recuperando la respiración.

—Por venganza, Aland, por venganza... por dejarme siempre a medias —respondió ella entre molesta y pícara.

—Largo... —dijo el abriendo de nuevo los ojos y mirándola con intensidad—, largo o... ¡me levanto y te zurro, Seline!

—No te preocupes, no tengo intención de más.

Seline se puso en pie y rodeó la bañera, se hizo con el jabón que encontró en uno de los cubos que Aland había utilizado para llenar la tina, cogió la túnica y antes de salir por la puerta se giró y sonriéndole con malicia le dijo adiós con la mano, mientras él le respondió con una mirada malvada de alguien dispuesto a coger la correa y azotarla.

Después de que ella se fuera, Aland alargó el brazo para coger uno de los cubos y se lo puso en la cabeza intentando ahogar un grito de coraje. Con los brazos sobre el borde de la tina, cerró con fuerza los puños..., lo cierto es que le encantaría azotarla, y romperle la ropa, y embestirla por delante, desde detrás, en la cama, contra las paredes... Un montón de pensamientos lascivos pasaron por su cabeza, pero pensaba aguantarse, como lo había hecho la noche anterior cuando supo parar a tiempo. Se decía a si mismo que pronto se irían cada uno por su camino y era mejor así... no quería empezar nada, no así...

Y se quedó ahí un largo rato con el cubo en la cabeza, enfadado; pero, aunque no le gustaba reconocerlo, un poco feliz de haberse desahogado un poco.

Seline había ido a bañarse al río en la parte donde comenzaba el bosque, y había tardado un poco en llegar, dado que estaba al otro lado del pueblo y ahora que vivían en esa granja les quedaba mucho más lejos. Otro de los contras de la idea de Aland de vivir en la granja. El bosque estaba precioso, en esa época los árboles tenían una mezcla de colores: rojos, amarillos, marrones, y verdes. Soltó su arco, sus flechas y la bolsa con sus cosas bajo un gran roble, se quitó el chaleco, la camisa interior, luego las botas y los pantalones negros, y después las calzas interiores en las que descubrió que tenía agujeros en los pies. Quizás era momento de comprarse alguna ropa de más, pero no le quedaba mucho dinero, solía gastarlo con mucha facilidad cuando paraba a comer, le gustaba darse unos buenos banquetes, caminar tanto le abría mucho el apetito. Pensó que podría pedirle a Aland una especie de sueldo, pero estaba claro que ahora no era el mejor momento.

Se metió totalmente desnuda en el río, el agua estaba muy fría, quizás no era el lugar para bañarse en otoño, pero necesitaba ese baño. El agua fría le bajó el deseo, todavía sentía en su mano el calor del miembro de Aland, se rio al recordar la lucha que él tenía entre pedirle que se fuera y el placer que le producía. Se tumbó en el agua sin perder la sonrisa, aquella venganza la había hecho algo más feliz, porque sabía que Aland no quería llegar tan lejos, y lo odiaba por eso... Había disfrutado de aquel beso y ella nunca... se había sentido de esa forma. Se soltó las trenzas y se tumbó boca arriba, disfrutando de estar desnuda al aire libre y la soledad en aquel lugar. Con el asunto del vampiro ya casi nadie se acercaba al bosque. Se relajó con la visión del cielo azul claro, el sonido de los pájaros cantando y el contacto con el agua fría. Luego se arrodilló en el agua y apoyando la espalda en unas de las rocas, con el jabón que tenía en la mano,

se frotó todo el cuerpo, pensó que ahora iba a oler igual que Aland y le causó cierta gracia, estaba entretenida pensando en ello hasta que una extraña sensación le recorrió la espalda y se puso en pie de un salto. Miró en dirección a la parte más interior del bosque, pero no vio nada. Salió del agua y se secó rápidamente con un paño de algodón que había traído con ella, se colocó las calzas limpias de color granate, la única blusa que tenía de recambio y por encima se colocó la túnica de Aland. Una vez puestas las botas, recogió su ropa sucia, su arco y sus flechas y se largó de allí. Se fue camino de la lavandería de Servury todavía un poco mosca por la horrible sensación que había tenido.

Seline no lo había visto, porque un gato puede esconderse muy bien. Entre las sombras de los árboles la había estado mirando con esperanzadores sueños del momento en que pudiera morderla. Y después de haberla visto desnuda, quien sabe sino podía divertirse un poco más. Lastimosamente durante las primeras horas del día apenas podía pasear ni como gato, mucho menos enfrentarse a nadie como vampiro. Dio media vuelta y volvió corriendo hacia el castillo con ansias de que llegara el momento de la venganza.

Aland estaba tumbado en su cama con los brazos cruzados detrás del cuello. Se había vestido con la túnica azul que le llegaba casi hasta los tobillos y unas calzas negras. Sentía que sus pensamientos iban y venían de un extremo al otro. A veces se arrepentía de haberse acercado tanto a Seline, aunque su idea era frustrarla para que lo dejara en paz, pero estaba obteniendo el resultado contrario. Si la noche anterior hubiera parado ese beso en el primer segundo, lo de hace un rato no hubiera ocurrido... Pero por otro lado se alegraba de haber sido tocado...

—¿Estás cómodo en tu habitación? —le preguntó sarcástico Godwin que acababa de entrar por la puerta lanzándole una bolsa con monedas sobre el pecho.

—¿Nadie sabe llamar a la puerta? —preguntó inclinándose para sentarse—. ¿Y este dinero?

—¿Perdona, te molesto en tu habitación? Y el dinero lo han traído con la correspondencia desde Bluecastle.

—Oye, Godwin, siento lo de la habitación compartida.

—No me importa siempre y cuando acabemos con este asunto de una maldita vez, Aland... — Se sentó a su lado.

—¿Te ocurre algo?

—Mi mujer me ha escrito, en casa ya saben lo del vampiro y están preocupados, y la verdad —dijo rascándose su barba casi completamente canosa—, los echo de menos y tengo ganas de volver a casa.

—Tampoco es que llevemos tanto tiempo fuera.

—Lo sé, pero tengo la impresión que estás alargando esta cosa... —le dijo mirándole con escrutinio.

—¿Por qué iba a hacer algo así? —preguntó Aland desconcertado.

—Porque una vez acabemos tendrás que despedirte de ella...

—Por favor. —Se levantó indignado—. Qué tonterías dices.

Godwin miró a su amigo con hastío. Tenía la impresión que podrían haber hecho por lo menos una expedición al castillo. Pero Aland no hacía más que retrasarlo, quizás no lo hiciera de forma inconsciente, pero parecía que no tuviese ganas de volver a casa.

—Mira, Aland, hazlo como quieras. —Se levantó y se dirigió a la puerta, no tenía ganas de discutir—. El dinero es el que pediste por carta que te trajeran, y los informes de Bluecastle dicen, que pese a tu ausencia las cosas van con normalidad. La persona que pusiste al cargo lo está haciendo todo tal y como le ordenaste. —Dicho lo que tenía que decir salió de la habitación

aún molesto.

Cuando llegó la hora de comer, todos estaban sentados a la mesa silenciosos. William y Seline habían hecho de comer, Aland quiso echarles una mano, dado que aquella situación era a causa suya, pero al final decidió no hacerlo porque quería estar un poco apartado de ella. Ahora tenía sentado al lado a Godwin, quien parecía aún enfurecido con él y no le hablaba apenas. Los ánimos parecían bajos y el silencio duró un largo rato hasta que William lo rompió.

—Hoy he ido a devolver los libros a la iglesia, y me mostraron uno nuevo que les había pasado desapercibido.

—Ajá —le dijo Aland en señal para que continuara, mientras daba un trago de cerveza contento de que alguien rompiera aquel silencio tan incómodo.

—Pues bien, en ese libro se contaba alguna leyenda sobre vampiros que podían transformarse en cualquier persona que hayan matado antes, normalmente mantienen la forma de alguna víctima reciente, pero pueden transformarse en cualquiera que mataran en el pasado.

—Ya veo —dijo Aland rascando su corta barba, con la interrupción de Seline había olvidado afeitarse—, entonces nos estamos refiriendo a ese gato.

—Sí —contestó William.

—Vamos, que puede cruzarse en cualquier momento, con cualquier aspecto —dijo Godwin sacudiendo la cabeza con fastidio.

—Llevad siempre cercas las estacas y las cruces —añadió Aland.

—La cuestión es, cuándo vamos a echar un vistazo a ese castillo —gruñó Rod mientras comía un muslo de pollo con las manos.

—Deberíamos hacerlo mañana —contestó Godwin.

—Está bien... —Aland miró hacia Seline quien parecía absorta en su comida.

Una llamada a la puerta libró a Aland de seguir hablando, cuando abrió se encontró tras ella a una joven de profundos ojos verdes. La miró desconfiado, pero la casa estaba llena de ajos y algunos crucifijos y ella se había acercado con normalidad. La joven entró sin esperar a que le dieran paso y caminó erguida y tan segura que parecía alguien de la nobleza. Seline no conocía esa cara, pero sabía de quien se trataba, ese vestido de terciopelo verde lo había visto el día anterior.

—¿De quién tengo el placer...? —preguntó Aland esperando que de una vez hablara, mientras el resto, aún sentados a la mesa miraban con curiosidad.

—Soy Gladys, la chica que desapareció.

—Ya veo... me alegro ver que se encuentra bien.

—Gracias, aunque me ha apenado saber que ni siquiera se hizo una batida para buscarme, a pesar de llevar un par de días desaparecida... —contestó mientras inspeccionaba el lugar con la mirada.

—Lo siento —intentó disculparse Aland—, la situación era algo complicada, hay algo ahí afuera muy peligroso... todo se ha ido un poco de las manos.

—No se preocupe, no estoy enfadada, al fin de cuentas había huido detrás de alguien... y para mí era mucho más fácil si nadie trataba de impedirlo —Gladys enlazó los dedos de sus manos y las apoyó sobre la falda del vestido y miró a Aland con una complacida sonrisa, no mostró ni atisbo de enfado.

—¿Y a qué debemos su visita?

—Mi prometido y yo comeremos mañana en casa del alcalde, mis padres no vendrán porque últimamente se sienten un poco agotados... pero nos gustaría que asistieran, mi prometido, Alistair

Bentinck, siente curiosidad por los asuntos que les han traído hasta Servury.

—Gracias... aceptamos la invitación.

—En tal caso, nos vemos mañana —dijo, y con un giro de cabeza dejando volar su largo pelo castaño, se dirigió a la puerta marchándose de allí con el mismo porte aristocrático con el que había entrado.

—¿Y el castillo? —preguntó Rod cuando Aland cerró la puerta.

—Iremos después de comer.

—Iremos justos de tiempo —dijo Godwin molesto.

—No quiero negarme Godwin... es cierto que ni siquiera nos molestamos en buscarla. Será algo rápido, buscaré alguna excusa para marcharnos pronto.

—Yo paso de ir, no tengo ganas de reuniones con enamorados —protestó secamente Godwin levantándose de la mesa y marchando fuera de la casa.

—Godwin... —intentó pararlo, pero este no quería oír nada.

—Yo tampoco Aland, pero esperaré a que vuelvas para ir de una maldita vez a ese castillo —dijo Rod, que también se levantó y fue hacia su habitación.

—Yo tampoco iré —se disculpó William—, iré de nuevo a la iglesia y estaré listo cuando vuelvas. Ahora... ya que he terminado de comer, voy a sacar a pasear a los perros. —Se levantó y se llevó a Moon y Sunny fuera de la casa.

Aland se quedó de pie quieto, con las manos en la cintura, molesto porque sus hombres le llevaran la contraria. Entonces se fijó que Seline, quien con el pelo suelto y aún algo mojado, y que todavía llevaba puesta su túnica marrón, estaba aún sentada a la mesa y se había girado a mirarlo reclamando su atención con la mano levantada.

—Yo sí me apunto, tengo curiosidad de ver la cara del prometido, hasta ahora sólo tengo esa imagen —dijo volviendo a imitar la imagen que vio, inclinando la cabeza y poniendo la boca en forma de O.

Aland la miró fijamente por un segundo y luego de una zancada se acercó a ella por la espalda y le tiró de las orejas.

—Deja ya tus tonterías ¿quieres? —le dijo con tono desenfadado.

—¡Pero si es lo que vi! ¡Suelta! —intentó zafarse ella.

—Está bien... —le soltó las orejas—. Cuento contigo para que me acompañes mañana.

10

Se encontraba desnudo, sentado en el suelo de la bodega mientras recuperaba la respiración, había corrido varios kilómetros convertido en lobo y ahora se sentía enormemente poderoso. Había recuperado su poder de transformación, y por tanto toda su fuerza. Se tumbó de espaldas, era placentero sentir el frío suelo sobre su piel, se acarició a si mismo el musculoso pecho y brazos, el duro vientre, su exorbitante miembro y sus rígidos muslos. Había recuperado su apariencia, esa con la que doscientos años atrás se colaba en las mejores fiestas, con nobles, duques y hasta reyes. Sonrió maliciosamente cuando recordaba algunas en particular, en las que usaba su maravilloso poder psíquico y convertía las fiestas en orgías, en las que hasta los más recatados y religiosos acababan desnudos junto a desconocidos. Normalmente el sólo disfrutaba mirando, sólo a veces, cuando saciaba su sed de sangre, saciaba también sus apetitos sexuales fueran hombres o mujeres. Pero era algo poco común, desde que era vampiro apenas tomaba tiempo en ello, él disfrutaba con creces matando o manipulando a los demás para que hicieran cosas maliciosas. No era hasta ahora, que Gladys había entrado en su vida, que sentía ese deseo. Y era algo muy extraño, se preguntaba si quizás se debía a todo el tiempo que había pasado en aquel ataúd, lo que le había hecho cambiar.

Echó la vista atrás para recordar... Había ocurrido en el año 1360 cuando llevaba el nombre de Esteban, allí en uno de los países del este dónde vivía, celebró una gran fiesta con nobles y plebeyos donde acabó matándolos a todos. No fue su intención inicial, pero ya que se había dado el festín tenía que irse de su casa. Voló hasta Inglaterra dónde se encontró con este castillo que acababa de ser abandonado. Se construyó un ataúd y lo bajó a la bodega. Después de tapiar las ventanas del todo el castillo y la puerta del lugar donde reposaría, se echó a dormir, con toda la sangre que había bebido sabía que podría estar un largo tiempo sin despertarse y estaba cansado de caminar durante siglos. Pero durmió demasiado, cuando se despertó su apariencia había cambiado por la de ese viejo calvo y delgado ser, que sólo tenía sus facciones vampíricas, pero ni rostro humano, ni la fuerza que siempre le había acompañado.

Cuando salió de allí se alimentó de animales, pero consciente que no era seguro hacerlo en el mismo lugar para no dejar sospecha, pues estaba demasiado débil para pelear, se movió por algunos otros pueblos. Después se encontró con aquellos soldados... había sido tan fácil manipularlos... cuando los mataron a casi todos fue un fastidio, pero se alimentó de la sangre que les quedó, aquello le había permitido obtener más fuerza y salir del castillo con más tranquilidad. Pero fue un error llegar tan lejos, ahora tenía aquel sheriff y a sus hombres persiguiéndole, a punto estuvieron de acabar con él, ¡y con piedras! Se sintió inútil por no ser más consciente de la presencia del río. Esperaba el momento de vengarse de todos..., aunque primero quería disfrutar un poco.

Aún tumbado probó con otro de sus poderes recuperados, aquel con el que podía introducirse a distancia dentro de un animal para observar el mundo sin ser visto. Normalmente esto lo hacía con los murciélagos, por lo rápido que funcionaba y porque podían volar hasta dónde necesitara llevarlos. Cerró los ojos, los sintió dentro de una cueva no muy lejos de allí, escogió a uno y en unos segundos ya le pertenecía. Voló hasta el lugar que le interesaba, cruzando el bosque llegando hasta la ladera, en la oscuridad de la noche, bajo la luz de la luna llena estaba la granja que le interesaba. Se apoyó en el alfeizar de la venta, aquello apeataba a ajos, pero al murciélago no le

afectaría. Miró en su interior y pudo ver a todo el grupo cenando a la mesa, el ambiente parecía tenso. Rio para si pensando en la posibilidad de que se hubieran peleado entre ellos, si fuera así, eso le pondría las cosas más fáciles. Enseguida retomó el vuelo hacia la cueva, su intención aquella noche sólo era probar sus poderes. Dejó que el murciélago volviera a ser el mismo y despertó de nuevo sobre el frío suelo del castillo.

Se rascó la cabeza, en su carrera nocturna como lobo, había matado a un pobre borracho y a consecuencia de ello le había crecido el pelo tal y como lo tenía antes de perderlo, una oscura cabellera que le llegaba detrás de las orejas. Se incorporó y se vistió con una nueva túnica negra que había comprado junto a prendas bastante caras que iban ayudarle con su tapadera de Alistair Bentinck. Salió de la bodega y subió las escaleras de la torre que colindaba con la habitación de Gladys, ella no estaba, pero ahora sería también su dormitorio. Ya no necesitaba dormir más en aquel roído ataúd, así que se tumbó a dormir, al día siguiente sería un día especial.

Era bastante temprano, cuando Godwin se encontraba bajo el marco de la puerta de la calle, con su ropa de costumbre, una túnica marrón que llegaba hasta las caderas sobre una camisa blanca, unos pantalones verdes y unas botas de caña alta. Se pasaba nerviosamente las manos por su pelo largo entre negro y canoso mientras esperaba a que Aland saliese de su habitación. Había llamado hace un momento a su puerta, pero todavía estaba dormido y ahora estaba esperando a que se vistiera.

—¿Ocurre algo? —preguntó Aland cuando al fin salió, todavía colocándose su chaqueta azul sobre la camisa.

—Voy a montar a caballo hasta alguna de las aldeas cercanas... tengo ganas de cambiar de aires. ¿A qué hora crees que tú y Seline estaréis de nuevo en la granja?

—Espero que antes de las tres —contestó tras un resoplido.

—Está bien —dijo Godwin sacando de la bolsa de cuero que llevaba en la cintura un reloj de mano, un invento francés, muy moderno que el propia Aland le había regalado por su cumpleaños unos meses atrás—, supongo que para las dos estaré de vuelta.

—¿Está todo bien, Godwin? —Aland parecía apenado por las asperezas que había ahora en la relación con su mejor amigo.

—Bueno... —Godwin agachó la mirada, por un instante quiso hablar de forma más abierta, pero sólo tenía ganas de salir de allí, así que de forma seca y levantando de nuevo la mirada añadió —: Estoy todo lo bien que se puede estar con un vampiro cerca —dijo y salió de la casa.

Cuando Godwin marchó, Aland se volvió dirigiéndose hacia su habitación negando con la cabeza. Hasta ahora su amigo siempre había estado de su parte, entendía sus ganas de volver a casa, y aunque no habían hablado con claridad sobre ello, entendía también el miedo que podía causarle la existencia del vampiro, pero nunca lo había visto tan molesto.

Un ruido lo separó de sus pensamientos, cuando al mirar hacia arriba vio a Seline bajando por las escaleras de mano, llevaba sólo aquella camisa que utilizaba para dormir, y si no fuera por una prenda interior que llevaba debajo, desde aquella perspectiva se lo hubiese visto todo.

—Buenos días —la saludó con los brazos en jarra y carraspeando.

Seline, quien no se había dado cuenta hasta ahora de la presencia de éste, brincó del susto haciéndole perder el equilibrio, con suerte, Aland fue lo suficientemente rápido para cogerla por la cintura antes de que pudiera caer al suelo. La llevó en brazos hasta el interior de la cocina y luego la soltó.

—Gracias... me has asustado... —le dijo aún con cara de dormida.

—Creo que... sería mejor sino caminaras así vestida por la casa, vas casi desnuda.

—Sólo me he levantado a mear, ¿qué haces levantado tan temprano? Apenas ni ha salido el sol.
—Nada, estaba hablando con Godwin, pero voy a dormir un rato más antes de desayunar.
—Godwin... ayer parecía molesto contigo, ¿está todo bien?
—Bueno —dijo llevándose las manos a la cabeza y arrastrando su pelo hacia atrás—, sólo tiene ganas de que acabemos con esto.
—Un vampiro no se mata de un día para otro —contestó Seline mirándole con preocupación.
La entrada de Rod en la casa, que había acabado el turno de vigilancia, les pilló un poco por sorpresa. Seline tiró con las manos de su camisa hacia abajo y se escondió detrás de Aland, mientras este simplemente saludaba al hombre con un simple gesto de cabeza.
—No os preocupéis por mí —dijo Rod—, ya ha salido el sol así que no es necesario más guardias, me voy a dormir. Seguid con lo vuestro.
—Quizás se ha pensado que estábamos haciendo alguna cosa... —dijo Seline dando saltitos después de que Rod entrara en su habitación.
—¿Por qué saltas? —le preguntó Aland volviéndose hacia ella y arqueando una ceja.
—Porque me estoy meando ¿recuerdas? —respondió divertida.
Aland hizo una mueca por contener la risa, luego se despidió de ella y volvió a su habitación donde se dejó caer en la cama boca abajo, y entre la frustración el enfado y a la vez la risa, se preguntó cuando acabaría aquella situación y podrían volver a Bluecastle.

Horas después Seline se peinaba sus habituales finas trenzas alrededor de la cara delante del espejo. Se pellizó las mejillas para que obtuvieran un color rosado. Se veía bastante bonita, sabía que no era una de estas bellezas con la cual todos se girarían al pasar, pero tampoco lo necesitaba. Cogió sus cosas y salió de la habitación bajando las escaleras casi de un salto y fue hacia el exterior de la casa donde Aland la esperaba. Moon estaba con él.

—¿Moon viene con nosotros? —preguntó Seline.
—Parece ser que sí, William se ha llevado a Sunny, pero ella no ha querido irse.
—¿No le molestará al alcalde?
—No creo, es una buena chica, se portará bien —contestó acariciando la cabeza de Moon, y comenzando a caminar añadió—: venga, marchemos.
Comenzaron a caminar, el ayuntamiento no quedaba muy lejos, estaba justo poco después al terminar de bajar la ladera. Seline quiso aprovechar aquellos minutos para hablar un poco con Aland quien iba caminando por delante de ella.
—¿Qué edad tienes, Aland?
—¿Por qué? —le preguntó mirándole por encima del hombro.
—Simple curiosidad —contestó encogiéndose de hombros.
—Hace poco cumplí los treinta y siete años —dijo mientras cogía una rama del suelo para lanzársela a Moon. Quien corrió feliz a buscarla.
—Ya veo, más o menos lo que imaginaba. —Seline se había salido del camino de tierra y jugaba saltando sobre las rocas que había sobre la hierba —. Yo tengo algunos años menos.
—Vaya... pensé que eras más joven.
—Pues no, no soy ninguna jovencita que necesite la seguridad y las nupcias con un hombre.
—Ya veo. —Aland se agachó para recoger la rama que Moon le devolvía para que se la volviera a lanzar.

—Bueno, no es que lo juzgue... —Seline miraba hacia el suelo con los brazos estirados, para no tropezarse mientras saltaba sobre las piedras—, quiero decir, que puedo patear culos si es necesario y aun así disfrutar de la seguridad del abrazo de un hombre a quien..., no sé si me

explico... Aunque nunca he tenido esa experiencia.

—¿Quieres decir que nunca te han abrazado? Lo dudo...

—Sí que me han abrazado... —Seline dejó de saltar las rocas y volvió al camino junto Aland, y mirándolo de reojo y conteniendo una sonrisa continuó—: Pero sólo para fornicar.

—Seline... —Aland chasqueo la lengua en forma de queja y levantó la mirada hacia el cielo, suspiró, y bajando la vista de nuevo hacia Seline continuó hablando—: No empieces.

—Tampoco es para tanto, sólo he estado con tres hombres en mi vida, en los diez años que llevo fuera de casa, y con el que más tiempo estuve fue con Bhuza y sólo fueron cuatro meses.

—¿Y no te quedaste con él? —preguntó sarcástico.

—No estaba enamorada...

—Diablos... —Aland soltó un bufido y se alejó de ella caminando con prisa—. ¡Vamos o llegaremos tarde!

—¡Espera! —corrió tras él, y cuando se puso a su lado cambió de conversación—. ¿Sabes que en nada es esa noche de los Celtas, en la que celebran algo para los muertos?

—Sé que fiesta es, pero casi no soy consciente en que día vivo. —Aland acariciaba la cabeza negra y blanca de Moon que tras traerle la rama de nuevo movía la cola esperando que la volviera a lanzar, pero esta vez Aland no lo hizo, pues se acercaban al final del camino de tierra—. Lo siento Moon, luego jugamos de nuevo.

—Me pregunto si esa noche será más peligrosa con el vampiro. Espero que no tenga algún ritual extraño de matar a cientos de personas ese día o algo así...

—Para entonces supongo que habremos acabado con él. Por el bien de mis hombres me gustaría volver a casa la próxima semana. Luego iremos al castillo plagados de estacas y lo que sea necesario —contestó irritado.

—No sé yo... sí será tan rápido —dijo casi para sí Seline.

Terminaron el camino y enseguida se adentraron en el pueblo, en aquella parte las casas eran adosadas, construidas en adobe y las tejas del techo tenían un color más cercano al verde que al marrón. Al igual que el resto de casas del pueblo, estaban adornadas con flores en las repisas de las ventanas, lo que mitigaba un poco el mal olor de las calles. Ahora se encontraban sobre un suelo de piedra, giraron hacia la derecha para recorrer el camino hacia abajo, de la cuesta que llevaba hasta el ayuntamiento. Moon caminaba delante contenta, parecía haberse olvidado de la existencia del vampiro y de los golpes que se había llevado hacía unos días, mientras Seline caminaba intentando seguir el ritmo de Aland que iba algo por delante de ella. Era tan molesto que la ignorara que decidió volver a pincharle un poco.

—¿No te he contado que antes de venir a Inglaterra viví durante unos meses en un pueblo de Francia? —le preguntó acercándose a él—. Normalmente no pasaba más de una semana en el mismo lugar, excepto cuando me quedaba sin dinero y entonces tenía que tomar un tiempo largo trabajando en algún lugar; tabernas, granjas, lavanderías... hasta que ahorraba lo suficiente. Podían pasar largos meses, pero más allá de mis compañeros de trabajo estaba bastante sola. —Esperó a que Aland le dijera algo, pero al no hacerlo continuó—: Y mientras descubría el país conocí a Guillaume.

—Muy bien —dijo lacónico Aland mientras arrugaba la nariz y sólo parecía centrarse en el camino.

—Bien, pues Guillaume fue el último compañero sexual que tuve, estuvimos viviendo juntos durante un mes. —Seline miró de reojo a Aland, quien parecía querer ignorarla, ella se preguntaba si estaría celoso—. Guillaume es pintor, y solía pintarme desnuda, quién sabe, quizás haya por ahí en la casa de alguien alguna de esas pinturas mías en posturas muy lascivas...

Aland se paró en seco, giró despacio la cabeza hacia ella, le lanzó una mirada imperiosa, luego se llevó la punta de la lengua a los dientes y cerró fuertemente los labios hacia dentro, como si quiera decir alguna cosa que al final no dijo. Volvió a mirar al frente y continuó caminando, erguido y con los hombros apretados aceleró nuevamente el paso. Seline sonreía con ojos chispeantes, corrió hacia él y le cogió del brazo.

—Es broma, Aland... siempre me pintaba tapada con una sábana —le dijo riendo.

Aland volvió a girarse hacia ella y la miró de forma penetrante. Todavía tenía aquella barba sin afeitar, pero, a pesar de aquella cara de cansado que tenía los últimos días, a Seline le parecía muy guapo. Allí bajo la luz del sol descubrió que el cabello castaño de Aland, tenía mechones rubios. Seline volvió a sentir esa sensación de desear contacto con él y se apretó al brazo que le tenía cogido. Pero él se soltó y se separó varios centímetros.

—Camina varios pasos alejada de mí, y no me toques... que te gusta tocarme mucho —aunque habló con tono serio su mirada brillaba con travesura.

—¿Disculpa? ¡No te lo tengas tan creído! —contestó Seline sin darse cuenta que Aland era quien ahora le pinchaba a ella—. ¡Idiota! —Seline empujó a Aland por el brazo tan fuerte que casi le hace perder el equilibrio.

—Ya me has vuelto a pegar... —Se acercó a ella y la cogió por las piernas para luego echarla sobre su hombro y dejar la cabeza y el torso de Seline colgando a su espalda, y se puso a caminar de nuevo.

—¿Qué haces, Aland? ¡Suéltame! —Le golpeaba en la espalda totalmente sonrojada. Algunos pueblerinos que pasaban por allí les miraban, pero tenían todos, un semblante dor-mido.

—¡Esta chica se porta muy mal! ¡Se porta muy maaaaal! —iba exclamando Aland mientras le daba pequeños azotes en el culo.

—¡Idiota para!

Y Aland paró, no por darle el gusto a Seline, sino porque habían llegado al Ayuntamiento de Servury, y los sorprendió en la puerta, un hombre alto, de pelo negro, que vestía con una sotana — una túnica larga de color marrón oscuro, ajustada por una cuerda en la cintura—, y que estaba en la puerta mirándolos con mirada crítica. Aland dejó en el suelo a Seline y ambos se disculparon ante el Padre Philip un poco avergonzados.

Los habían hecho pasar a la sala de estar, aquel lugar además de hacer las funciones que tiene un ayuntamiento, era también la casa para la alcaldía. El alcalde Robert les presentó a su esposa, una mujer menuda de pelo negro que vestía un peyote —una especie de delantal largo—, de color burdeos sobre el traje de saya azul marino que iba a juego con la túnica que vestía el alcalde. Se llamaba Rose y tenía el mismo semblante agradable que su marido. Con la excusa de ir a terminar de preparar las cosas, dejaron solos a Seline y Aland con el Padre Philip, éste último se dirigió hacia una de las butacas y se sentó. Mientras Aland y Seline se quedaron incómodamente de pie, ambos con las manos en la espalda.

—Por lo que sé no ha habido ningún avance respecto al... vampiro —les preguntó mirándolos con gravedad tras aquellos oscuros ojos.

—Me temo que no, señor... pero llevamos varios días sin noticias de vampiros... quizás signifique algo bueno —contestó Aland.

—O quizás todo lo contrario —añadió el cura apretando con fuerza la cruz que llevaba colgada del cuello y que caía sobre su pecho. Después de dejar caer un suspiro se dio cuenta de la presencia del perro en la sala—. ¿Va a comer con nosotros? —preguntó señalando a Moon.

—Oh, al alcalde no le importa y es una buena perra, no molestará —dijo Seline que miraba

con curiosidad los libros que había sobre la estantería cerca de ella.

—Entiendo... Por cierto, señorita, ¿es cierto que es usted una viajera?

Seline se giró para mirar al sacerdote quien la miraba de manera inquisidora y un escalofrío le invadió todo el cuerpo.

—Sí... —contestó casi en un susurro.

—Y por lo que me han contado, está viviendo con tres hombres en la granja del viejo Tom Bates.

—Seline forma parte de mis hombres —interrumpió Aland viendo por dónde iban las cosas—, nos salvó de una posible muerte hace días y la necesitamos para cazar al vampiro.

—Lo entiendo, pero aun así no me parece decoroso que una mujer soltera viva con tres hombres.

—Entiendo lo que quiere decir, Padre Philip —dijo Seline—, y lo respeto. En realidad, nadie lo sabe, pero... —Y acercándose a Aland, que todavía mantenía las manos a la espalda, lo agarró por el brazo y lo atrajo hacia él. Con una sonrisa falsa continuó—: Aland y yo, nos hemos enamorado y estamos prometidos.

Aland se giró a mirarla con los ojos como platos dispuesto a protestar, pero Seline le pellizcó disimuladamente para que se callara.

—Dormimos en habitaciones separadas —prosiguió—, pero el asunto del vampiro ha hecho que vivamos en el mismo lugar, aunque sé defenderme perfectamente quiere estar seguro que me encuentre bien.

—¿Y cuándo será ese enlace? —preguntó el cura curioso.

—En cuanto acabemos aquí y volvamos a Bluecastle, la ciudad donde vive Aland.

— Bueno —observó el Padre Philip entrelazando los dedos bajo el torso en gesto de calma—, supongo que ante una situación excepcional se puede hacer oídos sordos.

— Se lo agradezco, Padre —dijo Seline soltando el brazo de Aland quien había estado sonriendo forzosamente.

—Por favor, ¿para comer podrían dejar sus armas en otro sitio? No me parece adecuado —les pidió el cura refiriéndose al arco de Seline, y la espada de Aland que llevaba en la funda que iba acoplada a su cinturón.

La llegada de una criada anunciando que la mesa estaba servida interrumpió la conversación, el Padre Philip se levantó de la butaca y fue el primero en salir de la sala, cuando Seline, tras soltar su arco en un rincón iba a hacerlo también, Aland la paró agarrándola del brazo y empujándola hacia él.

—¿Qué ha sido eso de hace un momento? —le reprochó.

—Aland... —Seline le puso las manos sobre los hombros y hablando en un tono bajo le dijo—: En mi camino he conocido curas buenos, y otros... que podían llevarte a la horca por robar un trozo de pan... Diantres Aland, te ha visto antes tocándome el culo... Y no conozco al Padre Philip, así que por si acaso prefiero no tener problemas. Pero no te preocupes, una vez liquidado al vampiro cada uno se irá por su camino. Por cierto —dijo llevando las manos de sus hombros a las mejillas de Aland, y propinándole unas suaves cachetadas—, si te vas a dejar barba por lo menos puedes arreglarla un poco.

Seline marchó hacia el comedor, Aland se desprendió de la funda con su espada, la dejó junto al arco de Seline y salió por la puerta maldiciendo entre dientes.

Una larga mesa se había dispuesto cubierta con un fino mantel blanco de lino con ribetes dorados. En el centro había un gran cerdo asado guarnido con una salsa de zanahorias. Los platos,

cubiertos y las copas para el vino de los comensales, se encontraban sobre la mesa, a la cual estaban sentados todos excepto los dos principales invitados que todavía no habían llegado.

—La comida es algo excesiva —gruñó el Padre Philip, observando que además del cerdo, había varios platos de fruta, más el pan y el queso.

—El cerdo ha sido un regalo del prometido de Gladys —respondió el alcalde que estaba sentado junto al cura en uno de los bancos de madera, sólo había dos sillas y estaban destinadas a Gladys y su prometido.

—Espero que no tarden mucho, tengo hambre —le susurró Seline a Aland después de beber un trago de vino.

—Eso espero. —Aland se removía en su silla incómodo esperando que la velada no se alargara más de la cuenta, eso podría ocasionare otra discusión con Godwin.

Los invitados principales se habían hecho esperar un poco, pero al fin aparecieron. Gladys había cambiado su vestido verde por uno muy parecido de color púrpura, esta vez se había recogido completamente el pelo y lo escondía bajo un tocado de hennin, un sombrero en forma de cono, en cuya punta colgaba un velo plisado de lino transparente. Llevaba su mano sobre el brazo de su prometido, quien por su porte parecía ser un noble. Éste vestía con una bata de hopa que llegaba hasta los tobillos, de cuello cerrado y mangas anchas que le llegaban casi hasta el suelo; el color granate de su ropa hacía resaltar el negro azabache de su cabello. Sus ojos de un azul intenso, intimidaban si lo mirabas fijamente. Aquellos que estaban sentados se levantaron e inclinaron la cabeza en forma de saludo, y después de las debidas presentaciones, volvieron a sentarse a la mesa, Gladys y su prometido en sus respectivas sillas. Moon quien rondaba por ahí lanzó un pequeño gruñido al prometido, pero después de que el hombre le lanzara una mirada penetrante corrió lloriqueando debajo de Aland. Nadie pareció darse cuenta de ello.

A la vista de Aland no se le pasó que a Alistair Bentinck parecía incomodarle la presencia del cura, hizo que su prometida se sentara en la silla contigua a éste, mientras él tomaba cierta distancia.

—Veo que tenemos otro invitado más —musitó Bentinck.

—El Padre Philip deseaba conoceros, y... si se casan en Servury sería él quien conduciría la ceremonia —contestó el alcalde, que parecía disculparse por haber extendido la invitación al sacerdote sin haber avisado al señor Bentinck.

—No se ofendan, pero me gustaría que mi prometida tuviese una gran boda, es lo que ella desea —contestó dando un golpecito sobre la mano de Gladys quien lo miraba con devoción.

El Padre Philip asintió sonriendo, lo entendía perfectamente. Lo único que esperaba es que Gladys continuara viviendo en casa de sus padres y mantuviera su pureza intacta hasta la ceremonia. Alistair le respondió, que por supuesto.

Seline pensaba que nunca había visto unos ojos tan azules, ni siquiera sabía que esa tonalidad existiese. Miraba aquel hombre con recelo, tenía la impresión de que lo había visto antes y no le daba la impresión de que se tratase de alguien sincero. Más que nada porque acababa de mentir al cura, quizás Gladys fuera virgen, pero estaba claro que se habían saltados algunas normas... ella lo había visto. Miró de reojo a Aland, y por la seriedad que mostraba, tuvo la impresión de que estaba pensando lo mismo que ella.

—Señor de Sallow, tengo curiosidad por los asuntos que le han traído hasta este pequeño pueblo. —Alistair apoyó el codo sobre el reposabrazos de la silla y luego se llevó la mano hasta la barbilla mientras la golpeaba con los dedos suavemente.

—Verá, como le habrán informado, un asunto más peligroso de lo que suponíamos al principio —contestó Aland apartándose un poco para que la criada le sirviera un trozo de carne.

—¿Entonces la historia del vampiro es cierta?

—Lo es. —Aland miraba al hombre con desconfianza.

—Bueno, el señor de Sallow cree que el vampiro podría esconderse en el castillo que hay en las afueras —dijo el alcalde—. Ahora que usted ha comprado el castillo tenga cuidado de no encontrárselo —bromeó.

Alistair miró al alcalde y luego volvió a mirar Aland divertido. Tanto éste y la chica habían dejado de comer y ahora lo miraban con desconcierto.

—Bueno, ya le he echado un vistazo y ahí no hay ningún vampiro —dijo sonriendo con malicia y luego bebió un trago de vino sin apartar la vista de ellos.

Seline pasó su mano bajo la mesa y la puso sobre la pierna de Aland, quien también bajo su mano y cogió la de ella con fuerza. Se habían quedado inmóviles, ni comían ni bebían. La mala impresión que les había dado aquel hombre ahora cobraba significado. Y lo peor de todo, es que ahora estaban totalmente desarmados. Una gota de sudor cayó del cuello de Aland mientras apretaba con más fuerza la mano de Seline y con la otra acariciaba la cabeza de Moon para calmarla. Luego intentando calmarse él, cogió su copa para tomar un trago de vino. Supuso en seguida que ese, el vampiro, no pensaba atacar, estaba jugando con todos ellos.

—Oh vaya ¿sois pareja? —la voz de la mujer del alcalde, quien estaba sentada al lado de Aland lo sacó de sus pensamientos. Había hecho esa pregunta al percatarse que estaban cogidos de la mano.

—Por lo visto se van a casar —interrumpió el Padre Philip—, yo acabo de enterarme hace un momento.

—Que bien, otra boda —dijo feliz Gladys que hasta el momento no había dicho ninguna palabra.

Seline dio un trago a su vino. Miró a Aland esperando atisbar alguna mueca de molestia, pero no lo hizo. Estaba claro que él también había descubierto que el prometido de Gladys era el vampiro. Continuaba apretándole la mano.

—Querido —dijo Gladys girándose a mirar a su amado—, que divertido, ahora ellos también podrán celebrar nuestra fiesta de la misma forma.

—Cierto querida —contestó Alistair quien volviendo a mirar a Seline y Aland prosiguió—. Queríamos invitarles el próximo fin de semana a nuestra fiesta para celebrar nuestro futuro enlace. Será en el castillo, he mandado a reparar la sala de baile para ello. Pero ahora que sabemos que ustedes también se casarán pueden asistir a la fiesta como si fuera la suya propia.

—Muchas gracias, aceptamos su propuesta —contestó Aland cortante, volviendo después la vista a Seline quien parecía haberse quedado sin habla y sólo gesticulaba. Después volvió la vista a Alistair y lo miró con una profunda y seria mirada en la que le daba a entender que sabía quién era. El vampiro le respondió sonriendo, dándole a entender a su vez, que eso era lo que pretendía.

El resto de la velada resultó bastante incómoda para Aland y Seline, esta última apenas probó bocado y fue consciente que Bentinck tampoco comió nada, lo que nadie pareció darse cuenta excepto ellos dos que habían descubierto su verdadera identidad. En cuanto terminaron se excusaron para poder marchar rápidamente de allí, se despidieron con un saludo de cabeza, cogieron sus armas y fueron veloces camino a la granja, con Moon corriendo por delante, la más ansiosa por llegar a la casa.

—¡Era el vampiro! ¿Verdad? —preguntó Seline a Aland cuando ya se habían alejado lo suficiente y habían llegado hasta el camino de tierra en la ladera.

—¡Si! En cuanto ha dicho lo del castillo, con esa sonrisa... lo he sabido. Pero está muy cambiado...

—Eso será porque se ha alimentado...

—Eso es malo ¿verdad? Que sea diferente. —Aland se había parado en seco y acercado más a ella.

—Por lo que sé, significa que cuando topamos con él por primera vez estaba débil, y ahora ha recuperado su forma natural, y con ello le habrá multiplicado la fuerza...

—Ya... —suspiró—, y además sabe que hemos descubierto que es el vampiro.

—¿Tú crees? —preguntó sorprendida Seline.

—No lo creo, lo sé por la forma en que me miró, y lo que creo es... que no tenía la intención de esconderlo, por lo menos a nosotros. —Aland hablaba mirando hacia el horizonte con preocupación.

—A los vampiros les suele gustar jugar —dijo Seline cogiendo la mano de Aland—, pues le seguimos el juego y lo usamos a nuestro favor.

Aland le apretó la mano sonriéndole con dulzura, un ladrido de Moon, quien les llamaba la atención por quedarse quietos les hizo recuperar la marcha hacia la granja.

Godwin, Rod y William los estaban esperando en el interior. Los dos primeros algo molestos porque se habían retrasado un poco, pero antes de que pudieran omitir una queja, Aland les hizo un gesto con la mano para que callaran.

—Los planes han cambiado —les dijo—, el próximo fin de semana iremos al castillo, pero entraremos por la puerta principal.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Godwin que estaba de pie apoyado en la pared que daba a su habitación.

Aland y Seline les contaron todo lo ocurrido durante la comida en el ayuntamiento, excepto la parte en que habían mentido diciendo que estaban prometidos. Después de la sorpresa e irritación inicial que supuso la noticia, quedaron en que ellos dos estarían en la fiesta mientras los otros tres, quienes les acompañarían como lacayos, inspeccionarían el castillo mientras ellos entretenían al vampiro en la fiesta.

Sabían que ahora todo se había complicado más con el aumento de poder de la bestia y su tapadera como noble, tras maldecir porque las cosas hubieran llegado hasta ese punto, Godwin salió de la casa con Rod, y más tarde William también se excusó para irse.

Un par de horas después cuando todos los demás todavía estaban fuera, Seline llamó a la puerta de Aland.

—¿Necesitas alguna cosa? —le preguntó él al abrirle.

Seline se coló dentro, pasando por debajo del brazo que Aland tenía apoyado en el marco de la puerta y se sentó sobre la cama.

—Voy a dormir contigo, mi habitación no tiene puerta, si vienen los vampiros me atacarán a mi primero —le dijo con una extraña voz.

—No —rio Aland acercándose a ella—, deja las excusas, está claro que ese hombre... porque ahora es casi parece humano, nos dejará en paz por lo menos hasta el día de la fiesta. Así que alégrate, tenemos un par de días libres.

—¿Y si viniera a molestar de nuevo ese gato? —Seline se levantó, se acercó a Aland y alzó los brazos para rodear su cuello—. Podría volver a tocarte... —le dijo mientras le acariciaba con las manos la nuca y el pelo. Después le empujó hacia sí suavemente para que se inclinara y le besó, pero Aland en un acto reflejo metió los labios hacia dentro para que no pudiera hacerlo.

—¿Estás borracha? —le preguntó cuando ella separó un poco la cara. Olía a alcohol.

—Noooo —contestó arrastrando las palabras—, pero es cierto que después de descubrir... que eseeee... Alistair Bentinck... era el vampiro... Apenas probé bocado, pero beber, si bebí... Y puede que hace un rato le haya dado un poco a la cerveza. —Nuevamente se acercó a besarle, y Aland respondió de la misma manera, ella volvió a separarse y añadió—: Aland eres idiota.

—Verás, estás algo borracha —le contestó mientras se zafaba de los brazos en su cuello—. Serás mejor que vayas a descansar.

—¿Por qué? ¿No te parezco guapa? ¿Por eso pasas siempre de mí? —le preguntó sollozante.

—No, sabes que no, no es eso —Aland se pasaba la mano por la barba rasposa fijando la mirada en el techo.

—¡Estoy harta! —Seline se dejó caer en la cama, sentada, alzaba las manos en modo de reproche intentando decir algo, pero no le salían las palabras, dejó caer los brazos y luego los levantó de nuevo, y así varias veces hasta que acabó llorando de una forma bastante chistosa. Aland intentó reprimir la risa, ella al verlo algo molesta exclamó—: ¡Idiota!... ¡No ves que yo te quiero!

—¿Me quieres? ¿Por qué? —le preguntó riendo, pero sin sorprenderse, cada vez estaba más claro que estaba borracha.

—¡Porque eres sexy! ¡Y te quiero para mí! —Seline lloriqueaba.

Aland estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se abstuvo por no molestarla más. Se acercó a ella y le quitó las botas después de darle permiso para dormir en la habitación. La ayudó a tumbarse y a quitarse el chaleco mientras ella se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano y de vez en cuando le propinaba un pequeño golpe de frustración en los hombros. Aland entendió que aquello era causa del alcohol y que cuando se le pasara, ni siquiera pensaría en ello. Cuando estaba a punto de marcharse de la habitación ella lo detuvo agarrándole por el brazo.

—Quédate, por lo menos hasta que me duerma.

No pudo negarse a aquel ruego. Pensó que no era mala idea que él también descansara un poco. Se quitó las botas y la chaqueta para estar más cómodo y se tumbó junto a ella. Recogió la manta que estaba a los pies de la cama y con ésta tapó a ambos. El tiempo era cada vez más fresco y dormidos podían pasar frío. Además, sabía que en el estado en que estaba Seline podía dormir un rato sin que pasara nada entre ellos.

—Gracias —dijo ella a la vez que se ponía de lado mirando hacia él que estaba de perfil con los ojos cerrados. Aland tenía una bonita nariz recta con el puente ligeramente marcado, que Seline se quedó mirando conteniéndose de tocarla—, a veces eres muy amable ¿sabes?

—Yo siempre he sido un tipo muy educado y amable —respondió el abriendo los ojos y mirándola de reojo—, excepto cuando me golpean los huevos, la cabeza o me tiran cosas a la cara —sus ojos chispeaban en forma de burla al decir aquello.

—Perdón. —Seline no pudo evitar reírse, todavía moqueando un poco a causa de haber llorado—. De verdad que lo siento. Siento haberte pegado, y robado. Pero... me alegra haberte conocido, y me gusta estar aquí... después de todo, voy a tener algo que agradecer a ese vampiro...

—¿Lo dices porque estás borracha?

—Noooo... los borrachos son sinceros ¿no lo sabías? —dijo bostezando, mientras se acurrucaba con la manta—. Sin ese vampiro no estaríamos ahora aquí...

Seline se quedó dormida, para Aland resultó agradable tenerla cerca, el calor que producía el contacto con alguien. Al final durmieron toda la noche.

11

—¡Despierta señorita ebria! —Aland empujaba con fuerza sobre el colchón de su cama para que el cuerpo de Seline diera botes sobre ella.

—¡Para! —exclamó ella a la vez que se incorporó de forma tan veloz... con tan mala cara y el pelo tan despeinado que sorprendió a Aland.

—Joder Seline, eso ha sido como un vampiro saliendo de su tumba, ¿dónde están las estacas? —Giraba la cabeza mirando de un lado a otro mientras preguntaba—. Quizás debería tenerlas siempre cerca...

—¿Te has despertado simpático hoy? —preguntó Seline con sorna y cara somnolienta.

—Vamos —le tiró de una de las finas trenzas desmelenada—, te he preparado el desayuno, ayer apenas comiste nada.

Seline se levantó y arrastrando los pies siguió a Aland hasta la cocina y se sentó. Aland colocó sobre la mesa un trozo de pan del día anterior, en esa casa, en las últimas horas ya nadie parecía comer ahí ni preocuparse por la comida. Había encontrado algo de tocino y todavía les quedaban huevos y mantequilla, con lo que pudo hacer un desayuno para los dos.

—He traído agua del pozo —dijo Aland sentándose frente a ella para comer—, me han dicho que en Servury el agua parece estar más limpia, y es mejor que después de todo el alcohol que bebiste ayer, hoy tomes algo de agua —le sirvió en un vaso de peltre, el agua que tenía ya guardada en una jarra de barro.

—Gracias... —dijo antes de acercarse el vaso y dar un trago—. Te has afeitado. —Ahora que estaba un poco más despierta se percató de ello al mirarle.

—Sí, no pretendía dejarme barba. Pero no te entretengas y come, cuando acabemos iremos de compras.

—¿De compras?

—Sí, si vamos a ir a una fiesta, y le vamos a seguir el juego al vampiro, tendremos que vestirnos para la ocasión —comentó entretenido en su comida—, eso sí, nada demasiado caro, no somos nobles ni pretendo serlo, bastante ajeteo tengo ya siendo sheriff.

—¿Habrá baile en esa fiesta?

—Supongo...

—Bien, entonces quiero un vestido, no es lo más cómodo si te ataca un vampiro... pero si hay baile quiero un vestido, me encanta el movimiento que hace la falda. —Seline se puso de pie y comenzó a mover la cadera de un lado a otro—. De hecho, sólo con una falda me bastaría, podría ir hasta desnuda en la parte de arriba, pero esa sensación de vuelo... no me la quiero perder.

—No es necesario que vayas medio desnuda, puedes comprarte un vestido —le dijo mirándola perplejo mientras se llevaba un trozo de tocino a la boca—, y ahora termina de desayunar para que podamos irnos pronto.

Había una sastrería en el pueblo donde ya disponían de algunas ropas confeccionadas, que para la ocasión era suficiente. Aland decidió que irían hasta allí a caballo, pese a estar a una altura relativamente cerca, le parecía una buena ocasión para montar y que Seline se acostumbrar a su yegua.

Cuando llegaron a la tienda, una modista se llevó a Seline hacia la parte de la tienda donde se encontraba la ropa para las damas, mientras él se quedaba junto al sastre, a quien le dijo rápidamente lo que quería y le dio la dirección dónde tendrían que entregar la ropa cuando hicieran los arreglos necesarios. Al cabo de un rato, Seline apareció sin decir lo que había escogido y sin preguntarle a Aland por su ropa, pero llevando con ella puesta, una chaqueta ceñida de color del ponche, con la entrada del frío necesitaba una, pensaba pagárselo con el dinero que le quedaba —cuando se había marchado de la aldea lo había hecho con pocos ahorros y el robo a Aland no había funcionado del todo—, pero Aland lo puso en su cuenta, pues ella era parte de sus hombres y le pagaría los gastos o lo que necesitara como a los demás. Después de dejar su chaleco marrón y pedir que se lo entregaran cuando le llevaran el vestido, salieron de la tienda.

—No volvamos a la casa —dijo Aland al salir mientras desataba a los caballos—, busquemos una taberna y tomemos algo hasta que tengamos hambre y luego volvamos, supongo que los demás también comerán fuera.

—Había otra taberna a la entrada del pueblo, podríamos ir allí.

—Está bien, mejor donde no nos crucemos con Godwin y Rod, no es que no quiera verlos... pero ya sabes cómo están las cosas.

—Lo entiendo.

Marcharon a caballo hacia el lugar, y en cuanto llegaron volvieron a atar a los caballos. Esta vez Aland buscó un mozo, al que pagó unas monedas a cambio de que los cuidara y les diera de beber mientras ellos estaban en el interior de la taberna, lo cual les llevaría un largo rato.

Aquella taberna era algo pequeña ya que no pertenecía a ninguna posada, pero parecía cómoda y a aquella hora apenas había gente, lo que les daba algo más de intimidad. Escogieron una mesa cerca de la puerta y pidieron hidromiel para beber.

—Bebe poco a poco ¿eh? —dijo Aland con sorna cuando les dejaron las bebidas sobre la mesa.

—Ayer me quedé dormida en tu cama borracha ¿verdad? Aunque no lo recuerdo mucho...

—Mejor.

—¿Por qué? ¿Te toqueteé...? —preguntó un poco nerviosa.

—Uh... no, pero intentaste besarme.

—Vaya, sí que estaba borracha... Con lo estupendo que eres en ese aspecto, no me atrevería a volver a intentarlo. Así que tuve que pasarme con la bebida.

—No sé cuánto bebiste, pero supongo que también se debió a que apenas comiste, y a que estuvimos sentados a la misma mesa que un vampiro...

—Seguramente, pero ya que tenemos un par de días de descanso, hasta que vuelva a molestarnos me gustaría hablar de otras cosas.

—¿Cómo qué?

—Pues... me gustaría saber algo más sobre ti, cómo llegaste a ser sheriff, tengo curiosidad —le preguntó Seline mientras bebida un pequeño sorbo de su bebida y lo miraba por encima de la jarra.

—Bueno... nunca tuve la intención de ser sheriff... yo era un soldado del Conde, pero en Bluecastle comenzaron a haber trifurcas entre los ciudadanos a causa de las malas prácticas del anterior sheriff, a nadie le interesa que un pueblo se le rebele, así que el conde me ofreció el puesto a mí, y acepté. Él es consciente que soy una persona justa, además he crecido en ese lugar, no quería verlo roto por culpa de un idiota.

—Entiendo, además es una buena posición.

—Sí, ya no tengo que salir de la ciudad... excepto cuando aparecen vampiros —dijo haciendo una mueca—, gano dinero suficiente y tengo una bonita casa, vacía, pero una bonita casa. Cuando vuelva, habrá espacio de sobra para mis perros.

—Sería estupendo si todos los que tienen algo de poder lo utilizaran bien, pero suele ser lo contrario... por eso —dio un trago a su hidromiel y después de un breve suspiro musitó—, por eso mentí sobre nosotros. Siento haberlo hecho, quizás el Padre Philip no sea malo, pero no lo sé, y he visto cosas en todos estos años y en tantos lugares...

—He sido soldado así que lo sé, pero en fin, tampoco es que vayamos a casarnos de verdad. Y una vez que nos vayamos de este pueblo, a nadie le importará —Aland jugaba dando golpes con los dedos sobre la mesa algo nervioso, para cambiar de tema dijo—: Deberíamos pedir ya alguna cosa para comer.

Apenas hablaron desde el momento en que pidieron la comida hasta que se la sirvieron. Se trataba de sopa y carne de cerdo, comieron con tranquilidad hablando de cosas banales, hasta que acabaron y Aland se acordó de algo.

—¿Quién fue el segundo? —le preguntó.

—¿Qué? —Seline se limpiaba con una servilleta de tela mientras lo miraba sin saber a qué se refería.

—Tuviste tres parejas de cama, ¿quién fue el segundo? —preguntó con total normalidad.

—¡Ahora te interesa! —Seline rio mientras le pegaba una suave patada bajo la mesa.

—No me pegues —sonrió mientras la señalaba con el dedo—, sólo es curiosidad.

—Bueno, satisfaré tu curiosidad. Después de dejar a Bhuza, volví a caminar hacia el norte, como quería ir hasta Francia, eso hacía la posibilidad de pasar antes de nuevo por casa. Cuando llegué me reencontré con Tim, un viejo amigo de la infancia, él estaba bastante deprimido porque la vida allí no le satisfacía y no sabía qué hacer, y yo me sentía mal porque había tenido que dejar a Bhuza, pese a lo bien que estaba viviendo con él, pero él... se había enamorado de mí y yo no sentía lo mismo, además tenía ganas de seguir viendo mundo. Y bueno, al volver a casa de mi madre, ésta me daba mucho la murga por haberme ido, así que allí estábamos Tim y yo un poco tristes, y empezamos a irnos de tabernas hasta caer redondos... de borrachos. Luego nos íbamos al establo y nos desfogábamos... y recuerdo que con lo borrachos que estábamos intentábamos hacer poses extrañas, todavía doy gracias por el milagro de que no me rompiera la espalda o alguna otra parte del cuerpo. Con los días Tim me dio las gracias por abrirle la mente (no cualquier chica se deja hacer esas cosas sin casarse antes), vamos que me dio las gracias por el sexo y luego se enroló en la marina. Y yo seguí mi camino. Como ves, no fue nadie importante, quiero decir, le tengo aprecio, pero no fue como con Bhuza o Guillaume, con ellos charlaba sobre el mundo y hacíamos más cosas.

—Ya veo —Aland puso el codo sobre la mesa y apoyó su cara sobre su puño mientras la miraba—, así que dejaste a Bhuza por ver más mundo...

—Sí..., ¿pasa algo con eso? —preguntó extrañada.

—No nada, nada... bueno —dijo poniéndose en pie—, volvamos a la granja.

Al salir desataron los caballos y después de pagar al mozo, comenzaron a caminar camino a la granja todavía sin montar.

—¿Le has puesto nombre ya a tu yegua? —preguntó Aland.

—No... ¿el tuyo tiene nombre?

—Sí, se llama Hércules —contestó mientras acariciaba complacido la castaña oscura crin de su caballo árabe.

—Oh, vaya pues podría llamar a mi yegua Meg, de Megara, la mujer de Hércules —dijo Seline

sonriendo con burla.

—No, no, no —Aland levantó un dedo en señal de protesta—, tu yegua no va a ser la novia de mi caballo.

—No te preocupes, no pretendo tal cosa —rio Seline—, ni siquiera voy a ponerle nombre.

—¿Por qué? —preguntó Aland extrañado.

Un ruido lo distrajo, una mujer asomó por una ventana con un cubo entre sus manos, que tras un grito de «¡Agua va!», lanzó hacia el suelo, el orín y excremento que había en su interior. Ellos estaban bastante cerca, Aland fue bastante rápido y tiró de la brida de su caballo para apartarlo. Seline también lo hizo, pero no lo suficiente rápido para apartar a su yegua del todo, la cual acabó salpicada sobre la silla de montar.

—Diablos, ¡qué asco! Ahora no puedo subirme en ella... —exclamó Seline molesta. Buscó en el suelo, y con una hoja de árbol intentó limpiarlo un poco. Mientras Aland se reía —No es gracioso, Aland...

—Bueno, lo estás limpiando bastante bien.

—Aun así, si me subo en ella, me mancharé la ropa y apestará.

—Entonces tendrás que montar conmigo. O podríamos ir caminando, pero no quiero tardar mucho en volver.

—Supongo que no me queda más remedio... —contestó mientras acababa de limpiar con desánimo y tiró la hoja al suelo.

Unieron con una cuerda la brida de la yegua al caballo de Aland, luego este montó sobre Hércules y ayudó a Seline, ofreciéndole una mano para que subiera tras él.

—Al final vamos a trotar juntos —dijo Aland mirándola por encima de su hombro mientras le sonreía burlón.

—Tonto... —contestó Seline sin evitar sonrojarse, mientras subía y se sujetaba a su cintura.

Seline se alegró cuando llegaron a la granja y pudo bajarse del caballo. Cada vez que Hércules había dado un pequeño brinco, produjo que acabara más pegada al cuerpo de Aland, había sido bastante difícil resistirse a ese momento, hubo varias ocasiones en las que tuvo ganas de apoyar su cara contra su espalda, pero al final había logrado contenerse. Pero en ese momento se alegraba de estar ya con los pies en el suelo, y ser libre de cualquier tentación.

Después de dejar los caballos bien guardados en el establo, se dirigieron a la casa y entraron. William estaba allí sentado a la mesa mientras le daba algo de comer a Moon y a Sunny, a quien tenía en brazos. Algo captó enseguida la atención de Seline. William había cambiado de ropa y llevaba puesta la misma túnica que los curas.

—¿Y estas ropas? —preguntó Seline acercándose a él.

—Oh... hola, bien, ya habéis vuelto. —William se levantó, se acercó a Aland y le entregó a Sunny, y volviéndose hacia Seline dijo—. Voy a convertirme en cura. He hablado con el Padre Philip y me permite quedarme con ellos mientras dure mi estancia en Servury. Cuando acabe el asunto de los vampiros seguramente me ordenará y quedaré con ellos.

—¿En serio? —preguntó Seline que se quedó con la boca abierta—, si es por tu interés en aprender y en los libros, no necesariamente tienes que hacerte cura...

—Lo sé, pero es lo que quiero, nunca he pensado en casarme y tener una familia. —Volviendo la mirada hacia Aland continuó—: Me temo que no puedo ocuparme más de los perros, no puedo llevarlos a la casa de la iglesia. Pero por supuesto os seguiré ayudando con el vampiro.

—Entiendo —musitó Aland que se había quedado sin palabras, mientras acariciaba la cabeza de Sunny.

—¿Sólo vas a decir eso? —le recriminó Seline a Aland—. Esto es por tenerle sólo cuidando de tus perros.

—No es cierto —le contestó Aland molesto—, escuché lo que me dijiste, está con Rod a cargo de la inspección al castillo.

—Por favor no os peléis —interrumpió William—, Seline, esto no es nada que no haya estado pensando antes. Ahora si me disculpáis tengo que marcharme, nos vemos mañana.

Seline se quedó mirando a Aland con los brazos cruzados mientras veía salir a William de la casa.

—¿Qué? —preguntó Aland encogiéndose de hombros—. ¿No te gusta? Dice que es su elección.

—Para ser su elección no parece muy feliz.

—Quizás porque tenemos un vampiro rondándonos...

—No sé... —dijo bajando la vista y sacudiendo la cabeza—. Yo voy a limpiar la silla de mi yegua, así despejo la cabeza.

—Muy bien... —dijo Aland exasperado, quien después de haberse sentido muy bien en su compañía, veía como se había estropeado el momento.

12

El día anterior lo habían transcurrido completamente trabajando en la inspección al castillo, la cual estaría a cargo de Godwin, Rod y William, mientras Aland y Seline estarían en la fiesta. Eran conscientes que no sería tarea fácil, pero no tenían muchas más oportunidades ni ideas. Y ahora, había llegado el momento.

A Seline le gustó la ropa que Aland había escogido para la fiesta. Sobre una blusa negra llevaba una túnica de manga corta de color verde como las hojas de pino. Tenía ribetes dorados en los bordes y la largura era algo por debajo de las caderas. Usaba unas calzas negras y las botas de siempre. Se había hecho con un cinturón nuevo, de cuero negro, en el que esta vez no portaría su espada. No les dejarían entrar si llevaban las armas con ellos.

Seline se había hecho con un vestido largo que rozaba el suelo, de color azul oscuro tenía el pecho fruncido y unas finas tiras doradas le hacían de cinturón. Las largas mangas de mariposas le daban un aire romántico y se había dejado el pelo completamente suelto, adornado con un fino tocado dorado a juego con su cinturón.

Todos estaban listos para marchar hacia el castillo, William había cambiado su ropa eclesiástica por la de siempre, mientras Godwin lo miraba de reojo algo preocupado, a él, al igual que a Seline, este repentino cambio también le había tomado totalmente por sorpresa. Dejaron a Sunny a cargo de su madre Moon, con todos en la fiesta, estaban seguro que los perros estarían seguros solos en la casa. Salieron por la puerta, y caminaron en la noche oscura hacia el coche de caballos que habían alquilado.

Gladys se encontraba desnuda sobre su cama negándose a vestirse hasta que le dieran al fin lo que tanto había esperado. Alistair la miraba complacido apoyado con una mano en el nuevo y lujoso mueble tocador que había conseguido para ella.

—¿No vas a llevar esa ropa a la fiesta verdad? —preguntó Gladys. Pues él llevaba puesta nuevamente aquella hopa de color granate con la que se sentía tan cómodo.

—No —contestó él con un tono de voz bajo mientras aún sonreía.

—Pues entonces... puedes quitártela.

—Ya..., supongo que una promesa, es una promesa —se llevó las manos bajo el cuello donde estaba situado el primero botón y comenzó a desabotonarse hasta quedar el pecho al descubierto.

Gladys se levantó de la cama y se puso frente a él. Acercó las manos a sus hombros y tiró de su ropa para que se deslizara y cayera al suelo dejándolo completamente desnudo. Tenía un cuerpo espectacular, era fuerte y bien dotado, y también era la primera vez que la dejaba verlo sin nada de ropa. De hecho, sólo le había visto el miembro aquella vez en su casa, pero sólo fue para la satisfacción de él, desde entonces no lo había vuelto a tocar y tampoco él la había tocado a ella. Esos últimos días encerrada en casa de sus padres habían sido una tortura, tenía ganas de lanzarse sobre Alistair, pero sabía que a él le gustaba llevar el control sobre aquellas cosas. Alistair le acercó su mano para que la tomara y luego la condujo de nuevo a la cama donde la hizo tumbarse boca arriba. Se colocó sobre ella y le abrió las piernas. No hubo preámbulos, ni ningún tipo de juego y sin embargo ella ya estaba preparada, no tenían mucho tiempo y no quería postergar más ese momento, así que generoso le dio al fin lo que ella quería.

Lo hizo con cuidado, Alistair era consciente que ella era virgen, y no quería lastimarla. Con

toda la brutalidad que había supuesto siempre su vida de no muerto y sin embargo era la primera vez que deseaba cuidar de alguien. Aquello era mucho más que placentero, el hecho de estar en el interior de ella le producía un sentimiento que nunca había tenido. Se dejó caer sobre el pecho de Gladys, le pasó las manos por el pelo y la besó con fuerza, mientras continuaba moviéndose dentro de ella suavemente. ¿Podía un vampiro enamorarse?

Gladys saboreó aquel momento tan esperado con inmensa felicidad, llevaba toda su vida adulta odiando la vida en aquel pueblo, y ahora tenía aquel ser sobre ella penetrándola despacio, dejando tiempo a su cuerpo para que se acostumbrara a él. Con todo el miedo que le dio cuando le conoció, y con lo aterrador que lo había visto a veces..., y sin embargo allí estaba, besándola con pasión, como si la amara realmente. ¿No era aquello felicidad? En aquel momento recordó todas las veces que le rogó a Dios para que le cambiara la vida... y al final fue el demonio quien le respondió.

El coche de caballos había llegado al castillo, antes de llegar a la entrada principal, Godwin, Rod y William se apearon y escondieron en los alrededores, mientras que Aland y Seline continuaron dentro del carruaje hacia el interior del patio. Cuando el coche paró y bajaron, echaron una rápida vista al edificio, el cual, con la parte de sus muros caídos, y las torres principales, que tenían forma piramidal y estaban destrozadas, más la información que tenían de quien vivía dentro, todo el conjunto resultaba aterrador. Se dirigieron hacia la torre del homenaje cuya puerta estaba abierta y alguien les esperaba para recibirlos.

Un hombre de estatura media, pelo grasoso y nariz aguileña los esperaba en la puerta, no tardaron mucho en darse cuenta —pues era claramente visible pese a estar algo tapada por el flequillo—, de la cicatriz que tenía sobre una ceja en forma de cruz. Aland y Seline no se dijeron nada, pero un rápido cruce de miradas fue la afirmación para saber que estaban pensando lo mismo. Aquel hombre que les sonreía con malicia era el Gato.

—Les esperan en la fiesta —les dijo con falsa sonrisa—. Por favor suban las escaleras, primer pasillo a la derecha y encontrarán la sala de baile.

Sin responder nada se dirigieron hacia las escaleras, no sin dejar de mirar por encima del hombro asegurándose que aquel gato no hacía ningún gesto extraño. Pero no lo hizo, en cuanto comenzaron a subir se alejó de allí. Continuaron subiendo con cuidado aquellas escaleras de caracol poco iluminadas, sólo con algunas lámparas en las paredes. Una vez llegado al primer pasillo giraron a la derecha para llegar hasta el lugar que les habían indicado, pero algo les llamó la atención. Del pasillo izquierdo surgía una luz y el ruido de unas voces, se miraron y no duraron ni un minuto en ir a curiosear. Caminaron en silencio hasta llegar a la puerta de la habitación de donde procedía la luz, estaba entreabierta y se sorprendieron al ver lo que ocurría dentro. El vampiro, y Gladys, estaban en la cama desnudos.

—Ella parece... —dijo Seline en voz baja, pero Aland la miró y le pidió silencio llevándose un dedo a la boca.

Cuando dirigieron la mirada de nuevo al interior de la habitación el vampiro les estaba mirando, mientras continuaba sobre la joven y aún se movía en su interior. Al principio pareció sorprendido al verlos, pero luego les sonrió con malicia. De la impresión por ser cazados, tanto Aland como Seline hicieron un movimiento brusco para apartarse de allí, con el error de hacerlo en la misma dirección y chocando el uno contra el otro. Tras ahogar una exclamación de queja por el golpe, Aland agarró a Seline por el brazo para hacerla caminar en la dirección contraria. Caminaron deprisa hasta que se encontraron fuera de la puerta de la sala de baile.

—Así que realmente tiene ese tipo de relación con Gladys... —susurró Aland—, ¿la estará

obligando con su... poder mental?

—No he tenido esa impresión —le contestó Seline mientras se acariciaba la barbilla pensativa—, parecía disfrutar con eso. Es lo que intentaba decirte antes.

—No sé qué pensar.

—Bueno, yo ahora en lo único en que puedo pensar es que fornican más los vampiros que nosotros... —dijo aún con la mano en la barbilla.

—Mejor entremos a la fiesta... —dijo Aland después de unos minutos de silencio mirándola sorprendido porque incluso en aquellos momentos pudiera bromear.

Unas grandes puertas se abrieron para dejarlos pasar, donde un par de lacayos con aura extraña los saludaron y les hicieron un gesto invitándoles a ir al interior de la sala. Aquel vampiro no había escatimado en gastos, había dispuesto un gran banquete, todo estaba decorado de forma pomposa y se encontraba mucha más gente de lo que esperaban. Algunos de ellos parecían realmente figuras importantes. El alcalde Robert que ya se encontraba allí, salió a su encuentro con los brazos abiertos en cuanto los vio.

—Aland, Seline... amigos, que fiesta más espectacular ha organizado Alistair —les dijo señalando al conjunto de gente que había en su interior—, me pregunto si al venir hacia aquí habéis visto a lo lejos el Palacio que se está construyendo en la ciudad, pues sus futuros dueños están en esta fiesta. Nunca me había codeado con gente tan importante.

—Si que tiene contactos nuestro amigo —susurró Seline al oído de Aland.

—Lo extraño es que aún no se encuentren aquí. Y no los he visto al llegar —dijo Robert.

—Sí, parece que algo les está demorando —dijo Aland chasqueando la lengua y poniendo los ojos en blanco.

—Bueno —continuó Robert—, mientras llegan, ¿por qué no me acompañan a saludar al Padre Philip y a conocer a algunos de los otros invitados? También están los padres de Gladys.

Ambos asintieron y fueron a unirse a la conversación con los demás.

Pese a que cerca les esperaban, Alistair y Gladys aún continuaban en la cama en un clima más caliente. Él sabía que habían sido vistos por aquellos estúpidos mortales, y le había parecido divertido. Le costaba separarse de Gladys y acabar aquello, y tampoco no podía dejar de pensar en una cosa... La idea del matrimonio que los otros esperaban nunca iba a suceder, pero la unión que él deseaba sí..., y había llegado el momento. Entre la rapidez de sus movimientos y el sudor de sus cuerpos, acercó su cara a la de Gladys y susurró:

—¿Quieres estar conmigo para siempre?

—Sí... —contestó ella jadeando mientras se agarraba a su cintura con fuerza.

Entonces, sin pensárselo demasiado acercó su boca bajo su oreja e hizo aparecer sus colmillos para morder aquel precioso cuello y beber su sangre. Ella arqueó su cuerpo en respuesta al dolor, mientras le agarraba con fuerza clavando sus uñas en la cintura de Alistair. Él aún con el cuerpo completamente sobre ella, seguía moviéndose dentro, esta vez con suavidad, intentando mitigar con el placer, el dolor que aquel mordisco le producía. Cuando hubo bebido lo suficiente, se aportó un poco y se incorporó. Se hizo un corte con la uña en su muñeca, y cuando comenzó a sangrar la llevó a la boca de Gladys quien succionó con fuerza. En cuanto pensó que era suficiente apartó el brazo de ella y el cuerpo de Gladys comenzó a sacudirse en convulsiones, a Alistair que todavía estaba en su interior, aquello le excitó y se movió dentro de ella con fuerza, mientras la agarraba por los brazos para que no se hiciera daño, hasta que llegó al éxtasis..., y un gran fluido quedó dentro del interior de Gladys. Aquello fue otra sorpresa, algo que hasta ahora nunca había ocurrido, como vampiro en esos momentos apenas echaba algunas gotas, eran las consecuencias

de ser un no muerto. Aquella mujer lo estaba cambiando. Había sentido como ella también llegaba al orgasmo mientras se transformaba. Se separó de su cuerpo y se inclinó sobre ella para besarla, en el vientre, en el pecho, en el cuello y luego se acercó a su rostro. Los ojos le brillaban y los colmillos habían aparecido en su boca, tenía la mirada perdida y respiraba con dificultad, como intentando contener toda esa fuerza que había ganado en sólo unos minutos. Alistair la miró y sonrió con orgullo, ahora tendría compañía para toda la eternidad, la besó con puro amor, el amor pasional y egoísta del que se aferra fuertemente al juguete de su propiedad. Amor, pero al fin de cuentas, el amor de un vampiro.

De todas formas, él sabía que ella deseaba aquello, con ella sólo había tenido que usar su poder mental al principio, en cuanto cambió su aspecto, Gladys se quedó allí por pura voluntad, aquella había sido su sorpresa cuando la conoció; que en su interior se escondía algo más que la lujuria, también se anidaba el mal. Se había quedado con él sin rechistar aun sabiendo que era un asesino.

—Bien, vamos a tener que esconder un poco esto —dijo mientras le acariciaba los labios y los colmillos—, no queremos que nuestros amigos lo sepan todavía —se levantó de la cama y le dio la mano para ayudarla a levantarse—, tenemos que vestirnos, llegamos tarde a nuestra propia fiesta.

Las estrellas y la luna llena iluminaban la noche cuando Godwin y los otros dos salían del jardín, cerca de los establos donde se habían escondido. Caminando pegados a los muros se colaron por la puerta que los llevaba al patio principal, en silencio, pero con rapidez, se dirigieron hacia la otra punta del castillo donde estaba la torre del homenaje y según los planos, la puerta más cercana a las bodegas. El lugar más oscuro del castillo y en el que supusieron que más probablemente habría estado durmiendo el vampiro, por lo menos hasta que por sorpresa descubrieron que podía caminar a la luz del día.

No podían entrar por la puerta principal, la misma por donde habían entrado Aland y Seline, pero cerca había otra pequeña puerta que llevaba a la despensa, la cruzaron con cuidado de no tirar nada, pues todas las cosas allí en encontraban de forma apretada, y después alcanzaron otra puerta introduciéndose en un pasillo sin iluminar. Por suerte, venían bien equipados; William sacó de la bolsa que llevaba con él una lámpara de mano más la cajita donde guardaba la yesca y pedernal para encender la vela. Una vez iluminados, recuperaron el paso.

—Ahora deberíamos girar a la derecha hasta encontrar algún pasadizo que nos lleve hasta abajo —dijo Rod.

Pero alguien les interrumpió el paso, el mismo hombre que había esperado en la puerta a Aland y Seline se encontraba ahora delante de ellos junto con otros hombres, tenían aspecto de ser ciudadanos comunes, pero con un aura extraña que les recordó a aquellos hombres de negro.

—¿Pensabais que sería tan fácil? —les dijo el hombre de nariz aguileña a quien le asomaba una cicatriz debajo del flequillo—, de todas formas, no hay nada de interés allí donde parecéis que queréis ir, mi amo, ya no es como la primera vez que lo visteis.

Godwin maldijo en su interior, sabía que no sería fácil, pero tuvieron el error de pensar que cualquier aliado del vampiro estaría en la fiesta, no esperaba que tuviera más hombres. E intuía que no era buena idea luchar, además, de que eran más que ellos.

—Ahora marcharos —volvió a decir el hombre—, me encantaría mataros, pero tengo órdenes de no hacerlo... todavía.

Rod miró a Godwin con ganas de atacar, no parecía importarle lo que tenía en frente, pero Godwin le ordenó con un movimiento de cabeza que no lo hiciera. Era mejor hacer caso y salir de allí. Aunque la idea siempre había sido encontrar el ataúd y ver si con aquello encontraban una

manera..., alguna idea de deshacerse del vampiro, estaba claro que no podría ser.

Salieron de allí despacio, no sin dejar de vigilar a aquellos tipos hasta que estuvieron lo suficientemente lejos y recorrieron el mismo camino para salir al patio del castillo. Una vez fuera se dirigieron dónde estaba apeado el coche de caballos.

—¿Y si volvemos a la granja? —preguntó hastiado Rod—. Como hemos podido ver parece ser que todavía no tienen intención de atacarnos... y con toda la gente que debe haber en esa fiesta no creo que se atrevan a hacer nada. Y tampoco podemos hacerlo nosotros.

—Aun así, deberíamos esperar a que vuelvan Aland y Seline —musitó William.

—Pero pueden pasar horas para eso —se quejó Rod.

—Estamos aquí para vigilar y asegurarnos que no ocurre nada, no para suponer —intervino Godwin—, pero podemos esperar en el interior del coche, esta noche es algo fría y no creo que al conductor le importe compañía.

Así que se dirigieron al coche a esperar descontentos, porque la inspección había sido frustrada.

Alistair Bentinck y su prometida Gladys aparecieron al fin por la puerta del salón donde concurría la fiesta de su compromiso. Él vestía sobriamente con una capa del color del vino con gruesos ribetes de color negro en los bordes. La capa le llegaba hasta los tobillos justo hasta el borde de las botas negras que cubrían sus pies. Ella, para ir a juego, había escogido un vestido del mismo color, de forma holgada y mangas largas, lo adornaba con un fino cinturón color carmesí bajo el pecho.

—Disculpad el retraso —dijo Alistair dirigiéndose a todos los invitados—, mi querida Gladys no se encuentra muy bien hoy —añadió dando unas palmadas en la mano de ella que reposaba sobre su brazo.

—Hija, ¿cómo estás? —preguntó la madre de Gladys, ambos padres se habían acercado al entrar, y la madre pareció consciente enseguida del mal aspecto de su hija.

—No sé preocupe, yo me ocupo de ella —dijo Alistair mirándola con seriedad tras sus llamativos ojos azules.

—Sí... sí —contestó agradecida la mujer apartándose de una forma muy servicial.

—Bien, ahora por favor, empecemos por el banquete —dijo Alistair señalando hacia las mesas, todo el mundo le obedeció encontrando un lugar en el que sentarse.

Aland y Seline se habían sentado alejados del vampiro, mientras agradecían el hecho que pese a ser invitados como prometidos no hubiesen sido presentados ni mencionados sobre eso. Comenzaron a comer mientras observaban a Alistair y Gladys con disimulo.

—Ha dicho que se encuentra mal, pero está extraña —comentó Aland sólo para que Seline le oyera.

—Después de lo que hemos visto antes... lo que estará es agotada... —le contestó ella tras lo que se llevó un trozo de pollo a la boca, mientras peleaba porque las largas mangas de su vestido no se colaran en su plato de comida.

—Precisamente, este tipo de actividades produce hambre...

—¿Actividades? De verdad Aland, que soso eres... —le dijo Seline aún con la boca llena.

—Me entiendes perfectamente ¿qué palabras usarías tú?

—Se me ocurren unas cuantas, pero el Padre Philip no está sentado muy lejos de aquí, y no quiero que nadie me oiga —dijo en susurro, cogió su copa de vino y dio un trago.

—Hoy no podemos pasarnos bebiendo... —le regañó.

—Ese día, sólo fue algo puntual...

Una vez finalizado el banquete, un grupo de músicos entró en la sala para entretener a los asistentes. Alistair caminó del brazo de su prometida saludando a los invitados uno por uno, mientras los invitaba a que hicieran un grupo para bailar. Al verlo hablar con los duques, Aland se preguntaba como diablos lo había hecho para conseguir aquellos contactos. ¿También tenía a la nobleza bajo su control? No solo se mostraban muy cómodos ante él, sino que parecían acceder a cualquier cosa que les pidiera... y mientras Gladys caminaba extrañamente a su lado con la mirada perdida. Llegó el momento en que se acercaron a ellos. Aland hizo contacto visual con Alistair quien le respondió con su habitual sonrisa maliciosa. Estaba claro que aquello le divertía, pero era imposible adivinar cuál era su juego y que se proponía. No se separaba ni un milímetro de Gladys, quien parecía tener algo más que un simple malestar. Sus ojos verdes miraban perdidos hacia el horizonte y todavía no la había oído articular palabra.

—La otra pareja prometida... —dijo Alistair con su profunda voz al acercarse a ellos a la vez que su prometida los saludaba con una suave reverencia.

—Sí... pero no queremos anunciárselo a todo el mundo —contestó Seline quien se sentía algo mareada pese a haber comido y asegurado de beber poco.

—Entiendo, pero aun así espero que sigamos hablando de ello en cuanto acabe de saludar al resto de invitados. Así que, por favor, únense al grupo de baile, nos gustaría que esta noche fuera divertida.

Aland se limitó a saludar y a afirmar con un ligero movimiento de cabeza, mientras los miraba alejarse hacia los otros invitados. No pudo deducir porque Gladys estaba tan extraña así que se resignó a aceptar que quizás realmente se encontraba mal.

Intentando seguir el juego hasta que aquel vampiro se decidiera a dar algún paso, Aland y Seline optaron por unirse al resto de personas e incluso bailar un poco. Hasta que un ligero mareo, hizo que Seline le pidiera a Aland separarse un poco del grupo.

—Quizás hay algo en el ambiente porque no me encuentro muy bien —comentó tras encontrar un lugar en el que sentarse—, y te prometo que apenas he probado el alcohol.

—Lo sé, yo también me siento mareado —dijo sentándose al lado de ella—, quizás sea el vino, parecía bastante fuerte, y sólo he bebido una copa...

—Espero que ese vampiro no esté utilizando sus poderes mentales con nosotros.

—Lo cierto es que yo he hecho contacto visual ¿y tú? —Aland se restregó las manos sobre la cara intentando que se le pasara un poco.

—No, yo evito mirarle de forma tan directa.

—Entonces no es eso...

Apenas recordarían lo que pasó después, pero lo cierto es que se levantaron y fueron a beber más, movidos por la inercia e ignorando la desconfianza que tenían hasta el momento, y algo más tarde caminaban juntos del brazo riendo como si estuvieran borrachos, entrando en otra sala cercana donde les esperaba el Padre Philip, más el alcalde y su mujer en compañía de Alistair y Gladys.

—¿Está seguro de esto, señor Bentick? —recordarían después haber escuchado preguntar al Padre Philip.

—Por supuesto, hágalo por favor, llevan pidiéndolo desde hace un rato, y... ¿no lo prefiere usted así?

—Cierto, es lo más sensato, estando en esa casa juntos... además ellos mismos me hicieron el anuncio.

—Entonces, proceda...

El Padre Philip comenzó a parlotear con un montón de palabras a las que no lograban prestarle atención. En aquel momento lo único que sentía Seline es que no podía parar de reír mientras seguía agarrada del brazo de Aland como una lapa. Los demás no decían nada, pero los miraban con inmensa curiosidad. El cura les preguntaba alguna que otra vez alguna cosa a lo que ellos respondían que sí entre risas. En realidad, el ambiente era extraño, pero su mente no lograba pensar demasiado y empezó a deducir simplemente que estaba muy borracha. No sabía cómo, pues había evitado beber, pero lo estaba. Se mojó los labios y sintió el sabor del vino en la lengua, en algún momento cercano había vuelto a beber, no lo recordaba, pero no podía dejar de parecerle divertido. El cura le preguntó alguna cosa y ella volvió a limitarse a decir que sí.

—No, esta vez tiene que decir: Sí quiero.

—Sí quiero —obedeció apoyando la cabeza sobre el brazo de Aland esperando que aquel hombre acabara de parlotear de una vez, le dolía la cabeza.

Por otro lado, estaba Aland, cuya voz interior le decía que sacara la espada que no llevaba encima y le cortara la cabeza a aquel vampiro, pero estaba tan ebrio que apenas podía mantenerse en pie. Y aquel cura, que había dejado de parecerle agradable no paraba de hablar mientras Robert sonreía contento de una forma que no entendía. Miró a Seline quien se había apoyado en su brazo con la cara sonrojada y luego miró al Padre Philip que se había dirigido hacia él para hacerle la misma pregunta que a ella, y de la misma forma y sin saber muy bien que decía respondió:

—Sí quiero.

—Puedes besar a la novia —le dijo el cura.

Empezando a pensar que aquello era algún juego tonto, y sin fuerzas para hacer otra cosa que seguir la corriente, apartó a Seline de su brazo, le tomó la cara con las manos y la besó. Ella le respondió y durante unos minutos estuvieron perdidos el uno con el otro, con los labios pegados en un profundo beso.

—Perfecto, que bonito, ahora será mejor enviarlos a casa, supongo que tendrán ganas de estar juntos —interrumpió Alistair.

Después que todos los presentes los felicitaran sin saber muy bien por qué, Alistair se acercó a Aland y le ofreció su mano para estrecharla, este se la dio sin rechistar, mientras le apretaba la mano, Alistair se inclinó un poco para darle golpecitos de felicitación con la otra mano en la espalda, entonces acercó su cara a la oreja de Aland y le susurró:

—Ahora no eres muy consciente, pero estoy seguro que te acordarás después. En realidad, esto ha sido improvisado, de momento sólo me limito a conoceros un poco... y tengo la impresión que esto te fastidiará bastante.

Alistair llamó a un lacayo para que los acompañara hasta el carruaje, se despidió de ellos con una sonrisa de satisfacción y les señaló que se verían pronto. Cuando llegaron al coche, las caras de Godwin y Rod al verlos eran un cuadro, aunque a William secretamente le pareció algo divertido verlos borrachos. Mientras ellos habían tenido que esperar unas horas en aquel coche, al parecer Aland y Seline lo habían estado pasando bien, en vez de preocuparse por estar cerca de un vampiro. El trayecto de vuelta a la granja se produjo en un incómodo silencio, el aire estaba cargado, pero Aland y Seline no podían notarlo porque no podían parar de reír.

En cuanto llegaron a la granja, Godwin y Rod se encerraron en la habitación, y William ya había seguido con el carruaje hasta la iglesia. Aland y Seline a quien les había bajado un poco el efecto, por lo menos ya no estaban riendo continuamente, subieron juntos las escaleras hacia la habitación de ella.

—No tengo muy claro que ha pasado esta noche —dijo Aland dejándose caer en la cama todavía ebrio.

—Creo que hemos jugado a casarnos —contestó Seline con una risita y sentándose a su lado. Se pasó la mano por el pelo para quitarse el tocado dorado y lo lanzó al suelo, luego hizo lo mismo con los zapatos.

—Entonces quizás ahora podríamos tener una noche de bodas. —Aland se incorporó, tenía la cara roja a causa del alcohol, la miró a los ojos y luego inesperadamente la besó aún con más intensidad que aquel beso en el castillo.

—Puede que... esté borracha otra vez —susurró Seline cerca de su cara cuando él dejó de besarla—, pero creo recordar que no querías llegar tan lejos.

—Bueno, sólo vamos a jugar un poco —musitó, tras lo que se incorporó del todo para levantarse de la cama y agacharse de rodillas delante de ella, alzó la vista para mirarla a los ojos y sin dejar el contacto visual, introdujo las manos bajo el vestido para quitarle las calzas. Seline se inclinó un poco para ayudarle con ello, cuando las había sacado del todo, Aland introdujo su cabeza bajo la falda intentando jugar torpemente entre las piernas de Seline.

Seline se tumbó de espaldas para dejarse hacer, era muy excitante tener la boca de Aland buscando su sexo, pero a su vez, quizás por el alcohol, comenzó a resultarle divertido que después de todo, al fin hubiesen llegado a eso. Por lo que comenzó a reírse con fuerza de nuevo. Y para colmo, Aland comenzó a no atinar y sentía su lengua en todas partes menos dónde debía. Aún sin parar de reírse se incorporó y levantó la falda hasta que vio aparecer la cabeza de Aland que la miró como si estuviera un poco mareado.

—Lo haces fatal —le dijo Seline.

—Ha sido ese vino, no sé lo que me ha hecho —se quejó Aland.

—Está bien, ponte de pie, déjame intentarlo a mí.

Aland obedeció y se puso de pie de modo que su cintura quedaba frente a la cara de Seline. Ella estaba contenta de probar aquello que había visto hacer a Gladys al vampiro, además tenía muchas ganas de ver desnudo a Aland de cintura para abajo, ya había visto la parte superior, pero tenía ganas de observar la inferior, aquella que ya había tenido el placer tocar. Pero cuando estaba dispuesta a bajarle las calzas, alzó la vista y al cruzarse con la mirada de aquellos ojos claros, quien por una vez se dejaba hacer, y además parecía pedirlo con ganas... volvió de nuevo a reírse y no pudo continuar.

—Oye... no es gracioso que te rías en estos momentos... —se quejó Aland.

—Lo siento, no es mi intención —pero no podía evitarlo, en realidad tenía muchas ganas de estar así con él, pero efectivamente aquel vino la había dejado tonta. Probó a acariciarle sobre el pantalón, pero apenas pudo hacerlo porque Aland se apartó algo molesto.

—Esto no está funcionando —dijo, y dirigiéndose hacia la escalera añadió—, creo que será mejor que me vaya a mi habitación.

—¡No! No te vayas por favor. —Seline se levantó rápidamente y acercándose a la escalera de mano le propinó una patada para hacerla caer al piso de abajo—. Ahora no puedes bajar.

—Podría saltar, no está tan alto —le contestó él con los brazos en jarra, mirando por el borde en dirección al suelo.

—No deberías, en el estado en que estás podrías hacerte daño... simplemente, quédate a dormir.

Aland se giró suspirando, volvió a la cama y se tumbó en ella, Seline lo siguió y se tumbó a su lado.

—Si quieres puedo volver a intentarlo —le dijo en tono de disculpa.

—Está bien —aceptó él cansado y los ojos entrecerrados.

Seline acercó su cara a la de Aland y le acarició el pelo castaño de mechones dorados y esta vez le besó ella, con dulzura, se entretuvo unos segundos y sin separarse de sus labios pasó su mano derecha sobre la túnica de Aland y bajó hasta llegar a la entrepierna, cuando estaba donde quería, introdujo la mano bajo la túnica hasta llegar a la cintura de las calzas, levantó la tela e introdujo su mano en el interior. Bajó hacía el lugar que buscaba y le acarició, Aland se estremeció... pero no pudo llegar ni un poco al clímax porque, en cuestión de segundos Aland se había quedado dormido. Sacó su mano fastidiada de que se acabara el juego, pero luego lo miró y le pareció hermoso verlo dormir, y en su cama. Se inclinó sobre él y colocó el brazo que Aland tenía junto a ella sobre su espalda para sentirse abrazada, apoyó su cara contra su cuello y dejó caer su brazo sobre su el calor de su pecho. Y así ella se dejó llevar también por el sueño. Durmieron toda la noche vestidos de gala. Él ni siquiera se había quitado las botas.

13

Cuando Seline se despertó estaba sola en la cama y la cabeza le daba vueltas. En cuanto se dio cuenta que aún llevaba el vestido de la fiesta se lo quitó rápidamente y se aseó un poco. Solía tener un cubo lleno de agua en la habitación, derramó un poco sobre un cuenco y con un trapo se limpió la cara y el sudor del cuerpo. Se vistió con la ropa de siempre y fue hacia las escaleras para bajar de allí. En cuanto puso un pie en la escalera de mano recordó vagamente como la noche anterior la había hecho caer de una patada, recordó haber dormido junto Aland quien por lo visto se había levantado antes que ella; habría tenido que bajar de un salto y colocar después las escaleras en su sitio. En cuanto puso un pie en el suelo del piso inferior y se giró hacia la cocina, pudo ver que estaban allí todos, sentados en un ambiente sepulcral. Estaba claro que había sucedido algo, aunque se alegró de ver allí a William tan temprano, pese a su semblante serio.

—¿Ha ocurrido alguna cosa? —pregunto Seline en cuanto estuvo cerca.

—Genial, está claro que ella tampoco recuerda nada —dijo Godwin con tono irónico mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—Por favor, Seline, siéntate y toma algo de leche y comida —le pidió William.

Seline obedeció y se sentó junto a Aland quien, además de continuar con la ropa del día anterior, parecía furioso y no le dirigió ni por un segundo la mirada. Eso la sorprendió bastante, pues sí tenía vagos recuerdos de esa noche en la habitación y recordaba haber estado bastante bien juntos, jugando un poco... Seline intentó ignorarlo y tomó la leche y el desayuno que William le acercó. Éste pareció darle unos minutos para que se despejara y luego continuó hablando.

—Seline, he venido porque esta mañana muy temprano el Padre Philip habló conmigo y me dio la noticia. ¿Realmente no recuerdas que pasó ayer en la fiesta antes de volver a casa?

—Lo que recuerdo es que... —contestó mientras agarraba su vaso de leche y miraba hacia el techo intentando recordar, encogió la nariz y entrecerró los ojos porque aún se sentía demasiado cansada—, recuerdo intentar beber demasiado, porque era bastante importante para nosotros estar bien des-piertos... no sé... supongo que como pensaba ayer Aland, aquel vino era muy fuerte y nos hizo efecto enseguida... así que me temo que al final nos emborrachamos. Por lo demás, lo siento. Apenas tengo un vago recuerdo, estar en una habitación con varias personas... y ese cura hablando demasiado.

—Tengo que informarte que en esa habitación el Padre Philip os casó a Aland y a ti —dijo William sin rodeos.

—¿Qué? —Seline pensó que estaba de guasa, y los miró uno a uno varias veces, y dedujo por el semblante de todos, pero sobre todo por el aspecto de Aland, que aquello era cierto—. Pero no... no puede ser... quiero decir yo no recuerdo haber aceptado tal cosa.

—El Padre Philip dice que, aunque estaba claro que estabais ebrios, os paseasteis por la fiesta contando a todos los invitados que estabais prometidos. Y que... deseabais casaros enseguida.

—No logro recordar nada de eso —habló por fin Aland—, pero si es cierto que mentimos al Padre Philip sobre estar prometidos. Seline estaba preocupada que pudiera perjudicarnos por estar viviendo juntos. Una mujer soltera con tantos hombres... pero nunca fue nuestra intención casarnos de verdad. Esto ha sido obra de ese vampiro, no recuerdo mucho, pero sí que se acercó a mí y me dijo algo sobre ello. No sé cómo diablos lo ha hecho. —Aland apretaba los dientes y los puños intentando contener su furia.

—Parece ser que sí, que hizo de intermediario y empujó de alguna manera a que el Padre os casara. Según lo que se me ha dicho ha sido así.

—Pero ese matrimonio no puede ser válido, está claro que no éramos nosotros mismos —se quejó Seline.

—Bueno, estuvieron el alcalde y su mujer de testigos, a quienes por lo visto también le habías informado con anterioridad sobre estar prometidos... eso lo da por válido... Lo siento, creo que no fue buena idea contar esa mentira al Padre Philip —añadió William quien tras dar por terminada su conversación se levantó—. Ahora, si me disculpáis, ya que todos habéis sido informados volveré a la iglesia, si supiera algo más sobre lo que ocurrió os lo contaré, y si me necesitáis ya sabéis donde encontrarme, hasta entonces os dejo.

William se despidió y salió por la puerta, en el silencio que quedó se fijaron en Rod, quien caminaba de un lado a otro restregando las manos por su pelo corto con nerviosismo, estaba visiblemente enfadado. Después de unos segundos que se hicieron intensos, por fin habló.

—Estoy harto. Mirad, si estáis casados ahora dormiréis juntos. —Señaló con el dedo primero a Seline y después a Aland quien lo miraban sin saber a qué se refería—. Yo me quedo con la habitación de ella.

Antes de que Seline pudiera rechistar, Rod se dirigió hacia las escaleras, subió hacia la habitación y segundos después estaba tirando por el borde las pertenencias de Seline.

—¡Vas a romper mis cosas! —se quejó Seline, quien se había puesto en pie y acercado a las escaleras.

—Ahora está es mi habitación, por fin una para mí sólo —añadió Rod molesto asomando la cabeza por el borde de la estancia—, si sois tan tontos para que os manipulen de esa manera ateneos a las consecuencias.

Rod volvió al interior de la habitación y Seline se volvió hacia Aland con los ojos muy abiertos y las manos en alto, esperando a que interviniera. Aland puso los ojos en blanco y se volvió hacia Godwin.

—Entonces que ella duerma en mi habitación y yo dormiré en la tuya —dijo.

—No, ni hablar, en eso estoy con Rod, la habéis liado vosotros pues se acabaron los privilegios, permito que tus perros duerman en la habitación, pero vosotros dos ahora os la apañáis juntos.

—¿En serio Godwin? Se supone que somos amigos —le recriminó Aland.

—Lo siento, —Alzó la mano y negó con la cabeza en su modo de decir que aquello no era negociable—. Es vuestro problema.

—Lo... lo anularemos —intervino Seline que se había vuelto a acercar a ellos—, podemos decir que no se ha consumido el matrimonio.

—Te harían una prueba de virginidad probablemente, no la pasarías y para colmo podrían tacharnos de mentirosos —dijo Aland quien se restregaba las manos por la cara. Aquello era demasiado. Lo habían casado y no lograba entender como los manipularon, pero habían sido las marionetas de aquel vampiro.

—¿Y si decimos que eres impotente? Creo que es válido para anular el matrimonio... —dijo Seline quien recibió una seria mirada de Aland por respuesta como si hubiese dicho una gran estupidez.

—Me temo que no es buena idea —se rio Godwin—, también lo comprobarían, y con el tiempo que lleva Aland sin estar con una mujer se le pondría dura en segundos.

—Gracias amigo, no hacía falta los detalles...

—Pues tiene que haber alguna forma de anularlo —pataleó Seline.

—Eso espero. —Aland se había levantado y puesto cerca de ella cara a cara—. Porque esto no hubiese ocurrido sino hubieses mentido. Estoy harto de tus tonterías Seline, y tengo ganas de que todo esto acabe para perderte de vista—. Se alejó de ella y salió de la casa dando un portazo.

Seline se quedó boquiabierta, se sentó en el banco donde todavía estaba Godwin, sintió un pinchazo recorriendo el corazón, y las lágrimas llegaron a ella sin poder contenerlas. Se la limpiaba con el dorso de la mano pensando en los pocos recuerdos que tenía de la noche anterior. Y recordaba los besos, esos los tenía bastante claros en su mente. Y se había sentido bien con eso, siempre se sentía bien cuando le besaba... Y estaba segura que a él también le gustaba besarle. Pero ahora de repente parecía odiarla, ahora, que comenzaban a llevarse bien... y no podía parar de llorar. Y no estaba segura si de pena, o pura frustración.

—Eso ha sido demasiado. —Godwin le daba pequeños golpes en la espalda intentando calmarla—. Intentaré hablar con él. Pero debes entender que todo se nos está yendo un poco de las manos.

—Lo sé, gracias. —Seline le sonrió intentando hacerle creer que sentía un poco mejor.

Entre la niebla de esa noche y las partes en ruinas, el castillo tenía un aspecto aterrador, algo que resultaba agradable para los que allí vivían, les gustaba lo lúgubre, y además, por lo menos allí, no había el mismo mal olor que en las ciudades o aldeas, algo que agradecía cualquier vampiro debido a su olfato súper desarrollado. Quizás eran no muertos, pero eran mucho más limpios que cualquier humano, les gustaba las cosas brillantes y que todo estuviera perfumado. Eso era lo único que hacía contento al Gato, vivir en el castillo, por todo lo demás estaba bastante furioso. Lo único que le mantenía allí era la esperanza de poder destrozarse pronto el cuello de aquellos idiotas que intentaban cazarlos y dejar de ser un sirviente de Alistair. En ese momento se encontraba haciendo tareas de limpieza en la caballeriza, él había esperado que aquellas cosas quedaran en mano de los nuevos esclavos que habían conseguido para vigilar la fiesta, pero ese Alistair había dejado de manipularlos y los había hecho regresar a sus casas, no quería a nadie más en el castillo sino los necesitaba. El día anterior se había hecho pasar por hombre para atender a sus invitados, Alistair quería que tuviera una imagen de auténtico criado, aunque él prefería tener apariencia de mujer. Como ahora, que había vuelto a su forma de posadera, una joven chica de la que se alimentó hacía unos cincuenta años, le gustaba ser mujer porque al fin de cuentas había nacido como hembra unos cien años atrás, en el norte de Europa, cuando era un gato de verdad. Y era la mascota de un hombre de bien, de apellido Biro...

Lo recordaba bastante claro, todo iba fantásticamente bien hasta que su dueño se casó, la nueva señora Biro odiaba a los gatos, pero el Gato no le dio excesiva importancia ya que suponía ser alguien importante para su amo. Llevaban años viviendo juntos y se hacían compañía el uno al otro, por lo que verdaderamente se sorprendió cuando él le echó de casa sin pensárselo. No le importó ni por un segundo en abandonar a aquel, a quien antes había llenado de caricias y había sido siempre fiel. En cuestión de días había pasado de vivir cómodamente en una preciosa casa, a vivir en la calle. Nadie se apiadó de ese gato abandonado, nadie lo adoptó... y vagó por la calle furioso convirtiéndose en un gato callejero a que todo el mundo evitaba, hasta que llegó Él... el primero.

Había llamado su atención enseguida, era atractivo, mucho más de lo que era su amo, lo era tanto que una atracción incontrolable le hizo acercarse a él, para ver enseguida que tras tanta belleza tenía una mirada aterradora tras unos ojos de un marrón rojizo. Pero le sonrió y sintió que no le haría ningún daño y entonces por una irresistible atracción caminó hacia él, quien lo cogió en brazos, y lo acercó a su cara rozando su largo y negro pelo que le hizo cosquillas en el morro.

Después le ofreció una sonrisa malévolamente, pero aun así, sin entender por qué, seguía confiando en él. Éste acercó su boca a su cuello peludo y le mordió, y le dolió muchísimo, pero ni por un segundo intentó zafarse. Él, el primero, después de beber su sangre se hizo un corte en la muñeca y le dio de beber. Luego lo abandonó en el frío suelo entre convulsiones. Se sintió desilusionado y otra vez traicionado, pero apenas podía moverse, algo le estaba ocurriendo, del dolor se quedó dormido. Cuando se despertó no recordaba demasiado, pero sentía que en aquel pequeño cuerpo algo había cambiado, era mucho más veloz y también notaba que era más fuerte. Entonces comenzó a comprender que, pese a que lo habían vuelto a dejar sólo, en realidad había recibido un regalo. Lo pudo comprobar del todo cuando instintivamente volvió a la casa de su amo y mucho más ágil que antes saltó hacia la ventana abierta de la habitación individual que tenía la señora Biro y entró. Estaba dormida sobre aquella gran cama, tapada con sabanas de lino blancas, saltó con cuidado sobre el colchón, y caminó sobre él mientras ésta aún seguía dormida. Se acercó su cuello, y piso sobre su cabello de color de la paja. Entonces aún no sabía que era un vampiro, así que fue por instinto, por lo cual le mordió y bebió su sangre. Ella se despertó a causa del dolor, cuando horrorizada vio lo que estaba ocurriendo estuvo a punto de gritar, pero el Gato fue más rápido, y cambió de lugar para morderle en la garganta para que no pudiera hacer ningún ruido, nunca más. No tuvo ninguna piedad, fue cruel y lo hizo lo más doloroso posible, apretando los colmillos hasta que en el cuerpo de la señora Biro se desangró. Cuando esto ocurrió se quedó sentado mirándola complacido, saboreando aún la sangre en su lengua. Entonces pasó por su mente la idea de lo estupendo que sería ser ella, y sin saber cómo, ocurrió, de un momento a otro dejó de ser un gato y se había convertido en la señora Biro. Sorprendido vio, que no sólo había tomado su apariencia, llevaba hasta la misma ropa.

Incluso con forma humana tenía fuerza extrema, no le costó apenas tiempo deshacerse del cuerpo de aquella mujer enterrándolo en el jardín sin que su marido, su viejo amo, se despertara en ningún momento. Recordó el sentimiento de satisfacción cuando fue consciente que, no sólo había recuperado su casa, sino que ahora su amo le pertenecía y fue a buscarlo a su habitación. Lo encontró dormido plácidamente, subió a la cama y montó sobre él cuando aún estaba dormido. Cuando Biro se despertó se sorprendió, porque la fría de su mujer de repente quisiera tener relaciones con él, pero por supuesto... no se quejó. Mientras el Gato disfrutaba de aquello, empezaba a entender a los humanos y casi que disculpaba que su amo lo hubiese echado de casa en pos de aquello. De aquel contacto tan íntimo. Mientras él le acariciaba el cuerpo fue consciente de lo mucho de menos que había echado en falta sus caricias.

Durante varias semanas todas las noches fueron así, y a veces incluso también por el día, lo tenía totalmente bajo su control, incluso bebía poco a poco de su sangre sin que Biro se diera cuenta. Éste todos los días acababa complacido expulsando aquel fluido dentro de su cuerpo acompañado del brillo de placer en sus ojos color miel, para él era un pequeño paraíso, pero sin saber que acabaría pronto... Pues pese que aquello era excitante, y lo mucho que una vez lo había amado, ya sólo estaba allí por pura diversión, para reírse de él, que no sabía que estaba siendo engañado; aquello se había convertido en una venganza.

Biro fue perdiendo las fuerzas poco a poco, de manera que cuando murió, el médico pensó que era por enfermedad. El Gato inventó una excusa, aun haciéndose pasar por la señora Biro, para marcharse de la ciudad. Cuando estuvo lo suficientemente lejos, decidió volver a ser un Gato, no quería estar más tiempo con el cuerpo de aquella quien lo había estropeado todo, con los meses descubrió que podía tomar la forma de cualquiera que matara, fueran hombre o mujer, y siempre que quisiera, pero aun así la mayoría de veces tomaba su aspecto de gato gris original. Estaba bastante contento corriendo de un lado para otro como un gato, hasta que una noche cayó al suelo

revolcándose de dolor. Entonces es cuando Él, el primero, volvió a aparecer.

El Gato no se había dado cuenta hasta entonces, pero estaba embarazada. Y él estuvo allí justo a tiempo para ayudarla. Fue entonces, durante el parto, que para entretenerla le contó algo de su historia. Le contó que era el primero, pues era el único hijo de Lilith, pero que por el mundo había más a los que el mismo había convertido y estos lo habían hecho con algunos más, pese a que de vez en cuando... algún inútil era derrotado por los humanos. Estuvo hablando hasta que el pequeño cachorro, un gato negro, nació. Pero no era un gato común, eso estaba claro, al fin de cuentas era hijo de un humano, de Biro. Había alcanzado a verle los ojos, eran del mismo color miel que su padre.

—Es hembra —dijo el vampiro mientras limpiaba con un pañuelo al recién nacido—, ella no lo sabe, pero es un ser muy especial, distinto a mí e incluso a ti, me la llevaré conmigo.

El Gato no rechistó, no quería cargar con nada de su pasado, no la había vuelto a ver, ni a su cachorro ni al Él desde entonces. Y habían pasado largos años ya. Luego estuvo divagando, cambiando de un cuerpo a otro perdiendo su identidad de género, sin recordar, ni importarle si era hembra o macho. Hasta que por fin un día olfateó el olor de quien ahora llamaba amo. Un gran vampiro con el que soñó tener algo más, pues estuvo junto a él ayudándole desde que despertó, y había acatado sus órdenes, si bien porque ese vampiro era más fuerte que él y también esperando que esa unión le reportara beneficios en algún momento... hasta que aquella estúpida humana había ocupado el hueco que había querido para sí en esa casa, y en su cama. Al final, había sido la necesidad de sentirse cuidado por alguien lo que le había hecho que se quedara allí, que fuera otro el que tomara las decisiones, no sentirse solo...

Pero el Gato, ahora Lucifer, tenía sus propios planes y no dudaría en actuar por su cuenta si aquella situación se alargaba demasiado.

—Aland —Godwin había entrado en la caballeriza donde se encontraba éste cepillando a su caballo—, deberíamos hablar un poco.

—Ya... —suspiró Aland—, supongo de qué.

—Sí, verás... —Entró en la misma cuadra que estaba Hércules y se apoyó contra los postes de madera—. Oye, lo entiendo. Ese vampiro os la ha jugado bien, pero Seline no tiene la culpa. Y entiendo que mintiera con eso de que estabais prometidos, ambos sabemos lo que pueden hacer la gente de poder cuando algo no les gusta.

Aland no contestó, continuó cepillando a Hércules mientras trataba de controlar su respiración. Sabía que había sido duro con Seline, pero estaba terriblemente furioso por la forma en que el vampiro los había manipulado. Había sido una estupidez aceptar la invitación a la fiesta, no habían obtenido nada que pudiera ayudarlos y no sacaron información nueva esa noche, y apenas se acordaba de nada de lo ocurrido después de que finalizara el banquete. Y siendo honesto consigo mismo, aún no se atrevía a enfrentarse al vampiro, sabía que era muy poderoso y que era algo que no entendía, y temía poner las vidas de sus hombres y a él mismo en peligro.

—¿Te disculparas con ella? —Las palabras de Godwin lo alejaron de sus pensamientos—. Estar enfadados no nos conviene nada.

—¿En serio? —dejó de cepillar a Hércules y se giró a mirar a su amigo con ironía—. Te recuerdo que has estado bastante raro estos últimos días.

—Lo sé... —Godwin alzó una mano en modo de disculpa—. Entiéndelo, nosotros venimos a cazar a un lobo. Y mira cómo estamos. Además, siento que tienes un lio extraño con Seline y mientras hacéis el tonto hemos dejado al vampiro de lado.

—Godwin... es que no es algo tan simple como encarar al vampiro de cara.

—Pues quizás es hora de hacerlo. ¿Sabes? Me he estado informando antes, nuestro vampiro,

alias Alistair Bentinck, realmente ha comprado ese castillo. Es cierto que debido a su estado y el tiempo de abandono ha obtenido un buen precio, pero aun así, el hecho que pueda permitírselo, y como según me contaste esta mañana, parece tener a la nobleza bajo su control... parece como si intentara ser amo y de todo. Está reformando el castillo, eso es superior al palacio que están construyendo los duques.

Aland se llevó las manos a la cara y se restregó apretando fuerte entre los ojos. Le pidió a Godwin un tiempo a solas para pensar y este salió de la caballeriza, y él pudo reanudar el cepillado de su caballo.

Cuando llegó la noche y Seline entró en la que sería su nueva habitación, encontró a Aland montando una cama nueva al lado de la suya, pero dejando todo el espacio posible entre ellas. Estaba claro que había movido una de las camas de la habitación de Godwin y la había trasladado hasta allí. Se giró para mirarla cuando la oyó entrar y le informó que él usaría aquella cama. Pero ella se negó rotundamente, le comentó lacónicamente que él podría seguir utilizando su cama. No se lo dijo, pero después de culparle esa mañana por estar casados, no quería ningún tipo de privilegios, él había perdido su comodidad e intimidad, y no quería darle más excusas para que luego pudiera restregárselo. Se acercó al arcón sobre el cual había dejado antes sus cosas y luego le pidió a Aland que se diera la vuelta para poder cambiarse la ropa, por la blusa que usaba para dormir. Los últimos días había estado utilizando la túnica marrón de Aland, pero después de esa mañana había decidido devolvérsela, guardándola de nuevo en su arcón. Aland decidió salir de la habitación y darle unos minutos para que se cambiara. Así que en cuanto estuvo fuera, Seline se desvistió rápidamente, se colocó la blusa y se tumbó en la nueva cama bajo la manta y se echó a dormir mirando hacia la pared para dar la espalda a la otra cama. Cuando Aland entró minutos después, lo primero que hizo fue apagar las velas de la lámpara que iluminaba a habitación. Ella oyó como se quitaba la ropa y se ponía la ropa de dormir, y después se dejaba caer sobre el colchón. Lo oía respirar, pero no con tranquilidad sino como si la situación le resultara incómoda.

—Siento que ya no tengas la habitación para ti sólo —le dijo sin poder reprimirse, continuaba dándole la espalda.

—La habitación es lo de menos Seline...

—Ya..., bueno, por la boda puedes dejar de preocuparte, he estado pensando en ello. Una vez que liquidemos al vampiro, vuelvas a casa y estés alejado del Padre Philip, le pides a otro cura que te ayude con la anulación, sólo tienes que decir que fue un engaño del monstruo. Puede que tarde un poco en contestar, pero tampoco creo que en ningún momento tengas mucha prisa por casarte con nadie más...

—Seline...

—Ah y si me necesitas —le interrumpió—, no me busques, escribes a Martha, eso ya sabes hacerlo, en el caso que sea necesario que yo firme algún papel.

—Seline... —Seline sintió como se inclinaba y giraba hacia ella—, sé que esta mañana te hablé como un estúpido y lo siento...

—Lo cierto es que me da igual. —Sabía que sonaba sincero al hablar, pero ya estaba un poco harta de discutir con el cada dos por tres—. ¿Sabes? Yo apenas sé nada sobre ti, pero tú sabes menos aún sobre mí, y sin embargo tengo la impresión de que me juzgas constantemente.

—No... oye yo...

—Déjalo, quiero dormir.

Seline reprimió las ganas de llorar. Era cierto, apenas se conocían, pero estaba dejando que aquello le afectara demasiado. No iba a negarse a sí misma que Aland le gustaba, había sido muy

diferente la noche anterior en la que habían dormido abrazada a él, y había disfrutado de eso, como lo había hecho en lo poco que habían intimado. Pero si se había alejado de Bhuza, con quien había llegado mucho más lejos y tenía incluso una conexión intelectual, podría olvidarse de Aland y centrarse en lo que la mantenía allí, ese vampiro que el día anterior se la había jugado bien jugada.

Había tenido que volver a tapiar las ventanas de la habitación porque en su inconsciencia, no se le había pasado por la cabeza que Gladys no iba a ser un vampiro como él, hacía tanto tiempo desde que se transformó, que había olvidado que dependiendo como era el humano, así era el vampiro. Él había sido un humano arrogante, de insana ambición y a quién no le importó nunca pasar por encima de los demás, también fue un niño mimado por lo que siempre había obtenido todo lo que quería, sí, eso también le había creado muchos problemas, entre ellos acabar siendo un vampiro. Pero gracias a su actitud no se convirtió en uno cualquiera, sino en uno bien poderoso, durante mucho tiempo eso fue un regalo, en vez del castigo que intentaron imponerle. Pero no había pensado en lo que supondría aquello para Gladys, para alguien que había estado escondiendo durante años su verdadera manera de ser, aquel gigantesco castillo se le hacía pequeño, se pasaba el día persiguiéndola de un lado a otro y tenía que vigilarla constantemente para que no se escapara, no podía caminar como él bajo el sol, al principio al descubrirlo le resultó molesto, pero era mejor así, por la noche debía tener mucho cuidado, temía que si lograra escapar podría hacer una matanza, algo que no le convenía para nada si quería mantener en secreto su existencia. Hasta ahora había conseguido expandir su poder de manipulación y nadie en el pueblo rumoreaba ya nada sobre vampiros, algo que no se hubiese tenido que molestar en hacer, sino fuese a causa de la torpeza de Lucifer cuando intentó alimentarse de Aland de Sallow. En ese momento, excepto el grupo del sheriff, nadie más pensaba en vampiros, incluso el alcalde y el cura parecían haberlo olvidado.

Ahora que todo marchaba como él quería no podía arriesgarse a que se estropeará a causa de Gladys, trataba de calmarla pasando más tiempo con ella entre las sábanas, entre las pasionales caricias, tras sus brillantes ojos verdes llenos de pasión, aparecía la verdadera naturaleza de su Gladys, su ardiente amante, que la satisficieran era todo lo que quería. Luego enviaba a Lucifer para que le trajera víctimas para alimentarse y calmar su sed, pero al final optó por atarla con una cadena a la pared, para los momentos en que no podía estar vigilándola constantemente ni darle lo que quería. Afortunadamente podía continuar viviendo con él sin tener que dar explicaciones a nadie. Aquel pueblo comenzaba a ser de su propiedad, y sólo tendría que darse de tiempo unos días más hasta que su amada se tranquilizara, aprendiera a esconder su nueva apariencia y él pudiera continuar el juego.

Habían pasado varios días sin hacer ningún movimiento, y por alguna razón que desconocían, Alistair Bentinck no había salido de su castillo. O por lo menos, no se había paseado por el pueblo. Pero ya no le importaba, porque Aland había tomado la decisión de enfrentarse al vampiro cara a cara. A William le pidió que continuara informándose sobre vampiros, de cómo se crearon o de cualquier cosa que les sirviera de ayuda, mientras que con los demás trabajaba en tácticas para atacar y en averiguar cómo usar de forma inteligente todo el material del que disponían. Trabajar en un plan de acción había cambiado el humor de sus compañeros ante la esperanza de terminar con aquello y volver a casa. Aunque eso sí, su relación con Seline continuaba fría desde el día después de la fiesta, era consciente que era culpa suya, por haber sido tan brusco, pero por otra parte pensaba que era mejor así, de esta forma podrían centrarse en lo

importante, y con suerte todo aquello acabaría pronto. Entonces volvería a Bluecastle y podría ocuparse de anular su matrimonio con Seline.

Esa mañana Aland entró en su habitación caminando despacio, asegurándose de ver donde ponía sus pies, acababa de amanecer y Seline aún continuaba durmiendo, estaba algo destapada lo que le permitía contemplar la suave piel de sus piernas. Respiró profundamente, las últimas noches habían sido más difíciles teniéndola tan cerca, varias veces había tenido la tentación de saltar de su cama a la de ella, sobre todo después de recordar con más claridad, los momentos que pasaron juntos tras la fiesta del vampiro, recordaba haber estado torpemente bajo la falda de Seline y las intensas ganas de intimar con ella. Ser consciente de lo muy enfadada que estaba Seline con él, lo había salvado de dejarse llevar. Se deshizo de sus pensamientos y continuó caminando, tenía mucho cuidado porque en las últimas horas había tropezado con varias cosas o se había pinchado por accidente con algunas de las flechas de Seline que se encontraba en lugares inesperados. Al principio pensó que su torpeza había crecido, pero cuando los accidentes se multiplicaron empezó a entender que la propia Seline estaba dejando las cosas por ahí con mala intención. Encontró su chaqueta azul en el suelo y se la puso, buscó de un lado a otro su cinturón sin encontrarlo, al final dio con él dentro de la tina que utilizaba para bañarse y que se encontraba en el fondo de la habitación. Desde que había montado la otra cama y también estaban las cosas de Seline por allí, el espacio se había reducido y no parecía haber nada en su lugar. Una vez que tenía todo lo que buscaba, recorrió el camino hecho en dirección a la puerta, esta vez más confiado se vio sorprendido por un pinchazo sobre la punta de su bota. Pese a ir en silencio para no despertar a Seline, no pudo evitar soltar un pequeño grito de dolor y se dejó caer sobre la cama que tenía más cerca, al levantar su pie se encontró una flecha en su bota, la sacó con cuidado, sabía que no se había hecho nada grave pero ahora tendría una pequeña herida en el dedo. Apoyó las manos sobre la cama y miró hacia atrás para encontrarse que una de sus manos había caído sobre la pierna de Seline, quien a pesar del ruido y de que el estuviera sentado en su colchón, no se había despertado. Al mirarla Aland entendió enseguida por su expresión que estaba en un profundo sueño, y por la manera de fruncir el rostro parecía tener una pesadilla. Entonces recordó cuando era muy pequeño y descubrió que algunas situaciones que pensaba haber vivido no eran verdad, sino causa de un juego que sus hermanos mayores habían hecho con él, al descubrir que si le hablaban cuando dormía profundamente, él lo vivía como si fuera verdad; de esta manera se había visto dando una porción de su comida favorita o cediendo algún juguete, creyendo que con anterioridad había prometido hacerlo, pero sólo había sido un engaño de sus hermanos, lo habían convencido hablándole mientras soñaba. Decidió probar entonces a ver si funcionaba con Seline, se tumbó de lado cerca de ella y cambiando un poco la voz, comenzó a susurrarle al oído.

—Soy el genio de la lámpara y vengo a salvarte de tus pesadillas. —Calló y se incorporó un poco para poder ver el rostro de Seline que dormía mirando hacia el otro lado, y el cual parecía haberse relajado un poco, así que volvió a tumbarse y acercando su boca a su oído continuó—: Primero voy a hacer que te relajés, voy a acercarme a ti y voy a tocarlo....

Tal y como hizo la primera vez que la tocó, cuando ella llevaba la misma blusa que ahora, sobre la suave tela, llevó su mano izquierda con cuidado al lugar de placer de Seline y con el dedo índice apretó. El cuerpo de Seline se estremeció enseguida, pero continuaba dormida. La acarició y apretó de forma lenta, tenía que tener mucho cuidado para que siguiera pareciendo un sueño... pero tuvo que parar en cuanto se dio cuenta que aquello le estaba afectando también a su entrepierna. Seline resopló con resignación de a quien le han dejado a medias, cuando él apartó la mano; la oyó hablar en sueños.

—No pares...

—Habrá más noches querida —volvió a susurrarle al oído—, pero hoy puedes pedir tu primer deseo, dime que más deseas.

—Yo... yo quiero...

—Sí querida... que quieres dime, eres mi dueña pídemelo lo que quieras. —Aland reprimía la risa, sólo intentaba divertirse un poco como pequeña venganza del pinchazo con la flecha.

—Quiero dejar de serle indiferente...

—Deseo concedido —contestó tras una leve pausa intentando entender que había querido decir—, ahora continúa tu sueño plácidamente —la tapó con la sábana y se levantó de la cama, echó un vistazo rápido para cerciorarse que dormía tranquilamente y se marchó de la habitación.

Una vez fuera se dirigió hacia la habitación de Godwin, quien también dormía roncando con bastante fuerza, su manera de caminar tranquilamente sin que nadie se despertara empezaba a hacerle preguntarse qué pasaría si una de esas bestias se colara en la casa, y le recorrió un pequeño escalofrío preguntándose si realmente estaban preparados para enfrentarse al vampiro. Fuera como fuera, ya no había marcha atrás. Fue hacia la cama donde dormían sus perros y cogió en brazos al pequeño Sunny, quien tras un bostezo lo miró para asegurarse de que era su amo y volvió a cerrar los ojos intentando proseguir su sueño. Luego acariciando la cabeza de Moon le hizo un gesto en cuanto se despertó para que bajara de la cama, era hora de salir a dar un paseo para que hicieran sus necesidades. Con el cachorro en los brazos y con Moon detrás de él, salió de la habitación y se dirigió a la puerta de la casa. Abrió la puerta y dejó que el aire frío del amanecer le acariciara la cara, aquellas primeras horas del día era algo con lo que siempre disfrutaba, cuando todo aún está en silencio y un nuevo día comienza. Lo sentía aún, incluso aunque ahora un nuevo día supusiera un destino aterrador. Comenzó a caminar y dejó al cachorro en el suelo para que terminara de despertarse, esos días parecía que había crecido un poco y cada vez era más ágil. Al verlos a él y a su madre disfrutar del paseo, se sintió un poco culpable por no poder prestarles la atención debida y por tener que dejarlos sólo en la casa si tenían que salir todos. Pero la esperanza de estar pronto de nuevo en Bluecastle le hacía sentir mejor.

Sus pensamientos volvieron al presente cuando vio a William acercarse por el camino de tierra, todavía se le hacía muy extraño verlo con la ropa de los curas, se sentía responsable de eso, dado que al fin de cuentas el chico estaba a su cuidado, pues era uno de sus hombres y ahora estaba la posibilidad de que no quisiera volver a casa.

—¿Tan temprano por aquí William? Todavía están todos durmiendo —le dijo en cuanto lo tuvo cerca.

—Sí, traigo algo de información —le contestó mientras se agachaba a acariciar a los perros que se habían acercado a saludarlo en cuanto lo habían visto.

—Entonces entremos a desayunar.

—Perfecto, os he traído pan caliente y leche.

Una vez de nuevo en el interior de la casa, después de cambiarles el agua a los perros y de ponerles algo de comer, Aland preparó el fuego para poder calentar la leche, acercó la mantequilla a la mesa de la cocina y cortó algunas rebanadas del pan caliente que William había sacado de la bolsa que llevaba con él.

—¿No deberías despertar a los demás? —preguntó William mientras le ayudaba a preparar el desayuno.

—No es necesario, en cuanto les llegue el olor del pan y la mantequilla derretida se levantarán por sí solos...

—Está bien —sonrió William, pese a que la información que traía no era muy agradable.

Aland tuvo razón, en cuanto se sentaron a comer, el olor del desayuno despertó a los que aún

dormían. Rod bajó ágilmente por las escaleras y se sentó en la mesa tras un rápido saludo, mientras que Godwin salió de la puerta de su habitación aún con cara de dormido, bostezando y rascándose la barba se acercó al banco y se sentó emitiendo un sonido ronco y dio los buenos días. Seline tardó algo más, quien apareció por la cocina aún con su blusa para dormir, sólo que se había puesto unas calzas para no enseñar las piernas. Se sentó junto a William que estaba justo frente a Aland. Éste la miró de soslayo para asegurarse de que lo sucedido antes siguiera pareciendo un sueño para ella, y así lo supuso en cuanto la vio apoyar los codos en la mesa y apoyar la cabeza en sus manos todavía con los ojos algo cerrados y bostezando. No parecía ni siquiera recordar lo que había soñado.

Aland decidió esperar a que todos acabaran de desayunar y terminar de despejarse, antes de preguntar a William por la información que lo había traído hasta allí tan temprano.

—William quería contarnos algo —les dijo a todos en cuanto supo que podía captar del todo su atención.

—¿Tienes más información sobre vampiros? —preguntó Rod tras dar su último trago a su vaso de leche.

—Más bien tengo información especialmente sobre Alistair Bentinck.

—¿Información específica? ¿Sabemos algo que vaya a hacer...? —preguntó Aland.

—No, es sobre su pasado, he dado con la información de alguien quien claramente, por los datos que tengo, parece ser él.

—¿Y nos servirá para matarlo? —intervino Rod.

—Deja que lo cuente primero todo —le regañó Seline quien aún comía su pan con mantequilla.

—Bien —prosiguió William —, en la iglesia de Servury no lograba encontrar nada más, y por alguna extraña razón, los hermanos, incluso el Padre Philip parecen haber olvidado, o no querer saber nada sobre historias de vampiros. Así que me acerqué a la iglesia de la ciudad quienes no sólo tienen una biblioteca más grande, sino que disponen también de archivos de noticias de todos los países. Se me ocurrió buscar personas desaparecidas, contemplando la idea de que cualquier vampiro ha sido en su momento un humano desaparecido, y teniendo en mente la imagen de que Alistair Bentinck es alguien rico... supuse que sería alguien quien, en su momento, cuya desaparición llamaría la atención.

William hizo una breve pausa para asegurarse que sus compañeros seguían la historia sin problema. Después introdujo la mano en la bolsa que llevaba con él para sacar el papel dónde había copiado los datos de la información que había encontrado.

—Y bien, creo que encontré algo sobre él. Es sobre alguien que desapareció en el noreste de Europa en el siglo once —prosiguió mientras leía el papiro que tenía en la mano—, su nombre era Esteban Vadas y era de buena familia, se le conocía por ser bastante caprichoso y arrogante. Cuando desapareció, al no encontrar ninguna pista de él por ninguna parte, les dijeron a sus padres que probablemente se había escapado de casa, pero ellos lo pusieron en duda, si de algo estaba orgulloso Esteban, era de ser el heredero. Lo veían capaz de hacer cualquier locura, pero no de renunciar a su fortuna. Pero nunca apareció, sin embargo, un siglo después un heredero de los Vadas, con el mismo nombre, apareció para reclamar su fortuna, decía ser nieto de Esteban, de alguna forma lo consiguió, pero también desapareció años después tras una noche terrorífica...

—¿Qué noche terrorífica? Por favor, continúa —le pidió Aland al ver que se quedaba en silencio.

—Hubo una fiesta... —balbuceó William—, en la que aparecieron todos muertos. Había allí gente importante del país. Según los informes se rumoreaba que Esteban también había estado allí, después de aquello desapareció él y todas sus pertenencias. Fue algo impactante, está claro que

eso sólo lo pudo hacer el demonio... la gente tenía tanto miedo que intentó no pensar en ello, la información que encontré es de alguien que investigó los casos, pero años más tarde. No consiguió apenas saber nada, nadie quería hablar, nadie quería investigar nada, aunque parecía claro quién era el demonio en cuestión.

Todos se quedaron en silencio, pensativos. Aland se decía que no debía sorprenderse, al fin de cuentas sabía con qué bestia estaban tratando, pero que fuera capaz de una masacre así... por lo que habían leído sobre vampiros, estos no intentaban llamar demasiado la atención, era la mejor manera de colarse entre los mortales y alimentarse cuando deseaban sin tener a nadie persiguiéndolos. Pero estaba claro que aquel Bentinck, o Vadas o cualquiera que fuera su nombre, le gustaba que lo agasajaran; ya había quedado claro con la fiesta de su compromiso y la compra del castillo.

—Por cierto —añadió William—, también había un pequeño párrafo sobre su apariencia, decía; de treinta y tres años, cabello oscuro y una mirada intensa de unos ojos de un azul muy especial. Se parece bastante a la descripción que nos contasteis. Aunque, sólo Aland y Seline lo habéis visto, quizás sería bueno que nosotros también conociéramos su rostro...

—Pronto lo veremos —dijo Godwin.

—¿Después de lo que os he dicho os parece buena idea enfrentarlo cara a cara? —preguntó William alarmado.

—Sí, pero se me ha ocurrido otro plan —dijo Aland mientras se rascaba la barbilla pensativo y sonreía con pícaro malicia.

—¿No iremos a retrasarlo de nuevo verdad? —se quejó Rod.

—No. Veréis, Alistair Bentinck ha comenzado un juego y ya ha movido ficha. Pues bien, ahora nos toca mover a nosotros —dijo dando un golpe en la mesa, sus ojos claros resplandecieron ante la idea—, escuchad atentamente lo que vamos a hacer, vamos a aprovechar su vanidad para atacarlo por sorpresa, que es mucho mejor que simplemente aparecernos en el castillo. Y ahora atentos, os lo voy a explicar...

15

El corazón de Seline le latía con fuerza ante el cambio de actitud de Aland, casi parecía hasta feliz, de repente la idea de jugársela al vampiro lo tenía de muy buen humor. Aquella mañana mientras contaba su idea con aquellos ágiles gestos para explicar las cosas y una elocuencia exquisita había sentido como su magnetismo varonil aumentaba, y como ella se sonrojaba y se le erizaba la piel cuando lo tenía cerca o se dirigía a ella para contarle su parte en el plan. Sino fuera porque aún seguía molesta por tratarla como un estorbo se hubiese dejado llevar por su encanto. Pero ahora tenían un plan de ataque, esperaban tener la suerte de acabar con el vampiro de una vez, pero si no, por lo menos, la cosa estaría avanzando, sino era al día siguiente como lo tenían planeado, lo sería al otro.

Aunque ahora, en ese instante, sólo se ocuparía de centrarse en cumplir su primera parte del plan y por ello estaba montada sobre su yegua, a la que de forma inconsciente ya llamaba Meg, pese a que nunca quiso darle nombre, pero inevitablemente no podía dejar de pensar en aquella broma con Aland.

Con Meg iba, pero no estaba sola, a su lado, montado en su caballo iba también Godwin.

Hampton River estaba más lejos de lo que esperaban, una vez cruzaron el puente llegaron por fin a la entrada de la ciudad, tras cruzar una estrecha calle se encontraron de lleno en la plaza, la mezcla de olores allí era extraña, además del hedor típico de los residuos humanos estaba el olor que emitía cada puesto del mercado. Desde el puesto que vendía pescado, hasta aquel que vendía heno, la mezcla embriagaba de tan mala forma que hizo que Seline se sintiera un poco mareada. Por suerte el ayuntamiento de la ciudad no era necesario buscarlo estaba bien visible en la misma plaza. Hicieron aligerar a sus caballos para llegar cuanto antes y una vez en la puerta desmontaron y encontraron un lugar donde atarlos. El edificio era bastante común, se unía al diseño de las casas y tiendas que había alrededor, pero había una placa con la palabra «Ayuntamiento» y frente a la puerta un soldado vigilaba. Entraron sin tener que nombrarse, el lugar era una administración, muy diferente al ayuntamiento de Servury que era también la casa del alcalde. En la entrada había sólo algunos muebles como estanterías, un par de taburetes y algún banco de madera y un mostrador hecho de piedra, y madera en la parte superior, tras el cual había una persona trabajando. Preguntaron por el alcalde de Hampton River, pero allí las cosas funcionaban de otra manera. Como sólo disponían de ese día, entregaron las invitaciones que habían hecho esa mañana, al hombre tras el mostrador, señalándole la importancia que fueran entregadas pronto al alcalde de la ciudad, para que las hiciera llegar a las personas indicadas. El hecho de que estas personas, se trataran de gente importante y la seguridad y autoridad con la que se comunicó Godwin, dejó claro a aquel hombre que ese asunto tenía que ser informado enseguida.

Una vez el trabajo estaba hecho, podían volver al pueblo. Salieron del ayuntamiento, pero antes de volver, Seline quería por lo menos, ya que no daba tiempo a visitar la ciudad completa, dar una vuelta por el mercado. Consiguió convencer a Godwin quien se mostraba reticente, con la idea que quizás allí podrían encontrar algo diferente de comida, un poco aburridos de comer siempre lo mismo, y recordando que al día siguiente todo cambiaría y que no pasaba nada por perder un poco de tiempo. Aunque al final apenas pudo comprar muchas cosas, encontró un puesto de dulces donde compró una tarta de frutas, luego apenas pudo caminar un poco más para comprar algo de especias y carne, hasta que comenzó a desear salir del lugar, nuevamente hastiada de la

mezcla de olores y agobiada por el gentío, hizo un gesto a Godwin para irse que éste agradeció con ganas de salir de allí. Pero cuando quedaba poco para llegar de nuevo hasta sus caballos, que aún estaban atados cerca de a puerta del ayuntamiento, Godwin se paró frente al puesto de pescado. Seline sorprendida se acercó a él.

—¿No me has dicho antes que no querías pescado? —le preguntó cuando estaba a su lado.

—No, no es eso —contestó mientras fijaba la mirada en uno de los empleados tras el puesto—, volvamos y te cuento.

Seline colocó las cosas que había comprado dentro de una bolsa de cuero que llevaba con ella y luego deslizo la cuerda por su cuello para llevarla a la espalda, junto a su arco y flechas. Después de desatar a los caballos montó sobre Meg, y junto con Godwin retomaron el camino fuera de la ciudad para volver a Servury.

Cuando se adentraron en la calle estrecha que llevaba hasta la salida, Godwin volvió a hablar.

—El hombre que miraba en el puesto del mercado —dijo sin apartar la vista del camino—, lo he visto antes. Era uno de los hombres que estaban con aquel vampiro cuando entré con Rod y William al castillo el día de la fiesta.

—No sé nada de eso...

—¿No? Perdón, se lo conté a Aland la mañana después, antes de que William llegara para contarnos lo de... vuestra boda. Disculpa, al final con todo ese lío no te informamos de nada.

—Discúlpame tu a mí, Godwin, yo tampoco pregunté como os había ido... por favor continúa.

—Verás, no pudimos sacar ninguna información porque el mismo hombre que os saludó al entrar, quien Aland me informó de ser ese Gato, estaba allí con algunos hombres, los cuales adiviné en seguida que eran simple ciudadanos bajo el control mental del vampiro. Por eso no quise pelear y ese Gato tenía órdenes de no hacerlo tampoco, pero la cuestión es, que es ese hombre del puesto de pescado era uno de los que estaba bajo el influjo. Pero que esté ahí hoy... trabajando con normalidad, es buena señal, significa que sólo utilizaron a los ciudadanos ese día, y no están constantemente bajo su influjo, eso significa que los planes de Aland pueden ir bastante bien.

—Entiendo por qué lo dices —dijo Seline cuando ya salían de la calle y se dirigían camino hacia el puente—, mañana tendremos menos molestias.

Aligeraron el paso de sus caballos en cuanto comenzaron a cruzar el puente, con ganas de volver a la granja.

—Si todo se termina mañana... pronto estarás en casa con tu familia, Godwin. ¿No te hace ponerte de mejor humor? —preguntó Seline.

—Pienso en ello, pero no estaré tranquilo hasta ver a ese vampiro muerto, bueno... muerto del todo. Pero sí pensar en mi familia me mantiene más despierto, pienso llegar a mi casa tan entero como cuando me fui —sonrió a Seline después de decir las últimas palabras.

—Y así será, ninguno de nosotros tiene la intención de perder.

—Sí, pero de todas formas quizás sería buena idea que tú y Aland hicierais las paces antes de mañana... Tenemos que pelear juntos, es mejor que estemos en paz unos con otros.

—Godwin... no es que yo le odie... —musitó Seline.

—Supongo, pero necesitamos que la comunicación sea buena.

—Bueno, si te hace sentir mejor hablaré con él.

—Gracias. Y ahora, si te parece bien, galopemos de camino a la casa —Godwin espoleó a su caballo y este comenzó a correr, Seline hizo lo mismo con su yegua, no hablaron más durante el resto del trayecto.

En la poco iluminada taberna, de la misma posada dónde habían pasado los primeros días antes de alquilar la granja, Aland estaba sentado junto a Rod y frente a ellos tenían al alcalde Robert. Ya llevaban un rato bebiendo, y el alcalde además de estar contento debido al alcohol, también parecía olvidadizo sobre los acontecimientos de las últimas semanas. Sin embargo, se acordaba bastante bien de la ceremonia de la boda de Aland con Seline, por la que no paraba de felicitarle a cada rato. Al principio era un poco irritante pero enseguida supo que aquel carácter despreocupado podría usarlo en su provecho. Cuando creyó que las conversaciones insustanciales ya eran suficientes, entre Rod y él comenzaron a recordar al alcalde sobre aquello que había parecido olvidar...

—¿Mañana? ¡Diantres! Ni siquiera lo recuerdo... —dijo Robert totalmente sorprendido y luego dio un trago de la que era su tercera jarra de cerveza.

—No se sienta mal por ello —le contestó Aland—, últimamente ha habido muchos cambios en su vida, gente nueva, reuniones... ¿Cómo no olvidarse de algo de vez en cuando?

—Qué suerte la mía que hoy me hayan invitado. Sino mañana no... no lo hubiese recordado, y creo que no sólo sería algo descortés sino también bastante feo... al fin de cuentas soy el alcalde.

—Pues por favor no falte —añadió Rod—, sin su presencia nosotros que no somos de aquí sentimos que estamos un poco de más, quizás Aland y... su ahora mujer Seline —dijo sonriendo con socarronería—, podrían, pero tanto el joven William, como Godwin y yo... nos sentiríamos un poco incómodos.

—Oh por favor, no se preocupe mi querido amigo Rod —les dijo con una amplia sonrisa mientras aún aguantaba en su mano la jarra de cerveza—, yo no les haría algo así..., no obstante, han venido hasta Servury para... ¿qué era?... Ah sí, un lobo, y es totalmente normal que quieran distraerse un poco.

—Pues, que suerte que hayamos sacado el tema, así usted lo ha recordado y nosotros nos beneficiamos un poco de ello, ahora si le apetece pediremos algo de comer, querrá rebajar un poco el alcohol, no querrá que su mujer piense que se entretiene con lo que no debe —dijo Aland levantando su jarra en modo de broma.

—Cierto, cierto, tiene usted razón, Sheriff, por favor sí, alguna cosa para comer, cualquier cosa vale.

Su parte ya estaba hecha, Aland esperaba que la parte de Godwin y Seline hubiese sido realizada satisfactoriamente, y que William hiciera la suya con el Padre Philip. Al principio le había costado un poco convencerlo pues se trataba de mentir... pero por el bien de todos había accedido, y ya sólo quedaba esperar al día siguiente.

Mientras el alcalde comía y mantenía una simple conversación con Rod, Aland se perdió en sus propios pensamientos. Un incómodo sentimiento, como un latigazo en sus entrañas le recorrió el cuerpo cuando fue consciente que iba a cambiar todo, se acabó esperar, se acabó la vida tranquila en la granja y si no tenía cuidado hasta sus propias vidas podían acabarse. Aland confiaba en sus capacidades y su plan, pero aun así la pregunta rondó su cabeza: ¿Y si fuera el último día de mi vida? Aquello le hacía verlo todo desde otra perspectiva, por lo menos para dejarse llevar un poco...

Sus pensamientos volvieron al presente cuando vio que Robert había terminado de comer, se excusó para no demorarse más en la posada, salieron de allí, acompañaron al alcalde hasta el ayuntamiento y después volvieron a la granja.

El olor a carne asada impregnaba la cocina junto a la mezcla de verduras y especias que habían utilizado para sazónarla. William no les acompañaba, debía continuar la noche en la iglesia

para aparentar normalidad, además su parte en el plan estaría bastante alejada del conflicto, sin embargo, los que se encontraban ahora en aquella sala, se jugaban mucho. La próxima hora concurrió disfrutando de la cena y en conversaciones sencillas, hablaban sobre volver a Bluecastle y la sensación de llevar meses fuera de casa, aunque no había pasado tanto tiempo. Cuando acabaron de comer la carne, Seline desenvolvió la tarta de frutas que habían comprado, para descubrir que se había deformado un poco debido a haberla llevado a la espalda mientras galopaba a caballo de vuelta a la granja. Mientras comenzaba a cortar la traza en trozos, entretenida, intentando que fueran partes iguales a pesar del destrozo, Godwin se dirigió a ella.

—¿Y tú Seline? ¿Dónde irás cuando acabemos? —le preguntó.

—Eh... no lo sé —titubeó un poco sorprendida por la pregunta, mientras terminaba de cortar la tarta—, no he pensado mucho en eso, aunque antes de encontrarnos me dirigía hacia Escocia.

—Entonces tienes un camino que seguir.

—Bueno, lo pensaré cuando llegue el momento —contestó mientras repartía los trozos.

—¿Y la anulación de vuestro matrimonio? —preguntó Rod de forma inoportuna.

—Eso también se verá en su momento —añadió Aland secamente—, al fin de cuentas lo primero es lo primero, el día de mañana.

—Sí... lo que me recuerda que hoy en el mercado descubrí que al parecer Bentinck no tiene ningún ejercito más que él y su gato, uno de los hombres que estaba bajo su control el día de la fiesta, hoy estaba tranquilamente trabajando en su puesto de pescado —dijo Godwin.

—Perfecto, tengo un buen presentimiento para mañana, aun así, esta noche continuemos con las vigilancias —dijo Aland mientras cogía un trozo de su tarta con las manos y se la llevaba a la boca.

—Bien, podemos empezar Rod y yo. —Godwin hizo un gesto de cabeza a Seline en señal para que recordara su decisión de hablar con Aland. Luego se quedaron en silencio mientras terminaban de comer el postre.

Esta vez fue más rápido para llenar la tina que la última vez, había encontrado unos cubos más grandes en un pequeño trastero dentro de la caballeriza, con los que pudo recoger toda el agua del pozo que necesitaba sin necesidad de dar demasiados paseos. Calentarlo era bastante rápido en aquella gran olla en el fuego de la chimenea, si bien no calentaba toda el agua, dejaba algo aparte para mezclarla y poder templarla. Cuando el agua estuvo lista y la tina llena, se desnudó y entró en ella. Se dejó caer con un suspiro de cansancio, eso sí, un cansancio mental dado que físicamente no habían tenido que hacer un gran esfuerzo desde el día que se encontraron por primera vez al vampiro en el bosque. Godwin y Rod estaban vigilando y Seline había salido a pasear con los perros, pero sabía que volvería pronto.

No llevaba mucho tiempo dentro del agua cuando Seline apareció por la puerta, se sobresaltó al verlo dándose un baño y disculpándose, se giró para irse.

—Espera Seline, no te vayas —la paró.

Ella se había dado la vuelta con expresión callada y tímida. Que reacción tan distinta a quien no hace tantos días atrás había jugado con él a traición en esa misma tina. Y sabía que aquella reacción era culpa de él, por reprocharle haber sido engañados para casarse. Y había sido cruel de su parte, entendía que aquella mentira había sido una manera de supervivencia para alguien que había roto la manera de vivir que se esperaba de una mujer. Si a él mismo, los curas de su iglesia le habían dado bastante la murga desde que había sido nombrado sheriff para que se casase y fuera ejemplo para los ciudadanos, y sabía lo peligroso que podía ser, tener cualquier relación que no fuera matrimonial y para tener hijos, así que imaginaba lo difícil que debía ser para una mujer que

había decidido viajar por el mundo.

—Acércate —le pidió alargando el brazo y haciendo un gesto con la mano para que fuera hacia él—, pero ten cuidado por donde pisas, vaya a ser que tropieces con algunas de tus cosas que has dejado descuidadamente por el suelo —le dijo chasqueando la lengua con un deje de ironía.

—Ya... —se acercó sonriendo con travesura por haber sido descubierta.

—Acércate más por favor —le pidió él al ver que se quedaba a mitad de camino.

—¿Estás seguro...?

—Sí... —suspiró para sí, prefería a la Seline que le tiraba tierra en la cara a aquella que se le acercaba con miedo.

—Bien... ya estoy —dijo ella una vez estaba frente a él, se quedó mirándole a los ojos y después de uno segundos de silencio añadió—. ¿Sabes que estás desnudo, que se trasparenta todo y que te estoy viendo?

—Cierto, hoy no tengo espuma... pero tampoco tengo intención de taparme... ¿Entras? —le preguntó sin rodeos.

—¿Qué? —preguntó Seline con la boca abierta.

—Mañana todo cambiará y después... después ya no será tiempo para ello.

—Pero si tu no...

—Seline... —la interrumpió, e inclinándose hacia ella acercó sus manos a su chaqueta, esa nueva de color burdeos, para comenzar a desnudarle—, primero entra y luego emite todas las quejas que quieras.

Ella se dejó desnudar y cuando se le pasó la sorpresa inicial, lo ayudó quitándose el resto de la ropa con rapidez como si tuviera miedo que el pudiera cambiar de opinión. Aland le acarició la suave piel desnuda empezando por su mediano y redondo pecho, acercó la nariz a su vientre e inspiró con fuerza para embriagarse. El olor de su cuerpo era el de los bosques, y su piel tenía un suave toque dorado como si pasara algo de tiempo desnuda bajo el sol. Bajó la cabeza al centro de sus piernas para jugar con su punto de placer, pero en cuanto Seline lo agarró por el pelo y dio un pequeño suspiro de excitación no pudo contenerse más. La tomó por la cintura y la llevó hacia así para que entrara junto a él en el agua.

La sentó sobre sus piernas en aquel espacio reducido y se apoyó de espaldas contra la tina para poder verla bien. Ella le miraba con ojos vidriosos y un ligero rumor en las mejillas.

—¿Puedo besarte? —le preguntó Seline con timidez.

—Puedes hacer lo que quieras —le contestó mientras le apartaba el largo pelo castaño de la cara.

Se abalanzó sobre él y lo besó como alguien que tiene sed y lleva mucho sin ver el agua. Él llevó las manos a sus mejillas y la acarició con dulzura esperando que se calmara un poco, para que aquello no acabara demasiado pronto, pero ella ya había llevado sus manos bajo el agua, y le acarició hasta descubrir satisfactoriamente que ya estaba listo y sin dilación montó sobre él. Aland se separó de su boca y se deslizó hacía atrás, con la cabeza casi fuera de la tina, con una sensación de estar en el paraíso recorriendo por su cuerpo. Después de tanto tiempo... después de tanto esconderse a sí mismo las ganas de estar dentro de ella. Tras recobrase volvió a inclinarse para rodearla con sus brazos y besarle con fuerza, no quería ir demasiado rápido, pero sus caderas ya no le respondían y se sacudían con fuerza contra ella...

Seline todavía no se lo acaba de creer, poder acariciarlo tanto como deseara, maravillada bajo la visión de su cuerpo desnudo bajo el agua. No entendía aquel cambio tan repentino en Aland, si bien era cierto que al día siguiente iban a entrar en una acción peligrosa contra el vampiro, él había sido tan reticente hasta ahora... Por eso había optado por dejar los juegos preliminares a un

lado y en apenas unos minutos ya lo tenía dentro de ella. Por si volvía a echarse atrás, no quería darle tiempo. Y aquello estaba resultando tan extraño, y no era porque hacía mucho tiempo que no tenía relaciones, esta vez había algo diferente, el contacto de la piel de Aland dentro de ella, y el roce de sus piernas bajos sus muslos, no solo le daba placer, sino que inesperadamente también tenía ganas de llorar. Cuando él volvió a inclinarse sobre ella, Seline reprimió sus lágrimas en un profundo beso, con sus brazos alrededor de su cuello, dejándose llevar por la dulce sensación del roce de sus lenguas, del roce de su pecho caliente con el suyo y encantada por la fascinante forma en que el agua salpicaba hacia afuera por las embestidas de Aland. Con aquella velocidad estaba claro que ese momento no duraría mucho. Lo notó en cuanto él incapaz de reprimir los gemidos dejó de besarla para poner sus labios sobre su cuello tratando de reprimir el ruido, seguramente para que no llegase hasta fuera de la casa. Seline se abrazó más a su cuello con sus dedos perdidos entre el pelo de Aland, sintiendo su caliente aliento bajo la oreja, con las salpicaduras de agua en aumento empapando todo el suelo; un excitante y poderoso calambre le recorrió el cuerpo a la vez que el caliente fluido de Aland impregnaba su interior. Se quedó durante segundos con la espalda arqueada y la respiración entrecortada, todavía apretándose contra la cadera de Aland quien recuperaba la respiración con la cabeza entre su pecho. Cuando se recuperaron, él la hizo meterse bajo el agua para limpiarle el sudor, después, sin decir palabra Aland se levantó y ella se quedó, mirándole embobada, feliz de poder verlo completamente desnudo con claridad, sin agua de por medio. Su blanca piel, sus músculos tonificados, su increíble miembro y aquel trasero que parecía un melocotón que daban ganas de morder. Él le sonrió y después alargó su mano para que la tomara y la ayudó a ponerse en pie. Aland fue el primero en salir de la tina, agarró una toalla que había dejado cerca y se secó, y luego le hizo un gesto a Seline para que hiciera lo mismo. Seline se sorprendió porque Aland no se limitó a acercarle la toalla, sino que la atrajo hacia él y los envolvió a ambos bajo la ésta y entonces frotó para secarla a ella, mientras se rozaba sus cuerpos sin apartar sus penetrantes ojos azules de los suyos y ofreciéndole una sonrisa casi infantil, que a Seline le parecía preciosa. Alargó sus brazos para abrazar su cintura bajo la toalla mientras sentía su corazón desbocarse, nuevamente esa sensación de querer llorar. Inclino entonces su cabeza pidiendo ser besada de nuevo y el obedeció.

—Todavía nos queda tiempo —dijo Aland al separar sus labios de los de ella y deshacerse de la toalla, la cogió en brazos y la llevó hasta la cama.

La dejó caer con cuidado sobre la cama más grande y luego ella se hizo a un lado para que él se tumbara a su lado. Se quedaron ladeados observándose y acariciando con detenimiento el uno al otro.

—¿Te has hecho daño en la rodilla? —preguntó Seline al ver una raspadura en la rodilla de la pierna derecha de Aland.

—Ah sí esto... esto me lo hice después de caer al suelo tras tropezarme con las cosas que tenías por el suelo.

—Lo siento —se disculpó Seline mientras rompía a reír a carcajadas.

—Está bien —sonrió Aland ladeando su cabeza hacia ella—, tanto esta rozadura como alguna que otra pequeña herida aquí y allá, a causa de alguna de tus flechas por ahí perdidas en el suelo... me las he ganado por ser tan brusco.

—De verdad que lo siento —dijo sin parar de reír, pero disculpándose con sinceridad le acarició la rodilla—, sobre todo por las flechas, están muy afiliadas y eso podría haber sido peligroso.

—No, está bien... soy afortunado de que no me las dejaras dentro de la cama —rompió a reír Aland, tras lo que alargó su brazo hacia la cintura de Seline para atraerla más cerca y cuando ya la

tenía cara a cara, le dio un suave beso en la nariz.

—Estoy sorprendida Aland —musitó Seline casi en voz baja mientras acercaba una mano para acariciarle el firme pecho—, hace no tanto intenté meterme en tu cama después de pelear contra el vampiro, con la excusa de quien sabía lo que podía pasar... pero eso apenas llegó a nada. Y ahora me dices que... quien sabe lo que pasará mañana.

—He cambiado de opinión —le contestó mientras acariciaba su cuerpo desnudo—, además, entonces nos conocíamos de pocos días, ahora por lo menos son casi un par de semanas —rió mientras ella le respondió, riendo también y tirándole de las orejas—. Por cierto, algunas veces hablas de tu madre, pero me pregunto qué pensara tú padre.

—¿En serio? —preguntó burlona—. ¿En un momento así me preguntas por mi padre?

—No... —rió avergonzado tapándose la cara con la mano—, era por curiosidad.

—Está bien —alargó su mano para apartar la de él y volver a verle el rostro—. Mi padre murió hace muchos años, antes de que comenzara mi vida de caminante.

—Lo siento...

—Tranquilo, estoy bien, fue hace mucho tiempo y él siempre supo que yo tenía espíritu aventurero.

—¿Y a tu madre no le parecía muy bien?

—Bueno... desde luego ella prefería que me quedara en el pueblo y me casara, pero supongo que es difícil asumir que uno de tus hijos está viajando por el mundo a pie. Pero tengo un hermano pequeño de quince años, el cual nació siendo yo toda una jovencita, fue una sorpresa porque ya no esperaba hermanos, pues bien, ella se mantiene entretenida con su crianza, pero...—Se quedó mirándolo un poco extrañada—. ¿Y estas preguntas ahora?

—Tenías razón con aquello de que no nos conocíamos apenas, ahora resulta que estoy casado y ni siquiera sé cuál es el apellido de mi mujer... —dijo con una mueca de guasa.

—Cierto... es Beltrán. —Al pensar en su apellido algo le pasó por la mente, y con la mirada baja, observando la tela que cubría el colchón continuó—: Ahora que lo pienso, no se lo había dicho a nadie, así que quizás deberías preguntar por los papeles que nos hicieron firmar para casarnos... si el apellido no está, ahí podríamos tener razón para una anulación más rápida.

—Eso... como dije a la hora de la cena, lo trataremos después de deshacernos del vampiro —suspiró Aland, y luego para no pensar más en ello volvió al tema anterior—. Yo tengo dos hermanos mayores, una hermana y un hermano, ambos nacieron a la vez, ellos tienen sus propias familias y ambos se dedican a pintar.

—¿Nacidos a la vez? Que divertido. —Seline se giró para ponerse boca abajo y apoyó los codos sobre el colchón para poder sostener su cara con las manos—. ¿Y los dos se dedican a pintar? Qué unidos deben estar para hacer lo mismo.

—En realidad no —rió Aland—, ambos son muy competitivos, saben hacer las mismas cosas porque siempre querían demostrar quién era mejor. Bueno, ahora ya son mayores y más tranquilos, pero cuando era pequeño también eran muy pesados conmigo.

—Aun así, es muy divertido, ahora me siento mal porque cuando me fui, mi hermano era muy pequeño... quizás después de esto sería mejor pasar por casa... —suspiró antes de cambiar de tema—. Aland, ¿puedo pedirte que me des material para escribir?

—Por supuesto, ¿una carta?

—No, hace tiempo que quiero escribir algunos relatos, he vivido algunas historias, aparte de esta actual aún por acabar... que podría utilizar.

—Suena bien, pero aquí no hay mesa de escritorio, tendrías que hacerlo en la cocina.

—Puedo apoyarme en el suelo —dijo divertida, moviendo los pies de arriba abajo, mientras

sonreía pensando en la idea de escribir.

—Si piensas hacerlo esta misma noche, permíteme que antes juguemos un poco más, antes de que me toque mi ronda de vigilancia. —La hizo tumbarse boca arriba, se colocó de rodillas frente a ella, le abrió las piernas y luego la empujó hacia sí, para que le rodeara con ellas su cintura.

Seline alargó sus brazos y se detuvo a acariciarle el firme pecho con ambas manos, esta vez era distinto que en la bañera, tenía una mejor visión de su cuerpo y se recreó acariciándole todas las partes a las que alcanzaba mientras él se dejaba hacer. Después lo atrajo suavemente con las piernas para que se inclinara un poco sobre ella y le acarició el rostro, en ese momento tras cruzar su mirada, recordó que Aland era su marido y la idea le gustó y le hizo sonreír. Le pasó los brazos por el cuello y lo atrajo más para besarle, tras el placer del beso y de sentir su caliente pecho y la fuerza de su cuerpo sobre ella, levantó su cadera como invitación para que entrara en su interior. Esta vez fue lento y dulce, no sólo como dos personas que sea desean, sino como dos amantes que se aman.

16

Los cálidos rayos de sol del amanecer se colaban por la pequeña ventana de la estancia cuando Aland volvió a entrar en la habitación. Se encontró el suelo con hojas de papiro desperdigadas y se tomó unos segundos en recogerlas y colocarlas sobre el arcón. Por la cantidad de hojas era obvio que a Seline le había dado tiempo de escribir un relato completo, le echó una ojeada rápida, tenía curiosidad por leerlo, pero prefirió dejarlo para otro momento cuando a ella le pareciera bien que lo hiciera. Se encaminó hacia la cama donde Seline todavía dormía, cuando había marchado de la habitación, la dejó con su túnica azul puesta, y aún dormía con ella bajo la manta. Se deshizo de su ropa y se tumbó desnudo bajo la manta pegado a la espalda de ella, quien se despertó al sentir el contacto de su cuerpo.

—¿Es mi turno? —preguntó con un leve suspiro girándose hacia él todavía medio dormida.

—Acaba de salir el sol, te has quedado dormida. —Ella abrió los ojos por completo y lo miró sorprendida—. No te preocupes yo he hecho la guardia por ti.

—Lo siento. —Se frotó los ojos en un intento de despertarse del todo.

—Si te sientes muy mal puedes recompensarme —musitó Aland con sonrisa juguetona.

—¿En serio? Si no has dormido nada... —rio divertida.

—Me conformo con algo rápido —sonrió mordiendo el labio y acercó sus manos al cuerpo de Seline para quitarle la túnica.

Seline se inclinó un poco para facilitar que se la quitara la, una vez fuera, Aland la lanzó al aire entre risas, después se giró sobre Seline, con la idea en mente de retozar encima de ella, pero Seline lo paró con la mano y lo hizo tumbarse de nuevo. Luego se colocó sobre él.

—Estás cansado, deja que me ponga encima —le sonrió con picardía y él le devolvió la sonrisa como aprobación.

Con Aland aquello era diferente, sólo unas cuantas caricias la ponían a punto, así que sólo tardó unos segundos en volver a tenerlo en su interior. Comenzó a saltar con rapidez sobre él en cuanto se dio cuenta que a Aland se le entrecerraban los ojos de cansancio.

—Qué loca estás... ¿qué haces? —sonreía mientras apretaba sus manos en los muslos de Seline a causa del placer.

—¡Trotar a caballo! ¿recuerdas? —exclamó sonriendo, pero sin gritar demasiado, se mordía el labio para esconder el ruido de los gemidos y no ser oída fuera de la habitación.

Trotó con más rapidez sobre él para acabar rápido, consciente, que por muchas ganas que tuviera de jugar otra vez, debía dejarlo descansar para que recuperar sus fuerzas para aquella noche. Y ahí, rápidamente, llegó otra vez, ese excitante calambre por su cuerpo a la par que el fluido de Aland entraba dentro de ella. Cuando las convulsiones acabaron se dejó caer sobre la cama recuperando el aliento.

—Diablos eso ha sido... explosivo —dijo Aland aturrido por el placer —, sino fuera por el cansancio sí que podría dejarme trotar durante todo el día...

Seline complacida se inclinó hacia él y alargó el brazo para colocarlo sobre su pecho. Lo observó mientras recuperaba la respiración hasta al fin quedar dormido. Se abrazó más a él y entonces sumida en sus pensamientos se percató que no estaba teniendo cuidado para no quedarse embarazada. Y Aland tampoco parecía pensar en ello. Se rio divertida al pensar que con el enfado que tuvo al descubrir que había sido engañado para casarse, que cara se le pondría si algún día

apareciera tras su puerta con una tripa bien grande. Y de repente se descubrió a si misma dándole igual. Si realmente existía un dios, que decidiera él si tenía que ocurrir algo o no. Porque ella no haría nada para frenarlo. Aunque eso supusiera que su próxima aventura fuera ser madre soltera.

Ya había llegado la tarde cuando se despertaron, Aland fue el primero en abrir los ojos, levantó la manta y observó bajo ella el tonificado cuerpo desnudo de Seline que dormía de cara a él. Era bastante obvio por la forma de su cuerpo, que pasaba casi todo el tiempo caminando y también por las suaves curvas de sus brazos que utilizaba bastante el arco, aunque sólo fuera para entrenar. Se quedó mirando con ganas de estar junto a ella, pero el tiempo para eso había acabado. Seline llevaba un rato roncando, igual que aquella noche en el bosque cuando se despertó junto a ella, era divertido verla así, pero esta vez decidió despertarla con delicadeza.

—Hay que ponerse en marcha —le susurró mientras le acariciaba la cara.

—¿Es hora de comer ya? —preguntó con los ojos cerrados.

—Me temo que esa hora ha pasado de largo. Despierta, se nos echa el tiempo de irnos encima.

Seline soltó un gruñido en forma de queja cuando Aland se levantó y la dejó sola en la cama. Se había abrazado dormida a él durante esas horas esperando que el tiempo pasara lentamente, porque sabía que una vez salieran de esa casa para ir al castillo, la probabilidad de que lo que había pasado esa noche se volviera a repetir sería casi nula. Se levantó pesarosa, y se vistió con la ropa de siempre —esta vez no habría vestido y las armas le acompañarían—, mientras observaba a Aland terminar de vestirse. Otra vez le sobrevino esa punzada de dolor, la fantasía de mujer casada disfrutando con su marido que había vivido las últimas horas, había finalizado.

—Va, date prisa —dijo Aland al verla aún sin terminar de vestir—, debemos comer algo antes de marcharnos, no sé qué hora es, pero creo que vamos con el tiempo justo. Mientras terminas voy a la cocina a preparar algo.

Cuando salió de la habitación y caminó los pasos que le separaban de la cocina, se encontró con Godwin sentado a la mesa que le dedicó una sonrisa burlona.

—¿Os habéis quedados pegados a las sábanas? —preguntó.

—No seas curioso —le espetó sonriendo—, tengo prisa, no he comido nada y tengo que llevar a los perros a la iglesia.

—No te preocupes, quedan aún sobras de la carne de ayer, y le he pedido a Rod que llevara a los perros al ver que no te levantabas.

—¿Qué? —se disgustó Aland—. No me he despedido de ellos, que mal dueño soy... Los adopto y luego apenas les hago caso...

—No importa porque los volverás a ver cuándo se acabe todo esto. Ahora, si me permites ir al grano... mi pregunta es: ¿estáis juntos Seline y tú?

—¿Qué? No... —contestó mientras se hacía con las sobras de la carne sobre el mostrador de piedra y las llevaba a la mesa—. Está claro que una vez que finiquitemos al vampiro cada uno se irá por su camino.

—¿Por qué? —Godwin levantó una mano en forma de queja y la dejó caer de un golpe sobre la mesa—. ¿Por qué no ir por el mismo camino?

—Está claro que ni Seline ni yo somos personas de matrimonio...

—Eso es una tontería...

La salida de Seline de la habitación los interrumpió, tras un leve saludo a Godwin se sentó a la mesa, algo sonrojada intentando ocultar el hecho de que seguramente Godwin sabía lo que había pasado entre ellos. Puede que intentaran ser silenciosos, pero haberse despertado tan tarde ambos era como llevar una placa escrita al cuello en la que pusiera «Hemos fornicado». Aland le acercó

un plato para comer y después de buscar y poner sobre la mesa los cubiertos, se sentó junto a ella. Estuvieron un rato en silencio, hasta que Godwin, decidió dejarlos solos con la excusa de asegurarse que tenía todas las cosas necesarias guardadas en su bolsa.

—¿Sabes que Godwin me contó que estuviste prometido? —Seline dejó caer la pregunta una vez se vieron solos, lo hizo sin dejar de comer y mirando a Aland de reojo. Se sentía entre extraña y algo molesta por aquel silencio después de todo lo que habían compartido.

—¿Lo hizo? —Estaba un poco sorprendido, pero no parecía demasiado molesto porque su amigo se hubiera ido de la lengua—. Bueno no estuve realmente prometido... porque éramos muy jóvenes y aquella relación era más bien un cortejo, por lo menos de cara hacia fuera, pero sí hablamos de casarnos...

—¿Cómo se llamaba?

—Louise.

—Entonces... ¿no querías dormir conmigo por si me enamoraba de ti como Louise, y luego no pudiera soportar ser rechazada?

—No, no es... la cosa no fue exactamente así...

—Bien porque... puede que intentara colarme entre tus sábanas, pero en ningún momento te he pedido nada más...

—Ya lo sé. —Aland paró de comer y se giró para mirarla.

—¿Entonces por qué no... hasta ahora? —Ella también había dejado de comer, pero mantenía la mirada en su plato.

—Seline... —Se acercó a ella y le pasó la mano por la cintura—. Si lo que ocurre es que te he hecho sentir rechazada lo siento, pero en realidad no era así. Sentí deseo de estar entre tus piernas desde el mismo momento que te sentaste sobre mí... para robarme. Pero no me parecía buena idea, y menos sabiendo que el lobo resultó ser otra cosa mucho peor. Además, no esperaba que tardáramos tanto en terminar con este asunto, y la idea en mente desde el principio siempre fue, que una vez acabemos con esto cada uno se irá por su lugar. Y ahora... bueno ahora quiero que cuando eso ocurra tengas un buen recuerdo de mí y puedas contar en tus viajes, además de la aventura de matar a un vampiro que tu mejor amante fue Aland de Sallow. —La miró a los ojos sin poder contener la risa, al ver la expresión de Seline, que con las cejas levantadas lo miraba sorprendida ante sus últimas palabras.

Después, sintiéndose un poco mejor, al saberse deseada y feliz de ese nuevo contacto con él, quien todavía le agarraba su cintura, llevó su mano al pelo de Aland y lo atrajo hacia así para besarle. Él se dejó hacer y durante un rato estuvieron besándose con fuerza hasta que él se apartó y después de coger un trozo de carne del plato de Seline lo llevó a la boca de ella.

—Ya no hay tiempo, ahora a comer, no quiero que te desmayes de hambre cuando más te necesite.

—Tú tampoco estás comiendo —dijo con la boca llena e imitándole en el gesto de coger comida de su plato con los dedos e introducirlo en su boca.

—Por cierto... —dijo Aland tras lo que paró unos segundos para terminar de masticar—. Hoy no te separes de mi lado, nos cubriremos las espaldas el uno al otro.

—¿No lo hará Godwin? —preguntó sorprendida.

—Él y Rod cuidarán el uno del otro perfectamente. Pero esta noche quiero que ambos formemos equipo. —Tras frotar un trozo de su carne sobre la salsa que estaba algo espesa agregó —: Venga, termina de comer, todavía no hemos preparado nuestras cosas.

Seline continuó comiendo feliz, iban a enfrentarse cara a cara un vampiro, pero ella no podía evitar sentirse bien, tras saber que Aland la quisiera de compañera, porque, aunque no lo había

dicho claramente, aquello parecía una forma de asegurarse que ella estaría bien y si necesitaba ayuda él estaría a su lado.

—Por cierto, acabo de acordarme —dijo Seline sorprendida—, hoy es el día que te dije, ese en que se hace una celebración a los muertos.

—Ya... —musitó Aland—, bueno, aquí los únicos muertos y más muertos que estarán serán esos vampiros.

Después de retozar entre las sábanas, y observando que estaba somnolienta y ya algo más tranquila, Alistair pudo quedarse tranquilo de dejar a Gladys durmiendo. Por supuesto, eso sí, por seguridad volvió a atar la cadena que había en la pared, al tobillo de Gladys para poder salir tranquilamente de la habitación y ocuparse en otras cosas. Se estaba colocando su túnica negra cuando un ruido del exterior llamó su atención, se puso las botas y salió de la estancia dirigiéndose a las escaleras de caracol y las bajó rápidamente para llegar al piso inferior y asomarse a la ventana que había cerca de puerta de entrada, una de las pocas que no estaban tapiadas. Se llevó una sorpresa bastante desagradable al descubrir que el ruido pertenecía a varios carruajes que ahora entraban por la puerta principal hacia el patio interior. Tenía visita y no sabía por qué. Llamó a gritos a Lucifer quien no tardó en aparecer, pues había sido también atraído por el ruido.

—¡Lucifer! —le gritó cuando lo vio aparecer por las escaleras—. ¿Tú sabes porque tenemos visitas?

—Para nada —respondió molesto de brazos cruzados.

—¡Diablos! —Se acercó a zancadas al borde de las escaleras—. Necesito que vuelvas a convertirte en mayordomo y les abras la puerta, yo esperaré arriba.

Subió las escaleras mientras Lucifer las bajaba cambiando su aspecto de chica rubia por el hombre de nariz aguileña, el gato tenía el poder de cambiar de aspecto y de ropa a la vez. Mientras Alistair se quedó escondido en el primer piso apoyado contra la pared escuchando lo que ocurría abajo.

Lucifer abrió la puerta en cuanto escuchó que el primer carruaje paraba y la gente del interior se apeaba de él. Se sorprendió al ver que los hombres que se acercaban portaban instrumentos.

—Buenas noches —dijo uno de ellos, que tras ver que el hombre que tenía delante no decía nada agregó—: ¿dónde está la sala en que debemos tocar?

—A... a... arriba, primer piso a la derecha, no tiene pérdida, son las grandes puertas...

—balbuceó Lucifer, a quien pareció oír en el piso superior a Alistair correr hacia su habitación—, p... pero no están aún las velas encendidas.

—Podemos hacerlo nosotros —dijo otro de los hombres con una amplia sonrisa.

—Está bien...

Lucifer se dirigió a un mueble que había en el pasillo y abrió uno de los cajones dónde estaban la yesca y el pedernal que utilizaban para encender las velas del piso inferior. Los sacó y se lo dio a uno de los hombres. No sabía muy bien que hacer, así que sólo siguió la corriente, al fin de cuentas Alistair no le había pedido que echara a nadie, y aparte de los carruajes que ya estaban en el interior, oía llegar más a lo lejos. Hizo un gesto de cabeza a los músicos para que subieran y volvió a la puerta para saludar a las siguientes personas. Esta vez reconoció enseguida a quien tenía delante, los había saludado anteriormente en la fiesta de compromiso de Alistair. Se trataban del alcalde de Hampton River, un tipo alto, de pelo largo y castaño oscuro, que vestía con ropa algo estrafalaria y que iba acompañado de su mujer, una mujer rubia, y casi tan alta como su marido que llevaba un antifaz en las manos. Los saludó con una pequeña reverencia, pero no dijo

nada, esperando a que ellos hablaran, a ver si entre sus palabras averiguaba pronto que hacían allí.

—Buenas noches —saludó el alcalde—, mis disculpas al señor del castillo, por poco olvidamos la fiesta de esta noche.

—Y eso que aceptamos que vendríamos la última vez que nos vimos y estábamos tan contentos de celebrar algo así... —añadió su mujer.

—Así que esperamos que el señor Bentinck nos disculpe por no haber tenido contacto un poco antes, ni siquiera hemos tenido tiempo aún de enviarle un agradecimiento por invitarnos a la fiesta anterior.

—Estoy seguro que no le importa, y ahora por favor... los músicos ya esperan arriba. —Lucifer decidió seguir el juego, empezando a comprender que Alistair había prometido hacer otra fiesta de la que se había olvidado.

Cuando observó que los siguientes en llegar a la puerta vestían elegantes, pero llevaban puestos antifaces, entendió que la fiesta era un baile de máscaras. Pese a llevar las caras tapadas no le costó descubrir de quienes se trataban, la misma gente importante, entre ellos condes y duques que ya habían estado allí la vez anterior. Lo extraño fue cuando empezó a ver, que llegaban carros más sencillos, había gente que incluso estaba llegando a caballo, gente que parecían ser simples ciudadanos, seguramente de Servury. Entraba tanta gente que no daba abasto para saludarlos a todos, así que decidió dejar la puerta abierta y corrió escaleras arriba para hablar con Alistair. Lo encontró en su habitación sentado en la cama con las manos en la cabeza frotándose el pelo, con Gladys aún dormida a su lado. Cuando lo vio entrar alzó la cabeza y lo miró con un deje de desesperación.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Al parecer, en la anterior fiesta decidí con los asistentes hacer una fiesta de máscaras de la que se había olvidado. Y por lo visto esta vez la invitación fue mucho más amplia.

—¿Qué yo que...? No recuerdo haber dicho nada de hacer otra fiesta.

—Quizás, algunos de tus invitados se confundió y el rumor se extendió —dijo Lucifer encogiéndose de hombros—, supongo que no te queda más remedio que vestirme e ir a saludar, creo que no te conviene hacerles un feo.

—Pero tal y como está Gladys no puedo llevarla a la fiesta —inspiró y expiró profundamente—, tendrás que quedarte a vigilarla. De momento me vestiré, aprovecha el tiempo para buscar en la despensa bebidas y llévalas al salón, esta vez no tenemos camareros así que tendrán que servirse por sí solos.

Lucifer aceptó de malas ganas, ya era bastante duro tener que ser su criado, pero tener que cuidar de su vampira desquiciada a cada dos por tres comenzaba a ser demasiado molesto. Esa chica llevaba varios días siendo vampiro, y todavía no sabía contenerse, mientras él estaba siempre pendiente de ella como un tonto enamorado. Obedeció con desgana y salió de la habitación, al ver que todavía subía gente, decidió dar un rodeo para bajar por las escaleras del otro lado para llegar directamente hasta la despensa, esperando tener bastante vino para entretener a los invitados.

Gracias a que se había dejado la puerta abierta, y al cúmulo de gente que entraba, pudieron colarse con normalidad sin que nadie se extrañara de aquellos que a pesar de llevar máscaras no iban vestidos de forma elegante como los demás y llevaban armas. Hasta el momento todo estaba ocurriendo tal y como había sido planeado, cuanta más gente, más grande sería el desconcerto del vampiro. Y las máscaras, el baile de máscaras les proporcionaba una pequeña ayuda para caminar

entre la multitud sin ser vistos a simple vista. Tal y como Aland había supuesto, el vampiro no se había atrevido a anular aquello y echar a los intrusos de su propiedad. Para Alistair Bentinck quedaba claro, su tapadera de hombre importante no era algo que quisiera destrozar por una fiesta que no recordaba.

Algunos bailaban y otros simplemente se divertían intentando averiguar quiénes había tras algunas de las máscaras realmente elaboradas. Seguramente se trataba de los duques o de los condes, cualquiera que pudiera pagar el precio de aquellas cosas, el resto de gente había traído antifaces, de diferentes colores, pero la mayoría de color negro, algunos de diseño simple atados alrededor de la cabeza y otros un poco más elaborados con finos bordados o divertidas plumas, o sujetos a un palo y se llevaban en la mano, para esconder el rostro sólo cuando les apetecía. Entre toda esta multitud se hacían paso Aland y Seline intentando llegar hacia el otro lado de la sala. Tanto ellos como el resto del equipo habían llevado a la fiesta unos sencillos antifaces de tela negra con palo que les cubría la mitad de la cara. Cuando al fin pudieron separarse de la gente y encontrar un hueco más tranquilo se encontraron con William, quien esta vez vestía con una sencilla túnica de mangas larga de color marrón que le llegaba por debajo de las rodillas, y que se ceñía al cuerpo gracias a un cinturón de cuero negro donde llevaba una pequeña bolsa con algunas cosas que necesitaría esa noche.

William se acercó a ellos en cuanto los reconoció.

—Buenas noches —le dijo Aland—, ¿tenemos al Padre Philip también en la fiesta?

—Sí, llegó conmigo, aunque al principio no estaba muy de acuerdo con la idea de un baile de máscaras... le parecía algo muy superficial, pero le tiene mucho respeto al señor Bentinck y por supuesto no se perdería nada que este celebrase. Ahora mismo se encuentra buscándolo para saludarle.

—Todavía no ha aparecido por la fiesta —señaló Aland—, pero bueno, como no esperaba tener una fiesta, lo más seguro es que tanto él como Gladys estén ahora vistiéndose para la ocasión.

—¿Y Godwin y Rod?

—Están echando un vistazo a la sala. Seline y yo seguiremos paseando entre los invitados, cuando llegue el momento te avisaremos.

Cuando William se alejó entre la multitud Aland se giró hacia Seline y le dio la mano.

—No me sueltes, hay mucha gente —le dijo, tras lo que se tapó el rostro con la máscara y sonrió.

Seline simplemente afirmó con una sonrisa. Se dejó llevar unos segundos por la mirada cálida de Aland, cuyos ojos azules resaltaban tras el color negro de aquella máscara. Aquella noche se había vestido con aquella chaqueta azul oscura, que tan bien le sentaba, y ahora Seline se peleaba consigo misma por no dejarse llevar por los sentimientos que Aland le producía y prestar atención a lo que debía ocurrir en poco tiempo.

Esta vez había optado por una vestimenta más casual, pantalones oscuros, botas y sobre la túnica una chaqueta de color negro brillante que le daba apariencia de prestigio. Se acercó al tocador de Gladys y abrió el cajón para coger los anillos que había encontrado hace poco entre los trastos del castillo. Eran llamativos y parecían bastante caros, escogió uno con una piedra roja y lo colocó en su pulgar derecho, mientras lo hacía se echó un vistazo en el espejo del tocador para ver su imagen, y toparse con el mal recordatorio que, en el reflejo de la cama, la imagen de Gladys no salía en el espejo. Sólo se observaba la sabana abultada sin nadie dentro. Alistair inspiró con fuerza para llenar de aire aquellos pulmones que no lo necesitaban y luego expiró.

Para él, aquel pequeño ejercicio le servía para no volverse loco, como aquella vez que perdió la cabeza y mató a toda la gente en aquella fiesta... Ahora lo único que le quedaba era la esperanza que, con el tiempo, Gladys pudiera volverse más fuerte e inteligente como vampiro.

Sus pensamientos volvieron a la fiesta que había en la sala, cuando Lucifer de nuevo en su forma de joven posadera, entró en la habitación.

—Ya he llevado al salón todo lo que he logrado encontrar —dijo Lucifer—, He dispuesto una de las mesas de banquete con las bebidas y las copas para que los invitados puedas servirte ellos mismos.

—Bien... entonces voy al salón, quédate aquí vigilando a Gladys.

Lucifer se sentó en un taburete bufando con resignación mientras veía a Alistair salir de la habitación.

El Padre Philip fue al primero que se encontró Alistair cuando cruzó la puerta del salón. Se mantuvo un par de metros alejado de él, a pesar de tenerlo manipulado como quería, no había manera que se despojara de aquella enorme cruz que llevaba siempre al cuello. El hombre le dedicaba palabras de agradecimiento por haber sido invitado mientras a la vez dejaba caer que le parecía un poco frívolo hacer una fiesta de disfraces, de máscaras o de lo que fuera aquello. Alistair se dedicó simplemente a hacer gestos con la cabeza y con un «Por favor disfrute de la fiesta», se deshizo de él y caminó hacia otro lado. Estaba desconcertado por la cantidad de gente que había en aquella sala, y se preguntaba en qué momento olvidó prometer hacer aquella fiesta. Quizás cuando estaba demasiado entretenido en el placer de jugársela a sus enemigos, alguien le dijo algo y él simplemente aceptó para quitárselo de encima. Era la única manera en que se le ocurría que podía haber pasado aquello, y ahora no tenía más remedio que seguir el juego del gran anfitrión. Pasó de saludar a nadie de momento, todos parecían bastante entretenidos y su presencia hasta ahora había pasado inadvertida. Se dirigió hacia una de las mesas y se sentó en el banco con las piernas cruzadas observando quienes había tras aquellas máscaras. Había algunas copas sobre aquella mesa, pero las botellas de vino estaban en otro lugar, buscó alguna a la que aún le quedara algo de vino en su interior, y cuando encontró una, la cogió y dio un pequeño sorbo. Se le puso la cara pálida. Ese Gato era más estúpido de lo que pensaba. El vino que había en esa copa era el que tenía su toque especial. Una sonrisa mordaz apareció en su cara, todo aquel que hubiera bebido de la botella inadecuada tendría una noche peculiar.

Había pasado alrededor de una hora, cuando Aland les hizo un gesto con la mano a Godwin y Rod que se encontraban en el otro lado de la sala, para que se acercaran a ellos. Ya había llegado la hora. Se apoyó de espaldas en la pared cercana después de echar un vistazo a Alistair Bentinck, sin presencia de Gladys por ninguna parte, que se mantenía aún sentado tras la mesa observando la fiesta y sólo siendo importunado de vez en cuando por alguno de los invitados. Observó que este miraba a la gente divertido y cuando echó un vistazo a la multitud, se dio cuenta que a algunos de ellos parecía que el vino se les había subido a la cabeza. Algunos se besaban con pasión, en uno de los bancos vio a una pareja en la que no sólo se acariciaban fervorosamente, sino que además, él tenía su mano por debajo de la falda de ella, sin ningún pudor en poder ser vistos. Y desde su lado izquierdo vio salir a otra pareja detrás de un muro, él parecía estar colocándose los pantalones mientras ella dejaba caer su falda. Estaba claro que las fiestas del vampiro eran especiales... y aquella parecía desmadrarse poco a poco, así que había que darse prisa. Miró hacia Seline quien se había despojado de su máscara y ahora la guardaba junto a sus flechas. Habían estado paseando tranquilamente por el lugar sin que nadie se diera cuenta, o no le

dieran importancia, a que fueran armados. Intentó hablar con Seline sobre lo que estaba viendo, pero ésta estaba absorta mirando hacia algún lugar, cuando giró la cabeza para observar que estaba viendo, sólo vio una puerta.

—¿Qué ocurre? —le preguntó acercándose a ella.

—Esa puerta —contestó sin dejar de mirar al frente—, me trae recuerdos. Quiero ver lo que hay detrás.

—Seguramente una simple habitación, y todo el mundo está en esta sala.

—Bueno veamos —dijo ella dirigiéndose hacia la puerta, sin hacer caso de Aland que intentaba pararla recordándole que no era momento de inspeccionar el castillo.

Pero cuando Seline abrió la puerta y entraron, Aland se sorprendió al ver el lugar. Era una sala muy corriente dotada de pocos muebles, pero la conocía, a pesar de lo borrachos que parecían estar ese día, la recordó. Fue la habitación en que los casaron. Entendió que el interés de Seline procedía de tener recuerdos de cruzar esa puerta.

Unos ruidos a un lado de la habitación les llamó atención. Descubrieron a una pareja con intención de fornicar, parecía que los habían pillado antes de que tuvieran tiempo, y no hubiese sido demasiado sorprendente, sino fuera porque el hombre se trataba del Padre Philip. Quien ahora los miraba con los ojos muy abiertos.

Aland le pidió a Seline que le guardara un minuto su antifaz y se dirigió a zancadas hacia la pareja.

—¿En serio? —Aland lo había agarrado por el cuello de su túnica y mantenía su cara cerca de la de él mirándolo con furia.

—Lo... lo siento, yo no quería... —El padre Philip alzó las manos en modo de súplica y hablaba con voz entre cortante—. No sé qué ha pasado, en serio no sé qué ha pasado...

La mujer que estaba con él, después del susto inicial y tras observar que no le prestaban atención salió corriendo de aquella sala. Aland mantenía al cura todavía agarrado.

—Por su culpa estoy en un matrimonio que no quería. —Aland apretaba los dientes al hablar—. Por miedo a su poca indulgencia y para colmo nos casa sin permiso estando borrachos. Y ahora resulta que aquí, el que tiene mucho que confesar es usted.

Seline observaba sin decir nada, pero las palabras de Aland, le cayeron como un cubo de agua helada ¿tanto le molestaba estar casado con ella?

—No... no entiendo nada, señor de Sallow, y esto se lo repito no sé cómo ha pasado, es como si la vista se me hubiera nublado... yo tenía... yo tengo muy bien controlados mis impulsos —contestó el cura con voz lastimera de quien espera ser perdonado.

—Largo de aquí... —Aland lo soltó dejando que el Padre Philip cayera de rodillas al suelo.

El hombre se levantó lentamente y agarrado a la cruz de su cuello caminó con la cabeza gacha hacia la puerta. Se sorprendió al ver que William estaba allí, al parecer hacía rato que había entrado y lo había visto todo. Lo miró con súplica y miedo, pero por la mirada de desaprobación del chico pareció optar por no decir nada. Salió por la puerta sin apartar la mirada del suelo.

—Quizás has sido un poco duro —le dijo Seline a Aland cuando el cura ya había salido por la puerta—, ya suponíamos que algunas actitudes extrañas de la gente del pueblo, como olvidar la historia del vampiro... era seguramente por algún extraño influjo del Bentinck. Como el aumento de ratas por las calles —su cuerpo se movió en forma de escalofrío al decir esto último.

—Sí, pero también tengo la impresión de que este tipo de manipulación saca lo peor de cada uno —añadió Aland.

—Lo peor, o quizás también lo que está simplemente dentro de cada uno, pero si eso fuera cierto supondría que entonces nosotros realmente queríamos casarnos, porque de alguna forma

estuvimos bajo su influjo —Seline intentó hablar con normalidad, pero no pudo evitar que su voz sonara molesta.

Aland la miró sorprendido, con las cejas levantadas y la boca entre abierta tratando de decir algo, William al otro lado carraspeó recordándoles que estaba allí.

—William perdona —se disculpó Aland—, ya es la hora, ve a tu puesto y dando unos minutos de tiempo.

William asintió con la mirada y salió de la habitación, cuando se iba se cruzó con Godwin y Rod que entraban, a los que se saludó con un simple gesto de cabeza.

—¿Qué hacéis aquí dentro? ¿Ha ocurrido alguna cosa? —preguntó Godwin.

—Tranquilo, todo está bien —contestó Aland.

—Supongo que podemos deshacernos ya de esto. —Rod se refería a la máscara que llevaba en la mano y de la que se deshizo lanzándola lejos. Godwin y Seline también lo imitaron, sólo que en vez de lanzarlas las dejaron sobre un mueble cerca de la puerta—. ¿Comenzamos ya?

—Sí, vamos a buscar al vampiro —contestó Aland.

Pero no hizo falta, porque antes de que pudieran dirigirse hacia la puerta, Alistair Bentinck ya había entrado en la habitación. Todos desenvainaron sus armas mientras el vampiro los miraba con desgana. Movi6 su brazo hacia atrás y un fuerte viento cerró la puerta de la habitación sin llegar a tocarla.

—Lo acepto, me habéis sorprendido, porque empiezo a pensar que la fiesta inesperada de esta noche es cosa vuestra. No creo que estéis aquí para divertir os... y nos os veo vestidos para la ocasión, pero sin embargo venís muy bien armados. —Los miraba tras el brillo de aquellos ojos de un azul tan peculiar, y sin atisbo de su habitual sonrisa mordaz.

—Nos has pillado, pero tampoco es que quisiéramos ocultarlo demasiado —le contestó Aland que blandía su espada en alto.

Aland se acercó más a Seline mientras que Godwin y Rod se separaban con cuidado del vampiro para ponerse en una posición en la que pudieran guardarse mejor las espaldas.

—¿Tan estúpido sois? ¿Realmente habéis venido a enfrentaros conmigo?

—Sí, aunque antes de acabar contigo hay ciertas dudas que me gustaría resolver antes, tengo curiosidad por saber cómo nos engañaste, para que Seline y yo nos emborracháramos sin apenas tomar gota, hasta ser engañados para casarnos.

Alistair se puso recto y muy seguro de sí mismo se cruzó de brazos. Su semblante cambió y les ofreció al fin su malévol a sonrisa, con la boca bien abierta dejando ver sus prominentes colmillos.

—Veréis... parece ser que es algo más complicado manipular a los humanos cuando son bastante conscientes de nuestra existencia, sobre todo más, si has tenido un encuentro cercano, como aquella pelea en el bosque en la que tuvisteis suerte... En estos casos no queda más remedio que usar tácticas más directas. Digamos que el vino que tomasteis era especial y estaba mezclado con sangre de vampiro: mi sangre. Vino que me temo, el estúpido de mi gato ha colado en la fiesta y algunos de mis invitados está aún más contentos de lo habitual... De todas formas, si os sirve de consuelo, la manipulación se basa en paralizar al otro, o sacar a relucir sus pensamientos más íntimos, pero nunca he podido lograr que alguien haga algo que no esté en su ser. —Al pronunciar estas últimas palabras miró Aland y luego pasó la mirada a Seline y después rio con sorna—. Por ejemplo, no podría hacer que nadie mate si realmente es un santurrón.

A Aland no le sorprendió mucho la respuesta, pues desde el principio sintió que había algo raro con aquel vino. Aunque esto le hizo recordar lo que había dicho Seline minutos atrás sobre el Padre Philip; pero sabía que no era momento de pensar en ello.

—Y bien... ¿vais a atacarme o nos estamos toda la noche de cháchara? —preguntó el vampiro a

la vez que descruzaba los brazos.

—Tú tampoco parece tener mucha prisa por atacarnos —dijo Godwin que miraba al vampiro medio asombrado. La única vez que lo había visto había sido luchando contra él en el bosque, pero entonces tenía un aspecto tan diferente. Ahora era un hombre atractivo, de porte elegante y seductor, se podía entender que cualquiera que no supiera que era un vampiro cayera en sus redes de manipulación, tenía esa imagen del tipo al que todos quieren tratar.

—Bueno, quizás simplemente me estoy dejando llevar por la felicidad de volver a vernos — dijo Alistair de forma sarcástica dirigiéndose a Godwin y a Rod.

—O quizás —intervino Rod que lo miraba con el ceño fruncido y agarraba con fuerza su espada—, tienes miedo que ahí fuera nos oigan y se destape quién eres de verdad.

Un ruido los puso en alerta antes de que Alistair pudiera contestar. Tras ellos, al otro lado de la sala, por la puerta principal que daba al pasillo entró el Gato con su traje habitual de posadera. Caminaba pavorosamente y no parecía demasiado sorprendido de encontrar a sus enemigos allí. Todavía podía verse en su frente, bajos sus rizos rubios la marca de la cruz hecha por Aland.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Alistair en tono seco—, tenías otro trabajo que hacer.

—Hace rato que paseo por la fiesta querido Alistair, no soy la niñera de nadie... —contestó Lucifer arrastrando las palabras en modo seductor—, además he oído a éstos y he entrado, quizás necesites ayuda...

Alistair resopló molestó y dirigió de nuevo la mirada a sus enemigos.

Todos habían tomado una posición de ataque, pero nadie se movía. Alistair pensaba alguna manera de quitárselos del medio, pero sin tener que llegar a matarlos, cansarlos lo suficiente para que se les quitaran las ganas de volver a atacarle... Porque sabía que matarles podría ser contraproducente, luego habría que encontrar una buena excusa para explicar sus muertes, y esto podría hacer que todos recordaran la historia del vampiro que había cerca..., y sus planes se irían por la borda. Pero no tuvo tiempo de pensarlo, nuevamente ese Gato actuó por su cuenta. Y es que ahora que tenía la oportunidad, Lucifer no iba a perderla. Con la intención de un rayo que cae sobre la copa de un árbol quebrándolo, se lanzó hacia el cuello de Aland, pero sin necesidad de que este hiciera algún movimiento para defenderse, algo hizo retroceder al Gato. Se quedó apartado varios metros hacia atrás con una mueca de asco y la mano tapando su boca... consciente del peligro que acababa de evitar.

—Vaya te has dado cuenta... —le dijo Aland que ahora que sonreía como si llevara las de ganar—, desde que llegamos al castillo todos nos hemos estado rociando a cada rato con agua bendita sobre el cuello.

Lucifer había tenido suerte que su naturaleza de gato tuviera un sexto sentido, y se había echado atrás antes de salir malherido, un pequeño roce de su boca en ese cuello rociado de agua bendita, y como mínimo habría tenido por resultado quemaduras, y ya tenía bastante con soportar la vergüenza de la marca de aquella cruz sobre la frente.

Miró a Alistair de reojo, sabía lo fuerte que era, pero no creía demasiado en su inteligencia. Si él lo hubiera intentado probablemente hubiera caído en la trampa. En el caso de que tuviese algunas ganas de atacar... cosa que dudaba, dado que se había quedado allí pasmado.

—Mantén tu alientoapestoso lejos de mí, maldito gato —dijo Aland apuntando al gato vampiro con su espada.

—Idiota. —Los claros ojos azules de Lucifer, como rubia posadera, brillaban ahora de furia, se le habían delatado las pupilas y comenzaba a tener un color amarillento; les hablaba con la boca bien abierta para que pudieran ver claramente sus colmillos—. Mi naturaleza de animal hace que huela así... pero no me llames Gato, estúpido humano, odio que nadie utilice ese nombre con desdén. Me hago llamar Lucifer.

—La verdad es que me importa un pepino —contestó Aland con sequedad.

Mientras Aland vigilaba al Gato de cualquier otro movimiento y lo mantenía entretenido con la charla, Godwin y Rod aprovecharon aquel momento de distracción para atacar a Alistair, pero este se los quitó de encima en un segundo con un rápido movimiento de brazo, con el que los empujó hacia atrás sin apenas rozarles, como había hecho anteriormente con la puerta. Era increíblemente fuerte, pero Godwin y Rod mantuvieron el orgullo de, por lo menos, haber logrado quedar en pie. En el mismo momento y con suma rapidez, Seline había cogido una de sus flechas y se la había lanzado a Alistair, quien logró esquivarla, pero no evitar que le rozara la chaqueta rasgándosela por el hombro. Aquello le enfureció, caminó con largos pasos hacia ella, con los labios apretados y la nariz arrugada. Seline fue rápida en coger otra flecha, pero al ponerla sobre el arco se sorprendió al encontrarse con su antifaz. En un leve segundo pasó por su cabeza el recuerdo de haberlo guardado allí y que había sido el antifaz del Aland del que se había

desprendido momentos antes. Lo dejó caer al suelo e intentó coger otra flecha, pero el vampiro había aprovechado su error para abalanzarse sobre ella. La asió por el cuello de su chaqueta y la levantó del suelo con sola una mano. Ella pateó e intentó zafarse, apretando y arañando la mano de Alistair, pero no lo conseguía. Aland corrió a ayudarla, pero el Gato se abalanzó sobre sus piernas haciéndole caer al suelo de costado. Al otro lado Godwin y Rod decidieron no acercarse mientras susurraban entre ellos.

—¿Sabes? —Alistair obsequió a Seline con una tétrica sonrisa, sus ojos habían tomado un color rojizo, pero sin embargo, su voz mantenía su singular toque seductor—. He curioseado un poco sobre ti, y ahora sé que mis antepasados son del mismo lugar de dónde vienes, por lo que tengo una especial predilección por proba tu sangre, quizás no pueda morder tu cuello, pero puedo rajarlo con mis dedos.

—Suéltame imbécil. —Seline le escupió en la cara, comenzaba a costarle respirar, el vampiro tenía las uñas afiladas clavadas sobre su cuello y había empezado a sangrar.

Sin perder su sonrisa maléfica, Alistair se limpió con la manga de su mano libre el escupitajo de su cara. En el mismo instante Aland forcejeaba con el Gato, intentando ponerse en pie de nuevo y quitárselo de encima, y al otro lado, Godwin sacaba una estaca, algo más pequeña que su antebrazo, de su bolsa y se la acercó a Rod quien tenía en su mano un tirachinas. Éste colocó la estaca, sostuvo la parte plana sobre la tela elástica, estiró y la lanzó hacia Alistair.

Alistair apretó los dientes para ahogar el grito, soltó a Seline dejándola caer al suelo y llevó su mano hacia atrás, para deshacerse de la estaca que tenía en su espalda. Sus ojos brillaban de furia, otra humillación, y muy parecida a la que ocurrió en el bosque cuando se topó con ellos por primera vez. Cuando logró zafarse de la estaca ya no tenía muy claro la idea de reprimir su fuerza y dejarlos con vida. Los miró uno a uno preguntándose a quien tenía más ganas de comerse primero. No pudo tomar ninguna decisión porque Gladys había interrumpido en la sala.

Había entrado llamando la atención con el irritante sonido metálico que se producía al arrastrar la cadena atada a su pie. Su largo pelo despeinado, sus ojos verdes enrojecidos y su boca mostrando sus colmillos. Si Alistair hubiese tenido un corazón latente, este se le hubiera salido del pecho. Gladys había logrado escaparse y ahora se ponía en peligro.

Fue una gran sorpresa tanto para Seline como para todos los demás descubrir que Gladys ahora era un vampiro. Pensaba en ella como el juguete humano de Alistair, pero en ningún momento pasó por su cabeza que quisiera convertirla en una bestia. Por un leve instante se sintió culpable por no haber intentado liberarla del vampiro, pero luego recordó cuando apareció por la casa caminando como si fuera de la nobleza, y la confirmación minutos atrás del propio vampiro, sobre que la manipulación sacaba aquello que había en el interior de cada uno... así que se preguntó, si eso había sido elección de ella. Aunque no lo hacía más triste, porque ahora habría que matarla a ella también. Al mirar a Alistair, Seline se fijó, que éste miraba a su prometida intranquilo, parecía bastante nervioso porque Gladys se encontrará allí, era un dato importante percatarse de lo muy apegado que el vampiro parecía estar a la joven.

Gladys se percató enseguida de la estaca que Alistair llevaba en su mano y de la sangre que emanaba de ella, gruñó y se lanzó sobre el que tenía más cerca, que era Aland, quien había conseguido al fin zafarse del Gato y ponerse en pie.

—¡No! —gritó desesperado Alistair cuando la vio lanzarse sobre el cuello de Aland—. ¡Está rociado de agua bendita!

Gladys se quedó quieta ante el grito de su amo, y Seline lo aprovechó para acercarse a ella, la agarró por el pelo y tiró de él con fuerza hacia atrás.

—¿Puedes romper la cadena del pie? —le gritó a Aland.

Aland no comprendía muy bien a que venía aquella pregunta, pero obedeció con rapidez. Echó un rápido vistazo a la cadena y vio que estaba algo vieja, con un fuerte movimiento de espada logró romperla por el lado que estaba atado al tobillo, a Gladys sólo le quedó el grillete que tenía alrededor de su piel. Alistair despertó de su momento paralizador y corrió hacia ellos. Rod y Godwin intentaron distraerlo blandiendo sus espadas contra él, el vampiro trató de quitárselos de encima a golpes, pero la preocupación por su amante parecía haberlo debilitado un poco, o por lo menos mantenerlo lo suficiente despistado como para que ellos aguantaran y pudieran darles tiempo a sus compañeros.

—¡Alto! —Aland había puesto su espada sobre el cuello de Gladys mientras Seline la mantenía agarrada por el pelo, los últimos movimientos torpes del vampiro le habían hecho darse cuenta de lo importante que era para él, que Gladys no saliera herida—. Si te acercas le rajo el cuello.

Alistair se paró en seco, miró a Lucifer en busca de ayuda, pero este parecía no querer mover ni un dedo en cuanto ayudar a Gladys.

—A la mierda con que se entere la gente —les dijo tensando el cuerpo.

—¡Fuego! —Un grito en el exterior hizo que la acción en la sala se parara.

En unos segundos la sala contigua se llenó de gritos, escucharon abrirse las puertas de la sala contigua y después, el sonido de los invitados corriendo por el pasillo. No tardó mucho en llegar hasta allí el olor a humo.

—Espero que arda todo el castillo —dijo Aland, ahora era él quien le dirigía una sonrisa mordaz al vampiro—, me temo que, sin esta propiedad, sólo eres un monstruo sin valor.

Alistair gruñó, pero la amenaza de la espada rozando el cuello de Gladys le hizo no moverse.

—Nos la llevamos —susurró Seline a Aland.

Se movieron hacia la puerta que quedaba contigua al salón.

—Si te mueves, aunque sea un poco, le rajo el cuello —amenazó Aland al vampiro.

Gladys gruñía con los dientes apretados, pero el miedo al filo acero de la espada en su cuello le hizo resignarse y seguirles el paso. Por la puerta salieron primero Rod Y Godwin, Aland y Seline arrastraron después a Gladys, mezclándose entre la multitud que aún quedaba en la sala huyendo del lugar.

Alistair se volvió hacia el Gato cuando se encontraron solos y lo recriminó por no haber movido ni un dedo.

—Yo sólo me ocupo de salvar mi culo no el de tu fulana —le contestó Lucifer quien se sacudía el polvo de la ropa causado por su refriega con Aland.

Alistair era demasiado rápido incluso para el Gato, que no pudo esquivarlo cuando corrió hacia él y le propinó una patada estampándolo contra la pared. Fue un golpe seco que hizo perder el conocimiento a Lucifer.

Dejó tirado a Lucifer en el suelo y salió de la habitación maldiciéndose por haber convertido en vampiro a Gladys antes de tiempo. Eso lo había llevado a tener que ocuparse de ella y dejar de vigilar a aquellos idiotas, dándoles tiempo para obtener un plan. Los había subestimado, y ahora tenían a su amante y su castillo ardía en llamas. Se desnudó, y se encogió hasta quedar a cuatro patas y entonces se transformó en lobo. Con la agilidad que ganaba de aquella forma, corrió por las habitaciones del castillo para averiguar hasta donde había llegado el fuego. Para su irritación se había extendido demasiado y tenía la opción de intentar apagarlo y no perder así todo el castillo, lo que supondría la pérdida de su oro y todas sus pertenencias, o seguirlos para salvar a Gladys.

Cuando llegaron al patio, algunos de los carruajes ya marchaban lejos de allí y los invitados que aún quedaban, corrían a alcanzar sus vehículos para escapar hacia sus casas. Se giraron hacia atrás para echar una ojeada al castillo. De los muros de la parte izquierda el fuego parecía llegar ya a varias habitaciones, y el oscuro humo cubría aquel cielo que aquella noche había aparecido despejado.

William los esperaba junto a los caballos en la puerta principal.

—Lo has hecho muy bien —le dijo Aland cuando se puso frente a él.

William, se quedó en silencio, en ese momento no podía apartar la vista de Gladys, algo asustado al descubrirla convertida en vampiro y sorprendido por la imagen de Seline agarrándola por el pelo. Había enredado el largo cabello alrededor de su mano, mientras Aland blandía la espada sobre su cuello.

William era quien se había ocupado de prender fuego al castillo, y quien había gritado para poner en alerta a los invitados de la fiesta y que pudieran ponerse a salvo con tiempo.

—¿Hemos traído cuerdas? —preguntó Seline—, sino atamos a Gladys va a ser complicado subirla al caballo.

—Sí que tenemos —respondió Godwin tras lo que, introduciendo su mano en su bolsa, sacó la cuerda y se la lanzó a Aland que la agarró con la mano que tenía libre—, por suerte soy un tipo muy previsor.

Aland apretó más su espada sobre el cuello de Gladys para que Seline la pudiera soltar, le pasó la cuerda, agarró las manos de la vampira y las ató con fuerza a su espalda. Hacer nudos era algo que también había aprendido en sus viajes.

Gladys ni siquiera intentó impedirlo, miraba hacia el castillo como un perro lastimado esperando a que su dueño viniera a salvarlo.

—William, sube a tu caballo y marcha a la iglesia ya —dijo Aland—, nosotros esperamos aquí hasta que estés a salvo.

William obedeció, montó en su caballo y marchó de allí junto a los últimos visitantes que se alejaban, sintiéndose algo inútil por no poder hacer nada más, pero sabía que su poca experiencia en la batalla sólo sería un estorbo. Apenas había observado a Alistair Bentinck en la fiesta, pero sabía que aquella versión del vampiro ya no era nadie a quien pudiera engañar lanzándole piedras.

Cuando todo el mundo ya se había alejado, Aland agarró a Gladys por el brazo y la empujó cerca de su caballo, después la levantó y la colocó boca abajo sobre el lomo de Hércules, y luego él montó en la silla. Los demás también montaron en sus caballos.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó a Godwin y después señaló a Gladys—, con ella han cambiado las cosas.

—Creo que la zona junto al río será más segura, ya lo fue la otra vez —respondió Seline.

—Pues al río, ¡pero pongámonos en marcha ya! —ordenó Aland, a quien acababa de erizarse la piel al escuchar tras los muros del castillo, un aullido ensordecedor.

El bosque estaba sumido por un silencio sepulcral, sólo roto por el ruido de los cascos de caballos y el crujido de las hojas caídas de otoño al pasar sobre ellas. Más allá del sonido de la propia respiración acelerada, no se oía nada más. Ni el canto de un grillo, ni el suave ulular de un búho, nada. Ni el viento parecía querer pasar por allí y si algún animal había quedado rezagado, corría en dirección contraria en cuanto los veía. El terror se había apoderado de aquel lugar.

El corazón le palpitaba con tanta fuerza a Seline, que sentía arder el pecho y a su vez el pulso parecía querer salir de sus muñecas. Seline echó la vista atrás mientras agarraba con fuerza la brida de su caballo. Y lo vio a los lejos, aquellos ojos rojos sobresaliendo en la oscuridad. La figura de un lobo corría detrás de ellos y cada vez, la distancia era más corta, no fue muy difícil suponer que aquel lobo era el vampiro.

—¡Hay que apretar el paso, el vampiro ha cambiado de forma y nos sigue de cerca! —exclamó Seline para que se apresuraran.

Hicieron que sus caballos galoparan con más fuerza, lo que le produjo a Gladys, que iba todavía tumbada boca abajo sobre hércules, fuertes y dolorosas sacudidas sobre su cuerpo, miró suplicante hacia el fondo del bosque, en búsqueda de aquel que los había alentado a multiplicar el paso. Encontró a lo lejos la mirada de su amo y amante, quien ahora había tomado otra forma. Pese a que todavía estaba lejos, pudo hacer contacto con ella. Gladys sintió aquella mirada frente a su rostro y la voz de Alistair susurrándole al oído, «Haz que paren», decía. Sólo se le ocurrió una cosa. En la posición que se encontraba, con las manos atadas a su espalda no podía moverse, pero aquellos estúpidos habían dejado libre su arma más mortal. Tras su amplia boca hizo aparecer sus punzantes col-millos, que dejó caer con fuerza sobre el lomo del caballo hasta hacerlo sangrar.

Hércules relinchó mucho más por el miedo, que por el dolor, y se desbocó hacia atrás. Aland, que estaba demasiado absorto en llegar hasta el río antes de ser alcanzados, no había visto venir la mala jugada que le había hecho Gladys. Fue lo suficientemente rápido para agarrarse con fuerza y no dejar que el caballo lo tirara al suelo, pero no pudo evitar que Gladys se cayera. Aland estaba maniobrando con firmeza a su caballo para que se tranquilizara, pero cuando la vampira se encontró en el suelo arrastró su cuerpo hacia las patas del caballo y mordió sobre una de ellas. Hércules se desbocó de nuevo, y esta vez Aland no pudo mantenerse sobre él, logró girar su cuerpo para caer boca abajo, en una posición en la que no se hiciera demasiado daño. Para cuando intentó ponerse en pie, Hércules ya había huido velozmente.

—¡Aland! —gritó Seline quien, al ir galopando tras él, ya había hecho parar a Meg en cuanto lo vio desbocarse en un primer instante.

Godwin y Rod quienes iban por delante, frenaron sus caballos cuando vieron a Hércules adelantarlos sin nadie quien lo montara, se giraron y vieron a Aland levantándose con dificultad del suelo, y a Gladys, quien había logrado ponerse en pie, intentando huir en dirección del lobo; pero Seline, quien había desmontado a su yegua, se abalanzó sobre ella y le golpeó con fuerza en la cara, haciendo que la vampira perdiera el conocimiento y cayera al suelo.

Todos miraron hacia el fondo del camino, el vampiro estaba cada vez más cerca.

El crujido de la madera ardiendo y el olor a humo le hizo volver en sí. Abrió los ojos, aún dolorido por el golpe contra la dura pared, pero no tenía tiempo de pensar demasiado, el fuego había llegado hasta aquella sala, y si no salía de allí rápidamente acabaría muerto para siempre. Por el nivel que había alcanzado el fuego, optó por tomar su apariencia real de gato. De esta forma no sólo sería más ligero, sino que podría escabullirse por los rincones más seguros libres de las llamas. Por la puerta que daba al pasillo era imposible salir, el fuego había llegado hasta una de las estanterías cercanas que ahora estaba tirada en el suelo impidiendo la salida, así que corrió hacia la puerta que daba al salón, donde el fuego aún apenas había llegado. Una vez dentro del salón se dirigió hacia la puerta principal para acceder al pasillo, pero se encontró con este completamente en llamas. Notó enseguida con su olfato gatuno, un fuerte olor a alcohol y tuvo la impresión que habían rociado el castillo con ello para que las llamas pudieran extenderse... Aquellos humanos habían sido más inteligentes de lo que le gustaba reconocer. Miró hacia un lado y al otro, apremiándose por encontrar una salida, sólo se le ocurrió una cosa, entre pequeños saltos esquivando el fuego logró llegar hasta la barandilla de la escalera, donde todavía había algún lugar donde apoyarse, miró hacia abajo y pudo ver que la puerta de la torre estaba abierta y que los escalones más bajos estaban libres del fuego, eso le suponía dar un gran salto, pero era un gato, y además un vampiro, así que tenía que resultarle fácil. En apenas unos segundos se encontró al fin libre en el patio del castillo.

Miró horrorizado el imponente edificio, se estaba quemando todo, así que estaba a punto de perder su casa. Se preguntó qué haría Alistair a partir de ahora si lograba zafarse de aquellos humanos, lo cual comenzaba a poner en duda. Pensó en la probabilidad de largarse de allí y encontrar otro camino para sí... Pero la venganza le podía demasiado, no tenía intención de ayudar a ese vampiro, le importaba una mierda lo que le pasará a él y a su fulana, pero tenía sed de sangre. Así que utilizó de nuevo su olfato de gato para seguirles el rastro y corrió a buscarlos.

William se encontraba sobre la explanada cercana a la iglesia, donde podía divisar no muy lejos la granja, que ahora allí en la oscuridad sin atisbo de luz, y sabiendo que sus amigos estaban en peligro se le hacía triste y desolada. Pero mucho más imponente era ver a lo lejos la figura del castillo rodeado de fuego. Era estremecedor y sentía como el miedo le erizaba la piel de los brazos. Y no era sólo por la contemplación de las llamas engullendo los muros del castillo hasta hacerlos caer. La torre del águila y los muros colindantes, se estaban cayendo como si quisieran hacerle la competencia a las torres principales que se habían ido derrumbando por el paso de los años. Y el cielo había cambiado desde el negro de la noche al rojo de la sangre, en aquel lugar ni siquiera el color del fuego mantenía su color habitual. Era aquello lo que le causaba tanto pavor, lo que aquellas bestias significaban, y todo aquello del más allá que no debería existir y sin embargo lo hacía. Se había refugiado en la iglesia, sin saber muy bien cuál era su misión allí y como podía ayudar, y ahora con aquella imagen frente a él, sólo tenía ganas de volver a casa.

Se giró cuando oyó pasos que se acercaban, el Padre Philip venía hacia él junto a Moon, que por ser más ágil llegó antes al lado de William. Le acarició el hocico blanco cuando la tuvo bajo sus pies.

—Esta vez tienes que quedarte aquí —le dijo cuando vio que gimoteaba y lo miraba con ojos tristes—, Moon, ya viste lo peligroso que fue la última vez, ahora la mejor manera de ayudarlos es confiar en ellos.

Moon resopló con un movimiento de cabeza en forma de queja que William palió levantando un dedo sobre sus ojos en forma de orden. Entonces Moon se tumbó sobre la tierra acompañada de un gemido y se quedó mirando hacia el castillo con resignación.

—Que espantoso —dijo el Padre Philip cuando ya se encontraba al lado de William y miró hacia el castillo—, ¿y si el fuego se expande y llega hasta Servury?

—No lo creo... —le calmó William—, el lugar está rodeado de tierra.

—Eso espero —dijo agarrando con fuerza la cruz que llevaba sobre su cuello—, que Dios nos ampare. Me he cruzado con el alcalde Robert al llegar al pueblo, con tanta gente no lo había visto en la fiesta, además yo... me fui antes. Dice que, pese a que deberíamos ayudar a controlar el fuego del castillo, no quiere enviar a nadie, que de repente ese lugar le aterriza, y no sólo porque esté ardiendo... es algo extraño, pero lo entiendo. Quizás el alcalde de la ciudad envíe a sus hombres para ayudar.

—Es probable que el alcalde de la ciudad se sienta igual que Robert. Igual que se siente usted padre, aunque no me lo diga. Creo que comenzó a notarlo cuando Aland y Seline lo encontraron en aquella sala.

—Yo... eso que viste en aquella sala... —El cura bajó la mirada, aun apretando su cruz—. Hubo algo más fuerte que yo, creo que había algo, pero aun así siento que no tengo excusa.

—Padre Philip, me temo que algo ha estado manipulado a este pueblo, algo que había olvidado, o, mejor dicho, alguien. Y ese alguien sabe muy bien sacar los instintos de otros a relucir.

—¿El vampiro verdad? —preguntó soltando un suspiro—. No sé cómo he llegado a olvidarlo, pese a lo bien que sabía que podía ocurrir esto. Siempre pensé que se trataba de cuentos, pero aun así conocía sobre esas historias y lo que llamaba mi atención y recordaba perfectamente de aquellos relatos, era el poder que tenían algunas de estas bestias para manipular a los humanos. Y era lo que más temí cuando supe que existía y estaba rondando Servury. Y yo mismo he caído en ello. Y siendo honesto también he notado actuaciones extrañas entre nuestros hermanos...

—En general, me temo que todo el pueblo ha estado extraño y olvidadizo.

—Pero hasta yo había olvidado al vampiro, y eso no debería haber ocurrido. Si alguien tiene que dar ejemplo y ser fuerte ese soy yo, el que está al mando de la iglesia y debe cuidar de los demás. Y parece que ni siquiera lo hubiera recordado sino fuera por el fuego.

—Parece que el influjo se rompió al arder el castillo, no lo hicimos por eso, pues pensábamos que mientras el vampiro estuviera vivo nadie parecería recordarlo. Sólo queríamos estropear sus planes de grandeza... antes de matarlo.

—¿Vosotros habéis prendido fuego al Castillo? —preguntó el cura sorprendido.

—Sí, exactamente lo hice yo, ese era mi cometido en el plan, pero era necesario Padre.

—Entiendo... sólo espero que no se extienda.

Un silencioso rayo de luz en la lejanía les llamó la atención.

—Parece que Dios ha escuchado sus plegarias y hoy lloverá, aunque todavía tardará un poco.

Ambos, junto con Moon, se quedaron desde la colina mirando el fuego devorar al castillo.

Todos habían dejado ir a sus caballos con la esperanza de reencontrarlos después, ya que Aland había perdido a Hércules, y con lo cerca que se encontraba el vampiro, era inútil seguir cabalgando.

Mientras Seline se había acercado a Aland para asegurarse que se encontraba bien, Godwin y Rod habían impedido que Gladys corriera hacia el vampiro cuando tras despertarse del golpe que le había dejado cao intentaba huir de nuevo. Por fortuna, mantener las manos atadas a la espalda le había dificultado levantarse con rapidez. Utilizaron la misma maniobra que habían hecho antes en cuando el vampiro en su forma de lobo ya los había alcanzado y estaba a sólo unos metros de distancia. Godwin sacó su espada y amenazó con ella a Gladys.

No estaban demasiado lejos del río y lo podían divisar a algunos metros de allí, sólo había que

correr un poco entre los árboles y después bajar la pequeña pendiente que los dejaría en una zona algo más abierta. Pero se encontraban con la dificultad, que debían caminar arrastrando a Gladys mientras mantenía los ojos bien abiertos para que el vampiro no les cogiera desprevenidos.

—No tenemos otra opción—dijo Aland mientras miraba a aquel imponente lobo de pelaje gris oscuro, que viéndose próximo a ellos había comenzado a acercarse lentamente—, no es sólo por el río, aquí es demasiado estrecho, si peleamos entre los árboles él tendrá ventaja. ¿Godwin, puedes pasarme la bolsa?

Godwin utilizó la mano desocupada para lanzarle la bolsa a Aland.

—A la de tres vosotros dos corréis hacia el río con Gladys—susurró Aland y luego se dirigió a Seline—, nosotros también correremos, pero primero debemos entretenerlo. ¿Puedes correr de espaldas y lanzar flechas a la vez?

—Sí...—contestó ella sin apartar la vista del lobo y con su arco en posición para lanzar—, pero será difícil acertar así...

—No es necesario hacerlo, se trata de retrasarlo para que podamos cambiar de lugar, vamos...—le contestó mientras hurgaba en la bolsa y sacaba lo que buscaba, no había mucho, pero... les daría tiempo a llegar al río—. Uno... dos... ¡tres!

Rod agarró a Gladys bajo el pecho y la aupó para poder arrastrarla hacia el río con más facilidad mientras Godwin corría a su lado sin apartar la espada de ella. Seline era rápida llevando su mano hacia las flechas, y tal como le había pedido Aland, las lanzaba cerca del lobo para hacerlo retroceder. Aland corrió junto a Seline, y sólo cuando vio que el lobo corría hacia ellos, le lanzó una de las pequeñas botellas de cristal que llevaba en la mano con agua bendita.

Alistair en su forma de lobo retrocedió cuando la botella se rompió y el agua bendita le salpicó. Unas pequeñas gotas llegaron hasta él y algo de humo salió de su pelaje. Decidió quedarse quieto y dejarlos ir. Había adivinado lo que pretendían. Querían acercarse al río porque la vez anterior habían salidos ilesos cuando él había caído allí. Pero no sabían que ahora era diferente y no le temía al río, la única manera de que eso pudiera dañarle, sería si se mantuviera durante mucho tiempo emergido en el agua, pero ahora era más fuerte que antes y no podrían hacerle caer en la misma trampa.

Esperó unos minutos, y los dejó llegar al lugar. Después se puso de nuevo en marcha y corrió hacia ellos. Había llegado el momento de dejar los juegos, tenían a Gladys, habían destruido el castillo y con ello su tapadera de Alistair Bentinck; lo único que le quedaba era destrozarlos.

19

Tras las hojas de las altas hayas se vislumbraba la luna llena. Aquellos árboles que durante el día le producían sentimiento de paz, ahora, con el hueco que dejaban sus hojas caídas entre las sombras de la oscura noche, le daba a aquel lugar, un aire aterrador. La temperatura había caído y el vaho salía de sus bocas, por lo menos eso era señal que aún seguían vivos. Frente a ellos, tenían al vampiro en su apariencia de lobo, observándolos de cerca, pero aún no parecía querer atacar.

Seline se giró para mirar a Aland a su lado, con los brazos del uno y el otro rozándose, como una manera de recordarse que se cuidaban las espaldas. Él la miró cuando se vio observado y tras aquellos ojos azules que tenían una mezcla de preocupación y tristeza, le regaló una sonrisa. Fue entonces, en aquellos momentos en que sus vidas estaban en juego cuando Seline se permitió ser sincera consigo misma. A pesar del momento, su mente no pudo evitar recordar. No había logrado comprender sus propios sentimientos porque nunca se había sentido así y tampoco esperaba ya hacerlo. Sólo se había sentido cómoda en un lugar, en el que pasó más tiempo de lo normal, y aun así decidió irse cuando Bhuza le pidió que se quedara con él para siempre.

—Lo siento... —Recordaba que le había dicho—. Sabes que me gustas, eres un gran amante, y adoro todo el tiempo que paso contigo, Bhuza. Pero no estoy enamorada, y no me parece justo para ti que me quede. Te mereces encontrar a alguien que te quiera de verdad, si me voy te facilito esa posibilidad.

Había agarrado aquella mano de color tostado y se la había llevado a los labios para besarla, después la dejó ir y se fue de allí con el recuerdo del brillo de aquellos ojos mezcla de color miel, mezcla de tierra, que le miraban con comprensión, pero no podían evitar el dolor que le producía aquella marcha.

Había sido difícil para ella porque se sentía cómoda en África, pero continuó sus aventuras sin ningún interés de mantener relaciones serias. No fue así con su viejo amigo Tim, y tampoco lo fue con Guillaume. Sin embargo, con Aland deseaba agarrarlo del brazo y no soltarlo jamás. Quizás había escogido el peor momento para darse cuenta de ello, pero aquello le dotaba de más fuerza para no permitir que aquel vampiro se saliera con la suya.

Aquel no muerto convertido en lobo parecía poder respirar, de su hocico salía también el fino vaho que se dirigió hacia el cielo nocturno donde nuevamente un rayo de luz apareció, del cual unos segundos después, se escuchó el trueno. Ahora sí, la lluvia estaba por llegar.

Ese lobo, que era más grande de lo habitual que un animal de verdad, parecía sonreírles. Incluso con aquel aspecto de bestia todavía los miraba burlándose de ellos. Caminó unos pasos hacia delante y luego volvió a quedarse quieto.

—Sé lo que pretendéis con este lugar, pero no os va a funcionar —habló con una voz más fuerte de lo habitual, pero lo que resultaba aterrador no era su tono, sino que como lobo también pudiera hablar—, no es tan fácil, no vais a ganarme simplemente porque me moje un poco las patas. Soy mucho más fuerte que la primera vez que nos encontramos, y pese a ello, si os hubierais quedados quietos y aceptado que no podéis ganarme, quizás os hubiera dejado vivos con tal de que no estorbarais.

—¿Y dejar que mates cuando quieras? —le recriminó Aland.

—Hubiera sido bastante cuidadoso, como ya lo era... Me complacía más la idea de tener bajo

mi yugo a toda esta parte del condado que ser un objetivo de caza para los humanos.

—Eres idiota si pensabas que te dejaríamos hacer algo así...

—Eso ya no importa —replicó Alistair, sus ojos de lobos habían cobrado un rojo más intenso—, no sólo amenazáis a mi amante, sino que además habéis quemado mi castillo, todo lo que tenía estaba allí dentro, no me queda otra que mataros y buscar otro lugar, otro nombre, otra vida... Para ser humanos me habéis dado mucho trabajo. La próxima vez estaré más despierto, no quiero encontrarme otros idiotas como vosotros. Ahora si me permitís... me gustaría recuperar a mi mujer.

—¿Mujer? —preguntó sorprendida Seline—, no estáis casados aún, y tampoco creo que podáis hacerlo, eso es un acto sagrado.

—Por supuesto que no, eso os lo he dejado a vosotros, espero que hayáis disfrutado algo, ahora ya no tendréis tiempo. Mi unión fue mucho más divertida, yo le daba duro a Gladys mientras la convertía en vampiro. Desde entonces es oficialmente mi compañera para toda la eternidad.

—¿Está hablando de fornicar? —preguntó Rod, quien completamente asombrado y agradecido por lo que suponía ese descubrimiento, agarró a Gladys por el pelo y tiró con fuerza hacia atrás—. Vaya... esta parte de la historia la desconocía, sabía que la utilizabas, pero no que fornicabas con ella. Ahora entiendo la idea de por qué a Seline se le ocurrió que nos la lleváramos. Y empiezo a pensar que el vampiro Alistair Bentinck está enamorado de esta zorra vampira. —Rod sonrió con sarcasmo mientras azuzaba más del pelo a Gladys.

Godwin estaba a su lado asegurando que Gladys no se escapara, parecía maldecir por lo bajo a Rod. No era buena idea cabrear al vampiro más, la idea era mantener la ventaja asustándole con aquello que podía perder. Lo cierto es que él también desconocía aquel detalle, nadie lo había mencionado. Pensaba que Gladys era su excusa para colarse entre los humanos.

El vampiro ni siquiera se había molestado en responder a Rod, le había lanzado una mirada de odio y se había puesto en posición de ataque.

Antes de que el lobo hiciera ningún movimiento, un ruido capturó la atención de todos, un crujido de ramas en el interior del bosque... una oscura sombra surgió entre los árboles lanzándose hacia ellos. Seline afortunadamente estaba totalmente en guardia y fue bastante rápida, pues aquella figura había saltado en dirección de Aland y aquello era algo que no iba a permitir. Ya tenía la flecha preparada antes de oír el crujido, la lanzó antes de ver que era y acertó. Una especie de bola gris emitió un gruñido y cayó no muy lejos de sus pies. Era el Gato quien allí estaba, ahora arrastrándose con una flecha clavada en su lomo, se acercaba al lugar dónde se encontraba el lobo.

—Sigues demostrándome que eres un inútil Lucifer... —habló Alistair, con un deje de asco al Gato que se arrastraba intentando alejarse de allí—, te lanzas como un rabioso sin pensar en lo que haces, te mereces estar muerto.

El cielo había esclarecido por la luz de la luna que pasaba sobre las nubes de tormenta. El ruido de los truenos se había multiplicado y ya había comenzado a llover. Esto produjo que el agua del río, que hasta ahora estaba tranquila, se moviera con más fuerza en dirección a la pequeña cascada que se encontraba más adelante, y que desde ahí hacía bajar al río hasta el interior del bosque.

Llovía con más de fuerza, las gotas de lluvia limpiaban la sangre que caía sobre el pelaje gris del gato, quien se convulsionaba, como un intento de deshacerse de la flecha que tenía clavada en su pequeño cuerpo. Aquellos ojos de lobos lo miraban con desdén, pero él, en realidad ella, la hembra que fue en un principio y la mujer que siempre había querido ser, no le estaba pidiendo

ninguna clemencia. Seguía sin importarle una mierda lo que a Alistair le pasara. Ahora, en aquellos segundos, sólo lograba pensar en aquel tiempo que disfrutó en brazos de su amo, las caricias de sus manos acariciando su pelo gris, y el recuerdo de su cuerpo caliente retozando sobre el suyo cuando al fin había cumplido su sueño interior de ser humana. Recordaría aquellos ojos de color miel deseándola con fuerza, pero creyendo que era otra. La venganza, el puro despecho la había hecho matarlo, y ahora se arrepentía de no haberse quedado allí con él, vivir una vida juntos o quizás haberlo hecho su compañero para la eternidad. La venganza era también, lo que la mantenía ahora allí tirada sobre la tierra que se estaba convirtiendo en fango. Alistair se acercó a ella con sus patas de lobo, sin ni siquiera volver a dirigirle la mirada, la pataleó con tanta fuerza que la envió de nuevo al interior del bosque. No podía apenas moverse, mantener la flecha en su cuerpo le impedía transformarse. Las copas de los árboles parecían paliar un poco las gotas de lluvia, pero en realidad, ya todo le daba igual, comenzaba a entender que ya no iba a ir a ninguna parte. Se quedó mirando hacia el cielo, donde entre las nubes, apareció la luna llena para reflejarse en sus amarillos ojos de gato, y después apareció aquella sombra...

—Veamos, por quién empiezo... —La potente voz de Alistair rompió el silencio que había dejado la salida del gato de escena—. Quizás por el capullo que ha llamado zorra a mi mujer.

El imponente lobo se lanzó hacia Godwin y Rod quienes tenían a Gladys, pero Rod fue rápido, tiró con fuerza del pelo de Gladys, y separándola de la espada de Godwin la arrastró hacia atrás, justo hasta el borde del río. Y el lobo volvió a frenarse.

—Puede que no podamos usar el río contra ti —amenazó Rod—, pero me pregunto cuanto aguantará ella.

La empujó al río y Gladys cayó sobre las aguas... Mantener las manos atadas a la espalda impedían a Gladys levantarse, pese que a diferencia de Alistair a ella no le salía humo del cuerpo. El lobo gruñó y cambió su dirección hacia la derecha allí donde el agua arrastraba a su amante, quien al chocar con las rocas que había dentro, pareció perder el conocimiento. Si dejaba que la corriente la llevara hasta la cascada, el agua se la llevaría a otra parte, con un desenlace mortal para ella.

Aland se frotó con el dorso de su mano para limpiarse las gotas de agua que se deslizaban por su cara, y a la vez observaba a aquel lobo intentando salvar a su vampira. Sabía que el plan no había salido del todo como quería, pero todos habían sido conscientes de las probabilidades que tenían. Lo que realmente había deseado era pillar a Alistair desprevenido por el fuego para darle caza, pero la aparición de Gladys transformada en vampira había desbarajustado sus planes. Había sido una buena idea por parte de Seline utilizarla para mantener al vampiro a raya, pero en aquel momento observaba como aquellas garras de lobo no habían podido agarrar a Gladys y ésta se perdía río abajo para sumergirse en aguas más profundas. El lobo no la siguió, se quedó allí parado, había comenzado a salir algo de humo de sus patas, pero ni se inmutaba. Aland entendió entonces que el combate cuerpo a cuerpo estaba a punto de comenzar.

Seline parecía ser la única que no había perdido el tiempo quedándose observando, había tomado una de las botellas de cristal que Aland mantenía en sus manos, y tras abrirla la roció sobre la punta de las tres flechas que tenía preparadas. Mantuvo las tres flechas cerca de su arco, tensó una sobre la cuerda y se la lanzó al lobo en cuanto vio que se giraba hacia ellos.

Sus patas se hundían sobre la tierra salpicándose de fango, la fuerza era tan descomunal, que podía sentirse como el suelo temblaba. La flecha le rozó el lomo llegando hasta su pata, la sangre salpicó entre el humo producido por el agua bendita; el lobo gimió de dolor, pero no se detuvo. Saltó sobre Aland con la intención de tirarlo al suelo, pero éste aprovechó que el dolor parecía haberle hecho perder algo de fuerza por segundos y le pataleó el pecho; rozó su espada por la

misma herida que le había hecho Seline consiguiendo hacerle aullar de dolor y caer al suelo. Mientras Aland recuperaba la respiración y los demás se ponían en posición de ataque, el lobo se inclinó, pero no se puso en pie, sino que, para sorpresa de todos, volvió a tomar su forma humana.

Alistair, a diferencia del Gato, sus transformaciones las hacía desnudo. Ahora se encontraba allí con la lluvia limpiando la sangre de su cuerpo, y una quemadura desde la cintura hasta la rodilla derecha. Se puso en pie con algo de dificultad, dejando su tonificado y portentoso cuerpo a la vista de todos.

—Vaya... entiendo porque Gladys se dejó convencer —dijo Seline casi en susurro sólo para los oídos de Aland, al ver el protuberante miembro de Alistair —, en ese aspecto ha sido una chica afortunada.

—Seline... no es el momento... —carraspeó Aland en forma de queja mientras mantenía su espada apuntando en dirección al vampiro.

—Oh, pero no te lo tomes como algo personal, tú también estás bien dotado, y yo también he sido una chica afortunada esta noche.

—Seline... —suspiró Aland sonrojándose un poco—, en serio... tenemos un vampiro delante que intenta matarnos.

—Bueno Aland. —Seline apretó con fuerza la flecha que tenía preparada—. Si voy a morir, quiero que recuerdes la parte burlona de mí que tanto te encanta.

—En realidad si me encanta —musitó Aland regalándole una pequeña sonrisa, para sorpresa de Seline.

—Se acabó, estoy harto.... —Alistair sabía que como lobo era más fuerte, pero con forma humana siempre había sido mucho más rápido en las distancias cortas y para su sorpresa, aquella lucha estaba durando demasiado. Y ella... su Gladys...

Los observó, con la esperanza de ser la última vez que lo hiciera, con aquellos penetrantes ojos, que había perdido su color azul original por un radiante rojo que resaltaba en la penumbra de la oscuridad de la noche.

Lo hizo, se movió demasiado rápido para ellos. Su silueta se desvaneció en segundo bajo la lluvia que había ido en aumento. La tierra se había levantado salpicándoles con tanta fuerza, que les hizo perder reflejos. Seline había lanzado la flecha que tenía preparada a ciegas, pero se perdió estrellándose contra un árbol. Cuando pudieron volver a ver con claridad, el vampiro estaba sobre el cuello de Rod, clavando los colmillos en su cuello.

—¡Rod!

Godwin corrió en ayuda de su compañero, la suela de sus zapatos resbaló al pisar la hierba mojada, y mientras perdía el equilibrio el vampiro lo golpeó con un veloz movimiento de su brazo, haciendo que cayera al suelo, con sus dientes aún sobre Rod, que trataba de quitárselo de encima sin suerte; temblando, y apretando los dientes porque su orgullo le impedía gritar. Entonces Aland se abalanzó sobre el vampiro, pero este se lo quitó de encima como si fuera una mosca, beber la sangre de Rod le estaba dando más fuerza. Seline lanzó la última flecha que le quedaba rociada de agua bendita que silbó en dirección a la cabeza de Alistair, pero esta vez ni le rozó. La atrapó con una mano mientras con la otra aún agarraba a Rod, quien había dejado de resistirse.

—No puedes intentar derrotarme dos veces de la misma forma —había dejado de morder el cuello de Rod y ahora la miraba furioso.

Y entonces la expresión del vampiro cambió. Tenía los ojos bien abiertos mostrando incredulidad y horror.

Alistair miró a Rod, quien, a pesar de estar medio muerto, ahora era él quien lo miraba con

sonrisa una maliciosa... vio lo que había en su cuerpo y lo soltó dejándolo caer al suelo. Aquel idiota... lo había cogido totalmente por sorpresa y le había clavado una estaca bajo el pecho, muy cerca del corazón.

—¡No hay tiempo que perder! —les gritó Aland quien destapó la última botella que tenía de agua bendita y la lanzó al vampiro.

El agua cayó sobre la espalda mojada de Alistair, quien gruñó al sentir la quemadura que esta le hacía, pero no se movió, seguía allí incrédulo, mirándola la estaca clavada y a ese estúpido que le miraba desde el suelo sonriendo. Ni siquiera intentó sacarla; Godwin aprovechó el momento, se levantó del suelo, se lanzó sobre el vampiro y lo empujó con todas sus fuerzas enviándolo directo al agua.

La fuerza del río arrastró el cuerpo desnudo de Alistair, esperaron allí de pie a que contratacara, pero Alistair no se movió, podría haberse sacado la estaca del cuerpo, estaba claro que no había sido mortal, pero dejó que el agua lo llevara en dirección hacia donde su amada había desaparecido.

Ya no se sentía Alistair Bentinck, en aquel momento podía ser de nuevo Esteban Vadas. Cuando aquel idiota humano le clavó la estaca, se dijo a si mismo que ya no valía la pena continuar. Si se lo había puesto tan fácil a los humanos, que incluso le habían hecho perder todo, y con ello, lo único que había amado en su vida, Gladys... Entonces había llegado el momento de morir. Quizás el agua lo llevara junto al cuerpo de su amada. Se dejó hundir, con el paso de los minutos su cuerpo comenzaría a quemarse y desaparecería evaporado.

Cuando observaron que el cuerpo del vampiro desaparecía bajo la cascada y vieron el humo blanco subir hasta el cielo, comprendieron que Alistair no iba a volver a aparecer. Entonces se giraron hacia Rod que todavía estaba vivo en el suelo empapándose bajo la lluvia y hundido en el barro en que se había convertido la tierra.

—Rod... —musitó Godwin cuando se arrodilló cerca de él, poco después estaban a su lado también Aland y Seline.

—Está bien Godwin... —Hablaba con dificultad y le salía sangre por la boca, pero aun así sonreía—. Ese vampiro me ha jodido, y yo le he jodido a él.

—Lo siento Rod... —Aland se mantenía de pie, disculpándose por haber perdido a otro de sus hombres. Sabía que el vampiro le había chupado mucha sangre y era un milagro que todavía hablara.

—Estoy en paz Aland... he cumplido el único objetivo que he tenido en mucho tiempo... —Hizo una pequeña pausa para toser y prosiguió—. Lo cierto es que no tengo a nadie que me espere en Bluecastle, pero aun así me gustaría que llevarais mi cuerpo y me enterréis allí.

—Serás recordado como todo un héroe en tu casa —le dijo Seline que se había arrodillado cerca y le acariciaba un hombro en forma de consuelo.

Rod le sonrió como respuesta, luego cerró los ojos y su corazón dejó de palpar.

—Vaya mierda —exclamó Godwin frotándose los ojos y poniéndose de pie.

—Llevaremos su cuerpo a Bluecastle como ha pedido, pero... ¿no se convertirá en vampiro como hizo Alton? —preguntó Aland limpiándose el agua de la cara que por suerte empezó a amainar.

—No lo creo —respondió Seline poniéndose en pie y acercándose a él—, por lo que sabemos la transformación se hace bebiendo sangre de otro vampiro, y eso no ha pasado.

—Pero a Alton le cortamos el cuello y lo descuartizamos, al propio Rod le tocó hacerlo... —recordó Godwin.

—Entonces nos cogió por sorpresa y no sabíamos que hacer —respondió Seline—, además es

obvio que lo convirtieron en vampiro. Ese Gato sino me equivoco, recordar que la última pista que tuvimos de Alton fue que lo habían visto desaparecer con una mujer... Pero a Rod os lo podéis llevar a casa.

—Aun así... —musitó Aland—, habría que vigilarlo.

—Aland... en la bolsa que llevas atada a tu cinturón debe a ver una cruz, dámela por favor —le pidió Seline.

Aland lo hizo y sacó la cruz que efectivamente había dentro. Se la pasó a Seline quien la puso sobre el pecho de Rod.

—Ahora cogedlo como podáis —pidió Seline—, si se despertara, que lo dudo, yo vigilo, a no ser que necesitéis mi ayuda para transportarlo. De todas formas, la cruz en su pecho lo frenaría si eso pasara. Ahora deberíamos ponernos en marcha, estamos empapados, si continuamos así al final acabaremos enfermos.

Aland asintió, y tal como pidió Seline, entre él y Godwin cogieron a Rod, uno por las piernas, el otro por los brazos, y salieron del bosque mientras Seline vigilaba. Fue una ardua tarea, Rod era grande y al estar muerto era el doble de pesado, pero ni Aland ni Godwin dijeron nada, ni pidieron ayuda a Seline, llevar el cuerpo de Rod era una manera de librarse de la culpa de no haber podido ayudarlo.

20

Habían cubierto con mantas la mesa de la cocina y después dejaron el cuerpo inerte de Rod sobre ella. Mantuvieron la cruz sobre su pecho, y colocaron las otras cruces de las que disponían cerca. Después de secarse y cambiarse de ropa lo velaron sentados en silencio alrededor de la mesa. Habían decidido también vigilarlo durante toda la noche para no llevarse ninguna sorpresa, aunque Seline estaba segura que Rod no se despertaría convertido en vampiro.

William también estaba allí. Llegó a la casa de la granja poco después de que ellos lo hicieran. Había estado observando desde el campanario de la Iglesia, donde podía divisar la granja y los pudo ver caminando bajo la lluvia portando el cuerpo de Rod, William al verlo supuso que estaba herido, pero para nada esperó, cuando marchó hacia la casa y entró por la puerta, encontrárselo muerto. A él fue quien se le ocurrió buscar unas velas, logró encontrar un par bajo el mueble de la cocina, las colocó sobre un plato en la mesa y las encendió para velar a Rod.

—Gracias, William —dijo Aland que estaba sentado frente a él—, tú y Rod fuisteis los únicos que os quedasteis al saber que la bestia era un vampiro. Con todo lo que esto podía suponer —miró a Rod al decir esto último.

—Creo que cuando alguien acepta unirse a una expedición asume mantenerse en ella hasta que acabe, aunque eso pueda suponer algún peligro. No conocía mucho a Rod, pero está claro que era de los que acaban lo que empiezan —dijo William.

—Él era quien más ganas tenía de que nos enfrentáramos al vampiro de una vez —añadió Godwin—, a veces pecaba de imprudente, pero al final nos ha salvado la vida, y lo ha hecho cuando estaba a punto de morir. Porque... empezaba a tener mis dudas sobre poder derrotarlo.

—Aunque la flecha que le clavó no fue mortal, no parecía haberle llegado al corazón, pero aun así...

—El vampiro se rindió. —Seline acabó la frase de Aland—. Tu plan funcionó Aland, le quitamos su castillo, con eso perdía en cierta forma su identidad de Alistair Bentinck. Después está lo de Gladys... Esa estaca parece que lo que mató fue su orgullo, su identidad de ganador.

—Entonces... ¿seguro que está muerto? —preguntó William.

—Vimos aquel vapor salir del agua, como el que tú mismo viste aquella primera vez en el bosque. Además, si hubiese sobrevivido nos hubiera atacado en cuanto hubiésemos bajado la guardia —le contestó Aland.

—Entiendo... ¿y ahora cuál es el siguiente paso?

—En cuanto amanezca iré a buscar un carpintero para que tome las medidas de Rod y construya un ataúd para poder llevárnoslo a casa. Después de dar explicaciones al alcalde habrá que hacer una inspección al bosque, para encontrar el cuerpo del gato y asegurarnos de que ya no queda nada de los vampiros. Necesito que alguien vaya a buscar a los caballos... y quizás en un par de días podamos dejar Servury atrás.

—Yo iré a buscarlos —se ofreció Seline.

—Déjame que te acompañe —dijo William—, dado que son cuatro será más fácil si tienes ayuda.

Después de encontrar un carpintero, Aland lo dejó en la casa con la compañía de Godwin para

que pudiera tomar las medidas para el ataúd. Para entonces William y Seline ya habían salido a buscar los caballos. Se preguntaba si al final tendría un poco de tiempo a solas con Seline antes de despedirse y volver a Bluecastle.

Se había dirigido hacia el ayuntamiento para resumir de forma breve todo lo que había sucedido, al alcalde Robert. No valía la pena explicárselo al detalle, hacía tiempo que por estar bajo el influjo del vampiro no estaba por la labor. Además, de esta forma podía omitir el hecho de que lo había utilizado un poco para jugársela al vampiro.

—¡Qué cabeza la mía! ¡Qué cabeza la mía! ¿Cómo he podido olvidar algo así? —Se lamentaba el alcalde—. Es que ni si quiera recordaba el incidente de los animales muertos de la granja de Bates, ni el supuesto lobo que había acabado con ellos. Mi amigo, Aland, ¿qué clase de alcalde soy si no cuido como debería de mi pueblo? Alistair Bentinck, pero si era alguien a quien admirar...

—Por favor, Robert, no se castigue de esa forma. Es usted humano, como todos nosotros. Y Bentinck estaba más allá de nuestra comprensión. Se lo pido de nuevo, no se castigue, estuvo bajo el influjo del vampiro como todo el pueblo. Pero para eso estábamos mis hombres y yo en Servury, para acabar con él, y así ha sido. Bueno es lo que bien acaba.

—Pero la pobre Gladys... muerta... —Robert, que estaba sentado tras su mesa de despacho se llevó las manos pensando en lo ocurrido—. Y también me dice que ha perdido usted un hombre. Un buen hombre. Pude hablar un poco con él cuando vino al ayuntamiento a pedir información... lo lamento tanto... ojalá hubiese podido servir de ayuda.

—En cuanto a Rod, me temo que no tenía familia, pero haremos que se le recuerde como un héroe en nuestra ciudad. Sobre Gladys, en esta ocasión soy yo quien tiene que disculparse, no logramos salvarla, y a usted le toca dar la mala noticia a sus padres.

Gladys era otra información que había decidido junto a sus compañeros omitir. Para el pueblo de Servury era una buena chica, y era mejor que se la recordara como una víctima que el vampiro había utilizado para colarse dentro de la sociedad, y que había acabado muerta. Pero no necesitaban saber que había sido convertida en vampiro, ni que pudieran entrever la posibilidad de que ella había decidido por si misma ser parte de la vida de Bentinck.

—Debo pedirle un par de favores, Robert —pidió Aland, a lo que Robert afirmó con la cabeza —, la primera es que envíe a algunos de sus hombres a inspeccionar el bosque para encontrar las pruebas de las muertes de los vampiros. Entre ellos encontrarán a un gato muerto. Si la hacen ahora por el día, es más seguro, aunque creo que puedo asegurarle que ya no hay vampiros en Servury. Pero hoy preferiría hacerme a un lado para descansar un poco. Cualquier cosa ya sabe dónde encontrarme.

—Sin problema, enviaré ahora mismo a mi guardia. ¿Y el otro?

—Verás... el vampiro utilizó su manipulación para casarnos a Seline a mí. Me gustaría poder ver los papeles que firmamos. Supongo que los guardará usted.

—Oh sí que los tengo sí. Se que están por alguna parte, si me dejás unas horas enviaré a alguien para que se los lleve después a la granja. Además, haré que le llegue la información de lo que encuentren en el bosque. Así puede ir a descansar, lo veo completamente agotado. Siento que ese vampiro estropeará sus planes de boda, pero por lo menos usted y Seline estaban prometidos de verdad.

Bien, otra cosa más sobre la que no iba a dar más explicaciones. Podía decirle que no era verdad, pero ciertamente estaba cansado y no tenía ganas de contarle toda la historia a Robert. De todas formas, ellos no eran de allí, así que más daba lo que creyeran.

Aland dio las gracias y se fue del ayuntamiento directo a la casa.

Sólo estaba Godwin en la casa cuando Aland volvió. Había echado sobre el cuerpo de Rod una manta para ocultar su rostro. Según le dijo a Aland, aparte de serle doloroso verle, también lo había hecho por respeto. Ya lo habían velado y podía descansar en paz hasta que fuera enterrado.

—Está bien —le dijo—. Creo que ya podemos descansar tranquilamente un rato. Por cierto, ¿qué ha dicho el carpintero?

—Dice que se pondrá exclusivamente con el ataúd para tenerlo para esta noche. En cuanto ha ardidado ese castillo, todo el mundo en este pueblo parece a ver recordado los rumores sobre el vampiro. Cuando le he dicho como murió, no ha dudado ni un momento en darse prisa.

—Perfecto. Voy a descansar un poco.

—Aland... —Godwin lo paro antes de que entrara en su habitación—. ¿Has hablado algo con Seline?

—No, no hemos tenido apenas tiempo.

—¿Y qué vas hacer?

—Pues dejarla ir. Que siga haciendo su vida, lo que pretendía antes de encontrarse con nosotros. Pero ahora... no me apetece hablar, voy a descansar, y tú deberías hacer lo mismo.

Cuando Seline y William volvieron, Aland todavía estaba durmiendo. Habían encontrado a los caballos en perfecto estado. Tuvieron que buscarlos por el bosque, pero por suerte Hércules era un animal inteligente y parecía esperarlos cuando los había visto llegar; los demás caballos habían permanecido a su lado como si este fuera el jefe.

En la tarde, poco antes de la hora de cenar, Aland se encontraba fuera paseando a Moon y Sunny, sus pequeños amigos. William los había traído de la iglesia hacía sólo un rato. Estaba jugando con ellos cuando vio acercarse un joven, que reconoció de la guardia del alcalde.

—¡Señor de Sallow! —le saludó el joven que caminaba por el sendero de tierra.

Aland lo saludó alzando la mano.

—Señor de Sallow —repetió cuando ya estaba junto a él—, me envía el alcalde para darle la información que le había prometido. Esta mañana se ha explorado el bosque, y lo que se ha encontrado ha sido: un gato de color gris, muerto. El alcalde ha dado orden de incinerarlo. No se han encontrado resto ni de Alistair Bentinck ni de Gladys... Pero según el alcalde era algo que usted ya suponía.

—Bien, gracias. ¿No había alguna cosa más?

—Sí, sí —contestó sacando la bolsa de su espalda y sacando un rollo de pergamino—, esto es para usted.

—Gracias. Por cierto ¿le han dado ya la noticia a los padres de Gladys?

—Sí, lo han hecho... —El chico parecía triste, al fin de cuentas aquel pueblo era pequeño y todo el mundo debía conocerse—. Ya se lo podrá imaginar, ha sido un duro golpe para ellos. Creo que quieren irse del pueblo, hay más gente pensando lo mismo al averiguar que el prometido de Gladys era un vampiro... Si eso se convierte en algo común este pueblo que es tan pequeño, podría acabar desapareciendo.

Aland no dijo nada, se limitó a hacer un movimiento de cabeza en forma de entendimiento. El joven se despidió y se marchó de allí. Cuando se vio solo otra vez, abrió el pergamino que tenía en las manos para descubrir que todo parecía correcto.

—¿Escondes secretos?

Aland se giró al escuchar la voz de Seline que se acercaba a él. Se quedó pensativo sin decirle nada y ella señaló los papeles que tenía en la mano.

—Bueno...

Hizo una pausa, pero luego se dio cuenta que era una tontería alargar algo de lo que tendrían que hablar en algún momento.

—Este es el acta que firmamos cuando nos casamos. —Le dio el papel para que pudiera leerlo—. Como ves, los apellidos están bien escritos y todo parece correcto. Además de la firma de los testigos. Y está el hecho de que nos casaron delante del alcalde, eso le da validez jurídica.

—Ya veo, entonces... puedes probar a hacer lo que te dije. Lleva esto a Bluecastle, allí desconocerán que yo mentí sobre que estábamos prometidos. Sólo debes decir que fue una mala jugada del vampiro.

No pudieron seguir hablando, fueron interrumpidos por William quien acaba de salir de la casa.

—Aland, esta es última noche que duermo en la casa de la iglesia —les dijo—, recogeré mis cosas y mañana me marchó con vosotros.

—¿Has cambiado de idea sobre quedarte aquí? —preguntó Seline.

—Sí, no necesito quedarme en Servury para seguir una vida eclesiástica, y después de ver ese castillo arder... el vampiro, Rod... no me apetece quedarme aquí.

—Me alegro de oírlo —dijo Aland.

—Por cierto. —William tomó aire antes de hablar—. Veréis, estos días releendo los libros sobre las fábulas de vampiros, recuerdo que leí la razón por la que una corriente de agua abundante puede ser mortal para ellos. Sólo ocurre cuando están lejos de su casa, el lugar donde nacieron o quizás donde fueron convertidos. Esa teoría hace pensar que para Gladys... el río no debía ser mortal. Ella es de aquí, de Servury... No pretendo asustar a nadie, y mi intuición me dice que la caza efectivamente ha acabado, pero aun así sentía que debía contar este detalle.

—Ya veo...—Aland se rascó la barbilla algo nervioso, pero después de pensar recapacitó—. Gladys parecía un vampiro muy instintivo y poco lista. Si el río no hubiera acabado con ella, lo sabríamos. Sé que hemos acabado con esto, lo sé.

—Yo también lo siento así. —William dirigió su mirada a Seline, cómo si se diera cuenta de algo dijo—: Seline, casi olvidó que continuarás tu camino mañana, supongo que esto es una despedida.

—Sí, bueno, William, no lo hablemos ahora. ¿Mañana vale?

—Sí, claro —le dijo con una sonrisa, y después de acariciar a los perros se marchó hacia la iglesia.

—Bueno nosotros —Aland interrumpió el silencio que se había quedado—, debemos preparar a Rod, el carpintero está a punto de venir. Después cenaremos junto con Godwin en la posada.

Aland se dirigió hacia la puerta de la casa con Moon y Sunny correteando tras él.

—Sí... —dijo Seline, quien no parecía darse cuenta, que estaba arrugando el papel que tenía entre sus manos.

Cuando volvieron a la casa aquella noche, lo primero que se divisaba al entrar era el ataúd de Rod en el suelo algo alejado de la cocina, con una cruz sobre la tapa. No era agradable verlo allí, pero no habían querido que se lo moviera a otro lugar. A la mañana siguiente lo llevarían sobre la carreta de la que ya disponían, que sería llevada por el caballo de Rod.

Godwin se despidió de ellos enseguida para irse a dormir. Moon y Sunny que habían ido con ellos a cenar, lo siguieron a la habitación. Seline y Aland fueron hacia su habitación sin decirse nada. Ella pensaba que en algún momento habría que hablar, pero no sabía por dónde empezar, pero que él no dijera nada... empezaba a molestarle un poco. Se preguntaba si a la mañana

siguiente se dedicaría solo a despedirse. Después de todo, después de aquella noche... no debía ser así.

Se pusieron la ropa de cama, Aland se acostó primero y luego dio unas palmaditas sobre el colchón para invitarla a tumbarse a su lado. Seline obedeció dócilmente y se tumbó de espaldas, para que le abrazara por atrás, y tan cansados estaban que no tardaron en quedarse dormidos.

Pasada la media noche Seline se despertó alegremente con las manos de Aland sobre su cuerpo, y el roce de sus labios en su oreja. Notó como se levantaba su túnica antes de pegarse a ella, y después deslizó su mano para acariciarle los muslos. Seline levantó un poco la pierna como respuesta para que siguiera, esa noche llevaba la blusa, así que Aland sólo tuvo que levantar un poco la tela antes de entrar en ella. Le regaló suaves sacudidas mientras sentía el calor de su pecho en la espalda. Su aliento en su cuello, y el sonido de sus jadeos; le acariciaba el pecho y luego lo apretó con fuerza cuando los movimientos comenzaron a ser más rápidos. Y nuevamente aquel dulce calambre y ese suave sentimiento de calor dentro en su interior. Al acabar, Seline se tumbó de espaldas para poder besarle, él le respondió con un suave y lento beso, después Aland cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre su pelo y continuó durmiendo mientras la abrazaba.

Él tardó muy poco en dormir de nuevo profundamente, pero ella no podía. «Hasta aquí he llegado», pensó, y se dijo que no iba a esperar hasta que se hiciera de día. Se incorporó y tiró de la almohada que estaba bajo la cabeza de Aland, fue tan brusca que éste se incorporó de un salto asustado, cuando se giró con legañas en los ojos, antes de que pudiera preguntar que estaba pasando, Seline comenzó a golpearle con ella.

—¿Qué haces?! —preguntó tras agarrar la almohada con fuerza para que parara—. Seline...

—Respóndeme de una vez Aland. ¿Qué fue lo que te marcó tanto de tu experiencia con Louise?

—Seline, no es el momento.

—¿Y cuándo lo será? ¿Cuándo tú camines hacia el sur y yo hacia el norte?

—Seline... —musitó, pareció intentar quejarse otra vez, pero ella se había hecho con la almohada de nuevo y amenazaba con comenzar otra vez—. Está bien. Lo que me dolió cuando Louise murió no fue no poder corresponderle. Al contrario, pensaba que era mucho mejor si la dejaba libre para que pudiera encontrar a alguien que si lo hiciera. Lo que me dolió... es que cuando se puso enferma apenas habían pasado unos seis meses desde que había roto nuestra relación. No tuvo tiempo de conocer a nadie más, cuando yo hacía mucho tiempo que ya lo sabía, pero por miedo, o no recuerdo ya por qué, alargué las cosas.

—Aland... —Seline dejó la almohada a un lado y llevó la mano a su rostro para acariciarle—. ¿Es que crees que algo de eso tiene que ver con nosotros?

—Lo que creo es que no vale la pena empezar nada sino estás seguro de que vaya a alguna parte. —Él apoyó su brazo sobre la rodilla que tenía inclinada y bajó la vista hacia la sábana que cubría la cama—. Y tú eres nómada; cuando nos reencontramos ibas hacia alguna parte y entiendo que ahora quieras continuar tu camino.

—Aland —a Seline se les escapó una pequeña carcajada—. Sí, esa ha sido mi vida hasta hoy, pero yo nunca he dicho que fuera mi intención hacerlo para siempre. Sí, era lo que conocía, y lo que me reconfortaba hasta ahora, pero si uno descubre algo que le gusta más...

Aland levantó la vista, para que ella pudiera encontrarse con aquellos ojos azules que ahora brillaban.

—La cuestión es, ¿qué es lo que tú quieres? —prosiguió.

—Yo, verás, lo que sé es... que no me gusta la idea de no volverte a ver. —Se dejó llevar por la caricia de la mano que tenía en su cara.

Seline hizo que tumbara la pierna que tenía inclinada para poder sentarse sobre sus muslos.

Luego pasó los brazos por su cuello.

—No me puedo creer que hayamos perdido el tiempo porque simplemente no me pidieras que me quedara. Si te daba vergüenza podrías haber sido sutil y decir algo como: «Seline... ¿por qué no te quedas en mi equipo? Necesito gente valiente para cuidar de mis vecinos en Bluecastle», — Seline bromeó imitando la voz de Aland, refinada y muy masculina a la vez.

—Entiendo —rio, y la abrazó por la cintura—, entonces, ¿te vienes conmigo a Bluecastle?

—Haré algo más, no sólo voy, sino que además pienso seguir estando casada contigo. No me vengas ahora con ninguna excusa como empezar de cero o algo así.

—Vaya, estoy sorprendido, no sabía que te gustaba tanto. —Aland parecía no poder dejar de sonreír.

—¿Cómo puedes estar sorprendido? No tardé mucho en tratar de colarme en tu cama.

—Precisamente por eso. Sabía que no te podías resistir a mi atractivo y mi magnífico cuerpo, pero no sabía, que te gustaba de esa manera...

Seline le dedicó una amplia sonrisa, rozó su nariz con la de él y después le dio un leve beso. Aland le respondió quitándose su túnica y después le ayudó a ella con su blusa. La agarró fuerte por la cintura y la levantó para luego tumbarla boca arriba en la cama y dejó caer su pecho sobre el de ella.

—Te quiero —dijo Aland sonriendo—, parece una locura porque apenas nos conocemos desde hace un par de semanas. He hecho un gran esfuerzo por negar a mi corazón que no me dolería cuando tuviera que decirte adiós... Perdóname Seline, lo siento, cuando me negaba o creías que te ignoraba sólo intentaba protegerme. —Frotó su nariz en forma de caricias por el rostro de Seline y con su mano le limpió las lágrimas que habían comenzado a surgir de sus ojos y continuó—: Estoy loco por ti desde que intentaste colarte en mi cama, ojalá hubiese tenido fe en el amor. Siento que te he estado haciendo daño...

—Estoy bien, y sí... ha sido un poco frustrante a veces —rio con ojos vidriosos—, pero para mí estos sentimientos eran algo nuevo, así que tampoco he sido sincera o directa con lo que sentía... de todas formas nuestros encuentros, ya sea producirte un chichón en la frente, o meter la mano en tu bañera... han sido divertidos.

—Sí... cómo te decía me tenías loco, pero... bueno yo te tiré de la trenza y eché tierra sobre tu cara, así que estamos en paz.

—Oh vaya, eso sí que lo lamento un poco, que nos peleáramos así —Seline se mordió el labio mientras sonreía, y después le dio un corto beso en los labios—. Yo también te quiero.

—Espero que no tengas sueño porque pienso hacerte el amor toda la noche —susurró a él apretándose más y provocando que ella le rodeara la cintura con sus piernas.

—Soy toda tuya, marido mío —le besó dulcemente.

—Mujer mía...

Ya se encontraban a las puertas de Servury cuando William montado en su caballo se reunió con ellos. Había sido agradable ver cómo la gente les despedía con la mano consciente del peligro del que aquellos hombres les habían librado. Ahora iban a dejar atrás a un pueblo que esperaban volviera a su tranquila vida.

—Seline, ¿nos acompañaras parte del camino? —preguntó William al verla montada sobre su yegua, recordaba haberla escuchado decirle alguna vez que la devolvería cuando acabara aquello.

—No, me voy con vosotros a Bluecastle.

—Es bastante normal que una mujer se vaya a vivir con su marido —le dijo Aland a un William sorprendido.

William entendió y les regaló una sonrisa.

Aland se inclinó de su caballo para darle la mano al alcalde Robert, quien se encontraba allí para despedirlos.

—Gracias por su ayuda Robert, le deseo todo lo mejor a usted y a su pueblo —le dijo.

—No, gracias a ti, Aland de Sallow, y a tus hombres —le contestó apretando su mano con fuerza—, yo apenas he podido hacer nada, nos han salvado la vida a todos. Se me hará extraño no volver a veros, pero les deseo todo lo mejor.

Robert se hizo a un lado para que pudieran pasar, primero pasó Godwin sobre su caballo, cuya rienda estaba atada a la del caballo de Rod que arrastraba consigo la carreta que portaba el ataúd y también, sobre una manta, Moon y Sunny descansaban.

Dejaron Servury atrás, por el camino pudieron contemplar la iglesia a lo lejos y la figura del Padre Philip mirando hacia ellos. No había ido a despedirse, Aland pensó que quizás le daba vergüenza, pero le daba igual. Se giró entonces a mirar a Seline quien cabalgaba a su lado.

—La primera parada que haremos será en la posada de Martha, no está muy lejos y querrás ponerla al día... —le dijo sonriendo como un tonto, desde que se había despertado no podía quitarse aquella expresión de su cara.

—Sí —contestó ella sin poder evitar sonrojarse.

—Sí, por favor —les interrumpió una voz ruda, pero con tono irónico que provenía de delante de ellos—, supongo que habréis dormido poco, porque yo apenas he pegado ojo en casi toda la noche, con el sonido de tanto orgasmo.

—Godwin... ¡córtate un poco! —se quejó Aland sin evitar sonrojarse.

Todos rieron.

Miró hacia Seline que se encogió de hombros con la cara roja. Le alargó la mano para poder apretar la suya unos momentos.

Cabalgaron sin prisas, hacia aquella nueva etapa de sus vidas.

Epílogo

Era la misma habitación donde se besaron la primera vez. Habían llegado aquella mañana a la posada de Martha, y en ese momento Seline estaba tumbada boca abajo en la cama con unas toallas calientes sobre su culo desnudo. Todavía no estaba acostumbrada a cabalgar, y menos tantas horas seguidas. Por lo menos aquel dolor le había servido como excusa para librarse de Martha, quien, a pesar de quererla mucho, a veces resultaba un poco pesada. Primero había sido la regañina por quedarse en el pueblo tras descubrir que había un vampiro, y después al descubrir que estaba casada... habían llegado multitud de bendiciones y la felicidad de ver algo que pensó que nunca ocurriría. Y no olvidar toda la charla por la sorpresa de descubrir quién era su marido. Al final se había convertido en una perorata bastante larga, y eso que se había guardado el interesante dato de que se había casado, medio borracha por sangre de vampiro mezclada con vino. Fue Aland quien, pensando en eso, le hizo un comentario a Seline mientras le cambiaba una de las toallas.

—Deberíamos celebrar una boda de verdad cuando estemos en Bluecastle. Quizás para diciembre, así, sí escribimos ahora a tu madre tendrá tiempo para llegar. ¿Te gustaría?

—¡Me encantaría! —contestó Seline—, así pasaríamos las Navidad todos juntos. Seguro que a Martha le encantará saber esto.

—Pues no se hable más. Le enviaremos la carta antes de volver a ponernos en camino. Mañana buscaré un coche de alquiler, para que lo lleven Hércules y Meg, porque si no, a causa de tu culo no llegaremos nunca a casa.

—No puedo negarme a eso. Por mantener mi culo a salvo, y por tenerte pegado a mi todo el viaje, aceptaré con gusto viajar por primera vez en carruaje.

—Bien, tendré que conformarme con eso, porque... me hacía ilusión terminar lo que nunca llegamos a empezar en esta habitación, pero veo que, gracias a tu culo, esta noche va a ser imposible —contestó Aland al ponerse en pie para dejar sobre un cubo las toallas usadas.

—Bueno, podría hacer aquello que Gladys hizo con Alistair. Nunca lo hice y me apetece hacerlo con mi marido.

—¿De qué hablas? —le preguntó distraído mientras observaba con pena sus piernas desnudas.

—¿Por favor, no te acuerdas, Aland? Cuando te conté que el prometido de Gladys se había quedado así... —giró la cabeza hacia atrás cerrando los ojos y abriendo la boca en forma de O.

Él le contestó con una mirada chispeante y a la vez se mordía el labio. Seline se puso con cuidado de rodillas sobre la cama.

—Ven —le dijo con voz seductora, y luego le hizo gestos con la mano para que se acercara. Apoyó su culo con cuidado sobre sus piernas, colocando las toallas sobre ellas para no rozar su piel dolorida; la cama era algo baja y Aland era alto, así que estaba en buena posición—, acércate y bájate los pantalones —le ordenó.

—No puedo negarme a eso —obedeció él.

Resultó que Bluecastle era una ciudad, pero era más pequeña de lo que Seline se imaginaba, pero lo prefirió así, le parecía más acogedor. La ciudad se distinguía por sus pequeñas casas adosadas, que los vecinos adornaban con flores y algunas enredaderas cerca de las puertas. De

calles adoqui-nadas y el aire, que olía a mantequilla, un aroma que la había acompañado en Servury y que comenzaba a ser especial para Seline.

La casa que podía mantener el sheriff era mucho más amplia de otro lugar donde hubiera estado antes, pero sin ser ostentosa, lo justo para hacer de ella un lugar cálido y confortable junto a sus dos primeros miembros de la familia, Moon y Sunny que felices movían la cola, pareciendo conscientes de su nuevo hogar. Seline conoció enseguida a los hermanos de Aland; era muy divertido la manera que bromeaban entre sí los gemelos, y también lo hicieron con Aland sorprendidos al verlo volver casado. Seline hizo especial amistad con su cuñada, nunca había tenido una amiga, había pasado bastantes meses con Martha, pero ella era más bien como otra madre. También estuvieron para recibirlos la familia de Godwin, su mujer parecía de carácter fuerte, pero era a la vez muy agradable. Acogió a su marido con los brazos abiertos después de unos días de agonía. Y pudo conocer al fin a aquellos cinco hijos, dos de ellos muy pequeños, que Godwin abrazó como si llevara años sin verlos.

De lo primero que se ocuparon al llegar a la ciudad fue del entierro de Rod, efectivamente no tenía familia, sus padres habían fallecido hacía años, no estaba casado y al parecer no llegó a tener a nadie especial más allá de algunos amigos de la guardia del sheriff. Se dijo que a partir de ese momento en Bluecastle siempre se le recordaría por su último gesto heroico antes de morir. Pero con el tiempo, la gente pareció olvidar que un vampiro había estado cerca de su ciudad matando animales en el campo, y aquella historia casi que se convirtió en una fábula como las que Seline comenzó a escribir; algunas basadas en las historias de sus viajes y otras inventadas que acabaría publicando en libros bajo el seudónimo de: S.B.S.

Se realizó una pequeña y familiar boda en navidad, oficializada por William quien se había ordenado sacerdote en Bluecastle, después de entender que no tenía intenciones de casarse, decidió optar por acceder al conocimiento que obtenía en la iglesia, y librarse al fin así, de la mano dura de su padre.

No pasó ni un año antes de que viniera al mundo el primer hijo de Aland y Seline, Roderik, a quien le pusieron ese nombre en agradecimiento y recuerdo a Rod. El pequeño Roderick, que en cuanto creció un poco se divertía lanzando sus juguetes a su padre, tenía un carácter muy parecido a su madre... Tuvieron cuatro hijos más, algo nada sorprendente en una pareja que tanto se quiere. Así que hubo un momento de sus vidas, en que Seline tuvo que levantar la mano y decirle a Aland que tenían que tener más cuidado porque no pensaba parir más, pero tampoco iba a sacrificar sus noches especiales con él, las cuales con tanto niño se habían reducido un poco. Y Moon y Sunny, que ya comenzaban a ser perros adultos, parecían también un poco cansados de hacer tanto de niñeras; con tantos críos tirándolas de las orejas... parecía mirarles suplicando que no tuvieran más. Aland obviamente aceptó, y como sheriff también tuvo que poner orden a tanto desborde de energía en su casa.

Así que Aland tuvo mucho cuidado para no volver a dejar embarazada su mujer, pero eso sí, aún se divertía jugando al ser el genio de la lámpara cuando ella dormía profundamente. Hasta que un día se despertó y lo pilló, lo relacionó con un sueño que recordó haber tenido en Servury, y lo molió con la almohada, mientras él se reía a carcajadas. Aunque cuando Aland recuperó la respiración, Seline le sonrió y le dijo que en realidad le encantaba y que podía hacerlo siempre que quisiera.

Se sabe que estuvieron completamente enamorados hasta el final de sus días. Cuando Aland

murió ya de anciano, con el cuerpo de él todavía en la cama, Seline lo velaba junto a sus hijos y nietos y los amigos que aún quedaban; además del recuerdo de aquellos perros que comenzaron su vida con ellos. Recordó entonces la conversación que había tenido con él hacía sólo unas semanas.

—Aland, cariño, en algún momento, en otro tiempo, tenemos que reencontrarnos. —Le había venido a la mente de golpe y se lo dijo.

—¿Cómo una reencarnación? —le preguntó él, que, sentado a la cama y pese a su edad, todavía le gustaba tenerla sentada sobre sus rodillas rodeando su cintura con los brazos.

—Algo así, pero recordándonos.

—Eso sería divertido —le sonrió besándole en la mejilla.

Un par de días después de que Aland muriera, Seline guardó algunas de sus cosas en una caja de madera, entre ella sus diarios y algunas copias de sus libros. Había dejado una nota en ella y luego se la dio a su hijo Roderick con la promesa que, esa caja siempre estuviera en la familia. Roderick aceptó con la cabeza, pero sin poder decir palabra alguna, ella le sonrió y le limpió las lágrimas con el dorso de la mano, él era el que más se le parecía a Aland, y el que más apegado había estado a su padre. Después de que Roderick se despidiera y marchara de la casa, Seline se tumbó en su cama que aún conservaba el aroma de su marido. Y cuando cerró sus ojos para no abrirlos nunca más, lo hizo pensando en aquella palabra «reencontrarnos».

En algún lugar en las sombras

Nueve meses después de la muerte de Alistair Bentinck, ella abrió de nuevo esa puerta para encontrarse con la mujer encadenada, que gritaba de dolor a punto de dar a luz. Él, iba a encargarse del parto, y sabía que en cuanto el bebé naciera se acabaría la felicidad que había supuesto para alguien como ella aquellos últimos meses.

El gato negro que estaba en la habitación se le acercó y le ronroneó acariciándose contra su pierna, pero se lo quitó de encima con un leve empujón. No fue muy brusca porque sabía que, a Él, no le gustaba que tratara a la gata de aquella manera. Se quedó mirando como el animal se alejaba con la cabeza gacha lamentándose por ser rechazado.

Suspiró resignándose a aquellos minutos en los que dejaba atrás los últimos meses. Recordó el momento en que la rescató y la llevó en brazos hasta aquel lugar, aquella casa en el campo alejada del mundo. Después de curarla retozaron en la cama durante semanas, sabía que ella sólo era su juguete, lo sabía cuando le pedía que dejara aquella forma a la que se había acostumbrado y tomara otras porque se aburría, pero a ella no le importaba. Porque sabía que sólo ella era el objeto de su deseo.

Después de varios meses le dio una desagradable sorpresa.

—Ven conmigo —le había ofrecido su mano una noche, para que la tomara y le siguiera a alguna parte.

Tras salir de aquella pequeña casa, la llevó hasta una de las estancias exteriores que tenía la propiedad, cuando abrió la puerta se quedó atónita.

Ella, era ella, la zorra a la que no podía ni ver, ahora le gruñía con la boca amordazada, tras uno ojos verdes que le miraban con furia.

—Está embarazada. No lo sabía al principio, pero tras saber de quien se trataba decidí tenerla a la vista. De esta manera, atada, porque como vampiro no vale para nada —dijo Él.

—¿Embarazada? ¿Cómo puede ser?

—Como te ocurrió a ti querida, es algo especial. —Tras soltarle la mano, le acarició el rostro con su pálida mano—. Y cuando el bebé nazca estará a tu cuidado.

Quiso rechistar, pero sabía que era inútil, a Él no se le podía negar nada. Después fue cuando vio al gato por primera vez, cuando el animal se acercó despacio y la miró con aquellos ojos de color miel, supo que no era un gato normal. Era su bebe, era su gata, pero no le interesaba para nada, aquellos ojos le hacían punzar el corazón que ya no le latía.

—Pero aun no entiendo cómo es posible... ella era humana, pero él, hacía mucho tiempo que había dejado de serlo, ¿cómo podía hacer bebes? —le había vuelto a preguntar, todavía no lograba creérselo.

—Tu amigo estuvo tanto tiempo durmiendo que después tuvo que recuperarse, ser de nuevo el vampiro que fue, quizás ahí, en ese momento fue cuando pasó algo. Pero aún no lo sé, y ahora no importa, sólo tengo interés en ver cómo será ese bebé.

Después de aquel día, él volvió a regalarle su cuerpo casi todas las noches. Hasta ahora.

El bebé era un chico, nació silencioso y dormía plácidamente, Él, le abrió la boca para asegurarse que no había nada extraño, no tenía dientes, como cualquier otro bebé. Miraron a la madre que desesperada y con los ojos llenos de lágrimas, les pedía acercando sus manos encadenadas, que le dejaran abrazar a su bebé. Pero Él la ignoró y se giró para acercarle el recién

nacido a ella.

—Cógelo Lucifer, ahora te ocupas tú de él —le dijo.

Después caminó hacia una esquina de la habitación donde había un pequeño baúl de madera, lo abrió y sacó algo que por la oscuridad no podía ver. Cuando se encaminó de nuevo hacia la mujer en el suelo, Lucifer sintió un escalofrío de terror recorriéndole el cuerpo. Él ya no se parecía en nada al vampiro amable con quien había estado compartiendo las sábanas. Cuando levantó el brazo había un hacha en su mano, Gladys apenas tuvo tiempo de gritar, le rebanó el cuello de un sólo golpe. Su cabeza rodó por el suelo hasta los pies de Lucifer.

—¿Y si necesita mamar? —le preguntó temblorosa.

—Le encontrarás una nodriza. —Sus ojos, que había tomado un color rojo, volvían a ser marrones—. Yo ya he acabado aquí. Así que me marchó. Pero si en algún momento me necesitas, me encontrarás.

Dejó caer el hacha al suelo, y salió por la puerta remangándose la blusa blanca manchada de sangre, era finales de julio, y esa noche era calurosa. La gata lo siguió. Afortunadamente para ella no tendría que cuidar también de su hija.

Miró al bebé que dormía ajeno a todo, y después observó la cabeza de Gladys en el suelo, su boca abierta dejaba ver sus afilados colmillos y sus ojos verdes aún brillaban con fuerza, quizás más a causa de las lágrimas que había derramado antes de morir; y Lucifer, a pesar de haberla odiado por cruzarse en su camino, no había disfrutado nada con sus últimos momentos. Porque Él le había dado miedo, y por primera vez desde que sabía que tendría que separarse de su lado, se alegró de que así fuera.

—Necesitarás un nombre, supongo —le dijo al bebé.

Después recordó que su viejo amigo le había dicho el verdadero nombre de Alistair, se lo había dicho, en aquellas charlas que tenían, como cuando le ordenó que se olvidara de aquellos humanos, que, si quería salvaguardar su propia existencia y la de otros vampiros, era mejor dejarlos en paz.

—Esteban Vadas. Ese será tu nombre.

Se tomó un tiempo para enterrar el cuerpo de Gladys, Él no se lo había pedido y aquella casa estaba alejada del mundo, pero se sintió mejor al hacerlo. Se estremeció al pensar que lo vampiros podían ser los peores enemigos de otros vampiros... Cuando hubo acabado se marchó de allí preguntándose si, con la tarea que le quedaba por delante, no hubiese sido mejor haber muerto aquella noche en el bosque.



Esta primera edición es autoeditada, corrección, maquetación y diseño han estado a mi cargo.
Disculpa cualquier gazapo y gracias por leer.

Si te ha gustado la novela, puedes encontrarme por mi blog:

www.ireneperalta.es/pinklady

BIOGRAFÍA

Irene Peralta (Barcelona, 1983). Dos tontos intentando cazar a un monstruo, es mi primera novela. Siempre me ha gustado crear historias, pero he malgastado el tiempo intentando dibujarlas.

Siento que este libro se ha creado sólo, vino a mi por sorpresa, como la idea de acabar siendo una trilogía.

Aparte de dibujar, me gusta escribir sobre ideas o pensamientos, puedes ver todo lo que hago desde mi portafolio.

Y, sí, lo sé, las biografías se escriben en tercera persona, pero me gusta romper las reglas.

www.ireneperalta.es



Aland y Seline se despiden, próximamente se reencontrarán en Londres, en el siglo XIX...